



Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social

Y tú, ¿cuándo vas a ir *al Norte*?

Consecuencias de la migración en el lenguaje verbal y no verbal de los purépechas

Tesis que para optar por el grado de

Doctor en Antropología

presenta

David Alberto Chávez Rivadeneyra

Directora de la tesis

Frida Villavicencio Zarza

Tlalpan, México

2014

A Liliana
y Josemi
con amor

A mis padres,
Marbella y Gaspar,
así como a mi abuela
Esperanza y a los que
ya no están pero de algún
modo viven en mí: Luis,
Carmen, Gaspar, Dionisia,
Teófilo, Zenaida, José,
Evarista, Alejandro,
Perfecta, Pío y
todos los que
vivieron
antes.

Agradecimientos

Esta investigación fue posible gracias a la beca que el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) me depositó mensual y puntualmente entre los años 2009 y 2013, mientras fui estudiante de doctorado en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS). Además de estas instituciones, participaron en el proyecto una gran cantidad de personas, algunas sin saberlo siquiera y otras sin que yo supiera sus nombres, gracias a todos de cualquier forma. Sin embargo, en orden de aparición, quisiera agradecer a las siguientes personas sus trascendentales contribuciones a este trabajo. En México, a Frida Villavicencio por su invitación a embarcarnos en este proyecto, por dirigir el barco hasta buen puerto y por su confianza aun en las peores tempestades.

En Dallas, a Kent Wyatt y a la compañía de flamenco La Forja, especialmente a su director, mi hermano, Daniel Rivadeneyra. En Morelia, al tío Jesús y a mi hermana Lucía Felicidad. En Pátzcuaro, a Susana Santiago. En San Andrés Tziróndaro (en lo sucesivo Tziróndaro), a Bertha y Pedro. En Santa Fe de la Laguna (en adelante Santa Fe), a la familia Morales Fabián por su tiempo, su techo y su mesa. A Guadalupe Hernández y Luis Sereno, quien ya no alcanzó a ver terminada esta tesis. A Lourdes y a su hijo Romario. En Punta Gorda, a Mike por los cigarrillos, la charla y la confianza devuelta. En Arcadia, a “Satanás”, Fausto y Miguel, mis jefes, *chiveros* y *naranjero*, respectivamente. A Tomasito chico (en lo sucesivo Chico). A Silvano, Mateo y los demás pizzadores, así como a Robert y su señora por las tazas. En Miami, a James Boyle y su esposa Ninorka.

De nuevo en México, a Rodolfo Romero por el boleto de avión. A Jane Salis, por su ayuda en la transcripción de mi entrevista con Romario. A mis padres, Marbella y Gaspar, siempre y por todo; esta vez, por permitirme alojar en su casa a mis amigos “los purépechas”, como les

dicen ellos. A mi hermana Marycarmen y mi cuñado Raymundo por su interés en este proyecto y sus sugerencias a las presentaciones de mis avances.

De regreso al CIESAS, a José Antonio Flores Farfán, por su demoleadora y al mismo tiempo constructiva crítica a lo que yo consideraba ya un borrador. A Rosario Esteinou por su orientación y su *fusilli al pesto*. A Amaruc Lucas por ser lector y protagonista de esta tesis, así como por su invitación para volver una vez más a Michoacán.

De nuevo en Santa Fe, a Graciela y su hijo, así como a Toño, Nelson, César y su señora madre.

Otra vez en la Ciudad de México, a Yadira, Ricardo, María Luisa, Pilar, Graciela y todo el amable equipo de la biblioteca Ángel Palerm, así como a Israel Hinojosa del Laboratorio de Sistemas de Información Geográfica del CIESAS-DF. También a mis alumnos de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) y de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), particularmente a Rafael Velázquez, por la terapia.

Y finalmente, a mi esposa Liliana y mi hijo Josemi por su paciencia y su apoyo; ahora sí, vamos a donde quieran; ya no tengo tarea.

CONTENIDO

Dedicatorias	3
Agradecimientos	7
I. Antecedentes	
1.0. Introducción	13
1.1. Grandes migraciones	13
1.2. Migración michoacana	15
1.3. Migración purépecha	15
1.4. Las casas purépechas divididas	18
1.5. El contacto de lenguas	20
1.6. Mi propia experiencia	24
1.7. Interludio texano	26
1.8. Conclusión	30
II. Marco Teórico Metodológico	
2.0. Introducción	33
2.1. Las preguntas	34
2.2. Hipótesis	34
2.3. Objetivos	35
2.4. Marco teórico	38
2.4.1. Aportaciones de la antropología	38
2.4.2. Aportaciones de la lingüística	40

2.4.3. El aporte etnográfico	45
2.4.4. El imperialismo de la semiótica	46
2.5. Metodología	46
2.5.1. Las amistades generosas	47
2.5.2. La observación participante al extremo	49
2.5.3. La obtención de los datos	50
2.6. Características de la obra	52
2.7. La estructura de la obra	55

III. Santa Fe

3.0. Introducción	57
3.1. Migración moreliana	57
3.2. Pátzcuaro	60
3.3. Territorio purépecha	61
3.4. Tziróndaro	63
3.5. Santa Fe	70
3.6. <i>Uárhi</i>	71
3.7. Una familia purépecha y americana	74
3.8. El hostel purépecha	79
3.9. Una familia McDonald's	83
3.10. Dos casos de deportación	93
3.11. Una familia de alfareros	99
3.12. Conclusión	134

IV. Análisis Semiótico de Santa Fe

4.0. Introducción	137
4.1. La ecología	138
4.2. Los espacios	141
4.2.1. Las tres casas de la familia Morales	143
4.2.2. La casa de doña Graciela	150
4.2.3. Los hostales	151

4.2.4. La casa de Guadalupe	152
4.2.5. De los baños	153
4.3. Los códigos verbales	154
4.3.1. El purépecha	155
4.3.2. El español	158
4.3.3. El inglés	166
4.4. Los códigos no verbales	169
4.4.1. La comida	170
4.4.2. El vestido	173
4.4.3. Los objetos	174
4.4.4. El bien vivir	176
4.5. Conclusión	186

V. Arcadia

5.0. Introducción	189
5.1. ¿Encontraría a los purépechas?	189
5.2. Naranjeros	202
5.3. Un domingo en Arcadia	209
5.4. Groserías y vulgarismos	214
5.5. La vida en el Norte	218
5.6. Bolillos, mollos y mexicanos	226
5.7. Un susto en la 17	229
5.8. Los locos de América	233
5.9. Una peluquería improvisada	236
5.10. “Satanás” era un buen hombre	242
5.11. La musiquería	248
5.12. <i>Sugar or cream?</i>	251
5.13. Un peruano en Miami	254
5.14. Conclusión	257

VI. Análisis Semiótico de Arcadia	
6.0. Introducción	259
6.1. La ecología	259
6.2. Los espacios	264
6.2.1. El tráiler	264
6.2.2. Las huertas	267
6.2.3. Las tiendas mexicanas	269
6.2.4. Las lavanderías	273
6.3. Los códigos verbales	274
6.3.1. El español	274
6.3.2. El inglés	280
6.3.3. El purépecha	283
6.4. Los códigos no verbales	284
6.4.1. La comida	284
6.4.2. El vestido	285
6.4.3. Los objetos	288
6.4.4. El bien vivir	291
6.5. Conclusión	298
VII. Conclusiones	
7.0. Introducción	303
7.1. La familia Morales en la Ciudad de México	303
7.2. Hay muchos tipos de migración	309
7.3. La migración produce cambios	310
7.4. La educación también produce cambios	311
7.5. La conveniencia de aceptar la migración	312
7.6. Futuras investigaciones	313
VIII. Referencias	317
IX. Índices	333

I. ANTECEDENTES

1.0. Introducción

La migración es un fenómeno inherente a la humanidad, en algún momento de su historia, todos los pueblos se han desplazado de un lugar a otro; lo hicieron los hebreos cuando salieron de Egipto (Exodo); los aztecas cuando llegaron al lago de Tezcoco procedentes del mítico Aztlán, (Navarrete, 2009); y también los purépechas, quienes llegaron a Michoacán desde algún lugar hasta ahora desconocido (Alcalá, 1988: 56). Sin embargo, de aquí en adelante, al hablar de migración me referiré a la migración que se viene dando desde el siglo XX y con la cual la gente busca mejorar sus condiciones de vida.

A manera de acercamiento, empezaré por identificar este tipo de migración en el escenario global, luego en el caso de los mexicanos hacia los Estados Unidos, después en el caso particular de los michoacanos y finalmente en el caso de los purépechas modernos, entre los que, como veremos, no hay uno sino varios tipos de migración. Esto porque, como lo desarrollaré más adelante, el hecho de migrar tiene consecuencias en la vida de quienes lo hacen y eso es justamente lo que nos ocupa.

1.1. Grandes migraciones

A mediados del siglo XIX, millones de personas se desplazaron de un lugar a otro del planeta como nunca antes se había visto; no sólo fueron mayores las distancias, se movió más gente que en los siglos previos y también fue en menos tiempo; entre 1846 y 1875, más de nueve millones de personas abandonaron Europa (Hobsbawm, 1998: 202). Ingleses, alemanes, irlandeses,

italianos; gente de distintos países se movió en esos años de forma masiva hacia Estados Unidos y también hacia Australia y Argentina.¹

El inicio de la migración de mexicanos a los Estados Unidos puede ubicarse dentro de este periodo si consideramos que en 1848 México perdió la guerra contra los Estados Unidos y con ello 2.5 millones de kilómetros cuadrados, los actuales Estados de California, Nevada, Utah, Arizona, Nuevo México, Texas y pequeñas partes de Colorado y Wyoming (Frazier, 1998: 245). De modo que la gente que tenía familiares u otros vínculos en esos territorios y por alguna razón necesitaba ir para allá, ahora tenía que cruzar la nueva frontera. Aunque también suele considerarse 1910 como el año de inicio de la migración porque mucha gente huyó de forma masiva durante el periodo revolucionario (Gómez-Quiñones y Maciel, 1981: 34). En general, se acepta que alrededor de un millón de mexicanos, legales e ilegales, pobres y ricos, cruzaron la frontera entre 1900 y 1930.

Más allá de una fecha “exacta”, la migración como alternativa para obtener mejores ingresos empezó entre 1880 y 1917, cuando gente de Sinaloa, Sonora, Baja California, Zacatecas y Jalisco migró a California, Texas y Arizona (Alanís, 2007: 36). Este periodo suele considerarse como la primera etapa de la migración de mexicanos a los Estados Unidos. Una segunda etapa, comprendida entre 1917 y 1928, se dio no tanto por las circunstancias de México, sino de los propios Estados Unidos, quienes participaban en la Primera Guerra Mundial y necesitaron mucha mano de obra (Alanís, 2007: 37). Una tercera va de 1929 a 1934 y se caracteriza por el retorno. Para los Estados Unidos fueron los años de La Gran Depresión. En este periodo regresaron al país 423 046 mexicanos (McKay, 1982). Desde entonces, se ha mantenido una migración constante, así como una continua residencialización, a pesar del control, al principio inexistente pero cada vez más estricto y a fines del siglo XX aún más debido al crecimiento del narcotráfico, consecuencia lógica de la política prohibicionista que impera hasta el presente, y en los albores del siglo XXI, tras los atentados del 11 de septiembre, todavía más estricto.

¹ La novela *Corazón, diario de un niño* de Edmundo de Amicis (1886) puede ser un buen punto de partida para acercarse al caso particular de la migración hacia Argentina. Otra novela en este tenor, aunque ya del siglo XX y sobre en la migración interna en los Estados Unidos, es *Viñas de ira* de John Steinbeck (1939).

1.2. Migración michoacana

Con 165 502 migrantes en el año 2000, Michoacán es, según el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), el segundo Estado con mayor migración a los Estados Unidos, sólo después de Jalisco. La historia de la migración de michoacanos hacia allá abarca prácticamente un siglo. En su estudio sobre el caso de Puentecillas, una comunidad ahora llamada Gómez Farías, López Castro (1986: 36) señala que en 1906, dos hombres de dicho pueblo se fueron en tren hasta Laredo y pasaron a los Estados Unidos. Después de trabajar todo un año regresaron con botas y ropas de mezclilla, lo cual, aunado a la narración de sus aventuras, causó gran admiración entre los habitantes de Puentecillas. Meses después, cuando se volvieron a ir, cinco personas más se fueron con ellos.

En el caso particular de Michoacán, un segundo momento lo constituye básicamente el Programa Bracero (1942–1964),² un tratado celebrado entre México y los Estados Unidos para permitir el ingreso de trabajadores mexicanos a los campos de Norteamérica de manera temporal. El programa era una solución emergente debido a la escasez de mano de obra que derivó de la participación de los Estados Unidos en otro conflicto, ahora en la Segunda Guerra Mundial. Desde luego, no todos los braceros pertenecían a este programa; para 1954, por 309, 033 braceros legales existían 1, 075, 168 indocumentados (López Castro, 1986: 60).

1.3. Migración purépecha

Una vez asentados en Michoacán, según Michelet (1996: 26) hacia el siglo IX, tal parece que los purépechas ya no se movieron de ahí hasta la llegada de los españoles, hasta la fundación de Valladolid, una nueva ciudad en donde se requería mano de obra, lo cual atrajo no sólo a los purépechas, también a otros grupos étnicos: nahuas, otomíes y mazahuas (Paredes, 1997: 320). Sin embargo, hasta la segunda mitad del siglo XX, la migración de los purépechas era escasa. En tiempos del Proyecto Tarasco (Steward, 1955), ninguno de los autores involucrados en dicho programa, ni Beals (1946) ni Foster (1948) ni el propio Steward, mencionaron el fenómeno

² Sobre este asunto, el estudio más reciente y completo es *Braceros. Migrant citizens and transnational subjects in the postwar United States and Mexico* de Deborah Cohen (2011).

migratorio entre los purépechas. Tal parece que la migración hacia otros Estados del país o hacia los Estados Unidos se daba de manera muy aislada entre los indígenas.³

Más que migración, lo que solían hacer los purépechas eran viajes comerciales (Zárate, 2001: 149), los cuales podían ser hasta la Ciudad de México, pero eran sólo eso, viajes que duraban semanas o a lo mucho meses; gente de Tziróndaro⁴ me platicó en 1996 que sus abuelos y sus padres solían ir a vender petates o loza a la capital del país. Los que migraban a los Estados Unidos eran más bien sus vecinos mestizos, el ya clásico estudio de López Castro (1986) sobre la migración michoacana, no es sobre un pueblo purépecha sino acerca de un pueblo mestizo.

Sin embargo, actualmente los purépechas ya no se pueden concebir sin los Estados Unidos, muchos han migrado a Carolina del Norte y a Washington; otros son trabajadores temporales en California, Florida, Virginia y Michigan. El fenómeno no sólo vincula comunidades igualmente pequeñas e igualmente rurales pero separadas por miles de kilómetros, sino también a comunidades purépechas pequeñas con *ciudades globales* americanas, como Chicago o Los Angeles;⁵ así como también con ciudades mexicanas como Guadalajara (Bayona, 2006; Talavera, 2006; Ambriz, 2011) y el Distrito Federal. Estas **redes** migratorias (Massey Alarcón, Durand y González, 1987: 5) se van haciendo más fuertes y se extienden gracias a las bases sentadas por los primeros migrantes (Leco, 2009: 21). El parentesco, la amistad y el paisanazgo o *paisanaje*, como le llaman Massey, Alarcón, Durand y González (1990: 139), son la base de este sistema. Esta acción de tenderle la mano al hermano, al cuñado o al vecino será mencionada por la gente que participó en este estudio mediante la expresión *hacer el paro* o *hacer un paro* y, curiosamente, nada tiene que ver con el desempleo, como se entiende la palabra *paro* en España y como aparece en los diccionarios.⁶

Lo mismo sucede en Guadalajara, los purépechas que han migrado apoyan a sus parientes que tratan de hacerlo (Bayona, 2006: 96). Y por supuesto, no es algo exclusivo de los purépechas,

³ Uno de los primeros en mencionarla fue Van Zantwijk (1974: 206), quien trabajó en Ihuatzio a principios de los años sesenta.

⁴ A manera de propuesta, con el uso del topónimo purépecha, sin el nombre del santo patrono del pueblo, propongo una manera de revertir la situación que observara Bonfil (1987: 36): “los nombres originales de muchísimas localidades pasaron al rango de apellidos de santos por efecto de la política de evangelización”.

⁵ Según Sassen (2001: xix), a diferencia de las ciudades mundiales (*world cities*), las cuales hemos visto desde hace siglos, las ciudades globales (*global cities*) se caracterizan por haberse estructurado en el periodo contemporáneo.

⁶ La palabra *paro* no suele figurar en los diccionarios con el sentido de *hacer un favor*, sólo en *el Diccionario del Español de México* (Lara, 2010: 1236) aparece como una forma coloquial: “ayudar a alguien sacándolo de un gran apuro”. Sin embargo, no se menciona su origen.

pasa en todas las culturas, aunque, entre los migrantes asiáticos, excepcionalmente sucede que los chinos prefieren trabajar con jefes mexicanos que con otros chinos porque, a pesar de ser sus paisanos, los jefes chinos suelen ser más explotadores (Nee y Sanders, 2001: 379).

El fenómeno migratorio purépecha empieza a darse de manera masiva entre los años de 1990 y 2003, dentro del ciclo simbólico del que habla Toledo (2004: 68), cuando los indígenas emergen como actores políticos nacionales y transnacionales en toda América Latina. Los días en que el grupo se distinguía por el lugar que ocupaba en el espacio o la artesanía que producía han quedado atrás; hoy, como diría Halbwachs (2002: 139): “los hombres se distinguen y agrupan según cualidades asociadas a la persona y no al lugar”. Además del migrante, en las comunidades purépechas empieza a surgir desde los años ochenta un nuevo personaje, el profesionista, mismo que ya para los noventa no sólo es común en todos los pueblos, cada vez son más y más diversas las especialidades en las que los hay; incluso es posible hablar de una *intelectualidad purépecha* (Zárate, 2001: 43).

Si bien, como diría Giménez (2000: 43) los pueblos purépechas pueden ser vistos en su conjunto como un entramado de *matrias* o microrregiones, también son hoy en día, como dirían Besserer (2004: 15) u Hoffmann (2007: 436), un entramado de *comunidades transnacionales*. Sin los recursos que produce este sistema económico binacional, no se podría entender cómo sobrevive esta sociedad emergente, convertida de pronto en un *flujo* de mano de obra (Castells, 2002: 445; Giménez, 2000: 27).

Sin embargo, a pesar de ser un flujo humano que recorre lo largo y lo ancho de los Estados Unidos; desde los campos de fresa en California hasta los de naranja en Florida, pasando por los de manzana en Georgia y los de tabaco en Virginia, no por ello son un grupo étnico *desterritorializado* (Toledo, 2004: 85), los purépechas son un flujo pero al mismo tiempo tienen un fuerte **anclaje** (Hoffmann, 2007: 438) en el que ha sido siempre su espacio vital, las cuatro microrregiones que tradicionalmente se mencionan: la Ciénega de Zacapu, el Lago de Pátzcuaro, la Sierra, y la Cañada de los Once Pueblos.

Es importante considerar aquí la *especialización de los espacios* (Besserer, 2004: 19); la región purépecha es un espacio simbólico, vital, reproductivo, etcétera. En cambio, las plantaciones donde los purépechas trabajan en los Estados Unidos son básicamente eso, espacios laborales, las rutas de los productos que se cosechan o *toponimias-producto*, (Besserer, 2004: 91), de ahí que los migrantes digan que fueron *a la fresa* o *al tabaco*. Sin embargo, dichos espacios

pueden en un momento dado ser el escenario de un nacimiento y convertirse así también en espacios reproductivos; los cambios se están dando a gran prisa, no se diga en el caso de la migración a las ciudades, la cual, como veremos más adelante, es más propicia para la participación de las mujeres.

Castilleja (2001: 32) no considera los diferentes destinos de los purépechas allende el río Bravo como parte del nuevo mapa global de la región purépecha, o, como diría Besserer (2004), la *topografía transnacional* purépecha, la cual, en términos de Kalmar (*Illegal alphabets and adult biliteracy*, 2001), sería de hecho una especie de *mapa ilegal*, pero reconoce que los movimientos migratorios hacia los Estados Unidos inciden “en la composición y organización de los grupos domésticos, de las familias y de las comunidades”. Para Castilleja (2001: 24), hablar de *la región purépecha* alude “a su composición étnica ligada a un pasado común, próximo y remoto”. Como diría Lefebvre (1991: 27-31), el espacio social es aquel que la sociedad ha producido. Porque toda sociedad produce su propio espacio. Y este espacio social ha sido construido en gran medida mediante la lengua purépecha. En palabras de Whorf (citado por Agar, 2002, 67), uno crece *en* una lengua y esa lengua le da forma a nuestra manera de ver el mundo; decirle al sol *táta jurhiata* (papá sol) es concebirlo como un padre.

1.4. Las casas purépechas divididas

Un hogar no tendría por qué estar *dividido* ni la gente tendría qué arriesgar la vida para trabajar, pero, como en México hay demasiada gente, faltan empleos, sobre todo formales y con salarios dignos, y tampoco hay una política de Estado que busque solucionar el problema,⁷ las cosas seguirán como hasta ahora, en los terrenos de la clandestinidad, en manos de *coyotes* y *polleros*. Un acuerdo bilateral, realista y más humano podría regular el flujo migratorio en la región, acaso la prometida Reforma Migratoria del presidente Obama pero, a pesar de haber sido aprobada en junio del 2013, hasta el momento no se ha cristalizado.

Como diría Saraví (2006: 344), en México, tanto en las ciudades como en el campo, los jóvenes acumulan desventajas (privación, pobreza, exclusión) lo cual es como vapor que busca

⁷ En su estudio sobre los braceros de La Malinche, Benavides (2008: 274) señala que los gobiernos, tanto de México, como de los Estados Unidos, fueron más responsables en el siglo XX, en cambio ahora, “se mantienen al margen de la migración de trabajadores, con lo cual aumentan los riesgos para éstos, el costo del movimiento lo pagan ellos mismos, y las condiciones de trabajo y salariales en general han empeorado”.

una salida y, en el caso de los jóvenes purépechas, dicha salida es la migración. Prácticamente todos los hogares purépechas sufren esta fractura, tienen *la casa dividida*, como dijo López Castro (1986). Por un lado, los que se quedan, los ancianos, las mujeres y los niños, el **anclaje**, y por otro, los que se van, los padres y los hijos, no sólo los mayores, también los adolescentes. Últimamente incluso las mujeres y los niños. Además, empieza a darse una nueva modalidad: la residencia en los Estados Unidos. De seguir así las cosas, las comunidades acabarán por convertirse en pueblos fantasmas, donde alguna vez vivieron los purépechas.

Por el momento, la situación aún no ha llegado a tal extremo, la mayoría regresa a sus pueblos en noviembre o diciembre, cuando en los Estados Unidos las cosechas han terminado, el invierno es crudo y resulta entonces un buen momento para volver a México, sobre todo para aquellos que tienen documentos. Sin embargo, incluso los que no los tienen lo hacen, así tengan que pagar otro *pollero* u otro *coyote* pues la mayoría vuelve a irse en enero o febrero. No así quienes han sido deportados pues una nueva detención podría costarles algunos años de cárcel. La idea de construir una casa y establecerse en México después de algún tiempo, como lo hacen sus vecinos mestizos (López Castro, 1986: 20), está presente en la gran mayoría de los migrantes purépechas, es otro de sus **anclajes**; aquello que impide el abandono definitivo de sus comunidades.⁸

Estas casas son una especie de demostración de que se tuvo éxito en los Estados Unidos, representan una forma de discurso, de alguna manera las casas *hablan*, no con un código verbal, desde luego, sino con un *código arquitectónico* (Eco, 1968: 358) que cualquiera puede comprender sin necesidad de saber leer; sobre todo aquellas personas sensibles a los detalles más sutiles, los cuales suelen pasar inadvertidos. Así que, lo que las construcciones “dicen” será algo a lo que se preste atención aquí.

Pero más allá de la fachada y de la puerta de la casa, las costumbres más íntimas de los que han ido a los Estados Unidos están sufriendo cambios antes impensables, cambios en lo que Bourdieu (1997: 20) llamó el *habitus*, el estilo de vida: “lo que come el obrero y sobre todo su forma de comerlo, el deporte que practica y su manera de practicarlo, sus opiniones políticas y su manera de expresarlas”. Que los hombres cocinen para otros hombres, algo inconcebible hasta hace poco entre los purépechas, es ahora algo frecuente en los Estados Unidos (Leco, 2009: 297).

⁸ Sin embargo, esto también está cambiando pues, como veremos más adelante, cada vez son más las obras inconclusas y abandonadas en los pueblos purépechas.

Como dice Esteinou (2006: 79), no todas las consecuencias de la migración son negativas o dramáticas, la migración también tiene sus conveniencias, como el aumento en la edad del matrimonio o la disminución del patrón de residencia posmarital *patrilocal* (Winick, 1956: 404) a favor del neolocal, lo cual da más independencia y libertad a la nueva familia. En otras palabras, la migración también trae modernización, la gente se da cuenta de que el catolicismo, por ejemplo, no es la única opción en materia de religiones y empieza a cuestionarse la pertinencia de costumbres tan arraigadas como los “onerosos sistemas de cargos” (Zárate, 2001: 103) o la religión misma. Más bien, como dijo Martínez Ruíz (2008: 233), “la migración es un evento que marca el inicio de nuevas maneras de hacer familia, de pensar en la comunidad y de hacer nación”.

A su vez, la modernización también tiene sus inconveniencias, puede implicar contaminación, estrés, consumismo, prostitución, adicciones, individualismo. Es decir, dependerá de cada individuo si convierte su historia migratoria en una novela de vicio y autodestrucción o en una de trabajo y superación. El mencionado patrón de residencia puede ser o no una desventaja dependiendo de las circunstancias, es decir, no necesariamente lo que es una desventaja para los jóvenes urbanos lo es para los jóvenes rurales e indígenas, la familia extensa, por ejemplo, algo característico de los purépechas desde tiempos coloniales e incluso prehispánicos (Paredes, 2008: 19), puede implicar miseria en un contexto urbano pero en un contexto migratorio puede ser la solución para superar la dificultad que implica tener a la familia dividida; es decir, sin abuelos, suegros o tíos sería muy difícil migrar para aquellos que tienen niños pequeños. En otras palabras, hay que entender los procesos de modernización de cada grupo e incluso de cada familia de acuerdo con sus propios contextos; *modernización* no significa lo mismo para toda la gente, en materia de lenguas, habrá para quien modernizarse implique aprender español, mientras que para otra persona modernizarse puede significar aprender inglés.

1.5. *El contacto de lenguas*

Desde la primera vez que me acerqué a la realidad de la lengua purépecha en 1996 me di cuenta de que, además del español, otra lengua empezaba a entrar en **contacto**⁹ con ella. Pensé que, muy

⁹ Weinreich (1953: 17) definió el **contacto** como el uso alternado de dos o más lenguas por las mismas personas y consideró a los individuos que las usan el punto del **contacto**. Sin embargo, a esta noción primaria del **contacto**

pronto, para hablar del purépecha, iba a ser necesario considerar también al inglés, pues cada día eran más los purépechas que se decidían por la migración hacia los Estados Unidos, lo cual, considerando que ésta es allá la lengua mayoritaria, hacía pensar en algún tipo de **contacto** entre ambos idiomas pero, para ese entonces, ya me había involucrado en otro tema, la **variación** de esta lengua *solitaria* (Chávez, 2004),¹⁰ así que, hasta ahora, con el presente estudio, regreso a la cuestión del **contacto** y el **bilingüismo**¹¹ pero ya no sólo entre el español y el purépecha sino esta vez considerando también la influencia del inglés que, a consecuencia de la migración, se podría estar generando. Además, ahora también he de considerar otros lenguajes no verbales pues, a fin de cuentas, siguiendo a Leeds-Hurwitz (1993: 53), más que un estudio lingüístico, este estudio aspira a ser un estudio de la comunicación y, como diría Danesi (citado por Sebeok, 1996: 15), “la comunicación humana debe ser entendida en su totalidad como un proceso verbal y no verbal”.

Desde luego, en todo este proceso, habrá diferentes **actitudes**¹² hacia las lenguas involucradas, habrá quienes ya no quieran hablar purépecha (Rodríguez, 2010: 181), quienes lo refuercen, quienes aprendan inglés y quienes no lo aprendan, como mi amigo Pedro, a quien le pregunté si había aprendido algo de inglés cuando regresó a Tziróndaro después de su primer viaje a los Estados Unidos y, para mi sorpresa, dijo:

–Nada.

Me quedé pensando: “qué extraño, después de tantos meses”. En cambio, como veremos a continuación, para un niño purépecha que crece en los Estados Unidos y asiste a la escuela pública allá, es posible adquirir un inglés no digamos **vernáculo** sino incluso **estándar**. Como se podrá suponer, se trata de diferentes combinaciones de circunstancias; las de mi amigo fueron muy diferentes a las del niño que fue a la escuela. Por principio de cuentas, Pedro fue ilegalmente, a trabajar y, después de un tiempo, se regresó; el niño fue por la vía legal, a estudiar

habría que añadir recientes consideraciones no menos importantes, como el espacio. Para Llamas, Mullany y Stockwell (2007: 219), se trata de una *situación* en la que existe más de una lengua en un *área* dada.

¹⁰ La llamo *solitaria* por tratarse de una lengua que no pertenece a ninguna familia lingüística mesoamericana (Suárez, 1995), sin embargo, como Swadesh (1969) y Liedtke (2001), yo creo que sus parientes podrían estar en Sudamérica.

¹¹ Para Weinreich (1953: 17) el **bilingüismo** no es más que “la costumbre de usar alternativamente dos lenguas”. Para Llamas, Mullany y Stockwell (2007: 207), más que de una costumbre se trata de una *habilidad*.

¹² Son las respuestas emocionales e intelectuales de los miembros de la sociedad a las lenguas, dialectos, **acentos**, formas lingüísticas concretas y sus propios hablantes. Pueden ser favorables o desfavorables (Trudgill y Hernández, 2007: 26).

y se quedó, ya es residente. En términos de Haugen (1972: 325), éstas serían dos diferentes **ecologías** del lenguaje, es decir, “las interacciones entre cualquier lenguaje dado y su ambiente” y “la sociedad que lo usa como uno de sus códigos”. Ambas son aquí, en un mismo país, dos combinaciones de circunstancias personas y lenguas muy distintas, para empezar, una es laboral y la otra escolar, por lo tanto, la primera suele darse en variedades de lengua más vernáculas e informales, mientras que la segunda en variedades más estandarizadas y formales.

En palabras de Weinreich (1953) y de Appel y Muysken (1987), la persona, también es crucial, o mejor dicho, la combinación de ambos factores. Como veremos a continuación, un **contacto** de lenguas está hecho de muchos tipos de contactos, no todos los hablantes tienen las mismas **actitudes**, de hecho hay una gran variedad de situaciones; hay tantas posibilidades como personas. Además, también asoma aquí el factor tiempo, tal parece que las nuevas generaciones tienen otra **actitud** o encuentran una situación diferente a la que vivieron los primeros migrantes, es decir, en apenas dos generaciones, el tipo de **contacto** ha cambiado no sólo por lo que respecta a los migrantes, cabe suponer que también por las circunstancias de las plantaciones y ahora también de las fábricas, empacadoras y servicios, las cuales, a su vez, serán distintas en California que en Carolina del Norte, en Atlanta o en Florida.

Habrán quienes no sólo sí aprendan otra lengua sino que además, como diría Martín (2006: 185), se vuelvan innovadores o **líderes lingüísticos**, “aquellos hablantes que se encuentran a la cabeza de los cambios lingüísticos” y, como lo advirtiera Serrano (2006: 51), no siempre son los mismos pues, en su estudio del español mexicano éstos pertenecen a un grupo diferente al de los hablantes del inglés americano estudiado por Labov. Además, la progresiva incorporación de las mujeres a los fenómenos migratorios internacionales (Camacho, 2010: 46)¹³ también puede significar **innovación**.¹⁴ Si bien las mujeres purépechas solían ser más conservadoras de la lengua indígena por permanecer en sus comunidades y estar menos expuestas al **contacto** lingüístico que los hombres (Chávez, 2006: 114), en un contexto transnacional también pueden volverse innovadoras. Coates (2009: 310) advierte que las mujeres en ocasiones son lingüísticamente innovadoras pero en otras, lingüísticamente conservadoras. Al igual que los hombres, responden a

¹³ Camacho (2010: 244) se refiere al caso de las mujeres ecuatorianas que migran a España no sólo como “acompañantes” sino incluso como líderes del proyecto migratorio familiar, es decir, son ellas quienes asumen semejante desafío, algo que, como veremos, también sucede entre las mujeres purépechas.

¹⁴ La **innovación** es una “forma lingüística nueva que surge o se introduce en una comunidad de habla pudiendo posteriormente constituir un cambio lingüístico con sus correspondientes procesos de difusión o una mera moda temporal” (Trudgill y Hernández, 2007: 182).

circunstancias locales, a contextos y a **ecologías** diferentes, es decir, más que hablar de mujeres en general, es preciso hablar de los casos particulares de algunas de estas mujeres, a continuación conoceremos algunos.

Los niños también serán claves porque a ellos no los detiene el temor de equivocarse como a los adultos, ellos no se preocupan tanto por lo que se puede o no se puede decir ni si lo dijeron correctamente o no, ellos simplemente lo dicen. Como diría Haugen (1972: 317), los niños dan forma a su conocimiento de la lengua no sólo mediante la memorización sino también por medio de su propia creatividad. En el caso de las lenguas criollas,¹⁵ Bickerton (citado por Lastra, 1992: 236) ha demostrado que los niños son la pieza clave en el tránsito de una lengua pidgin a una criolla.

Además de su propia experiencia, cuando los migrantes regresan se pueden volver lo que Durand (2004) llama “migración de retorno” y, como ya se ha dicho, convertirse en una influencia para los que se quedan en las comunidades de origen, las esposas, los hijos o los hermanos pequeños, sobre todo para los más jóvenes. En Comachuén, un pueblo de la sierra, don Beto, mi amigo y anfitrión aquel año de 1996, me dijo este par de muestras: “para *parkear la troka*” y que “*nomás iba wachando* que el chofer no se quedara dormido”. Y eso que don Beto ya era entonces una persona mayor y hasta donde recuerdo, nunca fue a los Estados Unidos. Es decir, estos **préstamos** (Trudgill y Hernández, 2007: 253), estas palabras que una lengua toma de otra, probablemente llegaron a su habla por la vía del **contacto** con los migrantes que regresaron a su comunidad, no porque él mismo hubiese sido migrante. Amaruc¹⁶ me dijo que, para él, el verbo *wachari* ya es un préstamo integrado en el purépecha. De ser así, en un diccionario moderno purépecha-español debería aparecer de este modo: *wachari* (del inglés *to watch*). Ver, mirar, observar.

Antes del fenómeno migratorio la situación se limitaba al **contacto** lingüístico entre el español y la lengua indígena, así como entre la cultura nacional mexicana y la cultura purépecha. La relación era básicamente desigual; mientras que el español de México y el español regional se

¹⁵ En términos de Lastra (1992: 227), “una lengua criolla es aquella que se desarrolla cuando un pidgin se empieza a hablar como lengua nativa en una comunidad”. A su vez, un pidgin se desarrolla “en situaciones especiales de contacto, generalmente de comercio o esclavitud, en que por lo menos dos grupos se tienen que comunicar entre sí sin tener una lengua en común”.

¹⁶ Amaruc es un joven historiador de Santa Fe, autor del libro *Los siete pecados capitales en la Doctrina de la fe en lengua de los indios de Michoacán, México, 1575, de fray Juan de Medina Plaza O. S. A.* (Lucas, 2011), lector de esta tesis y, al mismo tiempo, protagonista de la misma.

habían nutrido con un puñado de préstamos del purépecha, el purépecha se había visto desplazado por el español, es decir, la lengua indígena se ha venido perdiendo (Chávez, 2006); pocos son los pueblos donde se conserva tanto como en Santa Fe. Además, una gran cantidad de elementos hispanos de todas las clases, no solo palabras léxicas sino incluso gramaticales, se ha filtrado al interior del purépecha, lo cual es de suyo un empobrecimiento. Aunque, desde otra óptica, el intercambio con otro grupo, en este caso con otra lengua, puede ser una muestra de vitalidad porque el cambio es inherente a las lenguas; las únicas lenguas que no cambian son las lenguas muertas.

Hoy en día, cuando la migración a los Estados Unidos se ha generalizado entre los purépechas, cabría esperar una nueva influencia en este **contacto** de lenguas, la del inglés y la cultura de los Estados Unidos y por lo tanto una mayor variedad de situaciones de **contacto**, desde la casi nula interacción con hablantes de lengua inglesa pues ya veremos que, por increíble que parezca, esto es muy frecuente debido a que el español es la lengua de comunicación en buena parte de los Estados Unidos, sobre todo en los campos de cultivo, hasta **contactos** intensos, casos de **bilingüismo** en purépecha e inglés de los cuales también conoceremos ejemplos, así como las llamadas *remesas socioculturales* (Hoffmann, 2007: 439), la influencia de los *migrantes de retorno* (Durand, 2004), la cual pueden manifestarse a manera de préstamos en la lengua, como el mencionado verbo *wachari*, o simplemente a través de otros lenguajes semióticos como el vestido pues, como diría Eco (2000: 22), cualquier cosa puede considerarse como un signo.

1.6. Mi propia experiencia

Y sin embargo, a pesar del sacrificio que implica, la migración es percibida como algo normal, como si así hubiera sido siempre. Para los hombres se ha vuelto un *rito de paso*, una especie de consagración de la virilidad (Durand, 1996: 19; Rodríguez, 2010: 141). Un ejemplo de ello es esta pregunta que en 1996 me hizo en Tziróndaro mi amigo Pedro y da título a esta tesis: “¿Y tú, cuando vas a ir al Norte?” Como si se tratara de la peregrinación a la Meca para los musulmanes. En ese momento yo ni siquiera pensaba hacer un viaje a los Estados Unidos, pero un día me llegó la hora y crucé la frontera por primera vez a la altura de El Paso, no por trabajo sino por estudios y no en avión ni en autobús sino caminando, por uno de los puentes que salvan esa especie de foso de concreto entre un país y el otro, tranquilamente aunque no sin cierto nerviosismo porque,

a pesar de llevar pasaporte y visa, en aquel 2006, Juárez ya era una ciudad bastante insegura, de modo que haber ido del hotel donde me hospedaba al puente internacional ya era algo emocionante, ¿qué sentirían los que cruzan a salto de mata, expuestos a todo, incluso a la bala certera de un francotirador, de un *minuteman*? (Rodríguez, 2010: 103), ya lo sabremos más adelante en voz de quienes lo han vivido en carne propia, y no sólo hombres, también mujeres.

En El Paso, la parte más angosta y occidental de Texas, tomé un Greyhound hacia Albuquerque, donde tenía una cita con Melissa Axelrod de la Universidad de Nuevo México, pues ya estaba en busca de una institución en la cual llevar a cabo este proyecto. Al llegar, a eso de las siete de la mañana, pedí un café y un *muffin* en la primera cafetería que vi abierta a esas horas y me encaminé hacia el *campus*. Aunque en el mapa se veía cerca, por poco no llego a tiempo, sin un vehículo, las distancias son enormes en los Estados Unidos. Melissa fue muy amable conmigo, me presentó a todos, maestros y alumnos y, a las afueras de la universidad, me invitó un burrito. Sin embargo, no tuve que ir tan lejos pues al mismo tiempo, un proceso similar estaba en marcha en el CIESAS-DF y fue aquí donde al final pude hacer este estudio, sin tener que trasladarme a Albuquerque y *dividir* mi casa. Eso fue todo, un autobús, un café, un *muffin* y un burrito. Tiempo después en Santa Fe, cuando le conté de este viaje a mi amigo Miguel, con cara de sorpresa me dijo:

–¿De ahí *nomás* te regresaste?

Claro, para él que, como veremos a continuación, se ha jugado la vida cruzando la frontera y ha permanecido años en los Estados Unidos, un viaje así no tenía mucho sentido. Y en efecto fue como una escaramuza, un viaje de exploración pero no laboral sino académica, otra forma de migración que también se está dando, la de los estudiantes, y en el caso de los purépechas, no sólo a la Ciudad de México (Sánchez, 2011), también al extranjero, y desde hace ya varios años.

Mi segundo viaje a los Estados Unidos sería a Dallas, un poco más lejos y por más días. Mientras preparaba ya formalmente mi proyecto de tesis, la compañía de flamenco La Forja, con la que suelo colaborar como percusionista, recibió una invitación para participar en el Dallas Flamenco Festival 2010. No lo pensé dos veces porque, además de lo propiamente musical, le venía como anillo al dedo a mi investigación. El viaje sería corto pero a mí me serviría para tener una primera aproximación al asunto migratorio, aunque fuera desde la barrera pero ya *in situ*, en

Texas, un Estado de los considerados *históricos* en términos de migración mexicana, (Alanís, 2007: 36, Leco, 2009: 149).

1.7. Interludio texano

Esta vez volé desde la Ciudad de México directamente a Fort Worth, donde nos recogieron Kent y Danny en dos automóviles y nos llevaron a Dallas, pues entre uno y otro punto hay algunos kilómetros de distancia, sin embargo, prácticamente forman un área metropolitana junto con Arlington, algo así como la llamada Comarca Lagunera (Lerdo, Torreón y Gómez Palacio) en México. Con más de 6 millones de habitantes, Dallas es la cuarta área metropolitana más grande de los Estados Unidos, luego de Nueva York, Los Angeles y Chicago, todas ellas *ciudades globales*, como diría Sassen (2001). Y en honor a la globalidad de Dallas, fuimos a comer al Bengal Coast, un restaurante de comida indonesia y malaya, lo cual puede implicar residentes indonesios o malayos en Dallas. Era un *buffete* y no había meseros pero sí garroteros. Uno de ellos, por su rostro, podía ser mexicano, aunque esto no era más que una mera suposición, por eso mismo, le pregunté si lo era. Tímidamente me dijo que no, que era de Guatemala. No lo puedo asegurar pero quizá era ilegal porque, antes de que pudiera preguntarle otra cosa, desapareció rumbo a la cocina, en la cual de seguro había más *hispanos*, como le dicen los estadounidenses a mexicanos, guatemaltecos, hondureños y latinoamericanos en general.

Después de la comida fuimos al Sting Ultra Lounge, donde encontré más latinos haciendo el aseo y acomodando las sillas, éstos no eran tímidos sino ostentosos y vestían al estilo de los *cholos*,¹⁷ con playeras sin mangas, pantalones muy amplios y las cabezas rapadas y con paliacates; parecían mexicanos pero también podían ser centroamericanos. Después del salón había una terraza donde estaba barriendo otro latino, tan tímido como el guatemalteco. Traté de hacerle plática pero también se alejó rápidamente. De nuevo, su actitud huidiza me hizo pensar en su ilegalidad. A mí me parecía evidente que yo no tenía pinta de agente de migración, sin

¹⁷ Vale la pena aclarar que, a diferencia de como se entiende en Sudamérica, donde la palabra *cholo* designa a alguien indígena o de ascendencia indígena, en México y los Estados Unidos, además de este componente (“persona de origen mexicano que (...) se caracteriza generalmente por su fisonomía indígena, especialmente por el color moreno de su piel”), la definición del *Diccionario del Español de México* (Lara, 2010: 574) incluye el hecho de que “habita en Estados Unidos o en los estados mexicanos de la frontera norte”, que “su vestimenta (es) llamativa (con) pantalones y camisas muy holgadas” y que suelen ser **discriminados** por su apariencia. Sin embargo, como lo muestra López Castro (1986: 131), puede haber cholos en otros estados, como en Michoacán. Y otra cosa, además de **discriminados**, suelen ser **estigmatizados** pues a menudo *cholo* es sinónimo de pandillero o delincuente.

embargo, el tomó su escoba y su bote y se fue hasta desaparecer de mi vista. “¿De dónde eres?” Fue lo único que le pregunté pero, ahora que lo pienso, creo que, aun cuando yo le había dicho campechanamente que era mexicano, la pregunta era suficientemente intimidatoria.

Tras la presentación de La Forja en el Sting Ultra Lounge, nos llevaron a un restaurante de comida mexicana. En la caja, encontramos un mexicano muy amable pues las *bailaoras* y la *cantaora* platicaron con él y lo invitaron a la función que tendríamos al día siguiente en el Greer Garson Theatre de la Universidad Metodista del Sur. Y si el que da la cara en el mostrador es mexicano, cómo estaría de mexicanos la cocina.

Al día siguiente fuimos a Univisión, la estación de radio latina donde teníamos una entrevista. Ahí, en el programa, La Voz del Pueblo, tanto la entrevistadora como el operador eran de San Luis Potosí, más mexicanos, y por supuesto, transmitían en español. Ambos llevaban años viviendo en Dallas y su situación era muy diferente a la de los otros mexicanos y guatemaltecos que había conocido hasta ahora, ellos estaban mucho mejor acomodados. De ahí fuimos al Chocolate Secrets, una crepería. Trabajaba aquí un par de muchachos texanos que tardaron una eternidad en atendernos y en hacer las crepas. Entonces llegó una mujer con la que no tuve oportunidad de hablar pero que tenía tipo de mexicana o guatemalteca, de nuevo, una mera suposición, y en un santiamén hizo el resto de las crepas y los cafés. Sin embargo, uno de estos jóvenes fue muy amable y en su propio auto me llevó calle arriba a conseguir película fotográfica, algo ya convertido en una rareza por la fotografía digital.

Después de la entrevista visitamos el Guitar Center, una tienda de instrumentos musicales. Tal parece que aquí la política fuera antimigrante porque no vi un solo mexicano, quizá estaban en el almacén pero no a la vista. O quizá sólo fuera que trabajar en una tienda de este tipo resulta más atractivo para los jóvenes americanos que los puestos del área de servicios como lavaplatos o garrotero. Más tarde, Kent nos llevó a un centro comercial. Al llegar, más allá del estacionamiento y antes de una entrada de puertas automáticas, todavía al aire libre, había una mujer limpiando los ceniceros, otra posición de servicio, una vez más pensé que esa señora podía ser mexicana y le pregunté en español si había una juguetería, pues mi hijo me había encargado un trenecito Geo Trax. Me mandó a Lego pero en esta tienda sólo había juguetes para armar. Entonces entré a Macy's, el viejo Macy's de Labov.¹⁸ Pero tampoco tuve éxito en este almacén.

¹⁸ Véase *La obtención de los datos* en el Marco Teórico Metodológico.

Uno de los empleados, al que me dirigí en inglés, pues no estaba tan seguro de que fuera mexicano, también podría haber sido chino, me respondió en español y me preguntó a su vez si yo era mexicano.

–Sí.

–Mira, esos trenes los encuentras en Toys R Us.

Pese a sus ojos algo rasgados, era de Monterrey y se tomó el tiempo para llevarme afuera y enseñarme la tienda a lo lejos, más allá de la autopista.

Una vez que nos reencontramos con Kent, le conté mi aventura y amablemente me llevó a Toys R Us. Pregunté por los trenes en inglés porque, como en el Guitar Center, tampoco vi mexicanos en esta gran tienda de juguetes. Kent, quién a esas alturas ya era nuestro amigo, nos llevó entonces al hotel Belmont. En el camino nos contó que sabía un poco de español porque había estado casado con una mexicana pero se divorció porque ella era “muy materialista”. Y debe haberlo sido, para que un estadounidense lo dijera.

Bety, la más bromista de las *bailaoras*, le preguntó si sabía groserías en español.

–Oh sí, yo sé *palabras malas*: pinche, cabrón, pendejo.

Aunque Kent no se reía como nosotros, conducía con una sonrisa en los labios, satisfecho de habernos hecho reír; era de esas personas aparentemente serias pero con muy buen humor. Al llegar al hotel, nos registramos con personal americano pero su camioneta fue recibida por un mexicano. Más tarde platicué con él un rato, ahí, en su estación de recibimiento, me dijo que era de Guerrero, que tenía dos hijos y que los tenía en Dallas.

Por la noche, durante la fiesta inaugural, conocí a otro mexicano. Nos dijo que “los *gringos* no nos quieren pero nos necesitan”. Le conté que nosotros estábamos ahí por el festival de flamenco y nos felicitó: “qué bueno que ustedes vienen a demostrar que no todos los mexicanos son ilegales y vienen a pedir, qué bueno que ustedes vienen a dar y a demostrar que también hay artistas”. Se llamaba Samuel y también era garrotero, como el guatemalteco del Bengal Coast.

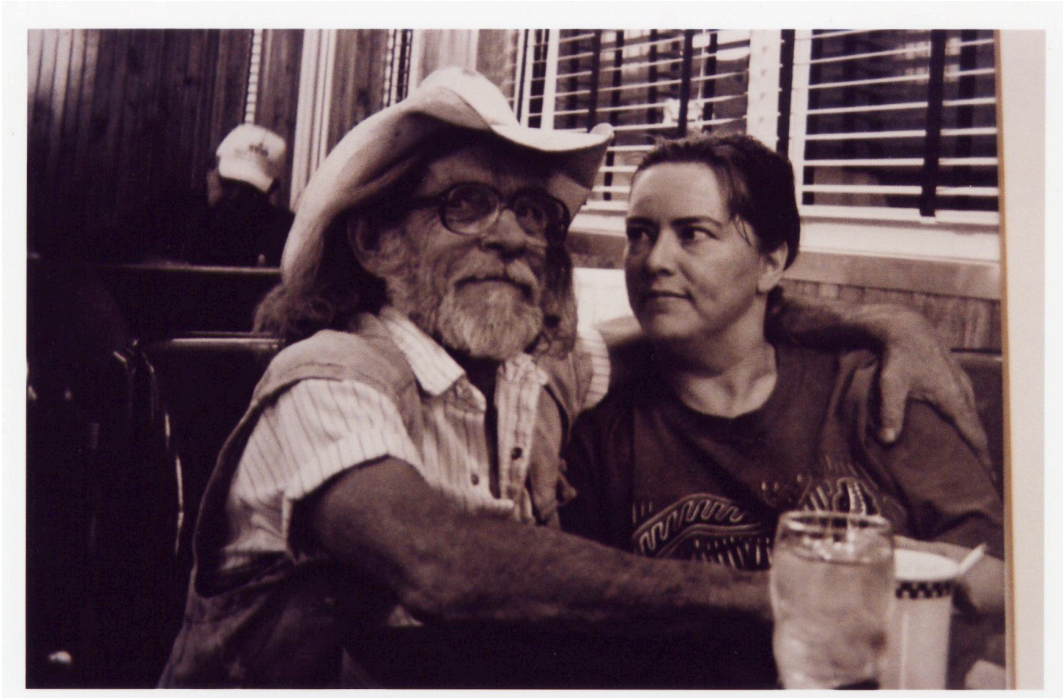
Después de la fiesta fuimos al Café Madrid y en efecto, el dueño era un español y su restaurante un rincón de España en una *ciudad global*. Aunque sólo hablé con él apostaría a que había mexicanos en su cocina. El hermano de Troy, nuestro anfitrión, acababa de regresar de Chicago, donde había vivido los últimos 30 años y justo cuando estábamos hablando de él

apareció en el salón. “Hablando del Diablo” dijo Kent en español pero con un **calco**¹⁹ de la frase *speaking of the devil*, algo similar a su “palabras malas”. Como dijo ser cocinero le pregunté si conocía al chef Anthony Bourdain, dijo que sí, que el tipo era auténtico, sin embargo, esa sería toda mi participación en la charla pues sólo Agustín, el bajista, quien vivió en Chicago y está casado con una norteamericana, pudo seguirlo hasta el final. No sin cierta frustración me daba cuenta de que mi inglés del Centro de Enseñanza de Lenguas Extranjeras (CELE) de la universidad era insuficiente.

Al otro día salimos a comprar algo para desayunar en el Family Dollar, un mini súper del otro lado de la calle. Cuando regresé a mi habitación la puerta estaba abierta, no me sorprendió porque afuera estaba el carrito de servicio con toallas y sábanas limpias. Adentro, tendiendo la cama había una mujer de unos cincuenta años, alta, delgada y con aspecto de mexicana aunque en todo caso parecía del norte pero no, nunca se puede saber; era de Michoacán. Me dijo que en México tenía un rancho pero que su hija estudiaba en Dallas y que no le gustaba Michoacán, que lo encontraba muy salvaje, que la última vez que fue se asustó mucho porque sus tíos habían echado balazos al aire durante una fiesta. Mientras terminaba de acomodar las almohadas, me contó que ya pensaba retirarse y volver a México. Bukowski²⁰ parecía observarnos desde el muro donde se encontraba en un retrato en blanco y negro, con un sombrero tejano, abrazando a una muchacha.

¹⁹ Se llama **calcos** a las expresiones de una lengua que son traducidas en otra (Llamas, Mullany y Stockwell, 2007: 207).

²⁰ *Escritos de un viejo indecente* (1973), *Mujeres* (1979) y otros muchos relatos y poemas escritos en un lenguaje directo, explícito e incluso soez pero indispensable para hablar del sector menos favorecido de la sociedad norteamericana (alcohólicos, prostitutas, drogadictos, locos...) fueron el legado de este migrante a la literatura estadounidense y universal. Bukowski tenía tres años cuando su padre, un soldado americano, dejó Europa y se los trajo a California, a él y a su madre, una alemana. En su caso, la familia no se dividió, migró completa.



Bukowski en el hotel Belmont de Dallas, Texas.

1.8. Conclusión

Este viaje resultó una excelente experiencia que me permitiría comprobar por qué se habla de Texas como un Estado ya histórico en materia de migración de mexicanos, la cantidad de éstos, así como de centroamericanos, es considerable, no sólo en el área de servicios, también en otros puestos, como locutor y operador de radio, porque los hay residentes e incluso ciudadanos. Por otro lado, este corto viaje también me permitió apreciar las enormes diferencias que hay entre los distintos tipos de viajes que los mexicanos pueden hacer a los Estados Unidos, los riesgos que implican unos y otros y el confort o incomodidades inherentes a cada uno; entre un viaje legal, de negocios o por placer y uno ilegal, a *campo traviesa* y por trabajo, puede haber cualquier cantidad de variantes, es como un continuo del gusto al peligro de muerte y, desde luego, a cada modalidad corresponderá una variedad lingüística diferente; habrá desde quien cierre un negocio en inglés **estándar** hasta quien, como veremos más adelante, siga las indicaciones de un *coyote* en español **vernáculo**.

Por último, el propósito de este apartado es mostrar la importancia de analizar cuanto antes los efectos que la migración puede tener, no sólo en el **contacto** lingüístico, sino también en

otras pautas culturales, y no sólo en los protagonistas sino en sus comunidades de origen pues, inevitablemente, estos procesos migratorios van a tener consecuencias, es decir, la migración es un detonador de cambios, y si éstos cambios no se analizan desde el principio, una vez consumados, en caso de no ser convenientes, también pueden ser irreversibles.

II. MARCO TEÓRICO METODOLÓGICO

2.0. Introducción

Una vez enfocado el problema; el hecho de que en las últimas décadas los purépechas han cambiado lo que no habían cambiado en siglos, no sólo en lo más evidente, como el aspecto de sus pueblos, algo ya observado por autores como Azevedo (2008), sino también en lo referente a sus lenguajes verbales; su purépecha y su español, así como sus lenguajes no verbales; su comida, su vestido y sus objetos, procederé a dar cuenta de las decisiones teóricas y metodológicas que tomé antes de viajar a Michoacán. Aquí busqué a una familia en estas circunstancias, es decir, en la que hubiese migrantes, para tenerla como eje de la investigación y, posteriormente, seguir en su viaje a los miembros de la misma que se desplazaran o estuvieran en los Estados Unidos.

Opté por llevar a cabo un estudio *cualitativo* porque para un solo investigador no era posible llevar a cabo uno *cuantitativo*, además, no era de mi interés hacer un trabajo *extensivo* sino *intensivo* (Kornblit, 2004: 10). De cualquier forma, sí participarían en la investigación otras familias e individuos de la comunidad e incluso de otras comunidades purépechas pero con ellos la aproximación no sería tan estrecha como con la familia eje; es decir, a detalle, solamente me ocuparé de un solo tipo de migración pues los contextos migratorios son diversos, hay comunidades que prefieren migrar a las grandes urbes, otras al campo e incluso hay diferentes modalidades en una misma comunidad, como veremos en Santa Fe, donde hay quienes ya residen allá, quienes pasan años en ciudades y quienes van y vienen al campo. No es exagerado decir que cada familia vive la migración de un modo distinto, si bien, todas viven algo similar, cada combinación de personas, lugares y circunstancias es única. De cualquier forma, las contribuciones de estas otras personas ayudarán a presentar un panorama más amplio, un

despliegue de voces o, como diría Bajtín (citado por Giarracca y Bidaseca, 2004: 38), una *novela polifónica*.

2.1. Las preguntas

Un buen punto de partida en estos casos es hacerse preguntas y mis primeros cuestionamientos al respecto eran éstos: ¿cómo se manifestarían las consecuencias de la migración en los lenguajes, verbales y no verbales, de los purépechas? ¿Cómo impactaría este fenómeno migratorio no sólo en su **bilingüismo** sino también en su alimentación o en su manera de vestir? ¿Habría realmente un contacto entre el purépecha y el inglés? ¿De verdad la cultura americana se pondría en contacto con la purépecha? ¿Cambiarían los purépechas no sólo su lenguaje hablado sino también otros lenguajes no verbales como el vestido, su concepto del espacio, o incluso sus costumbres más arraigadas, su religiosidad, por ejemplo? Y a fin de cuentas, ¿sería realmente la migración la causante de todos los cambios? ¿No será que también hay otros factores que están operando en todo esto? Por ejemplo, ¿qué tanto pesarán los intelectuales purépechas, los cambios al interior del país o la decadencia de una iglesia anteriormente consustancial a los purépechas y hoy en día alejada de ellos.

Sin embargo, estas preguntas eran muy abstractas, demasiado generales. Si quería obtener respuestas para ellas tenía que dar un rodeo, es decir, llevarlas a lo particular para, sólo entonces, ver si las respuestas particulares podían ser útiles para responder a las preguntas generales; como diría Kornblit (2004: 10), “al establecer la significación que determinados contenidos o determinadas prácticas tienen para los actores, se muestra simultáneamente algo sobre la sociedad a la que ellos pertenecen, y es posible que eso pueda extenderse a contextos más amplios”. Acotada de este modo, mi pregunta tenía ahora esta forma: ¿cómo impacta la migración en los lenguajes verbales y no verbales de una familia purépecha que ya de por sí vive un **contacto** con el español y la cultura nacional de México?

2.2. Hipótesis

Una vez planteadas las preguntas, mi hipótesis era que sí, que en efecto, el problema familiar que López Castro (1986) llamó *la casa dividida* se está dando entre los purépechas y es el detonador

de los cambios pero, si bien la migración es la principal causa del cambio en las familias purépechas en particular y en las comunidades purépechas en general, tampoco es la única.

Así pues, a partir del seguimiento estrecho de una familia y la documentación de otras tantas más, aunque no tan a profundidad como en el caso de la familia central, se busca llegar a algunas conclusiones sobre el impacto que tiene la migración en los lenguajes de los purépechas; es decir, tanto en su español como en su purépecha, en sus costumbres y en su cultura en general. Como diría Zárate (2001: 24), “no se busca generalizar a partir de un caso específico”, por eso esta familia no es la única, sin embargo, al mismo tiempo, como dijo Lewis (1965: XXIX) a propósito de la familia Sánchez: “esta sola familia parecía ilustrar muchos de los problemas sociales y psicológicos de la vida mexicana de la clase humilde”. O bien, de nuevo en palabras de Zárate (2001: 24), “los habitantes de Santa Fe comparten problemas y preocupaciones con otros p’urhépecha, con otros indígenas y con muchos mexicanos”

2.3. *Objetivos*

El primer objetivo consistía en llenar un hueco pues, si decidí centrarme en el lenguaje, no fue sólo por mi formación de hispanista y de lingüista sino porque en la literatura sobre migración en general no había estudios de este tipo y tampoco en la relativa a la migración de los purépechas en particular. Quizá el **contacto** lingüístico no ha sido abordado en la literatura sobre migración porque el asunto del lenguaje y el **contacto** de lenguas pertenece más bien a la sociolingüística, pero tampoco desde este lado hay mucho que digamos; según Flores Farfán (2012: 23), la sociolingüística del **contacto** se encuentra en México “notablemente descuidada”. En algunos trabajos se han hecho comentarios muy superficiales, como en el *Informe de investigación sobre la situación de los michoacanos en Estados Unidos* (Ochoa, 2005: 64-66), donde se menciona la importancia que tiene aprender inglés para “triunfar” en los Estados Unidos y al mismo tiempo cultivar el español para preservar la identidad cultural de los mexicanos. Pero nada se dice aquí de la lengua purépecha o de otras lenguas indígenas. Prácticamente no se ha escrito nada respecto a los efectos que la migración puede tener en el multilingüismo de los indígenas; no hay estudios que se ocupen de este problema lingüístico. En su estudio sobre la migración de Acachuén, una comunidad purépecha de La Cañada de los Once Pueblos, Rodríguez (2010: 146) menciona el asunto lingüístico una y otra vez pero tangencialmente, en particular, sólo le dedica una página.

Martínez Casas (1998), en su estudio sobre los otomís en Guadalajara, fue un poco más lejos y le dedicó un capítulo al tema pero, una tesis completamente consagrada al lenguaje no había sido hecha, por lo menos no entre las de mis compañeros del CIESAS, las cuales, eso sí, cada vez son más numerosas y dejan ver que aquellos estudiantes que se ocuparon de la migración en su tesis de maestría continúan sobre el mismo tema en la de doctorado.

El asunto está ahí, latente como gelatina, y los autores desde luego que lo han advertido, sólo que nadie se ha echado a cuestras la tarea de abordarlo de manera específica, las menciones del asunto suelen ser breves, ambiguas y muy impresionistas, como ésta de Martínez (2001) en su libro sobre el trágico caso de los hermanos Chávez Muñoz de Cherán:²¹ “cuando él habla español, todavía lo hace con el sonido recortado y chasqueado del idioma materno”. Quizá la razón de semejante laguna sea la dificultad que implica hacer estudios de contacto, pues, como dice Flores Farfán (2012: 9), “requieren por ejemplo conocer y analizar dos lenguas, no sólo una, además de conocer a fondo el contexto social en el que se utilizan”.

El siguiente objetivo era describir **ecologías**, es decir, el contexto social, los ambientes, tanto de la comunidad de origen, como de los destinos de los migrantes pues el seguimiento de una familia en los Estados Unidos me llevaría a reconocer dos **ecologías** y a plantear dos escenarios para el trabajo de campo, uno en Michoacán y otro en los Estados Unidos, algo que no suele hacerse pues, en general, los investigadores trabajan con los migrantes solamente en México, cuando éstos están de regreso (López Castro, 1986; Durand, 1996; Besserer, 2004; Martínez Ruíz, 2008; Rodríguez, 2010).²²

Éste fue tal vez el más importante de mis objetivos porque a ninguno de los autores que se han ocupado del asunto migratorio le fue posible jugar el papel de bracero a fin de lograr un acercamiento extremo del problema, por eso y a pesar de lo difícil que parecía, era tan importante ofrecer una descripción de primera mano de las circunstancias en que viven los migrantes en los Estados Unidos, por lo menos de uno de sus muchos destinos. Esto me permitiría alcanzar el tercer objetivo: dar cuenta del impacto que puede tener el hecho de migrar en los diferentes lenguajes verbales de los purépechas, tanto en su adquisición de un español más vasto,²³ pues

²¹ *Cruzando la frontera. La crónica implacable de una familia mexicana que emigra a Estados Unidos.*

²² Tanto Martínez Ruíz (2008) como Rodríguez (2010) mencionan haber hecho viajes a los Estados Unidos, pero el grueso de la información lo obtuvieron en México.

²³ Siguiendo a Labov (1972), yo sostengo que el español de los purépechas es un indicador de importantes diferencias sociales. Cuando Eduardo Zárate (2001: 193) dice que “Eligio Díaz”, un líder de Santa Fe, hablaba “en

como veremos a continuación, a menudo lo que encuentran en los Estados Unidos son comunidades de hispanohablantes, como en el uso o desuso de su propia lengua pues la gran mayoría son **bilingües**.

Por otro lado, más allá del lenguaje verbal, también aspiro a mostrar cambios en otros lenguajes, como pueden ser la comida, el vestido, los *códigos arquitectónicos* (Eco, 1968: 358) y hasta los objetos (Barthes, 1981: 201), algo que ha sido mínimamente tocado por la teoría semiótica en las últimas décadas y ampliamente ignorado antes (Leeds-Hurwitz, 1993: 130), así como el *bien vivir*, algo que identifiqué como un **código**²⁴ casi al final de la investigación.

Esto porque la comunicación no está hecha exclusivamente de lenguajes verbales; los lenguajes no verbales, como los gestos, no sólo acompañan al lenguaje verbal, incluso pueden independizarse de éste, volverse emblemáticos, “trascender una cultura particular” y llegar a ser universales (Knapp, 1982: 18), sobre todo hoy en día, cuando, más que nunca, el mundo se ha vuelto un pañuelo.²⁵

Sin embargo, tradicionalmente, los investigadores solían poner énfasis en los lenguajes verbales y desatender los no verbales (Leeds-Hurwitz, 1993: 53). Por lo tanto, otro de mis objetivos consiste en valorar la importancia que pueden tener otros tipos de lenguajes pues, a veces, como dijo Freud (citado por Hall, 1959: 74), “las palabras esconden mucho más de lo que revelan”, en cambio, “antes de que alguien abra la boca para hablar, su ropa está disponible para una interpretación” (Leeds-Hurwitz, 1993: 104). La música y el volumen al que se oye, así como las borracheras y hasta el silencio pueden constituir lenguajes, lo mismo que la manera de vestir; esas botas y ropas de mezclilla con las que regresaron aquellos primeros migrantes de Puente de las Americas (López Castro, 1986: 36) constituían un lenguaje, lo mismo que la arquitectura pues, como veremos a continuación, las casas que los migrantes construyen a su regreso a México suelen tener una función más semiótica que práctica (Castilleja, 2008: 85); pretenden ser símbolos de estatus.

un perfecto español”, le está dando a ese rasgo, al dominio de la lengua que tuvo dicho personaje, el valor de un *síntoma* (Sebeok, 1996: 40; Eco, 2000: 327), es decir, de su “perfecto español” deduce que “Eligio” tenía estudios.

²⁴ Según Eco (1978: 388), “un **código** (o un sistema) es una estructura y una estructura es un sistema de relaciones individualizado por medio de sucesivas simplificaciones con una intención operativa y desde un punto de vista determinado”.

²⁵ El ejemplo que ofrece Knapp (1982: 19) es el gesto para suicidarse, el cual en Japón puede consistir en pasarse el puño por el abdomen en alusión al *harakiri* o *seppuku*, mientras que, en los Estados Unidos, comúnmente consiste en ponerse el índice en la sien simulando una pistola.

2.4. Marco teórico

Dada la complejidad del fenómeno, el cual involucra, entre otras cosas, cuestiones de antropología, etnología, lingüística y semiótica, un enfoque multidisciplinario parecía indispensable; es decir, si el marco teórico es multidisciplinario es porque, en términos *fenomenológicos*, se parte de lo observado, no de cierta teoría (Waldenfels, 1997: 22), en otras palabras, de lo que se trata es de describir el fenómeno por el fenómeno mismo, tal y como éste se da.

Desde los años sesenta Hymes (1964) llamó la atención sobre la necesidad de hacer estudios multidisciplinarios, que además de la lingüística involucraran aspectos antropológicos, sociológicos y psicológicos, de otra manera los resultados serían incompletos, por decir lo menos. Sin embargo, si bien Hymes lo hizo explícito, ya otros autores como Hall (1959) y Labov (1963) venían mencionando la importancia de vincular la lingüística y la antropología de una o de otra manera. Más allá de los Estados Unidos, donde al mismo tiempo seguía dominando la lingüística dura o más cerrada en sí misma (la corriente chomskiana), en Italia, Duranti (1997) publicaba su *Antropología lingüística*, con lo que contribuyó a terminar de darle forma a una nueva manera de entender y hacer los estudios del lenguaje: multidisciplinarios, sociales y culturales (Duranti, 2000: 21).

2.4.1. Aportaciones de la antropología

La familia como foco de la investigación

Los hijos de Sánchez (Lewis, 1961), un clásico de la antropología, habría de resultar muy influyente, entre otras cosas, por la idea de hacer el estudio a partir de una familia, aunque también me inspiraba hacerlo a partir de un individuo, como lo hizo Pozas en *Juan Pérez Jolote* (1952), una bella y no menos influyente pieza, una “historia de vida” (Kornblit, 2004: 16) a medio camino entre la literatura y la antropología. Pero eso ya era demasiado, era irse al extremo, además, a fin de cuentas, como dijo Feuerbach (citado por Buber, 1949: 58), “el ser del hombre se halla solo en la comunidad”. Otra opción era tomar como *caso*²⁶ a todo un pueblo, como lo hizo con Puentecillas López Castro (1986), pero también era un extremo, un buen término medio

²⁶ Un *estudio de caso* puede ser de un individuo, de una familia e incluso de toda una comunidad (Yin, 1994). Véase también Stake (1993).

me pareció considerar como foco de la investigación a una familia, en vez de tomar a un solo individuo o a varios pero sin una relación entre ellos. Por otro lado, no se trataría una biografía sino de “un aspecto particular” de la vida, concretamente, de “las migraciones laborales” (Kornblit, 2007: 16) o “historias migratorias” (Durand 1996: 13).

Obviamente, no escogería una familia al azar sino a una que, además de ser típicamente purépecha, se encontrara en estas circunstancias, dividida por la migración. A fin de cuentas, un estudio de caso: una familia con la que se buscaría mayor profundidad y otras más como referencia, de tal suerte que estas últimas fueran algo así como planetas orbitando en torno a un sol para, de este modo, obtener un universo en miniatura, lo suficientemente pequeño para manejarlo y lo suficientemente grande para que fuese representativo. De acuerdo con la clasificación de Stake (1993: 237), se trataría de un *estudio de caso instrumental*, es decir, la familia en cuestión, el caso, nos ayudará a entender algo más: los efectos que puede tener la migración en los lenguajes de una comunidad indígena.

Esto proporcionará algunas ventajas. A nivel diacrónico, dejará ver los cambios en por lo menos dos generaciones, si no es que hasta en tres. Desde la perspectiva sociolingüística del **género**, entendido éste como un constructo social (Coates, 2009: 27), también las diferencias y similitudes entre los lenguajes de hombres y mujeres, de las cuales más adelante en efecto veremos algunos ejemplos. Y por último, la importancia de los distintos niveles de educación, lo cual, en su conjunto, hará más dinámico el estudio.

Con *Los hijos de Sánchez* (1961), Lewis no sólo concibió un libro antropológico; la obra bien podría ser el *corpus* para un estudio del lenguaje. Pero, si bien, Lewis no explotó la parte lingüística que subyace en su libro, es decir, no hizo un análisis del lenguaje de sus personajes, lo cual hubiera sido de hecho otro libro, el lenguaje empleado por don Jesús y sus cuatro hijos, ilustra diferencias importantes de **género** entre las muchachas y sus hermanos, así como entre los diferentes niveles de preparación que tuvieron, particularmente Consuelo, quien en este sentido es muy diferente al resto de sus hermanos y ello se refleja en su manera de hablar, un estilo menos **vernáculo**²⁷ que el de Marta, Manuel y Roberto. Tampoco son iguales los registros de don Jesús y sus hijos, hay diferencias generacionales. Pero dejemos las aportaciones antropológicas aquí y vayamos ahora a las sociolingüísticas.

²⁷ Es decir, una variedad más informal, menos estándar y menos influida por la noción de corrección (Trudgill y Hernández, 2007: 348).

2.4.2. Aportaciones de la sociolingüística

La lengua en uso

Como ya se ha dicho, el presente estudio requiere un enfoque multidisciplinario y esto en el ámbito de la lingüística se conoce como **etnografía de la comunicación** y no es más que la correlatividad de los distintos enfoques empleados y la importancia del contexto, la forma y la función comunicativa; en otras palabras, la situación, el *cómo* y el *para qué*. En términos de Hymes (1974: 63), debe haber “una primacía del habla sobre el código, de la función sobre la estructura, del contexto sobre el mensaje”. De este modo es posible ofrecer una visión más amplia de todo un fenómeno social en el que la lengua hablada es la pieza clave pero no lo es todo, otros modos de comunicación no verbal también son relevantes, como la gestualidad o el movimiento corporal, los cuales, sin embargo, no solían ser tomados en cuenta (Davis, 2010: 21).

Así pues, aquí se ha de prestar atención tanto a lo que se dice como a la lengua en la que se dice pero, más que una secuencia recta veremos una circular, en donde todo es relevante, tanto la **comunidad de habla**, aquella que se identifica por sus prácticas lingüísticas compartidas (Saville-Troike, 1989: 16; Llamas, Mullany y Stockwell, 2007: 84-86), lo mismo que el individuo (Weinreich, 1953), el **código** (Eco, 1978) y el **contexto** (Hymes, 1964). Y no sólo es circular, está en movimiento, es dinámica, es una rueda que avanza dejando a su paso un rastro. Abordar de este modo el impacto de la migración en el lenguaje y la cultura de una familia purépecha no sólo mostrará los efectos inmediatos sobre los participantes, la rueda, sino que, al mismo tiempo, permitirá observar el asunto en términos históricos, el rastro que va dejando, de dónde viene, y acaso también predecir hacia dónde va.

Al final del siglo XX, la **etnografía de la comunicación** siguió inspirando a otros autores como Agar (1996: 48), para quien, pretender analizar el lenguaje sin referencia a la comunicación, como si el lenguaje fuera sólo estructuras sintácticas independientes, era encerrarse en el círculo de la gramática y el diccionario y dejar fuera la parte cultural del lenguaje. Nos guste o no, éste procede de seres humanos y no podemos hacerlos a un lado o ignorarlos, sería como estudiar el lenguaje de los delfines sin considerar las circunstancias de dichos mamíferos; como escribir partituras de sus cantos sin decir nada de su vida marina o de piscina (Bateson, 1998: 397). Es preciso tener en cuenta la problemática de la gente que habla la lengua que nos interesa. Es por esto que el presente estudio sobre las consecuencias que tiene la

migración a los Estados Unidos en el lenguaje de los purépechas, es decir, como diría Garner (2007: 46), en lo que hacen para prometer, pedir, tratar y otras necesidades, se concibe como una investigación sobre el uso de la lengua, sobre sus hablantes y sus **actitudes**.

La obra de Agar, *Language Shock* (1996) y su concepto de lengua y cultura como una misma cosa, *languaculture*, dos caras de una misma moneda, también resultaron influyentes en esta investigación. Igualmente, de este autor he tomado su interpretación de los **actos discursivos** (Halliday, 1978), actos de habla en situaciones diversas pero encaminados a un fin, en última instancia, la comunicación. También recurrí a su concepto de **puntos ricos**, esos momentos valiosos que se dan en la comunicación cotidiana y son interesantes no sólo por su riqueza en el sentido de opulencia sino también de sabrosura y vastedad (Agar, 1996: 100), es decir, son ricos porque no sólo ilustran detalles lingüísticos sino también culturales.

Esta concepción de los **actos discursivos** como suculentos bocados me resultó de gran utilidad en la decantación de los datos, pues no era posible ni pertinente mencionar todo lo acontecido; como sucede en la mayoría de las películas, donde nunca se ve cuando la gente va al baño, por ejemplo. Sin embargo, aquí ir al baño sí será relevante y ha de mencionarse justo por ser culturalmente un **punto rico**. He tratado de no agobiar a los lectores con la relación de acontecimientos carentes de interés; lo narrado aquí es, como ya se ha dicho, una muestra cualitativa, sólo consideré aquello que por alguna razón llamó mi atención, ya fuera por el tema o por la forma de abordarlo, en pocas palabras, los **puntos ricos**. Por eso edité mis conversaciones con los protagonistas, sobre todo aquellas que resultaron más extensas, y me quedé sólo con aquellos fragmentos en los que había más riqueza o más sabor. También se tuvieron muy presentes las diferentes *situaciones comunicativas* (Agar, 1996: 89) que viven los purépechas, tanto en México como en los Estados Unidos; es decir, qué estaba pasando cuando tuvo lugar determinada elocución, qué tanto pesó la situación sobre lo que dijeron o pudieron haber dicho los hablantes.

Esta aproximación no es nueva, algo similar había dicho ya Hymes (1974: 51) en su **etnografía de la comunicación**, hay que “investigar directamente el uso de las lenguas en contextos no lingüísticos hasta discernir las pautas propias de la actividad del hablar, pautas que escapan a estudios aislados de gramática, de personalidad,” y asimismo, “tomar una comunidad como contexto, investigando sus hábitos de comunicación como un todo”.

Como ya se ha mencionado, otro concepto que retomo aquí es el de **ecología** del lenguaje. Conocí esta teoría durante mi primer trabajo como investigador en la Costa Chica (Chávez, en prensa), bajo la dirección de Odile Hoffmann. Ella fue quien me recomendó la obra de Mufwene (2001), quien utiliza este término en su estudio de las lenguas criollas. Sin embargo, la idea se remonta a principios de los años setenta y sus orígenes más atrás, incluso se podría decir que se encuentran en el siglo XIX si consideramos que la concepción de las lenguas como seres vivientes que nacen y mueren viene de la entonces recién descubierta teoría evolucionista. Sin embargo, en siglo XX, esta metáfora no fue más que eso porque, como diría Haugen (1972: 326): “las lenguas no respiran ni tienen vida propia más allá de la de aquellas personas que las usan”. Posteriormente una nueva metáfora producto de la industrialización consistió en comparar a las lenguas con una herramienta, con un instrumento de comunicación. Fueron Voegelin y Voegelin (citados por Haugen, 1972: 328) quienes, privilegiando el *espacio*, utilizaron el término **ecología** por primera vez al sugerir que “en la ecología lingüística uno no empieza con un lenguaje en particular sino con un *área* en particular”, de aquí la presentación de los datos en dos escenarios diferentes, Michoacán y los Estados Unidos.

La **ecología** propone una ciencia dinámica más que estática (Haugen, 1972: 329). Haugen considera también la polémica de si los elementos de otra lengua enriquecen o corrompen (Haugen, 1972: 335) pero, siguiendo a Coseriu (1988: 134), así como a Andersson y Trudgill (1990: 41), yo considero que cualquier aportación es un enriquecimiento, incluso las groserías, de las cuales en el capítulo V tendremos una buena muestra.

Volviendo a Mufwene, además de la **ecología**, también me he remitido a este autor en primera instancia cuando las características del español de los purépechas me han parecido dignas de ser abordadas desde la teoría creolística. Esto no significa que pretenda incluir el español de los purépechas entre las lenguas criollas, lo que se busca es recuperar algunas características que se suelen considerar dentro de esta teoría, como aquella relativa a la adquisición imperfecta de una segunda lengua (Mufwene, 2007: 183) o la **simplificación** “un proceso en el cual las complejidades morfológicas y las funciones semánticas son reducidas o eliminadas (Llamas, Mullany y Stockwell, 2007: 229).

El contacto de lenguas

Como ya se ha dicho, el presente estudio sí es un trabajo consagrado básicamente al lenguaje pero no solo a un **código** o a un solo lenguaje sino al **contacto** de lenguas producto de la migración, al **bilingüismo** y también a los lenguajes no verbales, los cuales han sido poco trabajados (Leeds-Hurwitz, 1993). Por lo tanto, como se ha mencionado, se trata de un estudio multidisciplinario, es decir, lingüístico pero al mismo tiempo etnográfico y antropológico; un estudio de **contacto** de lenguas en situaciones y contextos de comunicación cotidianos; una aproximación al lenguaje de gente real en situaciones reales, particularmente, aquellas motivadas por la migración. Y decidí abordarlo no sólo por la escasez de este tipo de estudios también porque ninguna de las tres lenguas involucradas me es ajena.

Es el momento de decir que el *lenguaje* se concibe aquí simple y sencillamente como aquello que los seres humanos usan para hacer y decir lo que quieren (Andersson y Trudgill, 1990: 180), de ahí que una mirada pueda ser un lenguaje o, en términos de Barthes (1981: 201), hasta los objetos, siempre que signifiquen algo. En tanto que la *cultura* no es aquí otra cosa que lo que el individuo necesita saber para ser un miembro funcional de la comunidad (Saville-Troike, 1982: 7). Por lo tanto, no sólo se habrá de prestar atención a los factores lingüísticos o estructurales sino también a los factores extralingüísticos o no estructurales (Weinreich, 1953: 21), como la situación, las circunstancias o el **contexto**, el cual es de vital importancia. En la teoría del lenguaje de Malinowski (citado por Agar 2002: 92) el lenguaje no es un objeto aislado que consta de palabras y reglas para ser atadas unas con otras en oraciones, el lenguaje es el vehículo mediante el cual la gente se reúne y consigue hacer las cosas.

Estos factores siempre intervienen en el **contacto** de lenguas, por ejemplo: la facilidad de expresión verbal de cada hablante, la manera de aprender la lengua y sobre todo la **actitud** hacia las lenguas y hacia sus hablantes, incluidos, como dirían Le Page y Tabouret-Keller (1985: 8), los **estereotipos** que los individuos tienen acerca de otras personas, así como sus **prejuicios** (Andersson y Trudgill, 1990: 122). Todo esto explicará por qué se usa o no en un determinado momento y lugar el purépecha, el español o el inglés, así como la presencia de fenómenos como la **interferencia**, la influencia de la primera lengua en la segunda, aquello que escapa al control de los hablantes; en términos de Weinreich (1953: 17), “los casos de desviación con respecto a las normas de cualquiera de las dos lenguas que ocurren en el habla de los individuos bilingües como resultado de su familiaridad con más de una lengua”. También espero arrojar alguna luz sobre la

razón de ser de los **préstamos**, los procesos de adquisición de las lenguas y los distintos grados de competencia en las mismas, así como sobre otros fenómenos más conscientes, como el **cambio de código** y, en última instancia, el carácter instrumental del lenguaje, es decir, el éxito o el fracaso de los **actos discursivos**; en otras palabras, cuándo la comunicación es afortunada y cuándo se puede hablar más bien de “infortunios”, como llamó John Austin (1962) a aquellos intentos de comunicación que no logran llegar a puerto.

Asimismo, lo anterior también explicará por qué, como veremos más adelante, los purépechas llevados en su infancia temprana a los Estados Unidos hablan un inglés **estándar**, mientras que los purépechas nacidos en México hablan un español rico en fenómenos que a simple vista podrían considerarse “errores” o “defectos”, lo cual representa un problema porque los mestizos los **estigmatizan** e incluso **discriminan** por ello.²⁸ Aquí las peculiaridades de su habla de ninguna manera serán vistas así ni mucho menos como palabras “malas” o “feas”, este tipo de evaluaciones o **prejuicios**, como dirían Andersson y Trudgill (1990: 132) tienen un correlato social pues muchas formas que son consideradas “mal inglés”, en el caso de la lengua inglesa, simplemente son formas típicas de los dialectos de las clases bajas (Andersson y Trudgill, 1990: 119).

Y justamente esto es lo que hace fascinantes a las lenguas, o mejor dicho a los **dialectos** o **sociolectos**, las peculiaridades que los caracterizan, las cuales nos proporcionan información acerca de las personas que los usan pues, en última instancia, más que lenguas, como dirían Chambers y Trudgill (1998: 3), “todos los hablantes son hablantes de al menos un **dialecto** y ningún **dialecto** es de ninguna manera lingüísticamente superior a otro”. Por increíble que parezca, hoy en día, cuando **discriminaciones** como el racismo van a la baja en algunos ámbitos, la **discriminación** lingüística persiste y, como dicen Andersson y Trudgill (1990: 122), “esto es altamente indeseable y nuestra misión como lingüistas es trabajar en contra de la ignorancia acerca de las diferencias dialectales y a favor de una mayor tolerancia dialectal”.

Con un trabajo de este tipo pretendo que la definición de conceptos sociolingüísticos como **interferencia**, **lealtad** o lengua **vernácula** se expliquen a partir de la realidad del habla cotidiana, que es de donde surgieron los ejemplos, y no a partir de las definiciones dadas en otras épocas por otros autores y a partir de otras **ecologías**. De este modo espero que mis propios datos

²⁸ Según César López, un estudiante purépecha en Morelia, a veces la discriminación no sólo viene de los compañeros sino incluso de los maestros.

puedan llegar a constituir una aportación pues se trata de nuevos ejemplos para la mejor descripción de los propios conceptos. Por este motivo, y teniendo como modelo el libro de Coates (2009), *Hombres, mujeres y lenguaje*, así como *The Routledge Companion to Sociolinguistics* de Carmen Llamas, Louise Mullany y Peter Stockwell (2007), decidí incluir un índice de términos que permita localizar dichos conceptos en el cuerpo del texto, es decir, las circunstancias en las que, a mi modo de ver, fue posible aplicar dichos términos a las situaciones encontradas o, mejor dicho, cuándo las situaciones encontradas permitieron utilizar tales conceptos.

2.4.3. *El aporte etnográfico*

Y como mi objetivo era documentar la situación real del contacto de lenguas al nivel del habla ordinaria, decidí no basarme en los métodos tradicionales de los estudios lingüísticos, básicamente el cuestionario, las grabaciones, la transcripción y el análisis de elementos mínimos del lenguaje como el fonema y el morfema. Con ello no quiero decir que estos métodos no sean útiles o algo por el estilo; todo lo contrario, son preciosos, valiosísimos en estudios de lenguaje que precisan de ellos; a mí mismo me resultaron sumamente eficaces en trabajos previos de dialectología en la Costa Chica (Chávez, en prensa), de variación en la región purépecha (Chávez, 2004) y de contacto de lenguas (Chávez, 1999). Es más, una de mis mayores influencias en todo esto es un estudio de lingüística descriptiva dura, *The Tarascan Language* de Foster Leclerc (1969), una obra monumental. Sin embargo, para lo que pretendía ahora, dar cuenta de la influencia de la migración en el habla cotidiana de los purépechas, no me iban a resultar de mucha utilidad porque mi interés estaba básicamente en el habla informal, no tenía intenciones de grabar registros formales como la lectura de textos o listas de palabras en circunstancias ideales (Trudgill, 1974: 113), más bien todo lo contrario, me interesaban las expresiones espontáneas, lo que la gente dice sin mayor preámbulo, en la calle y, en mi caso, en los campos de cultivo de los Estados Unidos.

Por lo tanto, los métodos de la etnología parecían más adecuados; venían a mi mente personajes míticos, “santos patrones” de la etnología, como los llama Agar (2002: 92), gente como Frank Hamilton Cushing, quien vivió entre los zuñi de Nuevo México y llegó a ser uno de ellos (Fagan, 1985: 146), o el célebre Malinowski, quien durante su primer trabajo de campo fue sorprendido por la Primera Guerra Mundial y, mientras duró el conflicto, se quedó entre los

isleños del archipiélago Trobriand, o Mead (1928, 1935), quien convivió sin reservas con las muchachas de Samoa.

2.4.4. El imperialismo de la semiótica

Eco (2000: 22) no exageraba cuando dijo que la semiótica podía parecer una disciplina de pretensiones imperialistas insoportables. Sin embargo, no hay que confundir, el hecho de que la semiótica se pueda ocupar de cualquier cosa que tenga significado no significa que se ocupe de *todo* sino, en última instancia, del significado de las cosas, incluidos los lenguajes verbales y no se diga los no verbales. Pese a no haber sido considerada en un principio, al final de la investigación la semiótica iría cobrando más y más importancia, sobre todo para el análisis de los lenguajes no verbales. *La estructura ausente* (1968), el *Tratado de semiótica general* (1976) y *Apocalípticos e integrados* (1965) de Eco, la figura principal en el campo de la semiótica (Leeds-Hurwitz, 1993: 9), resultarían claves no sólo para el análisis sino también para conocer a los pioneros de la disciplina, como Charles Sanders Peirce, así como la evolución de la misma. También abrevaría en las *Mitologías* (1957) de Barthes, así como en el libro de Sebeok, *Signos* (1991), y en *Semiotics and communication: signs, codes, cultures* (1993) de Wendy Leeds-Hurwitz, este último de gran utilidad a propósito de la comida, el vestido y los objetos como lenguajes no verbales.

2.5. Metodología

Una vez entendido que antes de aspirar a cualquier tipo de generalización era necesario ir primero a lo particular, el siguiente paso fue pensar en un solo pueblo purépecha, como lo hizo el propio López Castro (1986) con Puentecillas, aunque en su caso se trataba de un pueblo mestizo. Esto empezaba a llevarme por el camino de la **etnografía de la comunicación** pues, cuando se trabaja en el marco de esta “subdisciplina sociolingüística” (Llamas, Mullany y Stockwell, 2007: 214), “lo primero que se hace es definir (...) la comunidad que se va a estudiar” (Lastra, 1992: 404). Esto no quiere decir que desistía de la familia como objeto de estudio sino que ésta necesariamente forma parte de una comunidad.

Por principio de cuentas, escogí Michoacán y a los purépechas y no otro Estado de la República donde no conociera a nadie y tuviera que empezar desde cero por dos razones, primero

porque éste es uno de los Estados con mayor índice de migración y segundo porque, con las personas que iba a buscar ahora ya tenía cierto grado de confianza, años atrás me había reído con ellos, había compartido su comida y hasta llegué a dormir en sus casas; otros me contaron sus penas, algunos incluso me visitaron en la Ciudad de México. Aquel año que pasé en la región purépecha no sólo fue la materia prima de mi primera investigación sino también la base para estudios posteriores, como éste. Pronto, en el 2003, habría de regresar por nuevos datos para mi tesis de maestría, aunque por menos días pues esa vez no había tanto tiempo para el trabajo de campo y éste se tenía que optimizar al máximo, como ahora. Pero en ese segundo viaje aproveché las relaciones hechas en un principio, las cuales consolidé, y también establecí nuevas. Así que, para la presente investigación, echaría mano de las **redes** tejidas desde un principio y de las hechas en el segundo viaje; así como los primeros migrantes tienden **redes** de las cuales otros migrantes se habrán de aprovechar en el futuro, yo también me valdría de mis propias **redes**.

Pero antes de emprender un viaje a Michoacán era necesario, llevar a cabo la planeación de un nuevo periodo de trabajo de campo. ¿Cómo realizar un estudio que diera cuenta de esta problemática? ¿Cómo dar con una familia en estas circunstancias, con una familia prototipo, una familia que hablara la lengua indígena, que fueran artesanos y además migrantes? Y por si fuera poco, ¿cómo entrar a su casa, a su intimidad; cómo meterme hasta su cocina y comerme su sopa?

2.5.1. Las amistades generosas

A fin de no tener que huir después de haberme comido la sopa, como lo hace en el cuento Ricitos de Oro, desde mi primer trabajo de campo en 1996 desarrollé mis propias estrategias, como llevar un diario de campo, tomar fotografías, hacer dibujos y sobre todo, hacer amistades pues, de pronto, en aquel año, lo que sólo era un proyecto, un sueño casi imposible, se había hecho realidad: ya estaba en Michoacán, con una beca, en una troje a orillas del lago de Zirahuén. De modo que, de cara a las circunstancias y con cero experiencia en el trabajo de campo, sólo me quedó, como dice el dicho, tomar al toro por los cuernos.

Pensé entonces que antes de hacer grabaciones o aplicar cuestionarios, lo primero que tenía que hacer era amigos, ganarme la confianza de aquellos que más adelante podrían ayudarme, lograr cierto grado de armonía y afinidad, lo que Lewis (1961: 20) llamó *rapport*. No podía perder la oportunidad de iniciar una amistad duradera por precipitarme y tratar de hacer una grabación en el primer encuentro; lo primero que tenía que hacer eran buenas relaciones aunque

eso significaba pararse en el filo de la navaja, beber alcohol con ellos sin perder la compostura, por ejemplo, lo cual no habría de ser nada fácil dada su generosidad no sólo con la comida, también con la bebida. De cualquier forma, más que *amistades peligrosas*, como diría Laclós (1982), lo que yo encontré fueron *amistades generosas*.

Y a eso me dediqué, a hacer amigos, purépechas y no purépechas, como el ingeniero Luis Sereno, un capitalino como yo pero comprometido hasta la médula con los purépechas e incluso avecinado en Santa Fe. Y en efecto, esta vez habría de volver a contar con su ayuda. Desde aquella primera investigación llevada a cabo entre 1996 y 1997, mi estrategia ha consistido pues en hacer amigos más que en encontrar informantes. En el intento quizás llegué a agobiar a alguien pero no fue ésa mi intención, he procurado tener cuidado de no prolongar más allá de lo necesario las visitas y las estancias porque se corre el riesgo de resultar molesto, como dijo Jacorzynski (2008: 29), la gente puede llegar a verlo a uno como un *atacante* o, en términos de Cortázar (1976), como una especie de *perseguidor*.

Me di cuenta de esto muy al principio en Tziróndaro, cuando, a pesar de que mi amiga Bertha me decía muy segura y sonriente que su esposo tenía tiempo para responder a mi cuestionario, su marido lo que deseaba era ver un partido de fútbol por televisión pues, aun cuando él también me decía que sí, que le hiciera las preguntas, no sonreía como ella, así que su rostro resultó más *fidedigno* que sus palabras (Davis, 2010: 83). Obviamente renuncié al cuestionario y nos pusimos a ver el juego, ya habría otro momento para mis preguntas, y lo hubo.

Esto de hacer amigos también implica ver a los sujetos de estudio como iguales y lograrlo es de gran utilidad cuando se pretende comprender su perspectiva y “reducir al mínimo las diferencias existentes” (Mead, 1993: 30) pues, como diría Bourdieu (citado por Leeds-Hurwitz, 1993: 63), “la aversión a los estilos de vida diferentes es quizá una de las barreras más fuertes entre las clases”. De lo que se trata es, como dijo Mead (1993: 30), de estar dispuesto a adaptarse a los hábitos de estas personas y entender sus maneras de ser y de hablar. Sin embargo, mi sola presencia hizo que modificaran algunos de sus hábitos, como hablar en español conmigo, para no ir más lejos, pues, a pesar de mis esfuerzos, nunca tomaron en serio mi purépecha, más bien, como veremos enseguida, para algunos resultaba muy gracioso, no porque lo hablará demasiado

“mal” o demasiado “bien”, creo que lo que los hacía reír era el hecho de que alguien no purépecha como yo, hablara su lengua, algo completamente fuera de lo común.²⁹

Éste habría de ser el primero y más importante de mis límites, la lengua de interacción y por lo tanto de análisis pues, al contrario de lo que esperaba, salvo tres de los sujetos estudiados, la gente que participó en este trabajo no habría de utilizar ni el inglés ni el purépecha; para mi sorpresa, el español se reveló como el vehículo de comunicación por excelencia tanto en Michoacán como en los Estados Unidos y por supuesto en la Ciudad de México, no sólo por mi presencia; basta con que haya alguien ajeno a la comunidad para que los purépechas **cambien de código**, es como si el purépecha fuera guardado celosamente de los extraños, incluso de aquellos que hemos hecho el intento de hablarlo.

De cualquier modo, para mi buen suerte, ya contaba con algunas amistades que quizás podrían ayudarme con esta investigación, personas con las que ya tenía la confianza suficiente para explicarles mis intenciones, pues siempre he planteado a mis amigos cuáles son mis objetivos y ellos me han comprendido plenamente. Sin embargo, pese a todo, tenía varios años sin ver a ninguno de ellos y no sabía qué escenario iba a encontrar, es más, quizá no los encontrara, cabía la posibilidad de que ya no vivieran en las casas donde había estado años atrás, que se hubieran mudado a otro pueblo, a otra ciudad o, justamente, a los Estados Unidos.

2.5.2. *La observación participante al extremo*

El método que en la **jerga**³⁰ antropológica se conoce como *observación participante* fue concebido por Malinowski (citado por Agar, 1996: 92) y, en sus propios términos, no es otra cosa que “captar el punto de vista del nativo, su relación con la vida, para comprender su visión de su mundo; meterse en la piel del nativo”. Esto me pareció de vital importancia porque en los estudios sobre migración imperaban los relatos de terceros; los mismos autores que así lo han hecho reconocen que la realidad dista mucho de lo que los protagonistas cuentan. Según López Castro (1986: 110), los que regresan olvidan todo lo malo y sólo platican lo bien que se paga el trabajo mexicano en los Estados Unidos, lo que les rindieron los dólares que pudieron ahorrar y que pronto se irán nuevamente pero, como dice Lizárraga (2002: 99), no siempre les va bien. O

²⁹ El hecho de que sean los purépechas los que aprenden español y nunca o casi nunca a la inversa dice mucho acerca de lo desigual que es el **contacto** entre estas dos lenguas.

³⁰ Se llama **jerga** al vocabulario técnico o especializado que suele asociarse con un grupo profesional o de interés (Llamas, Mullany y Stockwell, 2007: 218).

como dice Durand (1996: 14), “los migrantes en ocasiones suelen exagerar sus aventuras”. Por lo tanto, decidí que era indispensable ir a observar con mis propios ojos cómo era la situación de los purépechas en los Estados Unidos; no bastaba con ir a Michoacán, platicar con ellos, comer su comida, participar en la hechura de la artesanía o establecer un compadrazgo, cosas que también habría de hacer, era preciso ir a los Estados Unidos, pizcar con ellos, dormir en un tráiler; vivir como un migrante, aunque fuera por un breve periodo de tiempo y aun cuando esto implicara un riesgo muy alto.

2.5.3. *La obtención de los datos*

A fin de reestablecer el contacto con mis viejas amistades, empecé por hacer un viaje relámpago a la parte norte del lago de Pátzcuaro entre diciembre del 2009 y enero del 2010. Dicho viaje resultó crucial pues efectivamente, la situación que encontré fue muy distinta a lo que había visto años atrás y a lo que yo esperaba. Por ejemplo, no toda la gente aspiraba a irse a los Estados Unidos, no toda la gente que migraba lo hacía de la misma manera, no toda la migración era de ida y vuelta; había casos de residencialización y una gran variedad de destinos y combinaciones.

De cualquier forma, tanto en Michoacán como en los Estados Unidos, yo en todo momento me conduje como un viajero, dispuesto a probarlo todo y a hacer de todo; a ser alfarero e incluso bracero. Mi inspiración en cuanto a esta manera de conducirme no fue un lingüista ni un antropólogo sino un chef, Anthony Bourdain, cuya serie de televisión, *No reservations* (2006, 2007 y 2008) y sus libros, *Kitchen confidential* (2000) y *The nasty bits* (2006), también resultaron muy influyentes. Sin embargo, tampoco me limité a esta estrategia ni renuncié por completo a los métodos tradicionales, los cuales, como veremos más adelante, resultaron complementarios e incluso claves en situaciones específicas; la entrevista, por ejemplo, me funcionó muy bien con personas con las que no iba a tener oportunidad de hablar más que en ese momento. De hecho, aunque discretamente, las cámaras y micrófonos los llevaba a punto con una grabadora digital de voz Olympus, un iPhone, y una Nikon FM10, las cuales sí usé pero también fueron complementarias.

Un instrumento básico fue el *diario de campo*. Este recurso me han funcionado muy bien en otras investigaciones pues suele ser el lugar donde recae la mayor parte de la información. Como dirían Giarracca y Bidaseca (2004: 36), los diarios de campo son “inestimables fuentes de las voces de los sujetos en los momentos de mayor libertad en la relación investigador-

investigado”. Además, los diarios de campo tienen la ventaja de que se hacen sencillamente con un cuaderno y una pluma, incluso a la luz de una vela. Esto último considerando la eventualidad de que pudiera no tener, no digamos Internet sino energía eléctrica, como en la película *Hasta el fin del mundo* de Wim Wenders (1991), lo cual no era exagerado, sobre todo en los Estados Unidos pues, de acuerdo con López Castro (1986: 57), a pesar de su optimismo, los migrantes mencionan condiciones precarias; hay quien habla incluso de “esclavitud posmoderna” (Rodríguez, 2010: 133).

Por otra parte, existe en la lingüística una contradicción conocida como *paradoja del observador*, la cual consiste en que “los medios empleados para la recogida de datos interfieren en estos mismos datos” (Labov, 1983: 75). En su afán por evitar esto, Labov propuso un “tipo de observación fugaz y anónima con vistas al estudio de la estructura sociolingüística de la comunidad de hablantes” (Labov, 1983: 76). Así superaba el estilo formal de la entrevista pero perdía en cuanto a la cantidad de referencias de los sujetos observados, como su escolaridad o su origen. Su técnica fue conducirse como cualquier persona en tres diferentes almacenes de Nueva York: Saks, Klein y Macy’s,³¹ hacer una pregunta sencilla como: “¿Qué piso es éste?”, insistir buscando una segunda elocución y una vez fuera de la vista de esa persona anotar los datos obtenidos. Con este concepto de interacción anónima y no intrusiva Labov buscaba no predisponer a la gente a un contexto de interrogatorio entre investigador e informante, con cámaras y micrófonos, lo cual necesariamente derivaría en una situación y en un estilo más formal, bastaría con interactuar como lo hacen dos personas en una situación cotidiana. Su famoso estudio de los grandes almacenes lo llevó a dos conclusiones, una empírica: que en ciertos contextos, la vibrante simple /r/ se realiza o no dependiendo de la estratificación social, y otra propiamente metodológica, en palabras del propio Labov: que “las observaciones rápidas y anónimas son el método experimental más importante en un programa lingüístico que tome como principal objeto el lenguaje utilizado por la gente corriente en sus asuntos cotidianos” (Labov, 1983: 104).

Este método resultaría adecuado con algunas personas tanto en Santa Fe como en los Estados Unidos pero no sería suficiente para mí que pretendía vivir bajo el mismo techo con las personas a observar. Más que buscar la solución de la *paradoja del observador* en el anonimato,

³¹ El Macy’s que se menciona en los Antecedentes, en el *Interludio texano*.

yo pensé no tanto en eliminarla sino más bien en controlarla, es decir, en asumir que el método y la persona que recopila los datos sí van a interferir y es mejor estar conciente de esa interferencia que uno va a generar para manejarla de la mejor manera posible. Me di cuenta de esto, de que yo mismo era otro sujeto analizable, hasta después, hasta que tuve sobre la mesa mis datos; entre las líneas producidas por los protagonistas de este estudio estaban también mis propios **actos de habla** los cuales inevitablemente tuvieron su efecto en los de estas personas y permitían esbozar a otro personaje, un hispanohablante de la Ciudad de México, yo mismo. Como diría Duncan (citado y destacado por Friedrich, 1995: 31), “todos los hombres tienen su **acento** propio, aunque solamente *perciban* el de los demás”. Solo siendo invisible se podría no interferir en los datos pero, como esto no se puede, lo mejor es estar conciente de la propia interferencia y controlarla con un bajo perfil, sin mayores protagonismos.

Es fácil caer en la tentación de hacer juicios o incluso dejarse llevar por **prejuicios** pues, como dice Coates (2009: 29), todos los tenemos, incluso los especialistas los tienen; yo los tuve al principio de la investigación, afortunadamente, los lectores de mis primeros borradores me lo hicieron ver y alcancé a deshacerme de ellos. Al final, me limité a hacer descripciones, lo más fidedignas que me fue posible, pero sin asumir una postura de autoridad, ni de juez ni nada por el estilo; que sea el lector y no yo el que diga “qué maravilla” o “qué asco” cuando lea lo que aquí he descrito.

2.6. Características de la obra

No obstante la complejidad del problema y las diferentes disciplinas que involucra, otro de mis propósitos consiste en presentar el asunto con un lenguaje sencillo; que esta obra pueda leerse sin tener que ser especialista en las materias que toca, lo cual puede hacer que el tema llegue a más personas; que la gente vea cómo son los lenguajes de la gente, las situaciones comunicativas reales donde se dan los fenómenos lingüísticos como el **contacto** y el **bilingüismo** y haga un poco de conciencia acerca de conceptos como **discriminación** y **prejuicio**, algo que hace mucha falta, tanto en México como en los Estados Unidos. Esto, desde luego que no es una mera ocurrencia, a fin de cuentas, la inspiración vienen de trabajos clásicos de la antropología como *Adolescencia y cultura en Samoa* (1928) y *Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas* (1935) de Margaret Mead, cuyo lenguaje sencillo ha llevado estas obras a un mayor número de

lectores. Lo mismo puede decirse de los libros de Lewis, los cuales han tenido públicos más amplios que el gremio antropológico e incluso, en el caso de *Los hijos de Sánchez* (1961), han pasado del lenguaje escrito al lenguaje cinematográfico (Bartlet, 1978).

Austin también apostó por la sencillez del lenguaje, en el estudio introductorio a su obra *Cómo hacer cosas con palabras* (1971: 9), Carrió y Rabossi lo ubican dentro de la “filosofía del lenguaje ordinario” lo cual significa que, “para tratar los problemas filosóficos hay que usar un lenguaje llano, esto es, claro y simple. Hay que evitar la **jerga** altamente especializada y generalmente incomprensible que muchos consideran indispensable para hacer filosofía. Grandes pensadores han abogado por esto e incluso han predicado con el ejemplo”. Por todo ello concebí este estudio así, como un texto accesible y ameno, incluso literario (Lewis, 1961; Pozas, 1952) pues el discurso lingüístico es ya de por sí metafórico, no se diga el semiótico, el cual; como dice Leeds-Hurwitz (1993: 157), tiende a ser abstracto y a menudo se ocupa más de la terminología que de analizar un comportamiento concreto.

Las lenguas que se manejan aquí son las involucradas en el **contacto**, el español, el inglés y el purépecha, éste último con sus respectivas traducciones.³² Por lo ya dicho, solamente utilizo transcripciones cuando es necesario describir cierta pronunciación, como en el caso de la camioneta tipo *van* que más de un hablante mencionó y pronunció así: /ben/, sólo entonces la secuencia de sonidos aparece entre diagonales, aunque sin llegar a ser una escritura estrictamente fonética porque he limitado al máximo el uso de caracteres especiales; me conformo aquí con los símbolos presentes en cualquier teclado. En cuanto al estilo de la fuente (times new roman), uso *cursivas* o *itálicas* para destacar las palabras, oraciones o discursos en otras lenguas diferentes al metalenguaje empleado para tratar el asunto, es decir, inglés y purépecha. Lo mismo cuando una palabra española o inglesa aparece en medio de un discurso en la lengua indígena. También las uso para los títulos de libros, los títulos de los apartados de los capítulos, para poner *énfasis* y, finalmente, para señalar los **puntos ricos**, aquello que por algún motivo llamó mi atención, como en este ejemplo: “*éraba* de Zacapu”, en donde el verbo *ser* está conjugado de una manera particular. Además, muchos de estos **puntos ricos** podrían confundirse con errores de escritura si no tuvieran alguna señal.

³² Aunque algunos lectores de versiones previas de este trabajo me sugirieron incluir traducciones del inglés, desistí de hacerlo porque, a diferencia del purépecha, el inglés está en todas partes y confío en que los lectores, en caso de no conocer una palabra, tendrán a la mano un diccionario, una computadora o cualquier otro tipo de *gadget*.

Las **negritas** son usadas aquí para señalar los conceptos de interés tomados tanto de la lingüística como de la antropología y otras disciplinas. Y como ya se habrá advertido, se definen cuando surgen por primera vez, en lo sucesivo, aparecen en **negritas** siendo éstas una especie de alerta que permite localizarlos rápidamente en el texto y nos indica que se encuentran al final, en el índice analítico, mismo que da cuenta de todos los lugares donde aparecen.

También he procurado que las referencias de las citas queden en el cuerpo del texto, donde sólo aparecerá el apellido, el año de la edición citada y, cuando es el caso, la página que se cita. El resto de la información bibliográfica, como las editoriales, los lugares de edición, los traductores, cuando es el caso, y los años de las ediciones originales podrán consultarse en la bibliografía incluida al final de la obra, con lo que se evitarán muchas notas al pie. Por esto es que de pronto obras clásicas aparecen con años de edición recientes pues, en las citas, los números de las páginas corresponden a la edición que utilicé, no a la primera que hubo.

Algo en lo que he puesto especial atención es en el lenguaje en el que está escrito este trabajo; además de usar un estilo sencillo, he renunciado a la tentación de utilizar los términos que usan las personas de cuyo lenguaje estoy dando cuenta aquí. Acaso como una forma de solidaridad, algunos autores, como Kalmar (2001), Leco (2009) y Rodríguez (2010), así lo han hecho en sus libros *Illegal alphabets and adult biliteracy*, *Migración indígena a Estados Unidos* y *Esclavitud posmoderna*, respectivamente, pero, a fin de destacar dicho lenguaje, yo he preferido confrontarlo con sus contrapartes españolas, por eso, en mi propio discurso, yo no hablo de una *troka* o de una *traila* sino de una *camioneta* y de un *tráiler*.

Por último, debo decir que por un momento pensé no mencionar los verdaderos nombres de mis amigos, como lo hace Zárate (1994) en *Los señores de utopía*, sin embargo, como aquí no hay ningún conflicto, finalmente decidí no hacerlo. Además, este recurso no suele funcionar pues, en el caso de este libro sobre el conflicto entre Santa Fe y el pueblo de Quiroga, cualquier persona que conoce la historia reciente de Santa Fe, así sea de manera superficial, se da cuenta de que Eligio Díaz y Elpidio Domínguez³³ son la misma persona.

³³ Elpidio Domínguez Castro fue el líder de dicho movimiento y su asesinato, a manos de sus enemigos, habría de convertirlo en una leyenda.

2.7. La estructura de la obra

Una vez introducido el lector en el asunto de la migración, por el cual ya hemos transitado (Antecedentes), y advertido de qué tipo de lectura tiene en sus manos, justo en donde nos encontramos ahora (Marco Teórico Metodológico), lo siguiente será conducirlo a través de un viaje a Michoacán (Santa Fe). Aquí, a partir de la observación de las costumbres de los purépechas y mi convivencia e interacción con ellos, básicamente en español, en algunos casos en inglés y mínimamente en purépecha, describo la situación sociolingüística de una comunidad indígena con respecto a la migración y, particularmente, la situación de la familia con la que tuve el mayor acercamiento que me fue posible, sin llegar a invadir su privacidad.

Aquí vienen también los casos de otras familias que no sólo han migrado sino que además residen o han residido en los Estados Unidos. Esto para no dejar de mencionar la existencia de otras modalidades migratorias y tener un espectro más amplio del fenómeno pues, si bien, como ya lo he dicho antes, decidí centrar mi atención en una familia, esto no significa que las circunstancias de ellos sean las de todos los migrantes purépechas. De hecho, el caso de una familia residente, aquí sólo mencionado, bien podría constituir otro estudio para ser llevado a cabo en un futuro. También incluyo aquí las historias de otros purépechas que por tener otras opciones o por no poder hacerlo, no han migrado, dejaron de hacerlo o bien, fueron deportados.

En el siguiente capítulo (Análisis semiótico de Santa Fe), ofrezco un análisis de lo observado en el pueblo y propongo los siguientes apartados, *La ecología*, donde me ocupo de la comunidad en general, y *Los espacios*, donde hablo en particular de las tres casas de la familia eje y algunas otras más, así como de los baños, los cuales resultaron especialmente interesantes. Posteriormente me centro en los lenguajes verbales, el purépecha, el español y el inglés. A continuación le doy un espacio a los **códigos** no verbales, la comida, el vestido y los objetos y, finalmente, me ocupo también del *bien vivir*, otro **código** de gran importancia para los purépechas.

Posteriormente habría de seguir en su viaje a los Estados Unidos a dos integrantes de la familia eje, cuya cotidianeidad describo gracias a que logré vivir con ellos su día a día. Aquí muestro qué tipo de ambiente encuentran y cómo es su lenguaje y el de otros pizcadores. De modo que, una vez más, el lector será llevado de viaje, ahora un punto de la inmensa geografía estadounidense (Arcadia) para, de nuevo, ver desde adentro cómo es la vida de estas personas, pero ahora en los Estados Unidos. Aunque colarme al interior del tráiler de unos migrantes

parecía muy difícil, casi imposible, pensé que si quería dar un paso más allá de lo que había leído hasta entonces era indispensable hacerlo.³⁴

En el siguiente apartado (Análisis semiótico de Arcadia), continúo con las mismas líneas del análisis hecho para Santa Fe, es decir, la **ecología**, la cual resulta completamente distinta; los espacios, muy diferentes también, lo mismo que los lenguajes, verbales y no verbales. Además de ocuparme de los dos integrantes de la familia eje que hicieron el viaje, también me ocupo aquí del lenguaje de otros migrantes no purépechas con los que éstos conviven. No obstante que sigo las mismas líneas, este análisis es muy diferente del anterior, aquí los objetos, por ejemplo, cobran una mayor importancia y la lengua purépecha se retrae casi hasta el estatus de un **código** secreto.

Finalmente, al regresar de los Estados Unidos, mientras me encontraba en la Ciudad de México analizando mis datos, otros miembros de la familia, los que no consiguieron cruzar la frontera y aquellos que ni siquiera lo intentaron, habrían de venir a la capital del país, generando con ello un tercer escenario que no tenía contemplado en el proyecto original pero que surgió súbitamente debido a las circunstancias particulares de mis amigos y forma parte de la realidad de la etnia pues su migración también es nacional, a las grandes ciudades de México, como Guadalajara (Bayona, 2006; Talavera, 2006; Ambriz, 2011) y el Distrito Federal, lo que dará una visión más redonda del fenómeno migratorio purépecha, el cual es vertiginosamente dinámico; no bien termino de tratar una situación cuando ya surgió otra. Y precisamente por eso decidí mencionarlo.

Así pues, en las Conclusiones describo lo que pasa con otros dos hermanos y una hermana de la familia eje, aquellos que no lograron hacer el viaje a los Estados Unidos y optaron por otro destino dentro del país. Aquí dejo también algunos trazos de un tercer escenario que surgió ya avanzada la investigación; demasiado tarde para desarrollarlo pero aún a tiempo para mencionarlo. No quise dejar fuera del estudio esto último porque complementa la realidad de la familia y de los purépechas en general. De cualquier manera, este asunto sólo es el comienzo de lo que bien puede ser otro proyecto pues el tema está cambiando todo el tiempo; al final de mi investigación, cuando regresé a Santa Fe en el 2013, las circunstancias de la familia y de la comunidad ya no eran las misma de cuando cuando empecé en el 2010.

³⁴ Ya hacia el final de la investigación conocí autores que sí hicieron el viaje, como Hirai (2009).

III. SANTA FE

3.0. Introducción

En este capítulo ofrezco una aproximación al fenómeno migratorio a partir de Morelia, la capital del Estado, para, poco a poco, irme acercando a territorio purépecha, llegar a Tziróndaro y finalmente a Santa Fe, donde conoceremos diferentes historias, las de aquellas personas para las que no fue necesario migrar, las de quienes sí migraron y lograron regresar después de un tiempo, así como las de aquellos que decidieron quedarse allá y ya solo vienen de vacaciones; lo mismo que las historias de un par de jóvenes que se metieron en problemas y fueron deportados. Finalmente, el máximo nivel de profundidad habría de alcanzarlo con la familia Morales, cuya vida cotidiana habremos de conocer más a fondo y a quienes he de seguir más adelante en los Estados Unidos. El capítulo termina con una conclusión preliminar.

3.1. Migración moreliana

Una vez que tuve todo listo para un nuevo periodo de trabajo de campo me fui con mi hermana Lucía y mi sobrino Pablo a Michoacán pues ellos tienen una casa en Morelia y justo iban para allá, a la antigua Valladolid, la ciudad que fundaron los españoles en 1541 sobre el valle de Guayangareo, donde a la sazón vivían los matlatzincas o pirindas que, según Romero (1952: 21), se aliaron con los purépechas durante la intervención de Axayácatl en 1478 (León-Portilla, 1994: 182). A diferencia de otras ocasiones, esta vez la capital del Estado sí formaba parte de mis intereses porque, en esos días, 12 y 13 de julio de 2010, iba a celebrarse el VI Encuentro Intercultural de los Pueblos Indígenas de Michoacán, el cual estaba dedicado a los jóvenes

indígenas migrantes en espacios urbanos. Además, mi hermana me había sugerido platicar con el tío Jesús, hermano de mi papá y único migrante de nuestra propia familia.

Llegamos de noche, cuando los edificios de cantera lucen más bellos alumbrados por las suaves luces de los faroles, ya sin el tráfico de autos y personas que durante el día agobian a esta bella ciudad de piedra, toda una joya de la arquitectura novohispana. Por la mañana me despertó el ruido del jardinero, un señor moreno, delgado y sonriente. Usaba un sombrero y si bien no era purépecha, mi hermana me dijo que tenía hijos en los Estados Unidos. Me pregunto si ¿habrá alguien en Michoacán que no tenga al menos un pariente lejano en los Estados Unidos?

Mientras desayunábamos, mi hermana me dijo:

–Mi tío Chucho fue el único de todos los hermanos de tu padre que fue a los Estados Unidos. No sé en qué condiciones. Ahora bien, hace 40 años no era igual que ahora. Yo creo que no era tan grave, se ha ido agudizando. A una compañera de la primaria la llevaron a Disneylandia y entonces la visa era permanente. No había la cantidad de *polleros* que hay ahora y después de lo de las Torres Gemelas (11 de septiembre de 2001)...

–O sea que mi tío Chucho se jugó la suerte pero no la vida.

–Sí. Pero lo sufrió; cuando murió mi abuelito, él estaba allá.

Por la noche visitamos al tío Jesús. Nos abrió la puerta su hija Leticia. El tío estaba en la cocina terminando de merendar pan dulce con leche. Hermano menor de mi papá, el tío Jesús es muy parecido a él pero con más pelo, incluso en el pecho, aunque blanco, eso sí. Entre su canosa vellosidad se veía un crucifijo con la imagen de Santa Teresita del Niño Jesús. En cuanto pude le toqué el tema de su viaje a los Estados Unidos. Lo primero que nos dijo fue que en un calcetín guardaba 50 dólares para regresarse a México en caso de cualquier problema y que los sábados hacía *over time*, y si no, se iba a ver espectáculos o parques. Una vez lo invitaron a San Francisco pero le dio miedo que los agentes de migración lo “cacharan”, los cuales, dijo, no llegaban con uniforme sino vestidos de civil, por eso no conoció el Golden Gate. Entonces comprendí por qué las personas que abordé en Dallas se ponía nerviosas cuando les preguntaba de dónde eran; lo que para mí era una pregunta *laboviana*³⁵ para ellos era un sobresalto. Urgando un poco en las **actitudes** le pregunté a mi tío si alguna vez lo habían tratado mal o **discriminado**.

³⁵ Una pregunta casual y anónima mediante la cual se espera obtener información precisa (Labov, 1983: 82).

–Hasta eso no, nunca. Si vas a estorbar sí pero si vas del trabajo a tu casa, no, no te molestan. Pero si vas a *jalarle*... –hizo un gesto con la mano como si bebiera de una botella– Nada más estuve en Los Angeles. Fue el 67 o 68, cuando fue la Olimpiada, fue el año que murió mi papá, la mayordoma me dijo: “Jessy –me decía Jessy– ya para qué vas, no vas a llegar ni al velorio”. Y sí, cuando llegué nada más vi la tumba. Luego me volví a ir, fui tres veces, la primera entré por Nuevo Laredo, los parientes de mi esposa me ayudaron. Yo tenía *card*, bueno, era visa de turista. En migración dijimos: sí, vamos a visitar a unos parientes. “¿Cuándo se van?” Mañana. Sí, cómo no. ¡Nos estuvimos un año!

–Un día pedimos unos refrescos Seven Up: “*Seven sodas*”. La señorita llevó siete refrescos y le dije: “no, dos, *two*”. Y se molestó la señorita.

–¿Y se tomaron siete refrescos? –pregunté zumbón.

–No, nos fuimos, y más se molestó porque ya los había abierto. Yo trabajé en una fábrica de muebles –continuó el tío Jesús– El patrón en esa mueblería, ése sí era hombre. Unos hacíamos asientos para sillas, unos *jeans*, en máquinas, tejiendo. También trabajé en un taller de aluminio y sacábamos las puertas de un camión, no *pues* me veían que me tambaleaba y nomás me dieron mi cheque y ya. Y atrás de mí venía un *negrito*, tampoco él podía.

Después de un rato nos despedimos del tío y el resto de la familia y regresamos a la casa de Lucía.

El Encuentro Intercultural resultó para mí justamente eso, un encuentro con viejos amigos que como yo, habían asistido a escuchar las ponencias de los jóvenes indígenas. El historiador Carlos Paredes me presentó a Casimiro Leco, uno de los ponentes. Después saludé a Ireneo Rojas del Centro de Investigación de la Cultura *P’urhépecha* de la UMSNH y también a Néstor Dimas, autor del libro *Temas y textos del canto p’urhépecha* (1995), quien me sugirió buscar a su cuñada, la cual vivía en los Estados Unidos pero estaba de vacaciones en Santa Fe. También conocí durante este encuentro a Joaquín un hijo de Pedro Márquez, el autor de los libros de purépecha para los niños de primaria (1996). Joaquín también era ponente, había estado años en los Estados Unidos y conocía varios Estados así que le pedí una entrevista y me la concedió.

Me dijo que el cambio se está dando con los niños pues son ellos quienes aprenden inglés, no los adultos. Según él, por allá es común la mezcla de lenguas, pues en un día, los niños conviven con las tres: el purépecha en la casa; el español en la calle, con otros niños no

purépechas, mexicanos o centroamericanos; y el inglés en la escuela, por lo que es común escuchar cosas como *byechka* (adiós pues) en donde se mezcla la despedida en inglés *bye* con el *clítico* purépecha *-chka* (Villavicencio, 2010). Dijo que él había hecho una lista de 45 frases de este tipo, en las que se mezclaba el inglés con el purépecha y el español pero, cuando le pregunté por ellas, hermético, dio por terminada la entrevista.³⁶ Sin embargo, una vez en el Jardín de la Rosas, a donde fuimos a tomar una cerveza con Alicia Lemus, otra joven purépecha que recientemente había terminado su tesis de maestría sobre la migración purépecha durante el Programa Bracero, Joaquín se mostró menos reservado que en la entrevista y me contó que había sido lavaplatos en Chicago pero que, al mismo tiempo estudió hasta *high school*, pues su papá (Pedro), no quería que dejara de estudiar y sólo le permitió trabajar *halftime*, nunca *overtime*.

Alicia, por su parte, me contó que ella también fue a los Estados Unidos:

–Yo cuando llegué a Estados Unidos, a la casa de mi tío, pensé que me había equivocado, y para colmo, el coche que me llevó ya se había ido, y yo pensé: qué voy a hacer. Pero esa mujer que salió me dijo. “Sí, aquí vive pero se fue al trabajo, ellos son tus primos”. Yo no sabía que tenía otra familia allá. Cuando llegó, me llevó a cenar fuera y me regañó: “¿Por qué no me avisaste que venías?”. Así que la migración no sólo genera *casas divididas* sino también *casas chicas*, como se le suele llamar a esta modalidad familiar.

Cuando terminamos de tomar la cerveza, Joaquín se fue caminando bajo la lluvia y Alicia y yo compartimos un taxi que la dejó primero a ella y después a mí.

3.2 Pátzcuaro

Al día siguiente, mi hermana y mi sobrino me llevaron a Pátzcuaro, como diría Zárata (2001: 71), un “importante centro de acopio y comercio, punto intermedio entre varias regiones”, “zona turística” y “centro administrativo y religioso en la cuenca” del lago. Lo encontramos muy tranquilo, como siempre. Sin embargo, en la “Plaza Grande”, la Plaza Vasco de Quiroga, estaban cambiando el piso de los portales y las nieves de sabores se habían tenido que mover después de haber estado años en el mismo sitio. Comimos en el restaurante de Susana, una argentina amiga

³⁶ Tiempo después, una de mis alumnas de la ENAH me reportó haber escuchado durante su trabajo de campo que un joven de Pichátaro que había regresado de los Estados Unidos le dijo a una turista algo por el estilo: “*waxaka señora please*” (siéntese, señora, por favor).

nuestra. Después del café, mi hermana y mi sobrino regresaron a Morelia y Susana me dio las llaves de la cabaña donde pasaría la noche, dentro de la casa de Robin, una americana que sólo viene una vez al año y por unos cuantos días, por lo que ella le cuida el chalet, el jardín y el resto de la propiedad la mayor parte del tiempo. Además de la casa de adobes y tejas que da a la calle, la cual por dentro es un pequeño museo de artesanías michoacanas, hay además una cabaña con agua caliente, cocina, sala, televisión por cable y un gran jardín con esculturas de cantera y un sistema de riego automático que, al activarse de pronto, me produjo un sobresalto.

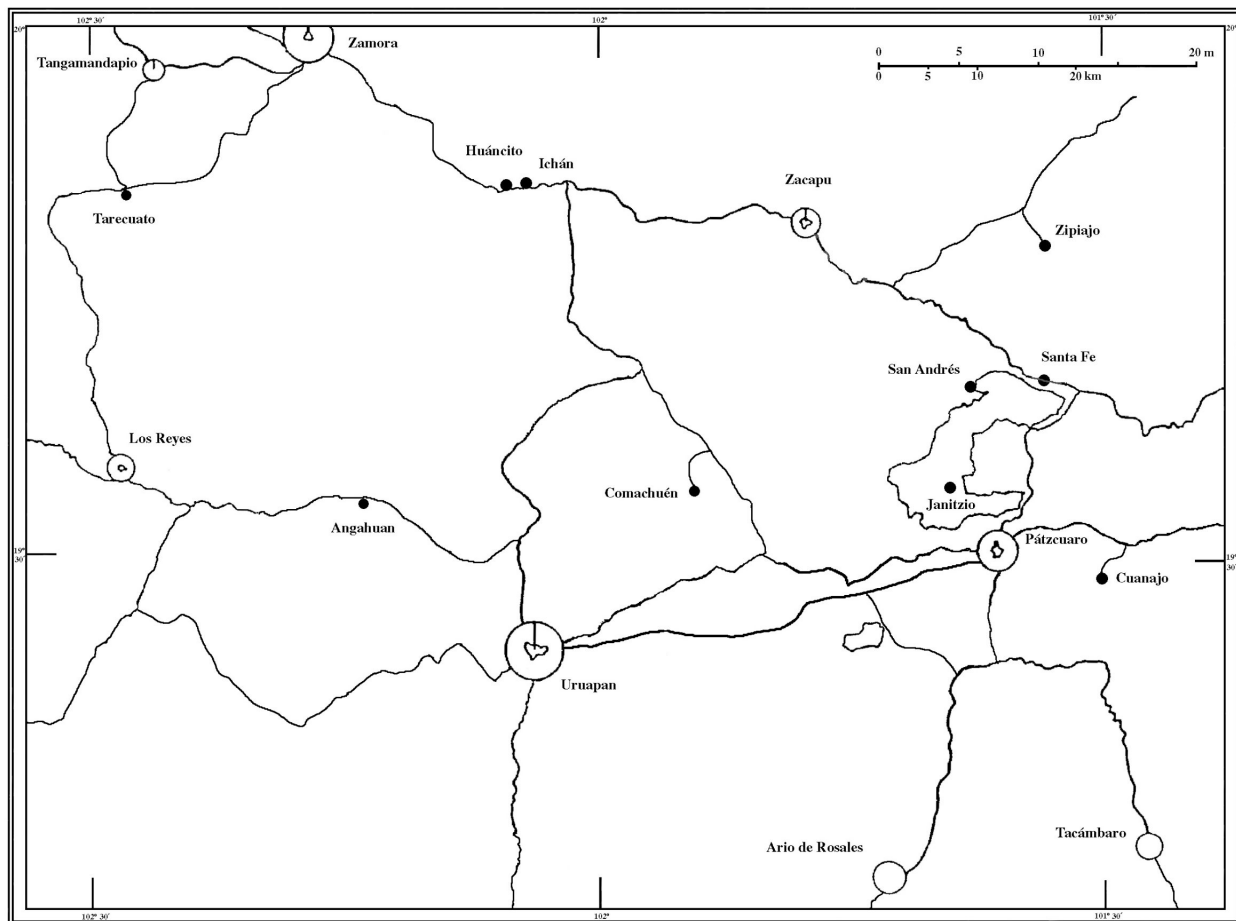
Sobre la cabaña, toda de madera, empezaba a caer la lluvia, cuyo sonido me hizo reparar en la belleza del techo de tejamanil. Susana llegó más tarde cerrando un paraguas empapado y diciendo que llovía a cántaros. Le conté en qué estaba ocupado ahora y el asunto llegó hasta ella; mencionó que aquel muchacho que fue a buscarla por la tarde al restaurante le había dicho que su papá se tuvo que ir “al Norte”, que lo presionaron mucho para que se fuera pero que, antes de irse le terminó un trabajo de albañilería.

De modo que también la gente de Pátzcuaro se aventura a la migración. Ni siquiera el turismo, que no es poco en este pueblo llamado “mágico”, genera las suficiente oportunidades para los sectores menos favorecidos pues, por otro lado, existe en Pátzcuaro una “élite” (Zárate, 2001: 71) conformada por comerciantes, hoteleros, las viejas familias acomodadas, como los Mendoza, a quienes conocí en mi primer viaje, y ahora también residentes extranjeros, unos permanentes, como Susana, y otros temporales, como Robin.

3.3 Territorio purépecha

Luego de rodear la parte oriental del lago de Pátzcuaro a bordo de un autobús, finalmente llegué a Quiroga y desde ahí caminé hasta Santa Fe. Ésta sería mi tercera temporada. La primera, en 1996, vine con el propósito de llevar a cabo el trabajo de campo necesario para mi tesis de licenciatura. Después de casi un año viviendo en la zona, primero en Zirahuén, luego en Tziróndaro y por último en Comachuén, comunidades desde las cuales me dirigía a otros pueblos como Puácuaro, Zipiajo, Turícuaro, Azajo, Angahuan y Santa Fe, llegó un momento en que no sólo tenía la información que necesitaba, además, habían llegado hasta mis diarios de campo datos de otros temas que entonces no podía atender pero que también llamaban mi atención. Años después

regresé para ocuparme de la **variación**³⁷ de la lengua y volví a cinco de las comunidades donde ya había estado antes. Además, recogí información en otras cinco más: Tarecuato, Huáncito, Ichán, Janitzio y Cuanajo (Mapa 3.1). De nuevo, como en el primer viaje, la información no buscada brotaba una y otra vez. Un tema recurrente era el relativo a la migración; parecía un náufrago haciéndome señas con su camisa.



Mapa 3.1. La región purépecha y las comunidades estudiadas en el 2004³⁸

Constantemente escuchaba decir: “se fue *al Norte*”, “está en *el Norte*”, “ya vino del *Norte*”, “se va a ir *al Norte*”. Al parecer, todo el mundo tenía a alguien en los Estados Unidos. El

³⁷ En un principio, aquel estudio fue planteado como una aproximación a la dialectología de la lengua pero, más que dialectos lo que encontré fue una lengua bastante uniforme, eso sí, con sus particularidades de un pueblo a otro, por eso terminé hablando de **variación** y no de dialectología (Chávez, 2004).

³⁸ La base de este mapa fue el que hiciera West (1948) para el Instituto Smithsonian.

asunto no era poca cosa, además de involucrar a buena parte de los hombres jóvenes, en la gran mayoría de los pueblos, así como a algunas mujeres y niños, la migración hacia los Estados Unidos se había convertido ya, a finales de los años noventa, en una especie de eje en torno al cual yo veía girar la vida de estas personas, incluso la de quienes simplemente soñaban con ir y no irían nunca, como aquel hombre de Tziróndaro que solía decirme:

–Llévame al *Norte* –mientras, a sus espaldas, en el “lenguaje internacional de los signos” (Palahniuk, 2001), mi amigo Pedro me daba a entender algo como: “no le hagas caso, está loco”.³⁹ Así que dicha migración tenía que repercutir en la lengua y en la cultura purépecha, dos caras de una misma moneda (Agar, 1996), y no de una, de muchas maneras.

3.4. Tziróndaro

Ubicado al norte del lago de Pátzcuaro, Tziróndaro ya era un pueblo de migrantes a finales de los noventa, como sus vecinos de San Jerónimo Purenchécuaro (en lo sucesivo Purenchécuaro), un pueblo que para ese entonces ya estaba, como diría Bonfil (1987: 42), muy *desindianizado*.⁴⁰ En cambio en Tziróndaro, la gente conservaba la lengua, el vestido y otras tradiciones aunque ya estaban abandonando actividades como la artesanía, la pesca y la agricultura (Chávez, 2006: 98).

En principal destino de los habitantes de Tziróndaro solía ser Carolina del Norte, lo cual era evidente en la cancha de basquetbol del pueblo merced a un lenguaje no verbal usado por los jóvenes: el vestido. Además de los tenis de marcas como Nike, Adidas o Puma, los cuales se habían vuelto esenciales para los muchachos purépechas, éstos solían usar camisetas de los Hornets,⁴¹ el equipo de baloncesto de Carolina del Norte, así como de otros equipos allende el estado, como los Lakers de Los Angeles o los Toros de Chicago. Al igual que el viaje a los Estados Unidos, la moda deportiva de este país era la aspiración de todos los muchachos, quienes recibían estas prendas de manos de sus padres o sus hermanos migrantes. Entre los jugadores regulares había uno más alto que los demás al que irónicamente llamaban “El Chalako”, de

³⁹ Como diría Knapp (1982: 18), hay gestos que trascienden culturas y esto de hacer girar el índice a la altura de la sien es uno de ellos.

⁴⁰ La razón de ser de esta diferencia es que la *desindianización* de Purenchécuaro se dio antes de la migración y en ello tuvo mucho que ver un profesor, Salvador Gazca Ruíz, a quien la gente creyó la falsa idea de que la lengua indígena es un obstáculo para el “progreso” (Chávez 2006: 97).

⁴¹ En el 2002 los Hornets se mudaron a Nueva Orleans. Hoy en día el equipo de baloncesto de Charlotte son los Tar Heels.

charhaku (bebé). Él era el único que jugaba con unas botas viejas y una camisa rota. Al parecer, no tenía a nadie en los Estados Unidos, ni en Tziróndaro.

Una familia unida

Así pues, regresé a Tziróndaro por tercera ocasión y fui directamente a buscar a mis viejos amigos Bertha y Pedro. Ella estudió enfermería en Morelia y él, cuando lo conocí, era pescador y artesano pero después fue bracero. Como ya había trabajado con ellos, pensé que podrían ser buenos candidatos para convertirse en la familia central de este estudio. Básicamente, el pueblo era el mismo que vi la última vez, la gran diferencia era que ahora había mucho más casas de ladrillos y losas de concreto que de abobes y tejas; era el caso de mis amigos, quienes habían dejado la vieja casa de adobes ubicada a dos calles y ahora vivían en una nueva, con un portón de hierro.

Al principio sólo encontré a Bertha y a sus tres hijos, Pedro no estaba. Fue un gusto volver a verlos, sobre todo a los muchachos pues ya no eran los niños que vi la última vez, de hecho el mayor era ahora un adulto, el paso del tiempo fue más evidente en ellos. Les llevé algunas fotos que les había tomado en mi primer viaje, una donde Pedro estaba haciendo una estrella de petate, la artesanía que solía trabajar cuando lo conocí y que mucha gente elaboraba antes, cuando los petates de Tziróndaro eran reconocidos en toda la región; hoy en día ya casi nadie los hace. En otra foto estaban los cuatro pues en aquel entonces aún no existía Edwin, el más chico de los tres hermanos. También estaba doña Candelaria, la suegra de Pedro, una señora que nunca habló español. Las lágrimas vinieron a los ojos de Bertha cuando vio a su difunta madre en aquel retrato.



La familia Ciriaco en 1996

Cuando conocí a Isái (el que tiene un gato en la foto) era un niño de primaria, la segunda vez ya estaba en secundaria y estudiaba el clarinete, su maestro era Agapito Secundino, un *pireri* (cantador) del pueblo conocido en toda la región, ahora estaba a punto de entrar a la universidad.

–¿Ya no seguiste con la música? –le pregunté.

–No es lo mío.

–¿Piensas ir al *Norte*?

–No. No me gusta.

–¿No? ¿Por qué no?

–Nunca me interesó *el Norte*, por la familia, mejor aquí. Yo sufrí mucho cuando me fui a estudiar la preparatoria a Morelia. Extrañaba mucho a mi familia. Y eso que estaba cerquita y todos los viernes regresaba al pueblo y me quedaba sábado y domingo. Imagínate allá, tan lejos, sin poder venir ni los fines de semana. También extrañé mucho a mi papá cuando se fue a *Norte Carolina*. Por eso yo no me voy a ir *al Norte*, yo voy a estudiar contaduría en la Universidad Michoacana, no me interesa ir *al Norte*.

Para mi sorpresa, el mayor, el que pensé que podría irse, no tenía ningún interés en el ya tradicional viaje a los Estados Unidos. Me parecieron muy buenas sus respuestas y su situación, incluso lo felicité porque ya era un hecho, ya lo habían aceptado en la Universidad Michoacana. Del mismo modo, su papá, mi viejo amigo Pedro, tampoco planeaba ir los Estados Unidos, su

esposa me dijo que estaba trabajando como chofer en la ruta de colectivos que van de Quiroga a Tziróndaro.

Tres albañiles estaban colocando la cimbra para el techo del primer piso, sin embargo, en este caso la obra no se llevaba a cabo como resultado de una estancia de Pedro en los Estados Unidos, como lo fue la hechura de la planta baja, sino como una solución al problema que un pariente de él tenía con el material, el cual no podía usar y si no se utilizaba, corría el riesgo de echarse a perder con la humedad, así que procedieron a colocar una losa sobre la azotea de la casa, lo cual, la hace ahora de dos pisos.

Bertha me invitó a almorzar con los albañiles un caldo de pollo con tortillas y chile, y entre ellos y con ella hablaron en purépecha; lo mismo hicieron ella e Isaí, quien me dijo que, de todos los niños que salieron con él de la primaria, nada más una chica entró a enfermería y él a contaduría. La mayoría están casados o en los Estados Unidos, o las dos cosas, se casaron y se fueron, algo muy común, que los jóvenes se vayan inmediatamente después de su boda y dividan la casa antes de haberla siquiera montado.

Le pregunté por Elsa, una amiga suya que me concedió una entrevista hace más de diez años, me dijo que se fue con su esposo a los Estados Unidos, que dejó a sus hijos aquí, con los abuelos; otra familia fragmentada.

–Necesitan a su madre, no es lo mismo que los atiendan su abuelita o su tía, aunque les manden mucho dinero, no es lo mismo. Mi sobrina Mónica se fue con el novio a los catorce, ¿te acuerdas?

–Claro, era una niña muy bonita.

–Nomás cuatro meses. Luego se dejaron. Su papá es mi hermano. Mónica se quedó. Eran Teresa, su hermano Luis, a los diecisiete años se ahogó en el río Bravo. Luego tuvo a Mónica. Se fueron a Arkansas.

Se oyó un ruido entre el montón de mazorcas que Bertha tenía en el piso y una cosa negra se movió entre el maíz.

–Creo que tienes un ratón –le dije por lo bajo.

–Ay sí, ya no le digo nada –dijo ella muy tranquila.

Recapitulamos cuántos viajes hizo Pedro a los Estados Unidos, fueron tres, un año en Virginia, luego seis meses, después dos años y ahora lleva ya tres años en su casa. Y *hablando del Diablo*, como dijo en Dallas mi amigo Kent, en la puerta apareció Pedro. Después de darnos

un abrazo habló con Bertha en purépecha y sólo cuando terminaron de tratar sus asuntos se dirigió a mí en español.

Le recordé cuando me preguntó “y tú, ¿cuándo vas a ir al Norte?” y le dije que ya había ido, primero a Nuevo México y después a Texas. Le mostré mis fotografías mientras le preguntaba:

–Y tú ¿cómo decidiste ir?

–A uno lo corren –me respondió haciendo referencia a que su esposa siempre lo presionó para que fuera.

Le expliqué que esta vez estaba interesado en lo que le sucedía al lenguaje de la gente que estaba viajando a los Estados Unidos y Pedro me confirmó lo que Joaquín me había dicho en Morelia.

–Aquí hay gente de esa, nacen allá, en su casa les hablan en *pure* y en la escuela les hablan puro inglés. Ya casi todos los niños que son de aquí hablan inglés, no se les hace difícil comunicarse con los gringos o los morenos. Hay muchos que ya no han regresado. Aquí hay familias que tienen 18 años allá. *Todos* los purépechas están allá, en *Norte Carolina*. Sale un poco más de feria. Aquí no hay pues futuro. Bueno, para uno que no estudió. Uno no gana mucho pero cuando uno manda una *feriecilla*, acá ya rinde.

–¿En qué trabajaste?

–En la plantación de pino. En todo Estados Unidos, en Arkansas, Oklahoma, Mississippi... tantos *acres* 22 días *acabamos* y nos movían a otro lado y así. La pizca del jitomate es nomás por un tiempo. Un buen grupo, diez, quince personas, se vienen del pino y van moviéndose por Estados, a veces van *en* el algodón, van subiendo y de repente vienen hasta abajo si es en el campo, si [es] en las compañías, campo, construcción y fábrica. El señor que nos cruzaba: “¿*Pa* dónde quieren darle?” Si no tiene uno por donde ir a buscar amistades. La mera verdad, yo las veces que he ido, he ido por ir *pues*, ya estando allá *como quiera*. Le digo a mi señora que allá uno se *hace paro*, como hombre trabaja uno, llega a la casa y a veces uno se hace del rogar, (allá) lo primero que hace uno es ir a bañarse y a preparar la cena y ya, no es lo mismo como aquí, por ese lado es que no me gusta *pues*.

Le pregunté como se comunicaba cuando andaba por allá.

–Puro español, un diez o quince por ciento, uno tiene que poner de su lado *pa entenderlos*. Hay muchos que sí les entienden, si llegan a entenderles hasta un cincuenta por ciento. Con los *gabachos* se pone medio difícil.

–¿Te irías con la familia?

–Si tuviera yo *papeles* a lo mejor sí me animaría a llevar a toda la familia, de ilegal no. Aquí, a varios señores los han deportado y dejan a toda la familia allá. Ahora, últimamente, han estado llegando muchos señores que los están deportando.

Ahí en Dallas, cuando trabajaba en la pintura con un alemán, ahí algo aprendí inglés. Se llamaba Anthony. Pintábamos casas, me traía de copiloto, me platicaba. Al principio no, cuando empecé a trabajar me ponía a preparar las casas mes y medio, dos meses, después ya *andaba* entregando la casa. Los dueños, que “la puerta tiene un golpe”, ahí andaba reparando todo. Bien fresca todavía la casa *andaba* haciendo los últimos detalles, ni una mancha. Igual las paredes, aunque fueran piquetes de alfiler tenía que tapar todos los huequitos. Eso fue la tercera, la primera vez fue en el campo, seis meses en el tabaco, en Virginia, luego volví a ir casi un año a plantar pinos en Arkansas. (El patrón) traía una Benz, nos echaba *rait*. La tercera teníamos nomás a *éste* –señala a Isái– y al otro, no se me hacía tan difícil. Luego ni caso le hacen a ella –dice refiriéndose a Bertha.

Norte Carolina, ahí están unos de Cherán. Lleno de gente de Cherán y de Guerrero. *Charlote*, ahí hay puros de Santa Fe. Veinticinco, treinta minutos, por eso ahí empecé a encontrar a los de Santa Fe. Ahorita casi *la mitad* de San Andrés están en *Norte Carolina* –ahora ya no son *todos sólo la mitad*– Lexington, Waynesville, Statesville. Los de Quiroga van a Virginia, al *roofing*. Ahí encontré gente de aquí. Un *chavo* de Cherán. Burlington, pegado a Raleigh, de Santiago Azajo.

Al principio sí me *hacía bolas*, seguido les escuchaba esa palabra, según de *la tema* que se tratara. Cuando viajé a *Norte Carolina* en una mueblería hacía como refuerzos, estuve trabajando en la moldura, donde *hice* las figuras, las esquinas, ahí yo tenía que hacer por lo menos dos mil *pies* en ocho horas. En 6 días tenía que hacer doce mil *pies* de diferentes molduras. Ahí empecé a entender más el inglés. Yo que era *hispano*, me mandaban a la escuela dos horas. Iba, les entendía pero hablar... nunca pude hablar. *Ta* difícil el inglés aunque nosotros tenemos varias palabras que se pronuncian igual. Por ejemplo, nosotros le decimos al conejo *awani*, igual, si allá se ofrece cuando uno va a lavar y no traes *coras* (*quarters*), llegas con el cajero a ver si no te cambian

coras: “*awani exeni*” (conejo ver, /a’wan ‘jen/, ‘I want change’). O *wichu* (perro), es como *cuál, which*.⁴² La maestra era de Guatemala *ya* ahí *es* donde empecé porque ella sí nos explicaba bien y *ya* empecé a analizar. Por eso ahí, con la maestra, nos poníamos *así* a platicar, *ya* le contaba [el] caso *pues* [de] mi *dialecto*. Yo le decía la verdad, que no podía componer *así* frases, se pone más difícil. A ella la ocupan las compañías donde trabajaban *hispanos*. Era su trabajo, era mi intérprete, los *gabachos* mandaban a pedirla a ella y *ya* interpretaba lo que querían los *gabachos*, le traducía a uno.

Algo cae del techo al piso de cemento de la casa de Pedro y reparó en la montañita de excremento que se ha formado debajo de un nido de golondrinas. Pedro piensa que los polluelos pronto van a volar y se irán todas. Antes de volver al volante de la camioneta, Pedro me contó la historia de un señor que se casó con una mujer estadounidense, tuvo un hijo con ella, tramitó su nacionalidad y una vez con la documentación en la mano se divorció de ella y tramitó los documentos de su primera esposa, a la que había hecho pasar por su hermana, después tramitó los de sus hijos con esa primera esposa.

Días después regresé a Tziróndaro para *el colado* del primer piso, es decir, para la última etapa del proceso de construcción de una casa. Esto es un día de fiesta porque, una vez que se seca, la gente suele meterse a vivir a la obra negra y los acabados los van haciendo después, si es que los hacen pues a menudo se quedan en los ladrillos y el cemento. Por lo tanto, había *churipo* (caldo de res con verduras y chile), *corundas* (tamales salados), cerveza y aguardiente.

Ahí estaba la mamá de Pedro y las hermanas de Bertha, mujeres prácticamente **monolingües**, de modo que intenté usar mi purépecha con ellas, lo cual las hizo reír a carcajadas. Esa tarde yo llevaba mi coche y tenía que conducir de regreso a Morelia, así que sólo me tomé dos cervezas, una con el *churipo* y otra con los albañiles, arriba, en el techo nuevo. A pesar de que se veía líquido, ya era posible pisarlo sin hundirse en él ni dejar marcas. De las varillas que apuntaban al cielo ataron una cruz y a ésta le amarraron flores, plátanos y refrescos. Mientras Pedro bebía tequila con cerveza, me contó que un policía de Quiroga siempre lo molestaba, por

⁴² En 1965, Van Zantwijk (1974: 206) documentó que los purépechas de Ihuatzio consideraban al inglés semejante al purépecha aunque, según él, esta afirmación no tenía ninguna base lingüística. No obstante, tipológicamente, la distancia entre estas lenguas es menor que entre el purépecha y el español, por ejemplo, ni el purépecha ni el inglés tienen la ñ española, mientras que el español no tiene el sonido /j/ que sí tienen el purépecha y el inglés en *exeni* (ver) y *she* (ella).

cualquier cosa, hasta que, harto de esta **actitud**, le dijo: “¿qué *pues*, te *caigo gordo* o que? Quítate tu cinturón y tu placa y nos damos unos *chingadazos*”.

Me despedí de los hombres del techo y bajé con las señoras del patio, nos reímos otro rato, ellas también estaban bebiendo. Me daban ganas de quedarme a beber tequila con toda la familia pero, a mi vez, yo tenía que encontrarme con mi propia familia pues mi esposa y mi hijo venían desde la Ciudad de México para participar en otra fiesta pero al día siguiente, en Santa Fe.

3.5 Santa Fe

Después de visitar a mis viejos amigos de Tziróndaro me dirigí a Santa Fe, donde también tenía amistades. La primera vez que llegué a este pueblo fue como ahora, desde Tziróndaro, sólo que en aquel entonces yo *vivía* en Tziróndaro y todo empezó cuando salí a la calle para participar del Tianguis Purépecha y me enteré de que la siguiente emisión de este mercado itinerante y sin dinero sería en Santa Fe. Ese fue el pretexto, así que, llegada la fecha, me fui para allá. Tenía intenciones de ir a esta comunidad desde el principio, Néstor Dimas, uno de sus habitantes, me había invitado cuando lo conocí en Pátzcuaro. También Luis Sereno, compañero del curso de purépecha que impartía Fernando Nava en la UNAM en 1997. Desde entonces, Luis ya trabajaba con Guadalupe Hernández, originaria de Santa Fe y fundadora del grupo Uárhi (mujer) una organización de mujeres purépechas dedicada a desarrollar proyectos en beneficio de las comunidades (Chávez, 2006: 112). Santa Fe me interesaba por tratarse de un pueblo muy conservador de la lengua y las costumbres indígenas, tanto o más que Tziróndaro.

En el patio del antiguo hospital de Santa Fe, gente del pueblo y de distintas comunidades purépechas intercambiaba mercancías. Era un día de fiesta, había muchas personas, flores, comida y por supuesto música. En el portal del histórico edificio, un grupo tocaba y cantaba en lengua indígena. Me acerqué a ellos. Una de las voces además tocaba el violín. De la segunda voz se encargaba el contrabajista.

Santa Fe era entonces un pueblo con poca migración, Margarita, una de mis primeras amistades en esta comunidad, recién había migrado, pero a Purenchécuaro, la siguiente población después de Chupícuaro y antes de Tziróndaro, a unos cuantos minutos en coche o inclusive caminando. A pesar de que ya había algunos casos de migración hacia los Estados Unidos, como el de Mario Dimas (Zárate, 2001: 284), la influencia de ésta todavía no se dejaba ver. Sin

embargo, cuando regresé en el 2002, Santa Fe, como muchos pueblos purépechas y no purépechas de Michoacán, de México y del centro y el sur de América, también estaba viendo irse a su gente. Sin embargo, las intenciones de la mayoría eran regresar después de un tiempo para edificar una casa, terminarla o remodelarla, prueba de ello eran las numerosas obras interrumpidas aquí y allá, unas en las varillas, otras en los ladrillos y otras más invadidas por la hierba; aquellas de quienes quizá ya no vuelvan nunca.

Santa Fe ya no es más el pueblo alfarero detenido en el tiempo que Gortaire (1971) conoció a finales de los años sesenta, ni la región purépecha es la misma que yo conocí en los noventa, ni México ni los Estados Unidos son los mismos países que fueron en el siglo XX. El destino de la gente en Santa Fe ya no sólo es hacer jarros, además de la migración, existen otras posibilidades, como la vida académica.

3.6. Uárhi

La primera persona que encontré a mi regreso a Santa Fe fue Guadalupe Hernández quien, además de ser fundadora del grupo Uárhi es autora de varias publicaciones, entre ellas *Jánhaskapani juchari anapu jimbo* (Hernández y Nava, 2000), una gramática del purépecha en lengua purépecha. Estaba empezando a llover y ella iba caminando por el portal, vestía unos *jeans* y se cubría con su rebozo. Ese día solo estuve en su casa un momento, mientras pasaba la lluvia, pero, atendiendo a su invitación, regresé después y me llevé una grata sorpresa: también estaba Luis Sereno, quien, más que sereno es, como dijo Fernando Nava, bastante inquieto, siempre buscando financiamiento para proyectos que beneficien a los purépechas.

Me esperaban con un desayuno completo, aunque no precisamente purépecha, nada de *uchepos* (tamales dulces) o atole blanco, más bien al estilo de la Ciudad de México, de donde es Luis (de Las Águilas): jugo de naranja, fruta, café, huevos, pan de dulce y de sal. Mientras Guadalupe servía los platos, Luis, ya puesto al tanto de mis actuales intereses, empezó a hablar del asunto mientras partía un pan de dulce.

–Se empezó a dar hace como unos 30 años. Primero, gente de comunidades como San Jerónimo (Purenchécuaro) iban a Estados Unidos. Muchos de otras comunidades querían ir pero era muy difícil, era muy complicado, no sabían cómo. Hace unos 10 años hemos visto que se ha abierto muchísimo. Los hombres son los que migran, por lo peligroso. Ahora ha cambiado

mucho, los niños que están en la escuela dicen que van a ir a los Estados Unidos cuando sean grandes.

–Le dicen a su mujer: “espérame, yo voy a trabajar para hacer nuestra casa, que tengan donde vivir y un poco de dinero para no sufrir tanto acá”. Invierten mucho en construcción –dice Guadalupe– y los niños no piensan que van a ser profesionistas, piensan que “va a venir mi papá y me voy a ir con él”.

–*Este* Roberto –dice Luis– estaba metido en la parte de los talleres, le dije: “síguele, *mano*, conseguimos un proyecto”. No había terminado la prepa, sin embargo estuvo trabajando con Lupe. Yo no lo veía *así*, muy intelectual, de pronto me dice que se va a Estados Unidos: “mi familia está *jodida*”. Quería pronto tener *lana*, y sí le mandaba a su papá. Y de pronto regresa y lo más importante, que me dice que va a estudiar. Y ahora que regresa ya tiene la actitud. Creo que la venida acá es porque su papá se puso muy *malo* pero hay algo ahí y ahora está en un curso en Morelia.

–Hay otros casos, –continúa Guadalupe– el hijo de Ángela se regresó porque *sus* familias *quieren* que se *casen* con una mujer de aquí y se va a regresar.

–Ya se iba a venir y creo que choca y lo meten a la cárcel, tiene que pagar pero siempre se vino –dice Luis– Hay familias que *brincan* el español. No son todos, hace como 10 años el asunto era que los jóvenes *ni maiz*, nada de purépecha. Ahora están volviendo a las festividades patronales.

–Muchísimos hombres, ahora también van las mujeres –dice Guadalupe– El asunto cuando va el hombre es: “voy a trabajar para hacer mi casa”. Mandaba y venía después de 5 años, mientras crecen los hijos y la mujer le dice: “yo ya no sé qué hacer con ellos”. Y el hombre le dice: “mándamelos para acá”. Entonces, después de la secundaria los mandan y los recogen en un cierto lugar los *coyotes* y los llevan hasta donde están sus padres y se llevan a la mujer, “yo también voy” y ya se fueron los hijos con su mujer y la suegra dice: “*pa* qué me quedo” y se queda la casa sola. Hay muchas casas abandonadas y está la abuelita pero regresan en navidad. Estos hijos son los que hacen fiestas allá y hacen toda la ceremonia como se acostumbra acá.

–¿Alguna vez pensaste ir? –le pregunto a Guadalupe por no dejar, pues estoy seguro de cual será su respuesta, y en efecto me responde tajante:

–No.

–Se ha dado eso –continúa Luis–, el primer problema es que hacerlo en la parroquia, cinco mil dólares el salón... lo que hacen es que se juntan en la casa de uno de ellos y entonces llevan viandas y hacen una fiesta mexicana, saben que no se deben emborrachar. Hay una rigidez que tú tienes que aceptar para poder vivir, tienes que hacerte medio gringo. Las fiestas patronales tienen un sentido religioso, sin llegar a cohetes y eso.

–La carguera de 2009 se vino un año para preparar todo para cumplir con un cargo.

–La hegemonía religiosa se acaba y entonces los cargueros vuelven a ser los directores de la fiesta –dice Luis después de un sorbo de café.

–Yo lo que veo –prosigue Guadalupe– es que vienen acá a bautizar a sus hijos. Hasta para confesarse esperan a que vengan los curas en día de fiesta. Hay palabras sueltas. Algunos saben pedir algunas cosas pero entienden poco, lo más que aprenden es cómo pedir una cosa. Y llegan acá hablando algunas palabras sueltas y le enseñan a sus hijos. Tienen miedo porque están en Estados Unidos ilegales y que los descubran que no saben hablar inglés. Y nosotros por esta manera de vivir la **discriminación** anteriormente no queríamos que nadie supiera y no hablábamos y cuando salíamos a la ciudad justo para poder llegar a hacer una compra y lo estudiábamos: “un kilo de azúcar”, a lo mejor todavía esa carga traen ellos.

–Vivir ilegalmente es una carga para ellos –coincide Luis– Ese fenómeno de la influencia se va a dar cuando ya hablen en inglés.

–Es que los jóvenes no se definen. Ellos cuando van a Estados Unidos: “no me interesa aprender el inglés”. No hay esas ganas de *enseñarse* para aprender el inglés. El esposo de Lulú (Mario) sería interesante –dice Guadalupe– Él no tenía las ganas pero su hermana: “te me pones a estudiar, aquí tienes que ir a estudiar”. Lloraba: “No quiero, no”. Y ahora le agradece. Él quiere ayudarle a los jóvenes a dar cursos en inglés. Él es el que *les* enseñó a sus hijos el púre y el inglés. No *es* importante que pasaran por el español. La mayoría no le interesa aprender el inglés.

Llegan y ¿qué hacen? Ahora entiendo por qué andan como *loquitos*, porque allá están como en la cárcel y aquí se emborrachan, ahora los entiendo, a poner música a todo volumen y andan desatados. Y por supuesto llegan y quieren hablar *pure*, llegan aquí y quieren estar hable y hable y ponen música purépecha. Lo único que se llevan es la música.

–No hay quien se quiera meter –dice Luis– Con razón se metió una secundaria de Legionarios aquí en Santa Fe. Las alumnas de esa escuela ya no quieren jugar con las niñas

purépechas. Te dividen la comunidad. Es otro proyecto y va a repercutir en los padres. No hay ningún sentido social.

–Las respuestas de los padres de familia, no quieren nada, les han dicho: “la gente les va a decir: no los escuchen.” No sé qué les habrán dicho, están completamente negativos de que nuestros hijos también estudien –dice Guadalupe.

–“Nosotros vamos a dar clases de purépecha para que esta escuela no sea elitista”. Ellos usan la superficialidad, tienen baja calidad –añade Luis.

–No sabemos, tienen la secundaria pero la intención es abrir una prepa, seguramente los van a seguir becando, les han dicho que van a tener beca hasta lo profesional.

–Los hijos de Esther, uno hizo la solicitud en Tiripetío y la Pedagógica, que son medio *chafas*, y no pudieron entrar –dice Luis.

Nosotros no sabemos cual es la *intencionalidad* ¿por qué ponen en una comunidad indígena? Todavía traen el proyecto de acabar con las lenguas. No hay participación de los negociantes *pures* –dice Guadalupe.

Unas personas llegaron buscándola. Mientras las atendía, Luis me invitó a conocer la casa y lo que más me sorprendió fueron los baños, ambos muy completos, muy limpios y hasta decorados. Además, al fondo del jardín, había un simpático retrete al aire libre, con vista a las plantas.

3.7 Una familia purépecha y americana

La sugerencia de Néstor y ahora también de Guadalupe sonaba muy interesante; una familia purépecha que vivía en los Estados Unidos, en Newton, Carolina del Norte, pero se encontraba de vacaciones en Santa Fe. Mario, el hermano de Néstor, pionero de la migración en el pueblo (Zárate, 2001: 284), no había llegado aún pero su esposa Lourdes ya tenían varios días en México con sus tres hijos, Romario, Giovanni y Anthony. Así que la busqué en donde me dijeron que era su casa pues, a pesar de vivir en Carolina del Norte, tienen una pequeña casa cerca del lago, la cual, lógicamente, lucía muy descuidada. No había nadie ahí pero una vecina me dijo dónde podía encontrarlos, en el Hostal Purépecha. No sabía que había un hostal en Santa Fe, cada vez que vengo encuentro algo nuevo. El hostal tenía un patio interior rodeado por las habitaciones, la misma disposición de la casa de Bertha y Pedro en Tziróndaro pero con materiales diferentes.

Arriba estaban los cuartos del hostel y efectivamente, ahí estaba Lourdes, quien, apenas supo el motivo de mi visita, acercó unas sillas y empezó a hablar y a hablar; no tuve que hacerle más preguntas, se soltó como paciente en el diván de un psicoanalista y habló durante más de dos horas en la cuales me contó su vida en los Estados Unidos, cómo pasó legalmente, lo mucho que se aburría los primeros días, por lo que, a pesar de que su esposo no quería, también ella consiguió trabajo... La entrevista resultó tan grande que fue necesario editarla, aquí sólo ofrezco los fragmentos de mayor interés para su posterior análisis.

Me contó que su esposo tenía 25 años en los Estados Unidos. Primero se fue diez años y, a pesar de haber sido ilegal, obtuvo la residencia y luego la naturalización. Entonces regresó, se hicieron novios, se volvió a ir y volvió a regresar, hasta que decidió llevarse a toda la familia: “vamos a ver si podemos y si no te regresas”, le dijo. Y sí, finalmente pasaron todos juntos.

–*Traíamos* un solo carro –Anthony le grita a otro niño y Lourdes hace un repentino **cambio de código** para llamarle la atención en purépecha– Nos *levantamos* cuatro y media. Ellos, pobres, dormidos estaban ahí *paraditos*. Hacía mi sándwich para el trabajo, salíamos a las 5 y media, entraba a las 6, me dejaba a mí, iba a dejar a Romario *en* la escuela. A él lo dejaba a las 6 y media. Él iba *en la guardería* a dejar a *éste*, tenía que estar a las siete. “La *chinga* que me llevo, ya cuando llego *en* el trabajo ya tengo sueño”, decía.

De repente me llamaban, que mi niño *taba* enfermo y lo tenía que recoger y como mi esposo trabajaba en una fábrica de mallas él nunca estaba, *nomás* llegaban a *ponchar* y ya salían a cualquier dirección pero para mí era muy difícil decirle a los paisanos que si no me *hacían un paro* para recoger a mi niño; nadie quiere faltar sus horas. Terminó su kinder y ya lo pasamos a la escuela donde está Romario, era más platicador, ahí encontró amigos *hispanos*. Gracias a Dios *agarró* rápido el inglés, al mes ya hablaba. Él *namás* en *pure*, como no sabía español. La maestra nos dijo que él no hablaba, aquí en la casa sí habla, por el cambio que hicimos se quedó traumatado. Gracias a Dios el trabajo *sí hacía*. Y ya fue a la primaria con Romario y ya empezó a hablar. El primer día: “Ya tengo amigos.” Cuando el segundo grado nos regresamos para acá porque se murió mi papá, era principios del ciclo escolar, pero mi esposo no vino. Llegamos aquí *en* México y ya fui a inscribir [-los] con las madres.

Estaba espantado, hasta temblaba, “¿por qué no quieres ir?”, como no sabía español. Llorando lo llevé a la escuela. *Salieron* de la escuela, bien contento: “aquí hablan el mismo

dialecto que yo hablo, yo si voy a ir, hablan purépecha como yo”. Es que como allá en Estados Unidos no hablaban el purépecha.

Romario tenía amigos aquí. Siempre está que “¿cuándo vamos a México?” Siquiera cada dos años. Lo bueno que en la comida ellos comen de todo, allá me piden que hagamos *comida churipo*, el atole. Hay que hacerlos para que no pierdan su raíz. *Ya como quiera* cuando nos mandan video...⁴³ Y ya allá hay muchas fiestas, mucha comida.

También su papá, así hablaba medio *así*, como que revolvió. También cuando nos conocimos me daba risa porque el *pure* lo pronunciaba como los de San Andrés (Tziróndaro). “¿Tú por qué hablas como los de San Andrés?”

De pronto suena un teléfono y hacemos una pausa porque Lourdes contesta una llamada, de nuevo hace un **cambio de código** y habla en purépecha con el esposo de su hermana, el cual se encuentra en Guadalajara.

Y ahí donde estamos nosotros viven familias de San Andrés –continúa Lourdes– Él desde que se fue, como no tenía *papeles*, *nunca* regresó para acá. Cuando llegaron ellos empezó a juntarse con ellos. Aquí mucha gente sale cinco años y ya no quieren hablar el purépecha y ahí andan los amigos que “éstos se sienten muy *acá*” y los maltratan cuando no saben hablar *pure*. Yo le decía a mi esposo: yo no quiero que los maltraten hay que hablarles, no dejar de hablar el purépecha.

En la escuela, como tiene amigos americanos, llegan a jugar y Anthony les dice en purépecha: “*Naniri nirasini?*” (‘¿a dónde vas?’) “Está bien bonito, enséñanos” Y ahí está *el* Anthony. Dice Romario que cuando encuentra a sus amigos le dicen: “*Naniri nirasini?*” Y los maestros dicen: “¿Qué están hablando? “Es el idioma de Romario.” “Cántanos una”. ¿A poco no te da pena estar cantándole a los maestros? “¿Por qué me va a dar pena?”

(Anthony) llegó a la casa bien enojado porque la muchacha no le entendía que le diera *cookies* y *candies*. “Cómo que no sabe, si ahí tenía muchos *candies* y *cookies*”. Y mi sobrina Lupita: “Ay tía, no sé qué me dice el Anthony. *Le* quiero jugar con *ella* pero no me entiende”. “Si *el* Anthony te empieza a hablar en inglés tú *nomás* dile *OK*”. Y ya empezaron a jugar, ya *nomás* le decía “*OK, OK, Anthony*”. Pero bien chistoso, a lo mejor pensó que le entendía todo. Ya

⁴³ Estos videos son muy comunes, se trata de las fiestas del pueblo, las cuales son videograbadas y enviadas a la gente que está en los Estados Unidos por sus parientes o amigos.

llevamos como un mes por aquí y ya no tanto está hablando el inglés y ya le dije que aquí no sabe nadie, que no les esté hablando en inglés.

Aquí la gente que sale dos, tres años, dice que ya no pueden hablar, cuando llegamos la gente nos empieza a preguntar, una prima le estaba preguntando a Romario “¿cómo *estabas* hijo, cómo está mi hijo *Fredy*?” Le empieza a decir “no *pus* bien”. “Y él me contestaba que sí o que no. Yo no sabía que *ya nomás* le estaba hablando en español a Romario y Romario le dijo: “¿ya no me vas a preguntar nada?” pero en purépecha y le dijo: “Ay *este* Romario, yo pensé que ya no hablaba. Ay, tus niños saben el purépecha, qué bueno *pues* que ellos sí pueden defenderse”.

Para mí, *yo no sé inglés*, poquito, medio les entiendo. Me dice mi esposo: “¿todo el tiempo vas a traer a Romario?” *Ya* me quedo yo pensando *ya*. Cuando estaba más chico *ya* me traducía todo pero estos últimos años ya no quiere. *Nomás* no *me enseñó* pero me hace mucha falta.

El *mero* vecino que tenemos a un lado *todo tiempo* nos trató bien. A veces sin darnos cuenta él cuidaba a los niños. Pero atrás vive la hija del señor ella también, lo mismo. No sabíamos que la hija era el chofer del autobús. Cuando mi esposo lo inscribió, el *principal ya* le presentó al chofer del autobús, le dijo: “mucho gusto, no *se preocupe*, yo voy a dejar a *tu hijo* a la puerta de tu casa, yo soy la hija”.

Una vez hicimos un cumpleaños, hicieron un grupito, “hay que tocar afuera” y los de enfrente ya son grandes y ellos sacaron sus sillas para ver y todo el día estuvieron viendo. Le dije a mi esposo: “ve a decirles que vamos a tener *fiestecita*”. “Tienen todo el derecho, estás en tu casa, haz lo que tú quieras”. Y los vecinos de enfrente también están contentos, no sé los que están más atrás.” Y ya empezaron a tocar, no le subieron mucho, poquito, y al ratito que llega la policía, *ya* fue y le dijo al policía: “es que mi hijo cumplió *año* y yo decidí, yo no voy a pagar salón por una *fiestecilla*”. “*Nomás* te venía a decir que le bajas un poquito porque alguien nos llamó que estaban haciendo escándalo”. “¿Quién?” “No sé, *nomás* le pido que le bajen un poquito para que no nos estén molestando a nosotros para que vengamos aquí”.

—Y ya se retiró el policía y llega el abuelo: “No se preocupen, tú sigue en tu fiesta, ahorita voy a saber quién fue, lo que pasa es que aquí son envidiosos, como aquí no pueden hacer lo que tú, por eso”. Pero no sé cómo va a ser ahora que ya no está él. [Me] siento más conforme en esa casa, yo sentía diferente cuando estábamos en los *apartamentos*, ni siquiera los niños podían salir porque a cada rato andaban los carros y llegaban tomados los americanos, los morenos o

hispanos. Ya vamos a cumplir diez años de estar pagando la casa, como son de 30 años, me dice él: “para mí están primero los niños”. Y sí, *gracias a Dios*, ahí estamos todavía aunque un poquito difícil por los pagos que hacemos, setecientos treinta dólares mensuales.

–¿Piensan quedarse allá?

–Él quiere que ellos terminen. Ahorita estamos por ellos.

Entonces llegó Romario con un par de baquetas en la mano. Estaba enorme y robusto, casi un metro ochenta y eso que apenas tiene 15 años. Aunque nació en Santa Fe, creció en Carolina del Norte, y mucho; la diferencia entre la alimentación de aquí y la de allá era evidente, dramática. Como si le pasara la estafeta, Lourdes le cedió la silla y le dijo que platicara conmigo pero, a pesar de que su mamá acababa de decirme que Romario podía hablar las tres lenguas, él dijo no sentirse cómodo en español sino en purépecha o en inglés y, como yo no me sentía seguro en mi purépecha de pizarrón, el inglés hizo de *lingua franca* entre nosotros, bueno, casi, porque, si bien el inglés no era la lengua materna de ninguno de los dos, en el caso de Romario, como veremos a continuación, es en inglés en la lengua que tiene más habilidad y competencia. Entre tanto, aproveché para, ahora sí, echar a andar la grabadora pues, si bien había logrado recoger en mi libreta prácticamente todo lo que llamó mi atención en el discurso de Lourdes, no iba a poder hacer lo mismo con el de Romario.⁴⁴

Me dijo que le agradaba Carolina del Norte, que el lugar estaba bien organizado y que estaba cursando la instrucción secundaria. Desde luego el inglés ha sido la lengua con la que ha hecho su vida escolar en los Estados Unidos y lo habla perfectamente. Sin embargo, a pesar de ser mexicano, y a diferencia de lo que pensarían los estadounidenses de un *hispano*, el español no es la lengua de comunicación al interior de su familia sino el purépecha. Su **bilinüismo** es en purépecha e inglés y está muy cerca del ideal pues, como él mismo dice, “*I can speak English without putting Spanish or anything in it*”. En efecto, es capaz de mantener el purépecha y el inglés separados, al menos en inglés ni un solo elemento del puré ni del español se filtro en su discurso. También me dijo que sus compañeros se sorprendían de que él hablara otra lengua pues la mayoría eran **monolingües**. Al parecer, a diferencia de Joaquín, el sí podrá entrar a la universidad porque me dijo que pensaba estudiar música o arquitectura.

⁴⁴ La entrevista con Romario resultó muy extensa, amén de estar en otra lengua, por lo que decidí dejarla completa pero al final, como un apéndice, como una muestra.

Después de un rato, Romario se quedó callado y yo seguí tomando notas durante unos segundos así que, como no le hacía otra pregunta, se levantó de la silla y dio por terminada la charla. Yo también pensé que ya había sido suficiente, así que cerré mi libreta mientras él tomaba con la izquierda el par de baquetas que había dejado sobre la mesa al llegar y me extendía la mano derecha.

Esta familia parecía buena candidata para foco de la elipse pero, al día siguiente, cuando regresé a buscar a Lourdes, más bien ella me encontró a mí mientras caminaba a la orilla de la carretera. Me dijo que irían a la playa, a Zihuatanejo y, al regresar, harían sus maletas para volver a Carolina del Norte. Estaba en el negocio de una de sus cuñadas y como yo tenía ganas de ir al baño, le pregunté si había uno ahí, en la bodega de loza. Sí lo había pero apenas era un rincón con un plástico como puerta, un excusado sin tapas ni tanque, una tambo con agua, una cubeta y un jabón en el suelo de cemento, muy parecido al de mis amigos de Tziróndaro. Cuando salí nos despedimos de su cuñada y empezamos a caminar hacia el portal.

Para mi sorpresa, no regresarían en avión sino en autobús pues resulta que por aquí pasa uno que va hasta Charlotte. Me pareció un camino demasiado largo para hacerlo de esta manera pero ella dijo que la ventaja del autobús era que lo podía abordar en la puerta de su casa, a la orilla de la carretera, y llevar mucho más carga que en el avión. En avión tendría que tomar el vuelo en la Ciudad de México y no podría llevar tantas cosas. Me extendió la mano, nos despedimos y se metió por una de las calles del pueblo. Yo me quedé ahí durante algunos segundos pensando que esta familia, como dice la *pirekua* (canción) de Ismael Bautista, se me escapaba de las manos como un mago.⁴⁵ Sin embargo, otro planeta se sumaba al que ya tenía de Tziróndaro.

3.8. *El hostel purépecha*

Durante una tercera visita a la casa de Guadalupe conocí a César López. Ese día, llegó con una chamarra deportiva negra y un gorro y se incorporó a la conversación. A su edad, unos 25 años, bien podría haber ido ya a los Estados Unidos y le pregunté si lo había hecho. Me dijo que no, que había estudiado historia en Morelia y que incluso había vivido allá durante sus años de

⁴⁵ *Ji isĩ páska pitsihkuni komo eska ambe Salukitachka manku ambeni* (Salud se me resbaló de las manos como un mango).

universitario y no le quedó más remedio que aprender a cocinar, pero aprendió y tan bien que después sus compañeras, unas chicas de Tierra Caliente, le pedían que cocinara para ellas.

Actualmente César escribe su tesis de licenciatura y da clases en la preparatoria de la comunidad. Atendiendo a su invitación me hospedé en el Hostal Purépecha, donde pude descansar y darme un baño. Fue hasta entonces cuando conocí el hostel pues la primera vez sólo estuve en el patio, con Lourdes y Romario. Las habitaciones cuentan con cama, sábanas, cobijas y una decoración con muebles rústicos de madera: mesitas de noche, un armario, un tocador con espejo y una silla, así como baño con agua caliente, papel y toallas. Por la mañana estuve platicando con él mientras nos tomamos un café de olla y su madre, Rosario Luciano, cosía en una máquina de pedal y ocasionalmente participaba en la conversación. Junto con otras mujeres purépechas, doña Rosario ha echado a andar un proyecto que busca atraer turismo a Santa Fe mediante las artesanías, la comida y los hostales Sípecua, Echeri, Iurhixeo y Purhepecha (alegría, tierra, casa de señoritas y purépecha, respectivamente), siendo éste último el que ellos administran. Después habría de hospedarme en el hostel Echeri y pude comprobar que tienen la misma línea.

–Con esa intención lo hicimos –dice doña Rosario a propósito de la arquitectura del hostel, en el cual no hay cemento o por lo menos no a la vista– que la comunidad no pierda su identidad *pues*, las chimeneas y todo *pues* para que sea como antes *pues* y no cambien tanto así como lo que ven en otras partes, que se pueda *pues* conservar como pueblo.

–Pues esa era la idea, recursos hay, como sabes, hay mucha gente en Estados Unidos y en vez de que hagan ese tipo de arquitectura tan fastuosa pero que a la vez rompe con lo que es la comunidad, que ellos empiecen otra vez a retomar este tipo de arquitectura, inclusive en la parte de la plaza ya hay dos tres *casillas* con una arquitectura ya más moderna, pero a raíz de esto ya la han ido cambiando, ellos también ya le pusieron por lo menos una fachada estilo colonial, entonces, sí se está logrando el objetivo de que la gente retome esa conciencia de que somos una comunidad.

–Han llegado gente aquí hasta a sacar fotos –dice doña Rosario.

–Sí, la misma gente de aquí *pues* que quieren empezar a hacer su casa. No es nada del otro mundo, son las casas que teníamos anteriormente o que nuestros antepasados hacían, pero fíjate hasta qué punto se pierde esa conciencia de nuestra propia **identidad**, a través de la propia arquitectura. Ellos ya no se acuerdan cómo va una casa, cuando eso era trabajo normal, todo

mundo lo sabía hacer. Si hubo un gran cambio *pues*, más o menos en los ochentas cuando más gente se fue para allá ya *es* cinco años que llevamos con esto y se empiezan a ver los resultados porque la gente retoma esto.

–Sin embargo, a pesar de que hacen casas hasta de dos o tres niveles, no consideran un baño.

–Inclusive la gente con más recursos, hacen toda la casa ¿no? pero el baño, tienen unos hules ahí tapando un espacio en donde se bañan pero al baño se van a la parte del cerro o se bajan acá; como que es costumbre. El otro día platicaba con una señora en una fiesta “¿a dónde fueron? Fuimos acá *keakokulisini*, al baño dicen en purépecha, *pus* si aquí está el baño”, dice, “no pero *pus* de vez en cuando se antoja ir así porque es más el ir a caminar”. Es una forma de convivencia diferente, porque se iban al baño otras señoras o así *pus* ya se la pasaban un ratito platicando.

–He visto eso, que existe el espacio, incluso el retrete, pero no hay el mecanismo del agua corriente ni la regadera.

–Sí, por decir, a la vez tenemos el baño de nosotros todo el sistema pero nos bañamos a jicarazos, como que es la costumbre...

–No es cierto lo que dicen que gasta mucho agua –dice desde su máquina doña Rosario.

–Por eso, a jicarazos ahorras agua, gastas menos y un poquito también la fuerza de la costumbre supongo yo siempre me bañaba aquí a medio patio de niño y a jicarazos.

Yo siempre digo que aprendí a leer allá en el baño de la casa de mi abuelo porque siempre tenía revistas, el libro del vaquero, el policiaco y ese tipo de cosas y así se hizo costumbre y ahora ya cuando entras al baño ya estás con el celular revisando el *face* (facebook). A veces aquí en las fiestas o que andas en la calle con los amigos: “ya me urge del baño.” “Aquí nada más”. Al menos yo prefiero aguantarme. Otros están sentados “ah qué rico” y yo si me siento así en cualquier espacio estoy incomodísimo. Es como una costumbre, de que ellos también desde niños se acostumbraron a estar así de aguilita viendo todo el espacio.

Antes de los ochentas no se iba tanto la gente, ochenta y cinco, de ahí en adelante es cuando se empieza a dar un poquito más la migración, ya en los noventa fue como que el *boom*, todo el mundo a Estados Unidos y también se dio pues el cambio en la comunidad, más ingresos, la economía un poquito más desarrollada ¿no? Porque antes toda la gente estaba con carencias muy marcadas y por decir, ahora ves que sí, las señoras están haciendo sus ollitas pero lo hacen a su paso porque saben que a los quince días o al mes ya va a llegar otro recurso pero ya no es de

que hacían una gruesa de ollitas y “chin, ¿dónde las voy a vender?” Y así sin terminarlas nada más en puro barro *pues*. Los que compraban obviamente lo agarraban bien barato y los de las bodegas aprovecharon mucho tiempo eso ¿no? Por eso ahorita tienen sus *casotas* porque pues ellos lo compraban casi regalado, y a raíz de que se va la gente a Estados Unidos pues ya no tienen esa necesidad de vender al día, le dan el terminado para vender a un precio más justo bueno, más o menos, *tonces* va cambiando pero ya no ves tantas muertes también de niños o de gente de la tercera edad por frío porque pues también antes tenían un tejadito como éste, la pared y ya, era donde sobrevivían. Ahorita ya tiene sus cuartitos, sí tiene pues cosas buenas pero hasta cierto punto *pues*. Los que van realmente a querer desarrollarse económicamente, hay gente que sí va tres cuatro años y regresan y ya por lo menos su casita, algo.

–La gente que va a los Estados Unidos conoce muchos tipos de personas, no sólo estadounidenses, también japoneses, chinos; otras costumbres.

–Sí, *pues* yo creo que es el fenómeno *pues* de la globalización, al final de cuentas va a haber un tiempo en que va a ser el mundo, ya no va a ser los chinos o los mexicanos. Ya nadie va a poder tener el poder, inclusive, si ves, se hacen alianzas pero por salvarse, las europas cómo hicieron el euro para poder fortalecer su economía. Estados Unidos pues se fortalece de toda la América prácticamente.

–No la haría sin los latinos.

–No *pues* cuándo –doña Rosario produce un sonido fuerte y aserrado al partir un pedazo de tela con las manos.

–Guadalupe me dijo que a pesar del éxito, la gente se llega a regresar por una fiesta.

–Participa aportando dinero aunque muy a fuerzas porque la economía no está para eso pero se siente uno parte de, entonces, tanto recibes obligaciones como adquieres derechos en la propia comunidad y ya dentro de eso *pues* también vas adoptando una línea de vida, no puedes hacer esto porque es mal visto.

–Habrá quienes no regresen.

–Sí es lo que va pasando acá también: “ay este año no vi a mis papás, no *pues* ya *pa* la próxima Navidad a ver si los puedo ver”. Hay un distanciamiento tremendo yo creo que de ahí parte la individualización, cuando estás en la familia por más que no quieras dices “chin es que mi hermano está así, deja lo ayudo” ¿no? Y como que esa conciencia es la que se va formando y ya cuando pierdes todo el vínculo el que está a tu lado, tu vecino, no es nada tuyo “ah, es su

pedo” y aquí no, o sea, como se conoce la mayor parte de la gente, dices “chin es mi vecino pero también es mi compadre, deja lo apoyo a ver en qué”.

3.9. Una familia McDonald's

Según su sobrino Amaruc, doña Graciela fue la primera mujer de Santa Fe que migró a los Estados Unidos, cuando eran los hombres los que empezaban a ir, así que fui a buscarla y la encontré afuera de su casa, una casa de dos niveles, con acabados en piedra, ventanas con vidrios polarizados, pintura en las paredes y flores en las macetas; una de las pocas casas completamente terminadas del pueblo, pues la mayoría de las casas nuevas más bien son obras. Estaba charlando con otras señoras, todas sentadas en la banqueta. Me senté a su lado y le dije el motivo de mi visita y lo que me había dicho Amaruc. Como en el caso de Lourdes, antes de que encendiera la grabadora, doña Graciela ya me estaba contando su historia. Del mismo modo, también su discurso habría de ser vasto, por lo que también tuve que editarlo.

Y también como Lourdes, doña Graciela empezó por contarme cómo fue que pasó. Me dijo que estuvo ocho años en Atlanta pero después se fue a Tennessee porque empezó una ley antimigrante y detenían a la gente por cualquier cosa: “porque se pasaban una *luz*, porque manejaban rápido o porque no tenían licencia y porque *miraban pues* que uno era hispano *pues*. Y *ya* de Tennessee fue *ya* donde me vine *pa* acá”.

Ahora yo digo yo no sé por qué no me dio miedo cuando yo me fui. Es que yo quería sacar a mis hijos adelante porque aquí no alcanzaba y *pus ya* me animé a irme y me fui y me sacaron una vez *pa* fuera –le da risa– y otra vez entré, la primera vez entré por Matamoros, en el agua, aquí me llegaba el agua, mira, –se pone una mano en el pecho– sí está retirado *pa* pasar ahí.

–¿Estaba usted joven? –le pregunto mientras me la imagino llevando a cabo semejante hazaña.

–No estaba tan joven, ya tenía como cuarenta y algo creo y de ahí *pus* este, *a Brownsville* llegamos –lo pronuncia /'brosbil/. No y nos perdimos. Después venía otra gente, otros que pasaban y ya nos fuimos con ellos y nos llevaron hasta Brownsville *nomás*. Y ahí andábamos ahí preguntando a ver dónde podíamos conseguir un teléfono *pa* hablarle a mi primo, no y que llega ahí la *migra*, que nos agarra y ya nos echa *pa* fuera, yo le decía: “pero no nos saquen es que nosotros venimos a trabajar” yo así le dije, le dije: “es que mire, yo ya soy sola, yo tengo hijos

que mantener, por eso me vine, porque allá no hay trabajo”. No, qué caso me iban a hacer. “¿Ustedes no les da miedo, qué andan haciendo por acá?!” nos decían. “¿El desierto no les da miedo?!” y *pus* ya nos echaron ahí en la esa van que traen –lo pronuncia /ben/. Y después ya lo intenté pero por este, por Ciudad Mier (Tamaulipas), ahí también se pasa uno en el río pero ahí está más grande el río –en realidad es la Presa Falcon– ahí sí, la gente *lo* pasan en lancha, en ese entonces pasamos 38 personas por Ciudad Mier. Y este, no *pos* ya ahí *ya* llegamos en una casa del que nos iba a pasar y *pus* ahí había mucha gente y ahí la gente dormía *ya*.

Y *pus ya* al siguiente día nos tocó a nosotros. No *pos* ahí sí caminé creo dos días y una noche y *ya* es cuando llegamos a Phoenix y de ahí *ya* este, *pus ya* allá *cerquitas* de Texas, ahí fue *ya* en donde llegué, sí pero la segunda vez *ya* no se me hizo difícil porque la primera vez cuando me vine *pa* acá y me volví a ir este me fui así también pero nos echaron *pa* fuera y *ya* la segunda vez *ya* nos pasaron por la línea pero nos dijeron que iba a ser más caro pero en ese entonces *ya* estaban mis hijas allá, todos, nomás quedó un hijo aquí (en Zacapu) y *entos pus* ellos *ya* trabajaron y *ya* pagaron por mí pero en ese entonces no estaba tan caro como *orita*, creo como dos mil dólares, y *ya pus nomás* caminamos como unos diez minutos y ahí *ya* luego luego *ya* en carro nos llevaron a una casa *ya* de ahí *ya* en otro carro nos llevaron a Houston y *ya* de Houston nos llevaron en avión hasta Atlanta. No, *orita ya* no, *ta* bien difícil, no sé cómo le hacían pero yo, a mí sí me daba miedo porque dije: “ay aquí me van a preguntar que si yo tengo este papeles o algo que me pidan” dijeron que no *pus* ellos arreglaban todo, yo creo que ellos también *ya* sabían por eso no nos dijeron nada.

–¿Usted hablaba español cuando se fue?

–Sí, yo *ya* hablaba español este, es que como yo no nací aquí en Santa Fe, yo nací en otro pueblo donde hablaban español, por eso me animé *pues* a irme y *ora* me arrepiento, yo digo, antes no me perdí por el desierto o me quebré un pie por ahí entre el monte, tan feo que está. La primera vez este, caminamos en el desierto y ni un árbol hay, ni uno –se oyó el estallido de un cuete y una nubecilla de humo es visible en el cielo de Santa Fe– *Pos ya* allá uno se duerme allá en el monte, así se esconde uno porque los aviones andan por ahí *cerquitas* a ver si ven un emigrante. Y *ya pus* come uno allá lo que puede porque los *coyotes*, como van unos, por ejemplo, como [*de*] la edad de Amaruc *pues ya* en la mochila les echan lo que *puedan*, tortillas de esas de harina, latas de sardina... *Isikuchkani* (aquí nomás) –responde doña Graciela al saludo de un vecino– Uno tiene que llevar su garrafón de agua porque allá no hay agua, y cuando a uno a veces

se le acaba el agua van y llenan los garrafones en donde beben las vacas, en los ranchos donde hay ganado.

–¿Cambió su vida?

–Sí, a la vez sí, sí me sirvió porque *pues* aquí tanta pobreza y allá, no pos allá sí es la vida muy diferente, mucho muy diferente la vida a la de aquí.

¿Cambió sus costumbres?

–Sí, un poco, cómo le dijera, amistades que en el trabajo y así y conoce uno a mucha gente *pues* otras costumbres o otro tipo de comidas y así uno *pues se* platica entre así la gente de otras partes, por ejemplo de Honduras, de Costa Rica o de Guatemala. Pero sí es muy difícil ir para allá. Muy trabajoso y peligroso *pues*. Yo cuando llegué allá dice mi prima que no me reconocían porque llegué allá toda greñuda porque uno cuando va en el monte allá hay muchas espinas de esos, es como huizache pero tiene las espinas así blancas largas y uno como corre en partes y uno se atora la ropa *pus* tiene que jalar uno porque si no lo dejan a uno o se pierde en el cerro, por eso uno tiene que correr lo más que pueda. Llegué toda arañada de aquí de las espinas del cerro, toda con todas mis plantas de [los] pies llenas de ampollas, ay no, bien feo.

Yo trabajé primero en la empacadora de pollo, luego de ahí cuando llegué a Atlanta en otra empacadora de carne de esa que hacen las hamburguesas, después me salí de ahí porque estaba bien frío, después me fui a una fábrica de veladoras, ése estaba fácil ese trabajo, pero después *ya* esa fábrica la cambiaron *pa* Nueva York y *ya* se quitó. Y *ya* de ahí *ya* entré al McDonald's, ahí sí trabajé 12 años en el Mc Donald's ahí sí duré y de ahí *ya* es donde me vine *ya* para acá.

A mí me gustó trabajar en Mc Donald's porque ahí *pus* era más tranquilo y ahí uno agarraba *pa* comer lo que uno quisiera y me gustó ahí mejor y aprendí bien ese trabajo y me gustó ahí porque a la vez yo aprendía unas palabras en inglés. *Orita* mis hijas trabajan ahí.

Orita ya no pero cuando yo llegué siempre así el dinero decía como en dólares así, acordándome de allá pero *orita* ya me acostumbré otra vez. *Ora* en diciembre completé un año. Pero a mí no se me olvidó mi idioma de aquí, nunca se me olvidó porque allá teníamos familiares así que nos iban a visitar y hablaban así cuando nos reuníamos a hacer un convivio, una comida, nosotros hablábamos así como aquí en tarasco. Sí, sólo este, los niños que son nacidos allá *pues* aprenden puro inglés, como *orita* mis nietos este, están aprendiendo puro inglés y yo le digo a

mis hijas que no, que siempre les enseñen en español porque un día se tienen que venir y aquí van a batallar.

–¿Cuántos hijos tiene?

–Tengo cuatro *nomás*, dos mujeres y dos hombres, pero ya están casados todos bueno, no casados *pues* pero juntados; ya tienen pareja, *isikuchkani* (aquí *nomás*) –responde a otro saludo– y este, a mis hijas las metí ahí en el Mc Donald’s, *orita* ellas este, la más grande, ella cuando se fue de aquí ella no sabía ni una palabra en inglés y *ya* entró ahí, *ya* *orita* el inglés que sabe lo aprendió ahí en el trabajo, ella es *manager* ahí en el McDonald’s y la otra también es *manager* en Tennessee y una en Atlanta y *pus* les va bien desde que entraron *ya* ahí están y no se han salido de ahí hasta ahorita y les sirve *pues* porque a la vez este, aprenden inglés.

–¿Usted aprendió inglés?

–Poquito, no mucho, una que otra palabra pero no sabía yo, cuando yo entré al McDonald’s a trabajar y *ya* fui dos días a trabajar, yo llegué una vez a mi casa, *ya* estaba mi hermano ahí, yo le dije: “ay, yo ya no voy a ir a trabajar”, ahí me dijo: “¿por qué?” le dije “ay no, yo no, es que ahí toda la gente habla inglés y yo no puedo hablar inglés”. Yo ya no voy a ir. Y él me dice: “no, ve, te va a servir *pa* que aprendas inglés” le dije “es que yo no les entiendo” y yo siempre, cuando me mandaban a que yo hiciera algo y yo les decía que yo mejor iba a barrer o a trapear porque yo no sabía, mucho menos a una computadora porque allá *pues* tiene que este, hacer las órdenes en inglés, en la computadora sale en inglés todo y tiene que uno hacerlas rápido porque el cliente está esperando afuera y *pos* yo no sabía si me dijeran algo en inglés o tráeme esto o arrímame esto *pos* yo no les entendía nada y *pus* *ya* ahí fui mientras que *ya* mi hermano me dijo que ya no me saliera –otro cuete estalla en el cielo– *Pus* *ya* ahí poco a poco fui entrando a la cocina y así yo decía: “yo cuando le voy a entender a eso, a esa computadora, yo no voy a poder”. No y después *ya* poco a poco fui aprendiendo y *orita* *ya* *pus* *ya* le entendía a la computadora para hacer la órdenes, las hamburguesas *pues* y *ya* así fue como aprendí.

Mi vida al principio era bien difícil porque [*a*] uno lo humillan mucho cuando uno no entiende nada, lo regañan mucho a uno los *manager* o luego a veces no les dan trabajo que porque no entienden o porque no tienen experiencia del trabajo y no les dan trabajo. Sí y *pus* *ya* yo después *ya* entendí un poco *ya*, después *dondequiera* me daban trabajo. *Ya* cuando al último llegaba gente nueva el *store manager* me decía que les enseñara a hacer las hamburguesas por eso yo este, cuando yo me vine el *store manager* hasta lloró. Me hicieron fiesta cuando me vine –

sonríe— sí, me hicieron pasteles y *toa* la gente llevó comida y él me decía que no me viniera y que no, que qué iba a venirme *pa* acá que acá había mucha pobreza y que muy peligroso *pa* acá y que *pa* qué me venía y *pus* yo le dije que me venía por mi hijo y luego por un pendiente que tenía, me dijo “vete, te voy a dar *nomás* un mes y te regresas” hasta ahorita *toavía* le dice a mi hija que cuándo me voy a regresar y *pus* mi hija *nomás* le dice que a lo mejor un día regreso y así *nomás*.

—¿Volvería?

—Pues quién sabe, es que mi hija *orita* apenas su esposo le anda arreglando papeles y este, en eso andan *orita*. Mi hija se casó con un residente pero él tiene que hacerse ciudadano pero mi hija, si le dan papeles, ella tiene que ser tres años residente y después se hace ciudadana y ya después me puede pedir a mí pero de aquí a que pase eso a la mejor ya no voy a estar —se ríe— quién sabe.

Allá uno busca la forma de hacer tamales, las *corundas* como aquí. Como allá las casas atrás tienen mucho amplio para sembrar y *ya* cuando ocupaba las hojas pedía a un americano hojas pero del maíz amarillo pero ellos no lo ocupan, era un moreno, que para qué queríamos las hojas, hacíamos *pues* tamales, dice: “oh, nosotros no sabíamos que esas hojas servían para eso, vayan, corten”. Le dijimos “¿cuánto es?” “no mejor tráiganme una *corunda* para probar”.

—¿Y sí le llevaron la *corunda*?

Sí. Ellos lo que comen, las papas, son como *pa* nosotros la tortilla. También trabajé en un bufet mexicano pero eso fue en Atlanta. Yo he llegado a tener casi siempre dos trabajos, trabajaba en la mañana en Burger King, a las tres entraba (al McDonald's), llegaba como a las diez once de la noche, todo el día me iba a trabajar pero es que *nomás* pasaba una avenida y llegaba al McDonald's y así *es* como pude hacer mi casa, con dos trabajos. A las cinco de la mañana entraba yo y uno tiene que llegar a la hora si no lo regañan a uno, allá no es como aquí que llega uno a la hora que uno quiere.

Es diferente por ejemplo con el aire acondicionado, con la calefacción de la casa, por los baños de allá diferentes *pos* aquí allá los baños están bien bonitos, adorna uno el baño y *pus* aquí no. Aquí sí tengo baño.

Aquí no se gana lo mismo que se gana allá. Los que ganan más, los hombres que les pagan a diez a quince dólares la hora *pus* ganan más, cien pesos es como unos ocho nueve dólares allá todo el día y allá se lo gana uno en una hora y aquí todo el santo día por cien pesos.

—¿Y qué edades tienen sus hijas?

Esmeralda creo tiene 20. Ella ya terminó la primaria, la secundaria, *orita* está terminando *ya* la prepa y sabe un poquito francés. Porque allá les enseñan los tres idiomas, tarasco, español, inglés. No son nacidas allá; no pueden *pues* seguir estudiando. Helena, la más grande, la que está en Atlanta tiene como treinta años. El mayor está acá en Zacapu, él nunca quiso ir si él se hubiera ido no *íbamos a regresar*. Tenía mucho tiempo que no lo miraba. Uno se acostumbra allá, bueno, sí extraña uno, la comida, los familiares, las fiestas pero se acostumbra, el tiempo pasa bien rápido.

José

Un soleado domingo, Amaruc, quien vive en Morelia, vino a jugar futbol a Santa Fe y me invitó a ver el partido. Del lado que da hacia Quiroga hay una cancha en muy buenas condiciones y poco a poco se fueron reuniendo los jugadores de ambos equipos. Con un silbatazo empezó el partido aunque con muy poco público, apenas unas cuantas personas lo observábamos desde una banda. Toño, el portero, detuvo el primer disparo del equipo contrario. A mi lado, observando el partido estaba José, el hijo de doña Graciela que se regresó con ella. José observa el juego con los brazos cruzados. Lleva una camiseta negra sin mangas y se podía ver que tiene un tatuaje en el brazo izquierdo. Estuvo doce años en los Estados Unidos y ya tiene un año en Santa Fe. Los jugadores se comunicaban en purépecha y se lo comenté a José para iniciar una conversación. Para mi buena suerte José resultó tan parlanchín como su mamá por lo que, de nuevo, aquí sólo he incluido algunos fragmentos de nuestra conversación.

–Se conserva bastante –dijo José sin dejar de ver el partido– Yo creo que es una de las comunidades que más se *ta* conservando. San Andrés, San Jerónimo ya no se habla *dialecto*; ya hay gente, señoras que *toavía* se visten así de *guare* pero ya no lo hablan *namás ya* por vestirse, por costumbre *ya*. Hace poco este, yo andaba ahí en Tarejero y yo pensé que ahí *namás* se hablaba el español pero mi mamá encontró una señora que conocía desde antes y le habló en *dialecto*. Y me dijo: “no, es que aquí también eran purépechas”. Así es, ya los viejitos *ya* yo creo *ya* son contados los que hablan *dialecto*.

Pero los que tienen la culpa son los papás, a veces de que desde chiquitos este, le hablan a sus hijos español porque uno de mi sobrina este, su papá y su mamá le *hablan* español desde chiquita y ora ella *namás* habla español *más sin embargo* no habla *pulépecha*, o sea *namás* lo habla así unas palabras, así *nomás* por chiste *nomás*. De todos modos –hay una falta y un

silbatazo se apodera de la atmósfera– en español les enseñan *ya* aquí en la escuela pero yo creo mis hijos tienen que *enseñarse* [a] hablar *pulé* y *ya* el español *ya*.

–¿Y en el Norte?

–No, fijate que nosotros siempre allá en el Norte hablábamos puré, siempre siempre *asina* ahí en la casa pero ya afuera o en el trabajo ahí sí ya no, no tanto por pena de que hablábamos *dialecto*, no, nada de eso sino porque vayan a pensar que estamos hablando de ellos. Ahí era lo único pero afuera o con la otra gente que nos encontramos que eran [de] aquí de Santa Fe hablamos en *pulé*.

–¿Y el inglés?

–Yo inglés si aprendí, poquito, bueno yo este, compré un curso de inglés y *me estaba enseñando*. Pero donde más aprendí fue ahí en el trabajo porque ahí era obligación que lo tenías que hablar, ahí en el trabajo donde se me pegó más el inglés y *pus* yo también hacía la lucha de *enseñarme* más inglés. El inglés sí es importante porque *donde quiera* te dan trabajo si hablas inglés. Y consigues buenos trabajos, nada pesados, lo básico que entiendas ya encuentras un buen trabajo, y bien pagado.

Tengo una hermana menor que yo, ella sí habla inglés y siempre ahí trabajamos juntos ahí en el Mc Donald's. Mi otra hermana, ella también habla bien el inglés y ahorita *ya es manager ya, ya* su trabajo *ya* es menos pesado y *ora* lo que *ya* hace nomás *ya* nomás estar checando ahí y contar el dinero, lo que se vende pero porque sabe hablar inglés, sí y también que sepa manejar la computadora *ya, ya* la hizo.

–¿Ella tiene hijos?

–Aha. Sí este, como que bueno lo que dice mi hermana, ella tiene dos hijos y bueno dice que ella hasta ahí ya está bien por el motivo de que quieren darles estudios, para tener tantos pues no creo que les alcance y la mentalidad de ellos es que dos *ta* bien.

Yo *nunca*⁴⁶ he tomado allá. Cuando íbamos a una fiesta yo este, yo era el que manejaba, y bueno *pus* yo me ponía a pensar, yo tengo una responsabilidad y ni modo que ande manejando así con mi familia y luego más que nada si me llega a agarrar la *polecía* porque yo ya tuve experiencia, a mí en el 2004 me agarró la *polecía* el primero de enero, el mero año nuevo me agarró la *polecía* y estuve en la cárcel y aprendí que salía bien caro porque, en un año, estuve en

⁴⁶ Es curioso que, a pesar de decir *nunca*, José sí tomó y fue hasta que lo agarró la policía cuando dejó de hacerlo. Más adelante incluso dirá, ya más realista, “cuando yo tomaba”.

probation era este –se oye un silbatazo largo que anuncia el medio tiempo– que tenía que estarme presentando con mi oficial y tenía que estar pagando. Y luego me mandaron [a] una escuela de alcohol y drogas y después me mandaron con [los] Alcohólicos Anónimos o sea, era mucho dinero lo que estabas perdiendo, *más sin embargo* estabas perdiendo trabajo, no ir a trabajar y luego tenías que hacer este, 40 horas de servicio comunitario y luego tenía que ir *otra* vez con mi oficial –José alarga con hartazgo la *o* de /'o:tra bes/– y cada vez que iba pagaba 35 dólares, pues era mucho dinero, yo dije: “no pues si quiero estar aquí *pues* no tengo que estar tomando, mucho menos andar manejando”. *Ya* saqué la cuenta en total, bueno, el oficial nos dijo que hiciéramos la cuenta de cuánto era lo que *ya* habíamos gastado y de cuánto salió el *due*, el costo, lo que salía, no me acuerdo bien pero sí era bastante dinero *pues* lo que había perdido y luego, cuando me sacaron, creo que pagaron como 1500 dólares.

Ya desde ahí fue cuando empecé a ahorrar más, guardar guardar todo lo que ganaba *namás* apartaba lo que iba a gastar, lo de la renta, los *biles* y *ya namás* todo lo mandaba todo. En ese tiempo en el 2004 yo ganaba hasta *de* 1500 dólares a la semana. Y una vez hubo un compañero, me dijo este, “si no aprovechas ahorita la oportunidad... porque hay veces que ya no regresan las oportunidades” y era cierto *pues*, a los dos años se acabó el trabajo. *En ese tiempo* yo trabajé la carpintería. Pero fue en *ese tiempo* cuando yo *tomaba*, fue el tiempo cuando no aproveché esa oportunidad y *ya dentro* de dos años ya iba bajando el trabajo *ya*. *Ya* cuando nos cambiamos para Memphis ahí este, como se llama, *ya* ganaba menos pero ahorra más. Era carpintería pero ya no era afuera sino *ya* era adentro pero *ya* no era el mismo trabajo que teníamos antes *ya* era poquito, *ya* si hacíamos un trabajo lo acabábamos rapidísimo.

–¿Y ese tatuaje, te lo hiciste allá, en el Norte?

–Sí –le da risa, como si hubiera sido una travesura– yo le había dicho a mi mamá que me lo iba a hacer, dijo que no, le dije: “no *pues* me lo voy a hacer” *al cabo* cuando me lo haga ya ni *borrarse me* va a poder.

–He visto varios chavos con tatuajes, hace unos años no se veían; antes no había cosas como una pizzería.

–No no había, por ejemplo, nosotros este, nunca llegamos a probar comida china, pizzas o McDonald’s y *orita* es lo que extrañamos, *orita* cuando estamos hablando así por teléfono con mi hermana y yo le pregunto: ¿qué *tas* comiendo? “Me estoy comiendo una hamburguesa”. Y es lo que yo le digo: “no *pues* yo quisiera la más baratita”, la hamburguesita que le dicen Hot Spicy que

es la de pollo y yo le digo, “no, yo me conformaría con esa *nomás*. Porque cuando yo trabajaba en el Mc Donald’s a mí me gustaba ésa pero ésa *namás* trae este, lechuga y mayonesa pero como yo trabajaba ahí *entos* yo me lo preparaba diferente yo le ponía cebolla morada y luego le ponía uno que se llama este, *barbecue*, luego le ponía Mc Sauce y le ponía no la lechuga rallada sino le ponía de la hoja y yo me la hacía así y yo le ponía *bacon* y luego le ponía queso suizo no del americano; quedaba mejor.

Yo conocí *pues* mucha gente de afuera, como mi mamá, conoció mucha gente, amistades de Chile ¿de dónde era? de Perú, otra señora que ¿de dónde era? de varios países. Sí es que cuando va uno allá haces este, más amistad y hablas más el español, lo practicas más –tras una serie de rebotes se produce el primer gol.

–¿Pensabas regresar?

–Sí, bueno nosotros este, –José titubea– yo *nunca* tenía planes de regresarme, *nunca* tenía planes de un tal día me voy a ir, nosotros nos venimos porque mi mamá tenía un compromiso aquí para pasar una fiesta y a mí se me hizo feo que *namás* se iba a venir mi mamá y si yo sabía pues que ya no iba a poder regresar si se venía *ya* era para nunca más volver entonces pues mejor me voy porque si no ella va a estar sola y se va a sentir más triste *ya*, por eso vine pero planes yo no tenía de regresar, allá la gente nunca tiene planes *pa* regresar, dicen este, “me voy a ir tal fecha” pero llega la fecha y no se regresan porque este, había veces cuando yo soñaba que me regresaba y como que si fuera cierto y me despertaba y veía no “estoy aquí, no estoy allá” pero o sea me daba miedo de regresarme aquí o sea como que no sé, miedo de volver a acostumbrarme aquí, como ya estaba acostumbrado allá. Ya tengo un año aquí y hasta ahorita no me puedo acostumbrar, extraño todo [de] allá, yo le digo a mi mamá: “yo creo que nunca me voy a acostumbrar aquí”.

Yo digo esto, si me voy por el desierto tal vez yo si pueda llegar pero mi mamá no creo que aguante pues porque *ta* duro *pa* pasar y orita más, nosotros no tenemos papeles es que, cómo *le diré*, no se puede hasta que *haiga* una amnistia o solamente que se case con una persona que tenga papeles.

–Entonces ¿cómo trabajaron en el McDonald’s?

–Con un seguro chueco, de todos modos ellos ya saben también que es chueco, y lo hacen *pues* porque ocupan a la gente. Como por ejemplo, cuando entramos nosotros, ese McDonald’s *taba* pero horrible, no sé si has visto unos gabinetes donde se guarda la comida, cuando nosotros

lo abríamos apestaba. Cuando lo lavaban los morenos *namás* le pasaban agua pero o sea no lo tallaban. No y la cocina por ejemplo este, al momento de mover el *grill* tenía lleno de grasa pero horrible nosotros lo movíamos y lo limpiábamos todo, hacíamos todo bien el trabajo *pues*.

Fue el momento cuando empezaron a meter más gente *hispana*, *ya* el moreno *ya* como que *ya* les daban trabajo porque les tenían que dar porque si no les daban ahí era **discriminación**. Nosotros entramos ahí porque nosotros *ya* teníamos experiencia de *aquí* [de] Atlanta *más sin embargo* allá, como era un pueblito, *toavía* como que no había tanta inspección, como Atlanta es una ciudad grandísima, haz de cuenta, era un lugar donde iban a comer puros americanos, puros gringos *entos* tenía que estar todo bien limpio el *lobby* y todo. Por ejemplo este, ahí este, en el desayuno hacen unos burritos *entos* ellos no lo sabían hacer y nosotros los hacíamos bien, así bien bonitos, no *pus* les gustaba bastante y los negros *pues* no lo hacían igual y ahí *ya* se dieron cuenta *pues* que el mejor trabajo lo hacíamos nosotros.

Una hamburguesa *lo* tenías que hacer en sesenta segundos, hay que terminar rápido todo este, desde la carne todo todo, envolverlo y aventarlo luego luego y es lo que los morenos no los hacían, *oh* se daban su tiempo *ora* pon esto, agarrar la carne, poner la *ketchup*... y *pus* nosotros lo hacíamos en menos de sesenta segundos *entons* sí cuando iba a pasar la inspección *pues* de volada pasaba y decían *pues* los *meros* que ese McDonald's *ya* tenía rato que no pasaba inspección y *ya* cuando la primera vez cuando pasó inspección este, nos compraron este, pizza, nos compraron alitas, nos hicieron una fiesta.

—¿Y vale la pena regresar por una fiesta?

—Bueno este nosotros gastamos como cerca de setenta mil en esa fiesta. Y como mi mamá fueron los padrinos de velación de ellos y *pus* por eso ella dice que ella *pues* se sentía con una obligación de que tenía que regresar, si no, ella *tampoco no* se hubiera regresado. O sea *pero* bueno, de mi parte *pues*, yo digo bueno, qué bueno...⁴⁷ no sé, cuando nosotros nos enteramos que el ahijado había agarrado ese cargo, yo empecé a ahorrar más porque yo siempre tenía la idea de que tenía que regresar,⁴⁸ entonces fue cuando yo compré un permiso de un taxi y *orita* es con lo que nos estamos manteniendo, lo tenemos ahí en Zacapu y haz de cuenta que ese dinero salió del puro McDonald's. No sólo yo hice eso y este, compré un terreno que me costó 135 mil pesos y

⁴⁷ José titubea más; no parece muy seguro de si valió o no la pena.

⁴⁸ Parece haber una contradicción en él *pues* primero dijo: “yo nunca tenía planes de regresar” y ahora dice que “siempre tenía la idea de que tenía que regresar”.

luego compré otro terreno que está aquí que me costó 95, por eso me pongo a pensar, *al cabo* sí valió la pena *de* irme porque sí hice muchas cosas de lo que pues nunca íbamos a hacer. Bueno hasta arreglamos la casa, todo adentro, todo está arreglado.

Y la otra cosa que decía mi mamá, que ella sí tenía ganas de regresar [*a*] la casa porque ella este, no quería regresar pero ya muerta: “*entos* ya *pa* qué voy a regresar si ya no la voy a habitar, ya ni la voy a ver” –con un silbatazos largo termina el partido, Los Gallos, el equipo de Amaruc, gana por un gol– y ahorita pues ya está disfrutando *pues de* lo que ha hecho *pues*. Más porque ella se fue mucho *más antes* que nosotros entonces yo creo que bueno, dice mi mamá que sí valió la pena ir al Norte de arriesgar porque se está arriesgando pues uno de que lo secuestren o se pierda en el camino o pues ya nunca regrese, *tos* sí vale la pena pues.

Se me ocurrió tomarles una foto pero dos de ellos ya se estaban yendo y el resto se estaba cambiando el uniforme, así que de inmediato le pedí a los restantes que posaran y lo hicieron de buena gana. José se acomodó entre ellos, de izquierda a derecha, es el tercero abajo.



Los Gallos de Santa Fe.

3.10. *Dos casos de deportación*

Toño

Entre los jugadores restantes se organizaron dos colectas, una para pagar el arbitraje y otra para traer un cartón de cervezas. En esta última también participamos los pocos espectadores que vimos el encuentro. Toño, el portero (de azul en la foto), es el único integrante del equipo que no habla purépecha porque creció en los Estados Unidos e, igual que Romario, alcanzó una estatura superior a la de sus compañeros, un metro ochenta. Ahora juega fútbol aquí porque lo deportaron de allá. Mientras esperábamos las cervezas empecé a platicar con él.

–Tú fuiste al *Norte* desde niño, ¿verdad? –le digo a partir de los antecedentes que Amaruc me había dado.

–Fui desde *chavalillo*, fui desde que tenía un año. Mi papá yo creo que se les hizo muy difícil *pa* estar acá, *pos* yo creo que decidieron que se *van* a ir *pa* allá y se fueron. Allá crecí, 23 años, allá estudié, desde el kinder como hasta la prepa, la *high school* que es allá, hasta ahí nomás, por necesidad de trabajo salí de la escuela, por ayudarles a mis papás y pues por esa razón bueno, yo no acabé el estudio por esa razón.

–¿En qué trabajaste?

–Diferentes tipos de trabajo, en el campo más que nada, en el campo es donde más, en las *nurserías* (*nursery*), en el *fil* (*field*), fresa, aguacate, todo lo que es *fil pues*, es lo que más [se] trabajaba allá.

–¿En qué Estado?

–*Tuve* en Óregon, todo el tiempo en Óregon, la mayoría de veces ahí, ponle como un año dos años que cambiamos de Estado pero nomás un año, siempre llegábamos a ese Estado. *Ta* tranquilo y por migración no importaba, como mi familia *pues* todos tienen derecho *pues*, tienen sus papeles y *pus* ahí la mayoría de mi vida.

–¿Hablan inglés?

–Todos, *mis mamás comprende*, sí hablan [pero] acostumbran más en español, en purépecha su idioma; todos mis hermanos, mis hermanas hablan *pues* en inglés, *sobrinillos*, *sobrinillas* que tengo, mi familia, primos, primas. Mis *papá* nunca dejaron de hablar, siempre lo usaban *pues* entre ellos *mismos*. Yo comprendo más o menos, no entiendo todo pero *pus* ahí más o menos, quisiera aprender cien por ciento. Yo fui aprendiendo por parte de mis papás a veces me hablaban ese idioma de ellos *mismos* y *pus* es raro *de* que en ese lugar uno llegue y *sabe* el

purépecha pues *nadien* había ahí, no había ni unos purépechas, yo me imagino que [en] aquellos tiempos fueron de las personas *primero que se* migraron *pa* allá.

Mi primer idioma era inglés yo no sabía hablar español, *pa* nada, era muy difícil, ahorita mismo, si escuchas mi español *ta* medio... como que no pronuncio las cosas muy bien porque *pues* no sabía *pues*, crecí sabiendo inglés. Español *pus* con los amigos, en la escuela, ya ves que también siempre va a haber otra raza tuya igual *pues* de los *hispanos*, con ellos *mismos* también es lógico que *uno* te habla en español, tienes que comprender español, lo aprendí allá poco a poco. Cuando tenía como *los* ocho nueve años me acuerdo un tiempo que vine *pa* acá *pus* no sabía el español, cuando llegué *taba* hablando inglés, nomás me miraban, no les comprendía *pues* nada, poco a poco iba comprendiendo y *pues* hasta *orita*, más o menos.

–*Maybe could be easier for you to speak English with me.*

–*Yeah, you can ask me whatever and I respond the best way I can, whatever you wanna know. Do you can speak good english too?*

–*A little bit.*

–*I can see your **accent** is a lot different than mine, mucha diferencia.*

–*Yeah. You have the **accent** of an american guy.*

–*Yeah from school. I mixup el español y el inglés en veces I'd been mixing it up porque así me acostumbré a hablar allá *talking to the friends, the homie* de todo, te acostumbras [a] hablar así en español, medio en inglés y en español, cómo te diré, más ahorita *I speak English, Spanish, some times I mixing it up.**

–*When you came back to Santa Fe?*

–*I had deported about two years. I was little bad, wrong people, the wrong things, you know. I'd been in prision two years, two years of my life in prision. I had deported más que nada. It's hard* –un grupo de chicas que llegaron a ver el siguiente partido se ríe de nuestra conversación y se queda a unos metros de nosotros.

–*Do you miss the United States?*

–*I'm missing 'cause my family, my mom, my sister my brothers, they are there, yeah.*

–*So, are you here alone?*

–*I'm here alone, yeah.*

–*Do you have children?*

–*No, I have one son in Texas, tuve un hijo allá.*

–*How old is your boy?*

–*Now, six years old. I haven't seen my son about six years, six years I haven't seen him, six years.* Seis años *pues* que no he visto a mi niño. *Years pass, years pass. I haven't seen him, the reason I haven't seen him* es por parte de su mamá, *pus* me fui de ahí de Texas, me regresé *pa* Óregon *pa atrás* donde estaban mis papás, *working*, qué más, un año estuve *pa atrás* en Óregon, me metieron a la cárcel *ese tiempo* por *driving under influence*, *taba* manejando tomado pero bien borracho pero no era la primera vez que me habían *garrado* así, era como la tercera vez, por eso me aventaron trece meses de prisión y aparte de eso [*en*] ese tiempo le había pegado también *pues* a alguien, también me culparon de eso, me dieron otros doce, casi *era* los dos años.

–Es mucho riesgo traer un coche allá.

–De traer, lo puedes traer pero si chocas borracho la *aseguranza* no te cubre nada tu carro, tienes que pagar una lana, una feria *pues*, aparte de lo que le hicistes al otro, aparte si no traes tu licencia ahí te lo van a sacar también, es mucho *pedo*, hasta tú mismo te arriesgas de que te encierren.

–¿Te sientes diferente?

–Sí, me siento un poco muy diferente, no me siento como que *I don't feel like I was born here. And the adventure, many people wouldn't experience adventure*, no creo que muchas personas van a pasar por lo que yo he pasado. En esa forma sí me siento un poco diferente de otra manera *pues* todos somos iguales, somos seres humanos.

–Te consideras mexicano, americano, purépecha...

–Yo me imagino, como te dije, soy de aquí, siempre voy a ser de aquí, aquí nació.

–¿Qué estás haciendo aquí ahora?

–*I can't go away. Painting*, la costumbre aquí *pus* eso, pintando las ollas, con mi señora *pues*, compramos, los pintamos, los vendemos otra vez, *pus* a eso me dedico, *orita* he estado dedicándome a eso, como te digo, no tengo *pues* mis estudios, *pa* buscar trabajo *ta* muy duro, muy difícil, más aquí en este lugar *ta* muy difícil, *pos* yo no veo otra forma de hacer algo de dinero, estar pintando es algo aunque no es mucho pero *toy* feliz. La señora que tengo *orita* como ella ha estado acá toda su vida, *pues* me enseñó a pintar y de ahí mismo pensamos hacer eso, pintar, comprar y venderlos otra vez, *pues* a eso nos *tamos* dedicando *orita*. *Nomás* que siento que puedo hacer más, tengo más capacidad en mi mente, yo mismo *pues* tengo más capacidad de hacer más cosas. *Ai tan* las *chelas* *ira*.

–*When you were playing soccer it was very sunny.*

–*Yeah.* Sí, sentía también así *too hot, taba* sudando mucho. Y lo bueno cuando me deportaron llegué acá *pues* a mi pueblo porque yo me imagino que muchos que los deportan los llevan *pa* lugares que están medios malos, *tan* más gachos *pues* y *garran* malos pasos.

–¿Como Juárez o Tijuana?

–Sí *esos tipos* de cosas. Yo me imagino que muchos se meten en muchas cosas porque *pues ta* duro ¿no? Buscan otra forma de estar y aparte *pues* es donde se hace *pues* más los crímenes, a la vez *ta* mal de que los *ten* deportando muchos de allá porque muchos de los que los deportan en la mente ya son desmadrosos, ya son locos *pues*, ya tienen la mentalidad de hacer cosas malas.

–¿Qué dijiste? Mejor me voy a Michoacán.

–Michoacán, sí claro, no pensé quedarme allá en Tamaulipas, dije no, ya me aparto porque *pues taba* duro, *ta* duro *pa* estar por allá, aquí todo mundo *ta calmadillo* no *ta* tan difícil ya ves como están las cosas por allá –nos ofrecen una cerveza y mientras tomamos los primeros tragos, en el siguiente partido se produce una jugada de gol– *ai ta* el gol *ira*. ¡Oh!

–¿Jugabas fútbol allá?

–*Todo* mi vida he jugado, cuando *taba* más *chavalillo*, mi papá siempre me entrenaba jugar diario *pues*, llegaba de la escuela, lo primero que hacía era fútbol, *pa* mí siempre ha sido algo bueno *tar* jugando, distrayéndote de problemas, desestresándote, por eso *pues* nunca lo dejo y hasta ahorita me gusta, *todo* deporte.

Nelson

Amaruc me había dicho que Nelson, otro de los jugadores (en la foto el cuarto de izquierda a derecha arriba), había tenido unos días aquí en Santa Fe a su hijo y a su esposa, una americana que conoció en los Estados Unidos, sin embargo, ella se regresó con el niño y él se quedó aquí porque, como Toño, también fue deportado. Me acerqué a él y le hice plática a propósito del tatuaje que tenía en el antebrazo izquierdo.

–¿Te lo hiciste allá, en el Norte?

–En la cárcel.

–¿Qué dice?

–Jeremiah, *mijo*.

–¿Estuviste en la cárcel?

–Sí, tuve problemas allá con la policía. Ya no tuve opción, manejando tomado, discusión con la policía; no tuve opción. La primera vez estuve nada más un mes, volví a regresar, me volvieron a agarrar, estuve tres meses por lo mismo, ya tenía antecedentes *pues* –dice con resignación y toma un trago de cerveza.

–¿Dónde estabas?

–En Indiana, Indianapolis, trabajaba en *la* fábrica y en *la* *yarda*. Después me corrieron *en* la fábrica y ya me fui a un restaurante, un McDonald’s.

–¿Cuántos años tiene tu niño?

–Tres años. Le gustó mucho aquí, travieso, aquí ningún *morrito* lo vi así como él, le salió todo aquí, iba para allá, *pa* acá, no se cansaba, lleno de energía ese chavo, lo agarró de su mamá, sí es activa *pues*. Ella estaba estudiando pero *pues* ya no pudo, ellos dependían de mí, dejó la escuela, cuando me deportaron *pa* acá *ya* se puso a trabajar, ir a la guardería, regresar, ir por él, se le hizo difícil. Yo le dije: “pos veinte *pa* acá a ver qué hacemos.

–Tienes una tienda, ¿no?

–Sí, una tiendita, ahí invertí un poco. Aparte este, ando vendiendo mercancía, cerámica *entons* *ya* con eso sobrevivo. Extraño allá, tienes trabajo allá, los cheques, comodidad, tú sabes *pues*.

–¿Cuánto tiempo estuviste?

–Yo estuve ocho años, al año la conocía a ella. También cuando estaba allá extrañaba por acá, por mi familia, en primer lugar por mi abuela porque yo crecí con ella, “tengo que regresar por mi abuela” porque ella *pus* *ya* era *mayor de edad*, cansada *pues*. “Ya regrésate tan siquiera una vez, ya no puedo más, siento que me voy, *pa* que te vea aunque sea la última vez”. Los meses se van de volada y este no sí, voy a regresar, ya no me escuchaba por teléfono. No me lo imaginé que iba a regresar hasta que *pus* ahí tomado me agarraron y me regresé *ya*, se puso feliz pero “no puedo estar aquí, tengo mi familia allá”, me tuve que regresar, estuve como tres meses me regresé nomás duré un año y regresé otra vez. Así fue la historia. La pienso mucho pero si voy me van a guardar otra vez. Por ellos por mi hijo, no creo que se adapte aquí o sea el sistema de allá, todo. A la mejor, como está chavo, a lo mejor sí.

Mientras tomamos las cervezas todos los jugadores hablaban en purépecha, de repente **cambiaban de código** al español pero sólo para decir una frase e inmediatamente volvían al purépecha. Empezaron hablando de los arbitrajes y del mantenimiento del campo de futbol, después mencionaron la fiesta de Comachuén pues cuando en un pueblo hay fiesta suele haber torneos de futbol y de basquetbol. Uno de ellos hablaba de la comida, de que había engordado y después adelgazado, alguien dijo: “estaba en lo huesos, cabrón” pero de nuevo volvieron al purépecha. Finalmente alguien contó que había encontrado un venado y, una vez que las cervezas se terminaron, el grupo se disolvió sin que el alcohol hubiera propiciado el uso de palabras o expresiones en inglés como Amaruc y yo esperábamos que sucediera. Más tarde, afuera de la casa de Amaruc, tomamos otra cerveza con su hermano Puki pero alguien divisó una patrulla municipal y gritó: “¡La migra!” Cada quien corrió a su casa y se acabó la tertulia sin que pudiéramos comprobar lo que decía Amaruc, que entre los jóvenes migrantes el alcohol es un detonador de palabras, expresiones y **cambios de código** en inglés. Según él, había un borracho que solía andar por las calles de Santa Fe diciendo: “*wachumara wachumara*” (*what’s the matter?*). Lo que sí comprobé fue cómo, por medio de la televisión, la *cultura de masas* (Eco, 2012: 34) penetra en los hogares purépechas pues, al entrar a la casa de Amaruc, otro de sus hermanos estaba viendo la transmisión del Super Bowl.

3.11. Una familia de alfareros

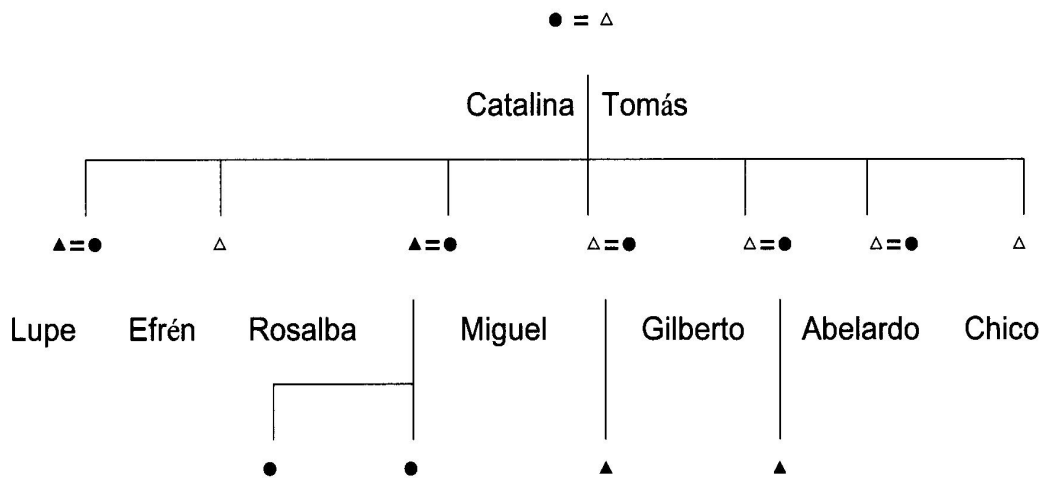
A pesar de haber reunido mucha información, seguía sin encontrar una familia a la que pudiera observar aquí y además seguir en los Estados Unidos. Mi esperanza era encontrar a Tomás Morales, un viejo amigo al que conocí en mi primer viaje, en el antiguo Hospital de Santa Fe, él era el contrabajista del grupo que estaba tocando con motivo del Tianguis Purépecha. La segunda vez que lo vi, cuando le hablé, fue en una fiesta, nada raro porque, si algo sobra entre los purépechas son fiestas. Ésta tenía lugar en la casa de Héctor e Isabel, un matrimonio con dos hijos, Marisa y Horacio, este último había terminado la primaria y festejaban el acontecimiento.⁴⁹ Hacían velas en su casa y al mismo tiempo taller. A mí me había invitado Margarita Morales, quien era la madrina del graduado y sobrina de Tomás, sin embargo, yo no sabía ni que él era su

⁴⁹ Hoy en día, a su vez, Horacio y Marisa tiene hijos en primaria.

tío ni que me lo volvería a encontrar. Pero ahí estaba otra vez con su contrabajo y su sombrero. Lo acompañaba el mismo violinista aunque ahora el grupo era más reducido que la primera vez. Amén de cerveza, la cual había por cartones, el papá del muchacho servía aguardiente a los invitados en una charola, éstos lo tomaban de un trago y le devolvían el vaso. Y como yo era uno de los invitados, también tomé varios de aquellos tragos. Después de unas horas, la embriaguez se había apoderado de todos, de unos más, de otros menos, pero nadie, salvo los niños, parecía estar en su juicio. Días después, Tomás me dijo que yo había bailado “bien recio” sus *pirecuas* y que terminé diciéndoles que tocaban como los ángeles. Sin embargo, a pesar del ridículo que debo haber hecho, ese día empezó nuestra amistad, no por el alcohol sino porque fue entonces cuando Tomás me invitó a su casa.

En Pátzcuaro imprimí las fotos que le había tomado a él y sus compañeros y, atendiendo a su invitación, fui a su domicilio y se las llevé. Seguí sus instrucciones pero no encontraba la casa, de hecho no tenía una dirección, más bien tenía señas. En la calle había unos niños jugando y les pregunté en español si sabían donde vivía Tomás, un músico que tocaba el contrabajo. Según yo, hacer como si tocara dicho instrumento resultaría suficiente para que me entendieran pero, lejos de darme alguna pista, los niños se miraron los unos a los otros, se rieron de mi mímica y echaron a correr. Por un momento me sentí como un extranjero en mi propio país, y es que, a pesar de estar dentro de México, Santa Fe en efecto es otra nación; el concepto de Nación Purépecha no es sólo algo abstracto en la mente de los purépechas que participan en el Año Nuevo Purépecha, existe como hay una lengua aquí que no es el español ni el inglés, una población que habla esa lengua y un territorio donde se habla. Sin embargo, una muchacha que pasaba con un bebé en un brazo y una cubeta llena de maíz en el otro me dijo en español que la casa de Tomás estaba ahí, enfrente de mí.

Tomás nació en 1955 y se casó con Catalina cuando ambos tenían 16 años. A diferencia de sus hijos, quienes ya no han celebrado bodas, ellos sí lo hicieron, incluso Tomás pidió a Catalina acompañado de sus padres. Los frutos de este matrimonio fueron siete hijos:



=matrimonio ▲hombre ●mujer △hombre migrante

La familia Morales

Lupe, la mayor, tiene ahora 35 años y ya trabajaba el barro cuando los conocí hace 14. Desde la primera vez que conviví con ellos me di cuenta de que, como decía Gortaire (1971), la alfarería era una actividad para toda la familia. Lupe vive ahora con Joel y no tienen hijos, lo cual ha sido motivo de conflictos entre ellos, incluso de *violencia doméstica* (Kurst-Swanger y Petcosky, 2003: 7-8). Después sigue Efrén, de 33. Él nunca estaba, siempre me decían que había ido al cerro. Un día Tomás me dijo: “ése está muy cimarrón”. Rosalba, de 31, es la tercera, entonces tendría unos quince años y ya también participaba en la hechura de los jarros. Hoy en día Rosalba vive con Armando, el padre de sus hijas: Rosa Isela y Yoselina. El siguiente es Miguel, de 29, él vive con Yolanda y tienen un hijo, *Fredy*. Los más pequeños eran Gilberto, Abelardo y Chico. La primera vez que vi a estos tres niños saltaban y bailaban en la recámara del fondo al ritmo de una *pirecua* que sonaba a todo volumen en una grabadora de casetes, de aquellas de plástico negro. Hoy en día, Gilberto tiene 26 años, vive con Liz y tienen un bebé. Abelardo, de 22, está viviendo con *Jenny* y, como dice su hermano Miguel, “ése está enamorado”; aún no tienen hijos. De 19 años, Chico es el único soltero. De modo que aquel matrimonio que conocí en 1996, todavía con hijos pequeños, ahora tiene cuatro nietos, dos niñas y dos niños.

Cuando regresé a Santa Fe cinco años después, aquel Efrén cimarrón ya se había ido a los Estados Unidos. Solo, sin pasaporte ni visa, cruzando la frontera a pie detrás de un *coyote*, haciéndole honor al adjetivo que le aplicaba su padre. Y pese a todo le fue bien y regresó por su padre y su hermano Miguel para una segunda aventura. Tomás me mostró algunas fotos, ahí estaba él en un campo de fresas y Miguel y Efrén en uno de naranjas.

Sin embargo, Tomás se regresó al cabo de un año. Ser músico, amén de alfarero, le permitía darse el lujo de renunciar a una vida de migrante, estar con su esposa y sus hijos pequeños e incluso ganar lo mismo o más que un pizcador. Pero como Efrén y Miguel no eran músicos, estaban jóvenes y no tenían esposas ni hijos, ellos sí se quedaron. Después, cuando se acabó el trabajo en la Florida, se fueron a Michigan y así, de una cosecha a otra y de un Estado a otro pasaron los meses y los años. Después, siendo todavía unos adolescentes, se irían también Gilberto y Abelardo.

Así pues, estamos hablando de una familia purépecha típica. La novedad con respecto a las generaciones pasadas es que, además de agricultores, alfareros y músicos, ahora también son migrantes. Si no tuvieran nada que ver con la migración, hoy en día serían una familia purépecha atípica, incluso Guadalupe y César, quienes no han migrado, tienen parientes que sí lo han hecho. Además, la migración es algo que se da en todas las comunidades; unas más que otras pero todas reciben remesas de los Estados Unidos.

Más allá de su apariencia física, un tipo indígena en el que no hay rasgos como el cabello ensortijado de África, los ojos rasgados de Asia o el pelo rubio de Europa, la lengua, la característica que suele considerarse definatoria de etnicidad (Flores Farfán, 2012: 30), en este caso el purépecha, es el sistema de comunicación que funciona entre todos ellos.

Además del purépecha, todos hablan el español en mayor o menor medida, es decir, todos son **bilingües**. Utilizan el español con aquellos que no hablan purépecha y también entre ellos, cuando hay terceros que no lo entienden. Más adelante habré de analizar este **bilingüismo**, por el momento baste con decir que entre nosotros hubo **inteligibilidad mutua**, su español fue suficiente no sólo para comunicarnos sino incluso para reírnos pues, además de amables y generosos, tenían buen humor.

Sin embargo, esta vez no encontraba a Tomás ni a Catalina. Después de estar tocando un rato en su puerta sin que nadie saliera, empecé a pensar que tal vez ya no vivían ahí. Pero entonces salió de la casa de enfrente una muchacha y me dijo que ahora se la pasaban “arriba”.

Suspiré aliviado, subí la colina en la dirección indicada y me encontré con una casa nueva y una estupenda vista del pueblo y el lago de Pátzcuaro.

La fachada corresponde a Miguel, la parte central a Gilberto y el fondo a Abelardo. Efrén tiene otra casa de dos niveles prácticamente terminada a un lado de la escuela secundaria, frente a la carretera. Lupe y Rosalba viven en las casas de sus esposos y como el marido de Rosalba es del otro lado del pueblo, ella sería con quien menos contacto tuve. Chico era el único que seguía en la vieja casa paterna, la cual habrá de heredar según el derecho consuetudinario. Y también era hasta ese momento el único hijo varón que no había ido a los Estados Unidos.

Tanto la ampliación de la casa paterna como la casa de Efrén y esta obra nueva, todavía en construcción, representan las inversiones más concretas que la familia ha hecho con las remesas, como dijo Guadalupe y también Castilleja (2008: 85), la gente invierte mucho en construcción.

La reja, al lado derecho de la fachada, estaba abierta, así que entré. El piso era de tierra y piedras pero lo suficientemente ancho como para meter una camioneta. Y había dos, una a mi derecha, en el patio interior de Gilberto, una Toyota verde que me recordó la que hace años tenía Héctor, el de las velas, quizás en efecto era la misma. Al fondo, bajo el techo de Abelardo, estaba otra más nueva, una Ford Explorer propiedad de Efrén. No salía nadie, así que seguí hasta el fondo y grité a manera de saludo:

–¡Tomás, tienes visita!

Los primeros en aparecer fueron Efrén y Abelardo, la última fue Catalina quien estaba usando una improvisada muleta de palo, pues se había fracturado el pie derecho y lo tenía enyesado. Verla así y pensar en todo lo que puede suceder en siete años me hizo reparar en que pude no haberlos encontrado, en todo este tiempo pudieron pasar muchas cosas; pudieron haberse ido todos juntos a los Estados Unidos, como la familia de Lourdes.

Para mi buena suerte, encontré a la familia completa, los que estaban en los Estados Unidos habían regresado y todos se estaban dedicando a la alfarería. Un nuevo horno para cocer la loza estaba ahora entre la casa de Gilberto y la de Abelardo, debajo de un improvisado techo de láminas onduladas y negras de humo. Después de las preguntas de rigor, como qué tal estaban mis papás o cómo estaba Rosalba, la única que no vi ese día, les conté mi nuevo plan. Dijeron que Miguel era el que sabía más del asunto y en un santiamén nos acomodaron un par de sillas en el porche de la casa de Abelardo y así, sin proponérmelo, ya estaba haciendo una entrevista.

–¿En español? –preguntó Miguel muy serio.

–*Puro turisi jimbo* (en español) –respondí tratando ahora de romper el hielo con este **cambio de código**– ¿Cuántos años tenías la primera vez que fuiste?

–Tenía como diecinueve años.

–¿Quiénes se fueron entonces?

–*Con mi hermano el más grande, nomás los dos. El otro tenía como 25. De aquí primera vez porque yo nunca salía, de aquí, desde Quiroga, hasta Tijuana. Aquí nunca he trabajado. Cuando me fui a trabajar fue al otro lado.*

–¿Cómo le hicieron?

–Ahí nos *encontró* un señor que hablaba tarasco. Una vez, estábamos sentados. No *pensábamos* que ese señor *era* tarasco. *Ahí fue donde* nos preguntó [si] éramos de aquí de Michoacán, de aquí de Santa Fe. Era *coyote*, fíjate, sin pensarlo, ése fue el que nos *aventó* hasta allá, hasta California, un señor que no se *miraba* que era *coyote*. *Pasaba la gente*. La primera vez nos cobró como setecientos pesos por pasarnos a California.

–¿Cómo los pasó?

–*En el monte, duramos como tres días, iba adelantando, como coyote, íbamos como cinco personas, otro señor era de San Luis. Tres días, día y noche hasta que llegamos en San Ysidro, pegando en Tijuana, nos subió a un taxi, nos llevaron hasta estación de vía del tren, un tren –dice con una sonrisa– ahí sacamos boletos del Greyhouse.*

–Uno que tiene un perrito gris –dije mientras reparaba en que Miguel no había dicho ‘galgo gris’ sino algo como ‘casa gris’. En cambio Lourdes, cuando mencionó estos autobuses sí dijo: Greyhound.

–Ése *mero, ése* subimos. Nos llevaron hasta Salinas, de Los Angeles son como ocho horas, ahí fue donde llegamos a trabajar.

–¿El *coyote* nada más los pasó?

–Nos llevó hasta donde estaba el trabajo, donde íbamos a vivir en Salinas. *Como aquí Quiroga. Harto* trabajo. Hay mucha gente *ahorita, mayoría puro gente de esa. Pizcar pura* fresa. Son de aquí. De Chiapas también, ahí está [la] gente, los tarascos. Más directo a Carolina o *Flórida* –la pronuncia así, como esdrújula– La primera vez estuve como tres meses, *otro trabajo, otro campo* donde se pizcaba repollo, como tres meses *pizcar* repollo, luego de ahí nos fuimos a *Norte Carolina* medio año. Otra vez así, *con Greyhouse*, duramos como una semana, *pa* que no nos *agarrara* la *migración*. [Por el] Norte, alrededor del país, ese señor ya sabía, ocho días casi.

Todo alrededor del país. *Ahí tabaco*, como un año. Luego, cuando se terminó el trabajo, bajamos a *Flórida*.

–¿Y dónde está mejor?

–Para mí, [el] trabajo es mejor en *Flórida* o Michigan, esos dos Estados, son como siete, nueve meses. Ya en *Flórida* otra vez. Sí, así es como vamos *pa* allá.

–¿Dónde pagan mejor?

–*Pal* norte. Pennsylvania.

–¿Cómo mandan el dinero?

–Por envío, hay diferentes. Sí llega. A Pátzcuaro. *Nomás* lo pones con *identificaciones*. Depende, así te van a cobrar, por mil dólares te cobran como treinta dólares; quinientos, quince dólares.

–Más o menos, ¿cuánto mandaban?

–*Poquillo*. Para juntar mil dólares, un mes. Cuando había *bien* trabajo así, un mes, cuando hay *bien*. Setecientos, seiscientos, depende, en construcción, los campos, había veces por contrato, por horas. Cuando es por contrato van por horas, unos cuatro o cinco, ahí sí. *Poquillo*, sacas un *poquillo* más, igual [en la] construcción, igual.

–¿Mil dólares al mes ya es bueno?

–Para mí sí. Aquí es difícil ganar mil pesos.

–Para hacer doce mil pesos (mil dólares) ¿cuántas ollas tienes que hacer?

–No sale. Por eso vale la pena ir al *Norte*.

–¿Por eso vale la pena arriesgarse entre la vida y la muerte?

–Para mí sí.

–¿Los persiguieron?

–Nunca, sólo una vez, *una buena calentadita*.

–¿Por qué?

–Son *ratas* los *cholos*. Era un alambre malla, *la gente* es bien necia, están poniendo la malla o alambres... pinza y lo *mochan*, como armadillos, pasan por abajo –es notable que Miguel diga *la gente* a pesar de que él también cayó en la trampa– y, este, una vez, íbamos pasando por ahí, salieron dos hombres, eran *nomás* dos pero traían pistola, nos desnudaron todos, ahí *estamos* todos *empelotados*, *nomás* querían *billete*, *billete*, *zapato*, alimento, todo nos *bajaron*, todo,

suero, jugos... Sin nada, un cinco, sin un peso, lo bueno que aquel *vato habla* a Michigan y nos mandó *pa Tucsón*, nos mandó 300 dólares.

–¿Y la policía no se da cuenta?

–¿Tú crees que no se van a dar cuenta? Mexicanos, de los *oaxaquitas llegan* hasta por aquí –se pone una mano en el pecho– ¿no se van a dar cuenta?

–¿A dónde podría dirigirme?– pregunto pensando aún en que yo me refería a las correrías de los *cholos* no a los migrantes.

–Pues, sí conoces [*a*] alguien. [El] aeropuerto, ahí en Charlotte, –lo pronuncia /tʃar'loté/– hay mucha gente, es como Morelia. Los de San Pedro Azajo también, *ira*. Llegas, ahí es donde *está duro*. Estuvimos como dos días o tres días y hasta *Flórida*. Ahí hay muchos paisanos *amontonados*. Hay un *pueblito*, se juntaron *puros tarascos*, hicieron un *ranchito* ahí, en *Norte Carolina*. De aquí de Azajo. Están ahí en *Norte Carolina*, un *ranchito*.

–No siempre trabajaron en el campo.

–En *todo trabajo*. En la construcción me sacaron, ya querían *puros seguros*, nos sacaron [los] *seguros, puros* residentes contratados *ahorita*. *Nomás* ocho, nueve meses.

–Voy a intentarlo, ya tengo la visa.

–En Pennsylvania *nomás* son dos meses. ¿Cuál es la que *sacastes*?

–De turista.

–Sabiendo *poquillo* inglés sí *le entras* donde sea. *Norte Carolina pa* que llegues. Ahí *mero, puros* departamentos, como en Morelia, en el centro, Charlotte *mero, mero* viven ahí, ya no me acuerdo [de la] *dirección*. Carnal, seis años ¿no? –Efrén sólo mueve la cabeza afirmativamente– Charlotte, ahí es donde viven.

–Por lo que veo van a todas partes, a Florida a...

–Ahí [estuvimos] nosotros, en *Flórida*, como seis años, ahí *estamos* nosotros cosechando naranja.

–¿Nada más?

–Hay diferentes frutas. *Flórida*, a un lado de Tampa, un *pueblito* que se llama Arcadia.

–¿Ahí hay muchos tarascos?

–*Nomás* nosotros, hay *gente, esos* hablan mixteco y zapoteco, dos idiomas, mixteco y zapoteco, harta gente de *ésas*.

–Más tarascos en *Norte Carolina*, ahí es el número uno. California también, Salinas, cualquier *gente*, San José, Los Angeles, puedes *preguntar cualquier gente*.

–¿El *Greyhound* te lleva? –pregunto acentuando mi versión frente a su peculiar *Greyhouse* pero Miguel no se da por enterado.

–En Salinas te bajas, hay *un* calle Williams, señores grandes, *otro* calle ¿cómo se llama? *un* calle. Gente de Cherán, en esa colonia se juntaron los tarascos y los que hablan mixteco, *se* rentan un departamento, están como 8 personas, así *están viviendo* todos. Te *va* a preguntar [los] *tarascos*, un *día domingo* son *las pulgas (fleamarket)*, un *día domingo* te van a decir a la mejor [*en*] tarasco. A lo mejor hasta te vas a topar con un tarasco. Los Angeles, a Salinas y luego, cuando llegues *en* Salinas, *agarras* un taxi que te lleve en esa dirección. *Hartas* tiendas mexicanas, por ahí cualquier *gente hace paro*. *Mala gente*, otros no. Y así llegas –dice emocionado.

De pronto apareció frente a nosotros Lupe con un mensaje de Catalina:

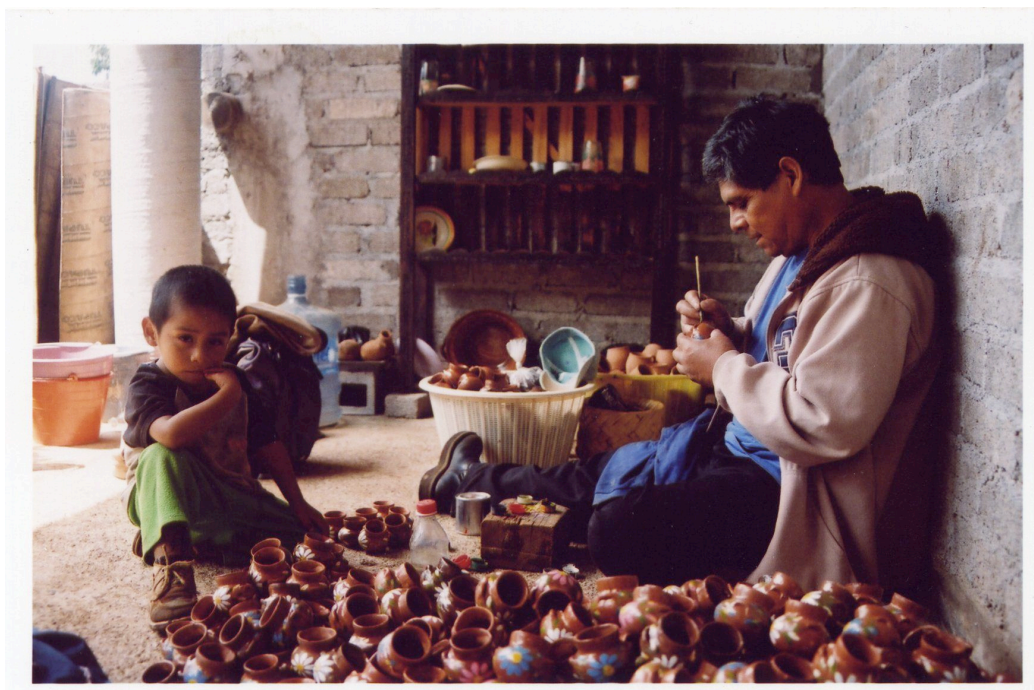
–Que ya *vente* a comer.

Mientras yo platicaba con Miguel, Catalina, generosa como siempre, me preparó unos huevos revueltos. Después de la comida, le pregunté a Tomás si podía volver con ellos para pasar algunos días. “Claro”, me respondió, así que me despedí prometiendo regresar. Finalmente había logrado mi objetivo: encontrar viejos amigos que por el momento estaban en Santa Fe, tenían tiempo y además, también tenían planes de viajar a los Estados Unidos próximamente. Por si fuera poco, ellos eran la familia con la que más confianza tenía, con los que más conviví en mis viajes anteriores y quienes me visitaron una vez en la Ciudad de México, donde fueron conocidos por mis familiares y amigos como “los purépechas”. De modo que por fin había encontrado ese sol que buscaba, una familia que reunía todas las condiciones para considerarla representativa, la cual, junto con las otras familias y personas hasta ahora conocidas, empezaban a darle forma a esa especie de sistema solar que pretendía armar, microscópico pero al mismo tiempo inmenso.

Cuando regresé días después, ya con mi mochila, Tomás no estaba en la casa de abajo, así que subí a la de sus hijos. Lo encontré sentado sobre un pequeño petate, pintando ollas, con su nieto *Fredy*, el hijo de Miguel. A propósito del nombre, Tomás me preguntó:

–¿Es *por* inglés, *vea*?

–Sí –le respondí y también le dije que era un apócope de *Alfred*; que equivalía al *Toño* que la gente le aplica a los que se llaman *Antonio*. Sin embargo a este pequeño también le dicen “Kilo” y así lo llamaré en lo sucesivo.



Tomás y su nieto “Kilo”

–*Karamaia tatakito*– (ya píntalo abuelito), dijo el pequeño.

–*Kókani kókani* –(pronto pronto), le dice Tomás a “Kilo” y éste le acerca los jarros. La vitalidad de la lengua quedó de manifiesto, ésta sigue siendo el vehículo de comunicación entre padres e hijos y, como en este caso, entre abuelos y nietos.

–La familia de Liz *hablan surtido*, español y tarasco –comenta Tomás a propósito de la esposa de su hijo Gilberto)– Su mamá (la mamá de Liz) es de Oaxaca. Los de San Jerónimo (Purenchécuaro), no hablan purépecha ni español ni nada.

Le pregunté a Tomás si sus padres hablaban español.

–*Aquel sí, éra*ba campesino, sembraba maíz, comerciante, salía a vender loza. Mi mamá no, nada. *Más antes hubo gente* que completamente no *entendiaba* el español.

Mientras pintaba flores en los jarros, Tomás me contó que su papá vivió 95 años.

–¿En serio? –le pregunté sorprendido.

–Sí *pues*. Todavía caminaba. Se murió de tanta *tomadera*. Mi mamá unos 85 años.

–¿Tu papá nunca fue al *Norte*? –le pregunto a Tomás sólo por confirmar.

–No.

–¿Y a ti, te gustó el *Norte*?

–Es muy *tristeza*, *se* sufre uno. *Isixati* (así es), así está la cosa. Yo apenas un año. Hay gente *mayor de edad* que sí aguanta. A mí me daba mucha vergüenza. No me gustó *pues*. Las muchachas llegan a una *trailer*, *pinches* muchachas ¿qué venden *pues* acá? Son *putas*. Mis hijos me decían: “¿*Pa* qué te vas?, nosotros vamos a estar *viviendo bien*, no vamos a hacer chingaderas”. Andan mexicanas, americanas, andan hasta japonesas pero de *edad de* 15, 18 años, cómo *no va antojar un señor*, un viejo. No, nunca agarré ese vicio, mejor me regresé. Primero llegué, este, Salinas, San Francisco, Sacramento. Llegamos hasta Chicago, bajamos *Norte Carolina*, estos tiempos, agosto, septiembre, luego Arcadia, *Flórida* –la pronuncia como esdrújula, igual que Miguel– ahí trabajamos *pizar* naranja ocho, nueve meses, luego fuimos otra vez *pal norte* y ya me regresé por esa razón. Aquí antes *nadien* iba, *más antes* casi *nadien*, ahora toda la gente está allá –Tomás coincide con Pedro en la exageración *todos*, así que tal vez no sea una exageración– ¿Cuándo va a salir aquí? No sale, ni sacan los comerciantes, puro fiado sacan la loza. Todos los que están construyendo *las* casas, todo sale del *Norte*. Los que viven allá abajo tienen que hacer primero el baño, los que vivimos arriba primero un cuarto.

Le cuento a Tomás de la letrina que usaba en Tziróndaro y le hago un dibujo de la tabla con un hoyo y el pozo en mi libreta de notas.

–Más antes *la* agua potable no había, por eso toda la gente se iba *en* la orilla, *pus* la gente estaba... algunos encuerados, las señoras. Pero en ese tiempo, cuando yo crecí, y hasta las muchachas también. En *ese tiempo*, cuando yo platicaba con Cata, *érraba ese tiempo* bien respetuoso. Yo la pedí con mis papás. Cuando *érraba* de edad como Beto o Miguel yo tomé bastante.

Apareció su hija Lupe para decirnos que bajáramos a comer. Al verla me acordé que le había traído una foto que le tomé hace catorce años, mientras hacía ollas en la casa de sus papás, ahora “la casa de abajo”, así como de que, tristemente, ella sí ha vivido con Joel episodios de *violencia doméstica* (Kurst-Swanger y Petcosky, 2003: 7) pues este hombre, frustrado por no poder tener hijos, ha arremetido contra ella llegando incluso a la violencia física. Lupe observó la

fotografía un momento y se la llevó en el bolsillo de su delantal. Tomás y yo bajamos entonces a su vieja casa.



El caldo de pescado

–*Ai ta [la] sal, ai ta [el] chile* –me decía Catalina mientras yo observaba un hermoso pescado adentro de mi plato, al cual me sugirieron agregarle unas gotas de jugo de lima, lo que habría de hacerlo aún más rico.

No pasó mucho tiempo entre mi entrevista con Miguel y mi estancia en Santa Fe pero Catalina había prometido visitarme en esos días en la Ciudad de México, así que le pregunté por qué no habían ido.

–*El cárcel* –dijo y se quedó callada un momento– Ahora sí vamos a ir a su casa con *sus mamás. Yo le dice sí. Yo le dijo* a mis hijos, yo también voy, *al cabo* nosotros vamos a regresar pronto. Así estaba pensando pero ahorita *pues* no.

Tal parece que, como decía Guadalupe, los muchachos que regresan de los Estados Unidos “andan desatados” y Gilberto y Abelardo no fueron la excepción, su comportamiento llegó a un punto tal que derivó en trifulca y se liaron a golpes con otros muchachos, los cuales al

final le dieron una paliza a Gilberto. Después llegó la policía municipal pero sólo se llevó a los hijos de Catalina en calidad de provocadores. Así que, para que los dejaran libres tuvieron que pagar una fianza y por eso Catalina y Tomás no pudieron ir a visitarme.

Sin embargo, la historia completa la supe hasta después porque en ese momento Catalina no habló más del asunto y yo no quise hacerle más preguntas.

–*Nomás quedó ya* el Chico, ya [*se*] casó Abelardo, todos *ya* –dijo cambiando de tema pero, a pesar de que Catalina habla de casamiento, sus hijos no han celebrado las respectivas bodas como lo hicieron ella y Tomás, simplemente se han llevado a las muchachas a sus casas.

Después del caldo que nos sirvió Catalina, toda una experiencia gastronómica, nos pasamos a la recámara del fondo, donde antes estaba el horno. Aquí está ahora la cama de Chico, su ropero y los instrumentos, un bajo eléctrico, un teclado y un amplificador.

Allá vamos a llevar *lonche a terekua pikuni* (cortar hongos) –dice Tomás.

–*Ambeteru pikuaksĩ?* (¿qué más cortaremos?) –le pregunto a Tomás aprovechando que habla ahora en purépecha y me responde muy sonriente en ambos **códigos**.

–*Xengua*, capulín.

–*Niwaksĩ xanarapani?* (¿iremos caminando?).

–*Jo, xanarapani* (sí, caminando) –dice Tomás entusiasmado.

De pronto llegó Abelardo y trató con Tomás un asunto en purépecha que no alcancé a comprender. Entonces me di cuenta de que iba a ser difícil tomar nota de sus conversaciones en purépecha porque lo hacían como Bertha y Pedro, dándome la espalda, como no queriendo que me enterara de sus problemas.

–*Nijtsikorheni juatarhu* (iremos al cerro), caminando –dice Tomás.

–*Nijtsikorheni xanarhapani*, es igual –(iremos caminando) dice Abelardo. Reconozco el verbo *xanarhapani* ‘caminar’ pero en la primera palabra tengo mis dudas, creo que se trata de *ni-jtsi-korhe-ni* (ir-plural-reflexivo-infinitivo) pero no estoy muy seguro. Además, todo este metalenguaje me impide escuchar lo que sigue.

–No es igual –dice Tomás.

–¿Cómo que no es igual? –dice Abelardo.

–Apenas estoy *jolengulini* (aprender) –dice mezclando ahora el español y el purépecha mientras se sienta ante el teclado y Abelardo pulsa el bajo eléctrico y le da el ritmo de chun tata (3/4). Tomás hace la melodía con un registro como de acordeón.

Chico llega de pronto, se quita la gorra y la playera y se pone una camisa limpia. Le pregunto a Tomás si va a ver a su novia o qué.

–Se va a tocar, *andan* tocando –me dice Tomás orgulloso. Chico sólo sonrío. Después se pone unos jeans enteros, salvo de abajo, de donde se le han deshilachado un poco por lo largos que los usa, sus tenis y dice:

–¡Canta *uno*, *Daví!*

Le digo que no sé cantar y entonces él anuncia “Rosita de Olivo”⁵⁰ y comienza a cantar sentado en la cama:

–Rosita (...) me das un besito / Cuando haya lugar, me mandas decir / Que soy hombrecito y te puedo cumplir / Me paro en la esquina al verla pasar (...) / No lloro por nadie sólo por tu amor / Sólo por tu amor, podrá suceder / Si encuentro a Rosita en otro poder.

Acabado el verso Chico se pasa del otro lado de la cama con una maroma y se va.

Yo le pregunto a Tomás cuántos hermanos tiene.

–Gilberto, Lupe, Ángela, Epitacio y yo soy el más chico. Éramos doce hermanos, *nomás* que murieron 7. Desde chiquillos, por *la* enfermedad. En ese tiempo *trajimos* maíz, mucho, como dos anegas, cambiando las ollas.

–A ranchar, a tocar *a* las casas –dice Catalina, quien se incorpora a la conversación– *Trajimos* ocote. Todo lo *cambiamos*, *nomás* una persona *asina*, se enojó porque le tocamos.

–[*En*] *ese tiempo sí trabajamo bastante* –dice Tomás.

Una vez andaba por Guadalajara, Autlán –cuenta Tomás– Yo llegué ahí *pa* el mercado. Yo empecé a sacar los jarritos pero “aquí está muy feo”, yo entré ahí *en* la carnicería.

–¿No me *prestas* una escoba *pa* barrer ahí? “*Hijo de la chingada*, si necesitas algo por qué no lo compras”. Yo me *sentiaba*, *hijo de la fregada*, quería hasta llorar. *Hay gente que son malos, hay gente que son buenos*. Yo con todos soy bueno. Somos pasajeros *nomás*.

Catalina le dice algo en purépecha. Tomás le responde en purépecha también pero yo me quedo mudo, pensando en esta **actitud**; comprender su purépecha es más difícil de lo que creía.

Otro día, en “la casa de abajo”, Catalina me recibió con pan y café. Sobre la estufa tenía una olla de peltre con agua hirviendo.

⁵⁰ Ese día yo pensé que se trataba de una *pirecua* pero tiempo después Chico me dijo que era una canción de Los Tigres del Norte (2008).

–*Sesi juraxaki?* (vienes bien) –me preguntó al verme.

–*Jo* (sí) –le respondí en purépecha pero tuve que **cambiar el código** para decirle que me había picado una pulga en la casa de Efrén.

–No, *tsiri* (pulga) no hay porque no tenemos perro –dijo.

–¿Sería una chinche?

–No, chinches en el campo –Noté que empezaba a preocuparse y le dije en purépecha que me sentía bien:

–*Sesi p'ikuareraskani.*

–Ahí está [*el*] azúcar, *Daví* –me dijo un poco más tranquila.

Puse azúcar en mi taza a pesar de que nunca agrego azúcar al café. La situación me hacía pensar que la **acomodación** no sólo es lingüística sino cultural; uno no sólo adapta su lenguaje sino también sus costumbres.

–No vas mucho a la iglesia o tú ¿eres hermano?

–No –respondí mientras tomaba un bolillo y pensaba que no era buena idea decirle a Cata que no suelo ir a la iglesia.

–Antes [*a*] cada rato nos alegaban a nosotros.

–Una vez Tomás le dijo: “¿Qué quiere, *pendeja?*”

El vapor que salía de mi taza era tal que Catalina me dijo en purépecha que esperara a que se enfriara.

–*Eroka ts'iraperaaka.*

Afuera se oyó un pregón.

–Viene una que anda *así* rancheando, *ériba* de Zacapu. Ahorita ya está cambiando mucho, *se agarran* los jóvenes y *se llevan a su casa*. Primero hay que ver si van *a vivir* –dice– Una hija de Agapo dos, otra de la orilla tres, otra de por allá ya estaba embarazada –Desde que Tomás y Agapito se enojaron, este último dejó de ser Agapito para ser Agapo, como si Agapito fuera un diminutivo o un afectivo que este músico ya no merece. Todo empezó porque Tomás se dio cuenta de que Agapito cobraba una cantidad y a él le decía que había cobrado menos. También por dinero fue que Efrén se disgustó con la mamá de su hijo. Catalina me contó que la muchacha le exigía cierta cantidad a su hijo cada mes.

–Para *vivir bien* no para pagar. “Aquí van a pagar cada ocho días dos mil pesos”. Le dije: “no, nada de dinero. ¿Dónde te maltrata?” Está diciendo que quiere vivir nomás allá en

Pátzcuaro, arregla allá en Quiroga. Fuimos a la una ahí *en* Quiroga, va a llegar o no. “Deja que me dé”. “No te *pegué*, ¿*usté* por qué no quieres *vivir*?” “Yo nunca voy a *enseñar* a mi hijo *cuando va a nacer*. Mi papá me va a dar dinero”. Se llama Rocío. Aquí estaba todo el día *sentado ella* en la tarde. “*Pa* qué están así *andando*, yo no soy un juguete *pa que me anden jugando*” –dice Catalina que dijo Efrén– No le dijo nada *para* hacer las ollas y el *nomás* “*pa* qué está hablando” pero algún día va a llegar ella porque no tiene vergüenza, le dices *asina* cuando va a llegar, él me dijo: “a lo mejor así va a andar”. Abelardo sí está *viviendo bien* y trabaja bien bonito. *Jawaksĩ oksĩ no jawaksĩ*, a ver si va a estar viviendo o no –dice Catalina en ambos **códigos** mientras en la calle se oye un pregón– Andan vendiendo frijol.

Ya en la casa de sus hijos, le pedí a Tomás una tarea y me puso a retirar los moldes y a alisar las juntas de los jarros. Mientras tanto me contó su experiencia en la frontera y un episodio de **discriminación**.

–El contratante es de San Jerónimo. Una vez cuando nosotros *estuvimos* en el desierto los *tigres* son bien peligrosos por eso nosotros *tamos bien silencios*. Una vez *lo* encontramos un muchacho que era de Zopoco, por Once Pueblos. “¿Hablas puré?” “Sí”. “¿De dónde eres?” “De un lado de Quiroga”. Y ya *empezamos a burlarnos* [empezaron a burlarse]. “¿Qué están hablando *cabrones*?” Otro día se emborrachó, que éramos indios, que *la fregada*. “Tú ¿qué? ¿Eres de dónde o qué? No sabes que antes, cuando naciste, *el Juan Diego éra* indio, usaba guaraches, calzón blanco, tú dices que tú eres mexicano, a ver, ¿*idioma dónde* salió o *dónde* vino? no sabes ni escribir ni firmar, estás más *pendejo* que yo. Nosotros sabemos hablar español, purépecha y hasta inglés”. No es cierto, no sé inglés pero así *nomás* le dije. “Ora sí me *chingaste*”, dijo. “Español, España. Antes éramos todos indios”. Él no sabía que yo andaba con mis hijos Efrén y Miguel, lo agarré y vamos *pa* fuera, éste se me va a *la chingada*, “si no te largas, fácil te *lo va a chingar*” [te voy a chingar]. En ese día *se corrió el carajo*. “Eres *una pirata*, no eres originario”. Yo hasta donde pude contestarle, hasta ahí *nomás*. Se enojó *pues*. Yo no tomaba *el vino* allá. A mí no me da vergüenza, si ando con otro que habla puré, hablo. Así está la cosa *Daví*.

Por la tarde pasamos frente a la casa de Gilberto, él también estaba trabajando, sentado en el suelo de cemento de su casa. No tuvimos que tocar la puerta porque no hay puerta, lo que el lleva avanzado son los muros exteriores, el piso y el techo pero no tiene paredes, ventanas ni puertas, solamente la recámara donde duerme con Liz y el bebé tiene estos elementos.

–Estos son fáciles –dice a propósito de los jarros que está haciendo– hay gente que hace otros más *chido*.

–Menos riesgo, ¿no?

–En la construcción es *peligro*. Aquí *ta chido*, puedes comer a la hora que quieras, nadie te manda, tienes la casa. Me hace falta *para pintar*, poner una puerta grande allá. *Se cambió* bastante porque antes las casas eran *puro de teja*, yo me acuerdo, *se cambió* bastante.

Mi mamá me decía: “Ya regrésate, ya tienes tiempo” Y mis hermanos se regresaron *pa* acá y yo me quedé solo, bueno con otros *güeyes*, no eran de acá, eran de Chiapas. Había otros que eran de Tabasco. De ahí, esos se fueron para Virginia y ya luego mis hermanos me hablaron pero que estaban en California. Le dije a mi patrón que me *hiciera un paro* y ya *me hizo un paro*.

–¿Era *gringo*?

–Era mexicano. Abelardo y Efrén *taban* ellos hasta California, ya no tenían dinero y me hablaron por teléfono, *ya los contesto*, les mandé 500 dólares *con Greyhouse* [el] día que se fueron con esos autobuses van parando, *tos* fueron hasta *Óregon*, lo bueno que sí llegaron.

De ahí *ya* cuando llegaron se acabó la temporada, como se conoce bastante gente, unas parejas de Oaxaca y duré tres años viviendo con ellos. Y sí, ahí sí me *aliviané* porque tenía buen trabajo. Llegaban los *trailers* con todo tipo de fruta, nosotros escogíamos lo podrido. *Taba* riquísimo el rancho, tenía ganado, vacas, sembraba elote dulce, de *eso pompkin*, unas calabazas de este tamaño –dice al tiempo que separa sus manos llenas de arcilla a una distancia de unos treinta centímetros– Levantaba con *forli*, es una máquina chiquita, son *los* que tienen *piquitos*.

–¿Cómo ésta? –pregunto mostrándole el dibujo que hice en mi cuaderno de un montacargas o mejor dicho de un *forklift*.

–Ésa. Tomate, cebolla, papas. En un solo *chingadazo* llevaba unos siete. Nosotros éramos como unos quince, parejas también. Primero pizcamos elote, ahí llegaban los *trailers* y ahí nos daban por hora y de ahí salíamos hasta la una o dos de la *noche* y al otro día a las ocho otra vez porque si no entrábamos, la fruta se echaba a perder y así era todos los días, por eso *los cheque* salían setecientos, ochocientos dólares. Tres años *me fui pa* allá. Ya me daban los tractores, ya manejaba para llevar carga. Ahí el contratista me decía: “tienes que regresar *pa* que limpies el ganado”. No necesitas inglés. Bueno, porque uno ya sabe. Sacas lo que vas a sacar, *miras* a la máquina, *miras* lo que vas a pagar y ya. Cuando vas a comprar cosas caras, con el mismo patrón.

“Quiero comprar un carro, quiero que me hagas un paro”. Es como si el patrón lo comprara. “Este *cabrón* sí es buen trabajador, lo voy a ayudar”. *Ta chido*.

Hay gente que *nomás* va a echarse a perder, toman, ya ni hablan por teléfono, a mí me contaron: “no ya no voy a regresar *pa* allá, aquí estoy bien”. Puras cosas malas que aquí salen, *nomás* vas allá *puras* cosas tristes hay veces que se enferma uno y no hay nadie. Y uno que no sabe nada de inglés tiene que *rifarse*, ir a los doctores. *Ta más canijo pues* que aquí.

Yo no hablaba bien, *ni hasta ahorita puede hablar español*. Mi señora sí está bien *estudiada*, habla bien español pero a mí mis maestras me enseñaban más purépecha. Por allá estaba bien *jodido*, no podía hablar español y me decían: “pendejo indio” y yo me sentía muy mal. Y de ahí fue *donde*, cuando me fui al Norte, *me enseñé* español con mis hermanos, hablábamos *puro* español, aunque *mocho* y de ahí *se comían* las palabras. Hay gente de Oaxaca que de plano no hablan, no pueden cambiar un cheque. No podían hablar y aquí en Santa Fe hay esa gente, que no pueden hablar español. Si vas *en* una tienda, tú sabes que no es como aquí, hay sartenes, todo, *puro* por número y ahí es *la gente* donde sufre uno. Yo sé más o menos, hay gente de toda clase, hay gente mala que se aprovechaban de los pobres que no pueden hablar. Les *dice*: “ándale *güey*, cómprame un doce de cerveza”. Sí, la mayoría de Oaxaca *tan* chaparritos y la gente pues *los* aprovechaba. Y la gente de Chiapas, éstos son bien malos los *cabrones*. He visto muchas cosas con gente que se pelea, algunos hasta se mataban por lo mismo que ya *tomaba* o no se *entendía* y salían peleándose. Para mí *ta* bien triste porque *nomás* sabes donde vas a vivir, del trabajo *pa* la casa y el domingo puedes salir a comprar tu *lonche* pero de volada porque hay *migración*.

—¿Te acuerdas cuando te tomé esta foto? —le pregunté al tiempo que sacaba de mi mochila la impresión de una de las fotos de mi tesis de 1999.



Gilberto en 1996

–Esa vez tenía miedo, me acuerdo, por lo mismo de que ustedes hablaban español –dijo sin dejar de mirar la imagen.

–Fuiste a bailar a Oaxaca, ¿no?

–Sí, se me hace que en Toluca, donde está el volcán, también fuimos a bailar.

Me quedé callado, pensando en que entonces yo no percibí lo que estaba experimentando Gilberto, nunca pensé que fuese un momento angustiante para él, para mí era en cambio un momento relajado.

De pronto, Gilberto me dijo que yo tenía con él una cuenta pendiente. Sentí un ligero sobresalto pues yo no recordaba tener ninguna deuda contraída con él. Como no fuera aquella foto. Parecía una venganza pues no decía nada, seguía haciendo su cerámica mientras yo trataba de hacer memoria. Por fin continuó, dijo que quería que yo fuera el padrino de su hijo, que quería aprovechar mi estancia en Santa Fe para bautizar a su niño. Así que era eso, menos mal. No me

gustan mucho las misas pero, como dijo Enrique de Navarra,⁵¹ “París bien vale una misa”, así que le respondí rápido: “Claro, con mucho gusto”.

Pregunté qué era necesario, qué indicaban las costumbres que se hiciera en estos casos. Tomás dijo que el papá del niño tenía que darle un cigarro al futuro padrino. Gilberto no tenía tabaco en ese momento, lo cual demostraba que no lo tenía preparado, que quizá se le ocurrió la idea en ese momento, pero yo sí traía una cajetilla, así que saqué uno y se lo arrojé para que me lo ofreciera. Así lo hizo y yo lo encendí y lo fumé para cerrar el trato. Aquel día, cuando le tomé esa foto siendo un niño, jamás me imaginé que lo llegaría a ver con un hijo y pidiéndome que fuera su compadre. Y Tomás, quién fue testigo de todo me dijo con humor:

–¿Eso lo escribiste?, que vas a ser el padrino, que vas a ser compadre de Beto.

Mientras bajábamos hacia su casa, Tomás me dijo:

–Beto no sabía nada *cuando fue*, después, cuando regresaron, querían hablar *puro* español.

Tomás y yo nos hemos estado quedando en la nueva casa de Efrén, donde piensan hacer un nuevo taller de horneado de loza. Ya casi está terminada pero todavía no está muy habitable que digamos, las ventanas no tienen vidrios, por ejemplo. En el que fue nuestro cuarto, solamente había un plástico cuyo movimiento constante de bandera al aire dejaban ver la fuerza con que éste se metía y nos enfriaba la recámara. Es una construcción de dos niveles y arriba hay tres habitaciones. No tiene muebles, sólo una cama y una pequeña televisión en un librero de esos de conglomerado forrados con mica que la gente usan como jugueteros. Con unas antenas de conejo, los primeros días vimos la señal de Televisión Azteca, pero después el sistema súbitamente dejó de funcionar. A pesar de que nos dormíamos vestidos y nos tapabamos con gruesas cobijas, se sentía mucho frío. El primer día, Tomás me dijo que me tapara, y así lo había hecho pero rápidamente me di cuenta de que se trataba de envolvernos en las cobijas hasta la cabeza. Y así nos quedamos, cada uno en un extremo de la única cama, como un par de tacos.

Uno de esos días, mientras Tomás aún dormía, bajé al baño y me di cuenta de que nuestro plan de ir al cerro a cortar hongos no se iba a poder verificar porque había amanecido lloviendo. La noche anterior usé el baño a tientas porque no tiene luz y aunque ahora sí veía, me sentía más

⁵¹ Quien, siendo calvinista, aceptó la corona de una Francia católica en 1594.

incómodo porque no tiene puerta y yo también era visible. Además, el borde de la taza estaba helado, de modo que sentí como si me hubiera sentado en un hielo.

Regresé a la recámara y para mi sorpresa Tomás seguía dormido. Y eso que en la calle había una camioneta con tanques de gas haciendo sonar una corneta. Aunque ya no llovía en ese momento, las gotas seguían cayendo de los árboles y de los tubos del desagüe. El verde de las plantas y el limonero del patio posterior de Efrén eran de un brillante intenso. Esta casa es el producto de todos los años de trabajo en los Estados Unidos que Efrén ha acumulado. Desde aquí, desde el primer piso, aún sin barandal, veo las casas de sus vecinos, algunas de dos y hasta tres niveles, todas inconclusas. Del otro lado se ve la carretera, el lago y la casa de Lourdes. Finalmente Tomás despertó y nos fuimos a su casa.

Mientras caminábamos por las calles del pueblo Tomás saludaba a sus vecinos en purépecha pero no con el saludo formal *najtsi erandiski?* (buenos días) sino con monosílabos como “*ia*” o simples gestos como un movimiento de cabeza. Vi una camioneta con placas de Carolina del Norte y le tomé una foto. La leyenda en la placa de este Estado es: *First in Flight*, un homenaje a los hermanos Wright.⁵²



Placas de Carolina del Norte

⁵² Aunque los hermanos Wright, pioneros de la aviación, eran de Ohio, su primer aterrizaje exitoso lo consiguieron en Kitty Hawk, Carolina del Norte, en 1903.

Tomás me dijo que en esa calle fue donde le pegaron a Gilberto. Seguimos caminando hacia “la casa de abajo”, donde nos esperaba Catalina con pan y café.

–*A materu* (come otro)– me decía amablemente.

Después de desayunar subimos a “la casa de arriba”, ahí estaban ya Efrén y Chico trabajando el barro y me ofrecí a cooperar con la alfarería, así que me pusieron una tarea: colocarle las asas a los jarros. Empezamos a platicar y volví a escuchar la palabra *coras* que usó Pedro. Y es que Tomás y sus hijos pusieron monedas de 25 centavos en el colado, es decir, cuando estuvo armada la cimbra, acomodaron algunos cuartos de dólar en forma de cruz, de modo que, una vez retirada la madera, quedaron pegados en el techo, sobre nuestras cabezas. Dice Efrén que también metieron unos dólares en la mezcla fresca.

Tomás y Efrén se pusieron a hablar en purépecha y yo trataba de registrar lo que decían pero era imposible, sólo me quedaban algunos retazos hechos a su vez de otros retazos de español porque, una cosa sí me quedaba clara como el agua, el purépecha de mis amigos, como el de los amigos de Amaruc, no era como el inglés de Romario, libre de préstamos, al contrario, era un purépecha plagado de elementos españoles, lo cual tampoco fue una sorpresa, ya lo había notado desde mi primer viaje (Chávez, 1999).

Se hizo un silencio y por un momento sólo se oyó el viento. Aproveché para construir una pregunta en purépecha a fin de no **cambiar el código** y pregunté si Gilberto iba a trabajar mañana pues me habían dicho que empezaría a trabajar en una obra en Tzintzuntzan.

–*Gilberto ánychikorhea pauani?*

–*Jo* –La respuesta rápida de Efrén me demostró que no lo había hecho tan mal, podía decir cosas pero comprendía muy poco de lo que ellos decían. Tomás me miraba sorprendido, abriendo cada vez más los ojos a medida que alargaba una sonrisa. En eso apareció “Kilo”, el hijo de Miguel.

–*Ju ia, hijo* –le dijo Tomás, mezclando el verbo purépecha *jurhani*, ‘venir’, el cual, en el modo imperativo, queda en una sola sílaba, *ju*, el adverbio *ya* originalmente del español pero naturalizado purépecha y la palabra *hijo*, como si Tomás quisiera ilustrar aquello de que su purépecha está lleno de **préstamos** hispanos.

A propósito de la alfarería que estábamos haciendo pregunté:

–¿Cómo la venden?

–Por gruesa, noventa pesos la gruesa –dice Efrén.

Si dividimos las 144 piezas que hacen una gruesa entre los noventa pesos, cada jarrito se vende en un peso con sesenta centavos, una ganga; Foster (1972: 13) las llamó *artesanías antieconómicas*. Pero, si actualmente la loza es malpagada, antes era peor, seis pesos la docena, sesenta pesos la gruesa. Ahora ya vale más pero sigue siendo insuficiente para hacer otra cosa que sobrevivir.

–¿Quién la compra? –pregunté.

–Hay varios. Vienen de diferentes partes. Nosotros aquí nomás vendemos. Allá en México pues, fuimos *en* una feria. Sí compran, hay un pueblito, Belén, es como un rancho, por Lagos de Chinconcuac. Iztapalapa también, por ahí viven los papás de Joel (el marido de Lupe). Compran *bastante* esto –dice Efrén.

De pronto Tomás se acuesta encima de un petate y desde ahí me sugiere:

–Háblale en inglés a ver si te contesta.

–Tomás *says that if I speak English to you maybe you will answer me* –le digo **cambiando el código**.

–*Yes* –dice Efrén pero no continúa con el inglés.

Después de un rato Tomás se para y se va sin decir nada.

–Don Tomás *va a venir pa tras* –dice Efrén y en efecto, después de unos minutos regresa.

–Don Tomás *janosti (llegó)* –digo yo.

–Los purépechas son más *cabrones* que los que hablan *turises* (otras lenguas). Fácil *le chingo* –dice Tomás, quien quizá quiso decir *fácil me los chingo*. Después dice: “*éraba licenciado*” refiriéndose a una persona relacionada con el problema de Gilberto, del cual finalmente se vuelve a hablar.

–Aquellos son *pinches* bien montoneros, ellos empezaron. Al otro día, cuando estaba recién llegado *lo* pegaron, llegó bien hinchado [*de*] la cara. Ellos dijeron que Gilberto y Abelardo empezaron pero no *éraba* cierto, aquellos son los que *chingaron* –a lo lejos se oye una campana.

–Si hubo *una problema* grande –continúa Tomás– Aquellos así se portan. Éste que se llevaron ahorita es sobrino de Elpidio.

–¿Elpidio Domínguez?

–Sí, yo andaba ahí cuando peleamos con los de Quiroga. Hubo muertos, mataron tres de aquí. Él *firmé* pero no lo sacaron hasta que *pague* –dice Tomás volviendo al asunto de Gilberto– Todos los que *vienen* lo [-s] vamos a meter a la cárcel.

Y es que ese día habían llegado unos judiciales y se llevaron a los del otro bando de la trifulca. Como a Gilberto, ahora se llevaron a Pátzcuaro a sus agresores, los cuales habrán de pasar por algo similar a lo que pasó él, pagar una multa, un abogado e ir a firmar su libertad condicional cada ocho días a Pátzcuaro durante seis meses.

Me intriga pensar por qué le habrán pegado a Gilberto, ¿sería envidia? No me parece casualidad que haya sido justo cuando acababa de regresar de los Estados Unidos. ¿O habrá sido, como dijo Guadalupe, su alocado comportamiento de recién llegado lo que provocó la pelea? O ¿sería por hablar español?, como dijo Lourdes. No lo sé pero tampoco me atrevo a pedir más información, el asunto ha sido muy doloroso para la familia y muy costoso para Gilberto.

Pero Tomás no se deprime, al contrario me invita a ver el terreno donde antes sembraba maíz, donde alguna vez tuvo vacas y ahora sus hijos tienen caballos. Salimos a la calle y empezamos a caminar hacia la izquierda. Tomás me dijo que al lado vive su hermano Epitacio. En esa dirección, la calle se termina después de unas cuantas casas y se vuelve un sendero por donde la gente regresa con leña, a pie o con asnos o caballos.



Obras inconclusas en un extremo de Santa Fe

Seguimos caminando hasta llegar a una cerca de rocas y ramas. Tomás dijo que es más fácil y rápida la alfarería que la agricultura. Abelardo quitó algunas piedras y entramos a buscar a

los caballos. No se veía nada. Tomás sacó un poco de papel sanitario de su bolsillo, nos dijo, ahorita vengo y se perdió entre los arbustos; así que él es de los que acostumbran defecar en el cerro. Mientras tanto, nosotros buscamos a los equinos. Abelardo me presumió que había subido cuatro veces hasta la cima del Zirate, el cual se ve majestuoso desde aquí, y que ha visto venados allá arriba.

Una vez que los encontramos, Abelardo se montó en uno de los caballos, así, sin silla y me invitó a montar el otro pero decliné la oferta y le pregunté si prefería estar aquí, en el campo o ya extrañaba los Estados Unidos.

–No *pos* aquí. Allá es *puro* trabajo. Aquí te levantas a la hora que quieres, –dijo coincidiendo con Lourdes– allá es *pura chinga*. Allá si no te levantas *pos* te corren y ya.

Tomás nos alcanzó al entrar al pueblo y, una vez que llegamos, como otras veces, apareció Lupe con el mismo mensaje:

–Que ya te vengas a comer– Para mi sorpresa, esta vez sí utilizó el modo subjuntivo.

Abelardo se llevó los caballos al fondo de la casa y Tomás y yo nos detuvimos a saludar a Miguel y a Yolanda, quienes también estaban haciendo jarros. Ellos ya tienen piso de mosaico en la planta baja, incluso en el patio, así como herrería en las ventanas.

Más tarde, mientras comíamos, Lupe eructó sonoramente tras tomarse un refresco de un solo trago y, sin decir “perdón” ni darle importancia al hecho, se secó los labios con un extremo de su delantal y tiro al suelo las últimas gotas de su vaso. En eso llegó Joel, su marido. Yo estaba sentado en un banquito de menos de 30 centímetros y al parecer él no me vio porque no me dijo nada. Entonces, Abelardo le dijo: *¡Salúdale!* Me levanté y lo saludé yo a él. Era más alto y más ancho que yo. A manera de disculpa dijo: “Pensé que era Liz” y sonrió mostrando su atrofiada dentadura. Eso fue todo lo que se habló en español, el resto del tiempo usaron el purépecha y hablaron del problema de Gilberto. Los antecedentes sobre el tema me permitían entender un poco más, sin embargo, no lograba comprender todo lo que decían, ni pensar en participar, cuando finalmente estructuraba algo que decir habían pasado varios segundos y ya no venía al caso.

Después de la comida, nos quedamos mirando el lago de Pátzcuaro mientras fumábamos cigarrillos en el primer piso de la casa.

–¡Doce pesos la docena de elotes! –anunciaba un cochecito amarillo que se paró debajo de la ventana con una bocina Radson. Era época de elotes tiernos para los *uchepos* o para el atole de grano– ¡A doce pesos la docena de elotes!

–Tres meses o seis meses se van y dicen que ya no pueden hablar pero nomás se hacen *pendejos*. Uno fue por un año a Tijuana y acá andaba hablando pero ni inglés era, quién sabe que *chingados* andaba hablando, luego le dieron una *calentadita*: “vas a hablar tarasco” y le dejaron la cara bien hinchada. Se hacen, nunca se olvida la lengua –dice Efrén.⁵³

Tomás, Efrén y Miguel empezaron a hablar en purépecha sin dirigirse a mí, solamente entre ellos. No le di importancia, ya sabía que cuando hablan de sus asuntos lo hacen en purépecha, así que seguí disfrutando del paisaje y escuchando, más que el purépecha, la mezcla de purépecha y español que se formaba, porque los números españoles han desplazado por completo a los numerales purépechas y aquí aparecían una y otra vez.

Sin embargo, de pronto parecían muy graves, hablaban de Gilberto, del bautizo de su hijo, de unos músicos y mencionaban cantidades de dinero pero yo no entendía a cabalidad de qué se trataba. Entonces habló Tomás, de nuevo en español y, dirigiéndose a mí, muy solemne dijo:

–No es obligación pero la costumbre aquí es que el padrino paga la música.

Así que se trataba de la música para el bautizo. Ellos tenían dos opciones, una banda que cobraba cinco mil pesos o el grupo de Tomás que cobraría tres mil. Cualquiera de las opciones era un imprevisto para mí pero, una vez más, dije que sí de inmediato y sonreí. Tomás y sus hijos quitaron las caras de circunstancias y también sonrieron.

Como Tomás estaba durmiendo fuera de su casa por hacerme compañía decidí regresar a Morelia por las noches y volver a Santa Fe por las mañanas. Una de esas mañanas estuve a punto de seguirme de largo hasta “la casa de arriba” pero algo me dijo que tocara en “la casa de abajo” y ahí estaban. Tomás no había subido a trabajar porque tenía un fuerte dolor de muelas y Catalina se había quedado con él, así que me puse a platicar con ellos. Catalina me ofreció un plato de frijoles que acepté y comí mientras Tomás me contaba de la calidad de los elotes en los Estados Unidos, los cuales se le antojaron tanto que

⁵³ Sin embargo, Juan Pérez Jolote, un indígena tzotzil que regresó a su comunidad después de algunos años, también dijo que “ya no podía hablar bien el idioma” (Pozas, 1984: 52).

–Le dije al *bolillo*: “no me regalas uno” y hacía como que comían elote y me dijo *por inglés*: “ahí están, nomás córtalo”.

Una vez fuimos a tocar a Veracruz y vimos *grande el barco*, con todo y carga –dice Tomás– vimos ballenas o delfines o tiburones. Le hago dibujos de cada uno en mi cuaderno pero ninguno es el que busca, ya en broma le propongo un hipopótamo. Nos reímos de mis dibujos pero luego se hizo un silencio.

–¿Estás triste?

–Sí, a ver si van a pasar *contratado*. Le dije (a Chico): “No te vayas, aquí estás trabajando en la música”. “No, a ver cómo está allá *el Norte*” –Tomás está preocupado por Chico, porque pase legalmente si es que ha de pasar pues él preferiría que se quedara. Pero Chico tiene 19 años y quiere ver el mundo– Cientos de muchachos, *todo familia*. En Azajo casi toda la gente está allá, nada más las muchachas y las señoras, la gente de *mayor de edad ya pa qué verda*, si ya no pueden trabajar. San Jerónimo también. Nosotros pues vamos a estar *solito los dos*. Allá es pura *tristeza* para ir. Ya después hablan por teléfono, “ya nos acomodamos, ya vamos mañana a trabajar”. Va a ser difícil porque yo, según lo que veo, el mojado pura *tristeza* cuando andan por allá por el desierto.

Una vez más aparece en escena “Kilo” y Tomás me dice que éste le dijo: “No *pos* también es mi padrino tío *Davi*”.

Cuando *érama* niño *andaba* jugando las canicas, *tomboche*.

–¿Bombocha? ¿Cuando tú eras chiquito jugabas canicas?

–*Hicimos* también papalotes, en ese tiempo *nadien* andaba en *el Norte*. *T’epakua*.

–¿Qué es?– Tomás describe lo que conocemos como avión, el juego que se hace en el suelo y se van saltando números; la *Rayuela* de Cortázar (1963). Le hago otro dibujo.

–Ése *mero* –dice– ¿Tú *qué* jugabas?

–A armar castillos. Eran cajas de piezas para construir castillos, también estaba la Excalestic, era una pista que conectabas y, con un control, se movían los cochecitos.

–Nosotros *andamos* jugando *ardilla voladores*, como un *tarzán*, nos cambiamos de un árbol a otro y unos se *caíban* y ahí se quedaban llorando, nosotros así *andamos* en ese tiempo. Luego trabajamos *hacer* surcos, *buscamos* un palo como el *jarado* parecido como surcos luego *cortamos* pasto, luego *pusimos* otro y otro... *jugamos* en ese tiempo muy chistoso. Vamos a jugar *karo* (carrera), escondidas, escondidillas. Y si tú *te agarras* a contar, *jue chanani karo*

(vamos a jugar carreras). Bajamos con un palo así –hace una Y con los dedos. Yo hago un dibujo de un niño con un palo y una rueda– También *lo* jugamos *bastante* eso, *gareta wiriapani* (carreras de carretas) o *ts'uruanentani* (resbaladas). En una barranca es pura arena y hoja. Empezamos a resbalar, hondo las barrancas, *wirihpentani*, rodar, *ne ka ne* (quién y quién), *ne uandani nirani* (quién va a contar). Uno, dos, *tres metro*, un diez tiene que brincar si tú vas a estar hasta allá tienes que brincar.

Otro día en “la casa de arriba”, Tomás ya no estaba adolorido y trabajaba con ritmo resanando con un poco de barro y saliva aquellos jarros que se habían agrietado al secarse. Catalina traía el hilo con el que recortan el borde de los jarros amarrado en la cabeza, según Foster (1972: 48), una crin. Pronto empezó a platicar. Me contó lo mucho que sufrió cuando sus hijos empezaron a irse a los Estados Unidos.

–¿Lloraste? –le pregunté.

–Ay sí, cómo *que* no, quiero mucho a mis hijos. “No te vayas”. “No, si voy, siquiera un ratito, unos cinco meses, a ver cuánto voy a durar” *Ya queriaba* que *ya* no salgan [a] ninguna parte pero cómo *que ya* no van a ir. Efrén fue el primero.

–¿Se fue con alguien más? ¿Algún vecino?

–No, *solito* se fue. Después *veniaba*, estaba *ya* como unos siete años *que estaba*. Hasta que *cansé a* venir, si *veniaba* pero *nomás* se estaba uno o dos meses y otra vez se *fue*.

–¿Tú quisieras ir?

–¡Ay no! Para que voy a ir allá –me responde como si le hubiera preguntado algo insólito, quizá para ella sí lo es.

–Efrén conocía, *todo partes* conocía. No, ya quédate, ya no te vayas. *Casó* y no quería *vivir* la muchacha y no *llegué* la muchacha cuando *llegué* se fue con su mamá, otra vez se casó, llegó otra muchacha. Por qué me dice muchas cosas, me dice, y quién sabe qué, su mamá le dice *asina* que si no quiere *vivir* por eso no *casó* para *vivir*, que va a ir cualquier día. Quedó *solito*, “ya nunca voy a *casar*”. No tiene hijos. No quería *vivir* y otra vez que *llegué* se casó con otro muchacho. Quién sabe por qué *se me le asina*.

–¿Y Lupe? –le pregunto con auténtica curiosidad pues hace años me contó que Joel le pegaba porque no tenían hijos.

–Ella también, apenas. *Mucho le pegaba su esposo*. No tiene familia. Tres veces cuando *llegué bien hinchado*. Aquí *estaba* como seis años conmigo. “Yo voy a llegar, ya no voy a *pegar* así”. “¿Por qué maltratas pues a mi hija? Por culpa de tu mamá, si no quiere Dios a lo mejor tú estás enfermo, váyanse *las dos* con un doctor”. Ya no me dice nada. Joel ya está *viviendo* ya nunca dice nada, quién sabe, ya no.

Abelardo y Chico llegaron hasta donde estábamos y hablaron con Catalina en purépecha. Como no me tomaron en cuenta di por hecho que se trataba de un asunto de ellos y aproveché para terminar de escribir lo que me acababa de decir Catalina.

–“¿*Pa* qué?” dice *asina*, “es mucho gusto para que de una vez se *bautiza*” –dijo Catalina volviendo a **cambiar el código** de regreso al español– Más triste, yo estaba ya *solito*, todos [*se*] fueron.

Después de un rato trabajando en silencio, de pronto Tomás me dio instrucciones:

–Son dos momentos, en el templo y en la casa. Van a decir: *¡bola, bola!*

De acuerdo, *bola* en vez de *bolo*. Lo escribo en mi libreta mientras Tomás se pasa del otro lado y se pone un hilo en la cabeza. Ahora pega las dos partes del molde que hacen un jarro, mete los dedos por la boca del mismo y une las mitades, luego, a manera de cortador, mientras sostiene el jarro con una sola mano le pasa con la otra el hilo que se puso en la frente y le quita las rebabas. La primera vez que vi a Catalina con un hilo en la cara, no supe de que se trataba pero después vería así a Efrén y ahora también a Tomás; tal parece que todos conocen todo el proceso, desde acarrear la leña y la tierra, cernir esta última, hacer la masa de barro, cortarla, darle forma y secarla, hasta hornearla y pintarla. Aunque, en estos días, al único que he visto pintar las piezas ha sido a Tomás, quien ahora dice:

–Por no estudiar, mejor hacer ollas.

“Les venimos avisando a todas las personas que quieran comprar pan de dulce calentito pasen a comprar *en* el lado de la jefatura, ahí se encuentra el señor panadero que les está vendiendo pan de dulce calentito” –dice una muchacha por un altavoz.

–¿Por qué no lo dice en *pure*? –Le pregunto a Tomás con genuina curiosidad pues he visto que todo el pueblo habla purépecha y sin embargo el anuncio es en español.

–No quiere –me responde.

–¿Qué pensará? ¿Se sentirá importante?

–Todos los que tienen bocinas anuncian en *puro* español –dice Tomás, quien ahora recoge diez ollas, cada una en un dedo y hace con ellas un ruido vidrioso increíblemente bello. Se las ha acercado para pintarles las hojitas. Primero pintó las flores y ahora las terminará con dos tonos de verde. Son cientos de ellas, si bien es un trabajo artesanal, raya en lo industrial– *Muchas gentes mayor* dicen que no hay que dejar *raíz de nosotros*. Si andan lejos tienen que acordarse de *lo de nosotros*. *Arhisini*, así *dice*: órale cabrones.



Tsúntsuecha

Más tarde, en “la casa de abajo”, Catalina nos volvió a deleitar con pescado y tortillas recién hechas. Me comentó que Liz, la esposa de Beto, quería adelantar el bautizo porque ya se van Efrén, Miguel, Chico y Joel.

–Primero a Monterrey *con* los pasaportes y luego a Laredo para trabajar duro y venir otra vez pronto –dijo Efrén mientras se sentaba a la mesa.

A manera de elogio para doña Cata le dije a Efrén en purépecha *qué buen pescado nos comimos*:

–*Ambákiti kurucha t’ireskaksī* –Y funcionó, Catalina sonreía y Efrén dijo que sí en purépecha aunque **cambió de código** inmediatamente.

–*Jo*. Cuando *uno* anda trabajando allá, ya ni siente *uno*, pasan los meses rápido. No *nomás* mexicanos, hondureños, salvadoreños... Yo conozco *un camarada* que *venden* hasta casas para ir a Estados Unidos y luego no pueden ni cruzar. Hay *uno* que ya no regresan *pa* su tierra, se van para siempre.

–¿Te quedarías allá?

–Pues... –voltea a ver a Catalina– *ta canijo pa* dejar [a] mis *jefas ¿vea?* Hay unos que me dicen así: “ya *pa* qué te vas *pa* México, ya quédate aquí, agárrate una *morra*, tú vas *pa* delante”. Sí pues, como te *diga*, unas dos tres palabras sí entiendo como para comprar las cosas, por ejemplo como *pa* sacar boleto o para pedir *jale* o para preguntar. Ya esta vez, si voy, vengo dentro de un año.

Miguel llega hasta donde estamos pero no dice nada porque Efrén está hablando, ahora de los afroamericanos, a los cuales les dice *mollos*.

–En Chicago hasta se espanta uno.

Trato de incluir a Miguel preguntándole cómo van con los jarros.

–*Pus* ahí, un dos tres, *ai* vamos, *ai despacillo*.

–En Arcadia cómo llegan artistas, *bastante* –sigue Efrén.

–Será porque está cerca de Miami.

–Sí *pues* ahí está cerquita, como a una hora más o menos *pues*. Ahí en *Flórida* casi es *pura* naranja, sale por *tráilers*, llevan a otros países, según dicen que mandan hasta África.

Una gritadera que hay en las *trailas*. Bertín, ése se pintaba las canas con *Johnson*, “cómo me veo? Es que yo quiero *uno* de 15” –se refería a *una* muchacha pero Miguel no hizo la concordancia de género– Decía que era de Monterrey pero no era de allá. Cuando tomaba tocaba Cadetes (de Linares). Decía que Priscila (Y sus Balas de Plata) era su novia, sí, cómo no. “Fueron todas mis novias, Priscila, Selena” Tenía los pósters. “No te miento, aquí en mi sombrero está la firma de Priscila”. “Ya no tomes”, le decían. “Mi gusto es y quién me lo quita.” Sus sobrinos le *echaban carrilla*. *Agarraban* sus sobrinos y lo metían. “Órale, *cabrón*, a dormir”. Desvelaba [*a la*] gente.

–¿Cuántos viven en un tráiler?

–Depende cómo *está* la *trailer* de grande, hay como quince, hasta más –me responde Efrén.

Apareció Abelardo y se incorporó a la plática sobre la vida en los tráileres donde viven cuando están trabajando en las huertas de naranja de Arcadia. Mientras tanto, aproveché el iPhone para buscar Arcadia con el Google Maps y la localicé cerca de Tampa, sobre la carretera 17. Le pregunté a Efrén las calles y Abelardo se reía a carcajadas al escuchar a su hermano diciendo los nombres en inglés. Di con la dirección y les mostré la imagen del satélite en la pantalla del teléfono. Entre Esmerelda y Granada y las avenidas Segunda y Tercera en efecto era posible ver los tráileres.

–¡Ésa era mi *trailer*! –dijo Efrén entusiasmado. Entonces llegó Gilberto, quien había estado trabajando todo el día en Tzintzuntzan, sólo faltaba Chico.

–¿Cómo los voy a encontrar? –les pregunté.

–Ahí vamos a estar en las noches y los domingos.

De este modo, finalmente, mi segundo objetivo también había sido alcanzado, definir un lugar exacto para mi próximo trabajo de campo: Arcadia, Florida.

Después de varios días de observación e interacción con la familia Morales, me pareció que ya tenía suficientes datos y que estaba empezando a abusar de la hospitalidad de mis amigos, así que decidí dejarlos tranquilos. Además, tenía que regresar a México por los documentos necesarios para el bautizo pues el párroco requería un matrimonio para que fungieran como padrinos.

Un bautizo en la familia

Regresé a Santa Fe con mi esposa, mi hijo y su nana para el bautizo del pequeño Gilberto. Llegamos puntualmente, al cuarto para las ocho, tal como habíamos acordado. Pero, cuando subimos a la casa de Gilberto, Tomás estaba con su sudadera beige, la que tiene la silueta de Michael Jordan, lo cual me sorprendió. Gilberto lavaba sus tenis con un cepillo; como muchos jóvenes purépechas, seguramente consideró que sus tenis eran la mejor opción para la ceremonia. Usó también unos pantalones de mezclilla estilo *hip-hop*, deslavados y amplísimos, una camiseta estampada y una chamarra de piel, negra y grande. Liz se estaba vistiendo. Minutos después salió ataviada con el traje típico purépecha: falda drapeada, delantal bordado, guanengo bordado y rebozo. No entendíamos por qué no estaban listos.

Mientras vestían al bebé con el ropón que llevamos hasta ese momento, las campanas de la iglesia empezaron a llamar a misa. Amables como siempre, le llevaron a mi esposa una silla mientras esperábamos a que estuvieran listos y ella se sentó y platicó en lo que será la cocina de Liz, Gilberto y el niño porque hasta ahora no tiene puerta ni ventana ni refrigerador, sólo una estufa de cuatro quemadores. A pesar del frío de la mañana, apareció Miguel en camiseta y fumando un cigarrillo, “un almuercito”, dijo. Él tampoco tenía prisa por vestirse, todo se me hacía muy raro, no sabía que no iban a ir al templo ni él ni su esposa ni sus hermanos. Entonces Tomás dijo que el bautizo sería hasta después de la misa. Así que no estábamos obligados a llegar a las ocho en punto. Menos mal porque ya daban la segunda llamada y habríamos de escuchar allá arriba la tercera.

Me sorprendió que al templo no fuera nadie, además de Gilberto, Liz y el bebé. Todos se quedaron arreglando la casa o sus personas. Como el atajo que tomábamos todos los días no era muy seguro para bajar por ahí con el bebé, dimos un rodeo por las calles del pueblo. Había poca gente pero nosotros íbamos por en medio y algunas personas nos veían desde sus puertas o ventanas. Durante la misa, la cual escuchamos parados porque no había lugar, sólo Tomás se asomó por la puerta, y eso al final, y eso porque estaba con los demás músicos ahí afuera.

Acabada la misa, el cura nos llevó a la entrada del templo y nos hizo una cuantas preguntas “¿Qué va a recibir el niño?” “El bautismo”. “¿Qué más?” “Al Espíritu Santo”. Finalmente salimos avantes y entonces caminamos hacia el altar. A falta de pila bautismal, en una mesa había una jarrita de cristal con el agua y una especie de candelabro con los óleos pero faltaba la sal, misma que una segunda monaguilla trajo después. El primer monaguillo estuvo todo el tiempo con el padre, desde la misa. Después de los óleos y la sal, finalmente el sacerdote bautizó al niño y le puso José Gilberto, a pesar de que nosotros nada más dijimos Gilberto.

No me sorprendió que las mujeres ocuparan una sección de las bancas y los hombres la otra, en pasados viajes ya había visto que, cada vez que las mujeres se sientan o se levantan, una parte del templo simula un oleaje de rebozos azules, tampoco me sorprendió que algunas personas se pasaran toda la misa arrodilladas, incluso durante los avisos del final, ni lo terrible de los cristos, uno en la entrada y otro en el altar, éste último aún más macabro, con una larga cabellera natural, una auténtica delicia para gustos como los de Jodorowsky. Pero lo que sí resultó sorprendente para mí fue que el abrazo nos lo diéramos de rodillas. “Y como se acostumbra aquí, arrodíllense”, dijo el párroco. De modo que, en el cruce de naves, uno frente al otro, Gilberto y yo

nos dimos un abrazo mientras Liz y Liliana hacían lo propio y después cambiamos de pareja, todo de rodillas.



Nuevos compadres

Una vez que salimos, Ofelia, la nana de Josemi, nos tomó la foto del recuerdo y de inmediato se acercaron unas señoras de mucha edad y efectivamente, mientras extendían sus manos, me dijeron: “*Bola, bola*”. También llegaron niños y muchachas. Les arrojé puñados de monedas de a peso y de a cinco, monedas de chocolate envueltas en papel metálico y dulces Tomy. No faltaron los pequeños que rodaron por el suelo en su afán de atrapar el bolo. Entonces comenzó la música, salimos del atrio al ritmo de “Las mañanitas” y después continuamos al de una conocida *pirecua*, la famosa “Flor de canela”. Ahora había más gente en las calle y todos nos veían desfilar hacia “la casa de arriba”. Apenas llegamos, arrojé el resto del bolo entre los que no fueron al templo.

Mientras nosotros estábamos en la iglesia ellos mataban los pollos, acarreaban sillas y mesas, colgaban adornos, guisaban el arroz... En donde estuvimos trabajando en días pasados habían colocado mesas y sillas. Nos indicaron que ocupáramos una mesa y así lo hicimos. Para abrir boca nos dieron un tazón de chocolate y un pan, una especie de cocol. Mi esposa más que

hambre tenía ganas de ir al baño y no había. Nos ofrecieron ir al de “la casa de abajo” y fuimos todos para aprovechar el viaje, los cuatro, así como Abelardo, quien llevaba la llave. De regreso, una vez que subimos la cuesta, nos detuvimos a ver el pueblo y el lago.

Josemi y Ofelia se quedaron con unos niños que no hablaban español pero con los que se entendieron muy bien mediante el lenguaje del fútbol, el cual jugaron por horas mientras, en la casa de Gilberto, nosotros éramos instruidos constantemente acerca de lo que teníamos que hacer: “Ahora tienes que ofrecerle un trago al papá de Liz, al padrino de Gilberto y a todos los señores”, dijo Tomás. A su vez, Liliana tenía que ofrecerle licor a las señoras. Con el baile fue lo mismo, yo tenía que invitar a bailar a todas las mujeres y mi esposa a todos los hombres.

Más tarde ofrecieron pollo con mole y arroz. Por si fuera poco, horas después servirían el pozole purépecha, no tenía nada que ver con un pozole blanco estilo Guerrero o uno rojo estilo Jalisco, éste no tenía caldo ni rábanos ni lechuga ni tostadas con crema, sólo los granos de maíz con pedazos de carne. Y aún hubo más, faltaba el itacate. Además de la cerveza y el licor nos llevaron una botella de Johnnie Walker cuya caja desde el principio me pareció muy maltratada. Saqué el frasco y noté que el color era diferente. Alcancé a evitar que me sirvieran refresco y lo probé solo. No era Johnnie Walker ni era whisky, era *charanda*. Obviamente no dije nada y me tomé el aguardiente con tiento.

Una vez que tomé la foto de toda la familia, con excepción de Chico, quien se había ido a ensayar con su grupo, llegó la hora de la despedida. *Yes, my friend*, me dijo Efrén y yo le respondí cualquier cosa: *Yeah, that's the way I like it*. Pero con eso bastó para impresionar a Jenny, la novia de Abelardo, y a otras muchachas que estaban por ahí, las cuales primero levantaron las cejas y luego se rieron a carcajadas.

A manera de despedida, le dije a Catalina que no se preocupara que todo iba a salir bien, que los muchachos pasarían sin problemas y que no se pusiera triste, pero sus lágrimas hacían que se me quebrara la voz, así que mejor apresuramos nuestra salida. Esta vez se irían Efrén, Miguel y Chico, el más pequeño, el que nunca había ido. Gilberto y Abelardo tendrán que esperar hasta noviembre, cuando terminen de cumplir su sentencia por pelear en las calles.



La familia Morales. De izquierda a derecha arriba: Rosalba, Efrén, Tomás, Gilberto chico (en brazos de Liliana), Gilberto, Liz, Lupe y Catalina. Abajo: Abelardo y Miguel (Josemi y el autor).

3.12. Conclusión

Hasta aquí, ya es posible sacar algunas conclusiones. La primera es que, si bien la migración se da tanto en Morelia, la capital del Estado, como en Pátzcuaro, un pueblo turístico, y en todas las comunidades purépechas, cada comunidad tiene su propia manera de vivirla o inclusive no vivirla. Santa Fe, por ejemplo, sigue siendo un pueblo sumamente conservador de la lengua indígena, de la artesanía y de la identidad purépecha, mientras que Tziróndaro ya dejó de ser un pueblo de artesanos. A pesar de que algunas costumbres han cambiado, como la práctica de la agricultura, la cual se ha reducido mucho, o el traje típico, cuyo uso ya no es tan generalizado como antes, o la comida, pues ahora es posible comer pizza en Santa Fe, el purépecha sigue siendo la lengua de comunicación de la comunidad. La gente defiende su uso llegando incluso al extremo de agredir a quienes la conocen y por alguna razón no quieren hablarla; según Efrén, a una persona que regreso de Tijuana la golpearon porque se resistía a hablar purépecha.

Estos cambios, así como la consolidación de una economía familiar más estable pues, como dijo César, “antes toda la gente estaba con carencias muy marcadas” han sido en la mayoría de los casos producto de la migración, pero no exclusivamente, también la educación ha tenido que ver en todo esto. Ambos factores también han influido en un mayor **bilingüismo** en

purépecha y español pues, al contrario de lo que pudiera pensarse, la gente que regresa de los Estados Unidos no aprendió inglés sino español.

Tomás y Catalina resultaron la familia más tradicional de las mencionadas aquí. Cuando se iban a casar, siendo todavía unos adolescentes, Tomás fue con sus papás a pedírsela a los papás de ella y celebraron boda religiosa, algo que sus hijos ya no han observado, como tampoco los hijos de doña Graciela. También persisten en ellos los roles tradicionales de género; Tomás no se involucra en la cocina ni en la limpieza de la casa y Catalina ni por un momento considera la posibilidad de ser ella quien fuera a trabajar a los Estados Unidos. El español de ellos, sobre todo el de Catalina, dejó ver que no son plenamente **bilingües**, como las nuevas generaciones, ellos todavía presentan algunas **interferencias** y muchas **simplificaciones**,⁵⁴ incluso sus hijos. A su vez, a pesar de haber migrado, tanto Tomás como los muchachos, la influencia del inglés es casi nula en ellos, no pasa del **préstamo** ocasional, como *traila* o *cora*, a lo mucho el integrado, como *lonche* o *raite*. Y aunque cada uno ha hecho su casa y no viven todos juntos bajo el mismo techo, siguen siendo una familia extensa y unida.

Por otra parte, la familia de Lourdes y Mario mostró la otra cara de la moneda, que también hay familias que se han vuelto más nucleares pues ellos, residentes en Carolina del Norte, son una familia nuclear cuyos hijos sí han adquirido el inglés como cualquier norteamericano. Y sin embargo, no por ello han perdido su identidad pues aún conservan el purépecha y buscan la manera de hacer comida y fiestas al estilo del pueblo, lo mismo que doña Graciela. Lo que sí han perdido estos muchachos es el español, el cual pasa a un tercer plano cuando una familia purépecha reside en los Estados Unidos.

César y Guadalupe mostraron que incluso hay casos de individualización, aunque no por la migración sino por la educación pues ellos no se han casado, se han comprometido más con su estudios y sus trabajos. El **bilingüismo** más completo o ideal en purépecha y español se dio en ellos y no por la vía de la migración sino de la educación. Sin embargo, tampoco han perdido un ápice de su **identidad** purépecha, al contrario, a pesar de ser ejemplos de individualización, tienen un compromiso con la comunidad aún mayor que aquellos que han migrado y se concentran en construir una casa.

⁵⁴ Flores Farfán (comunicación personal) me sugería hablar de *generalizaciones* pero me he quedado con el término **simplificación** porque es más frecuente en la literatura (Llamas, Mullany y Stockwell, 2007; Trudgill y Hernández, 2007) y porque, a fin de cuentas, toda generalización es una simplificación.

No obstante toda esta complejidad, Santa Fe, junto con Tziróndaro, es una **comunidad de habla** cuyos rasgos persisten aun en los Estados Unidos, donde la gente de estos pueblos llega a convivir incluso más estrechamente que aquí en Michoacán. José, por ejemplo, a pesar de ser más joven que Catalina y haber vivido en los Estados Unidos, tiene en su español los mismos rasgos que ella. Incluso hay dos en los que todos coincidieron, mujeres, hombres, migrantes y no migrantes: el uso al estilo purépecha del adverbio *ya* y el enfático *pues*.

IV. ANÁLISIS SEMIÓTICO DE SANTA FE

4.0. Introducción

Si bien en el capítulo anterior se dijo ya mucho respecto a la **ecología**, los espacios y los lenguajes propios de Santa Fe, en este apartado ofrezco un análisis semiótico de lo que en el capítulo anterior se ha podido leer entre líneas pero conviene hacer más explícito. Para este fin propongo tres ejes básicos: la **ecología**, los lenguajes verbales y los lenguajes no verbales. El primero incluye una descripción detallada de la comunidad, sus espacios y los espacios propios de algunos de sus habitantes, concretamente sus casas. En el segundo doy cuenta tanto del uso del purépecha como del español y el inglés. Finalmente, en el tercero, me ocupo de aquellos lenguajes no verbales como la comida, el vestido, los objetos y el bien vivir o *kaxumbikua*. Este último es un **código** de conducta cuya finalidad es, como su nombre lo indica, vivir bien, es decir, no meterse en problemas, ser discreto; no dar de qué hablar. El concepto existe desde tiempos prehispánicos pues la palabra aparece en el vocabulario de Gilberti (1559) y significa cortesía o buena crianza. Sin embargo, como veremos a continuación, también implica cierto grado de sacrificio pues, como el fin último es proyectar una imagen positiva al interior de la comunidad, a menudo la gente que observa la *kaxumbikua* tiende a soportar situaciones incómodas a fin de que su imagen no se vea afectada pues, desde luego, no toda la gente se comporta de acuerdo con este **código**, hay quienes protagonizan riñas, escándalos y borracheras, todas ellas conductas opuestas al bien vivir o *kaxumbikua*.

4.1 La ecología

Ubicada a la orilla de la carretera número 15 que viene de Quiroga y va a Zacapu, o viceversa, Santa Fe es una de las comunidades purépechas más conservadoras de la lengua, sin embargo, a diferencia de la gran mayoría de los pueblos tarascos, perdió su nombre original, Ueamuo (Zárate, 2001: 76), debido a la intervención de Vasco de Quiroga quien refundó la comunidad en 1533 (Gortaire, 1971: 163), la llamó Santa Fe y procuró poner en práctica la *Utopía* de Tomás Moro (1516) en ella; es decir, Quiroga hizo de Santa Fe una especie de laboratorio social, dictó sus *Reglas y ordenanzas* y construyó una iglesia y un hospital.⁵⁵ Y por increíble que parezca, tal parece que Quiroga logró su cometido porque Santa Fe permaneció prácticamente igual durante cuatro siglos. Según West (1948), a mediados del siglo XX, en Santa Fe se seguía usando la lengua indígena en un 100 por ciento, mientras que en comunidades como Paracho ya la habían perdido en un 70 por ciento. Santa Fe seguía siendo un pueblo de agricultores, artesanos, pequeños comerciantes y músicos. Así lo encontró a finales de los años sesenta Gortaire (1971), quien, en su libro, *Santa Fe. Presencia etnológica de un pueblo hospital*, hablaba de un pueblo alfarero, agricultor y comerciante pero en ningún momento de un pueblo de migrantes. Según él, para la gente de Santa Fe no había más destino que la alfarería (Gortaire, 1971: 170). Sin embargo, a esta ocupación pronto iban a sumarse la opción académica y la migratoria. Veinticinco años después del estudio de Gortaire, en la última década del siglo XX, los habitantes de Santa Fe ya habían empezado a probar suerte en los Estados Unidos y, como dijo César, habría de venir un *boom*, una especie de fiebre del oro, como la de 1849 en San Francisco, California, o más exactamente, una *fiebre del dólar*, no sólo hacia este mítico Estado sino también hacia otros más remotos como Carolina del Norte. En *Los señores de utopía*, Zárate (2001: 284) ofrece las genealogías de algunas familias de Santa Fe y es hasta la última generación que aparecen los migrantes a los Estados Unidos. En la familia Dimas, por ejemplo, entre los 33 primos de la última generación, a la que pertenece Néstor, solamente hay dos migrantes, uno de ellos es Mario, quien habría de ser el primero y cuya familia ya conocimos.

Hoy en día, con cerca de 5,000 habitantes (4,879 según el censo del 2010),⁵⁶ Santa Fe sigue siendo un pueblo pintoresco y tranquilo, una comunidad donde, como dijo Toño, el portero de Los Gallos, “todo mundo *ta calmadillo*”. A diferencia de Tziróndaro, donde la artesanía

⁵⁵ Sobre este asunto es esencial la obra de Warren (1977) *Vasco de Quiroga y sus Hospitales-Pueblo de Santa Fe*.

⁵⁶ www.inegi.org.mx

prácticamente se perdió, Santa Fe aún es un pueblo de artesanos y la loza todavía es el principal producto que vende la gente, incluso jóvenes migrantes como Toño y Nelson volvieron a la alfarería cuando los deportaron. Aunque en menor medida, también la agricultura se practica aún para el autoconsumo y el maíz sigue siendo el principal cultivo.

No existen en el pueblo grandes tiendas, todas las que hay son de abarrotes y en ellas se puede comprar cosas como aceite, jabón, huevo... los productos de la canasta básica. Para compras más grandes la gente va a Quiroga o a Pátzcuaro. A la plaza central suelen llegar vendedores de otros pueblos con pescado fresco, carnitas, carne de res, pollo, pan y productos de plástico como cubetas y tinas. Otros son itinerantes y, como dijo Catalina, “andan rancheando”, recorriendo el pueblo en camionetas cargadas de fruta o elotes.

Sin embargo, aunque más tarde que otras comunidades purépechas, finalmente Santa Fe también se volvió un pueblo de migrantes. Actualmente, cosas que no había cuando vine por primera vez a finales de los noventa, pueden encontrarse ya en Santa Fe, como pizzerías, por ejemplo, lo cual es consecuencia directa de la migración pues, el propietario de la que está a un costado del atrio de la iglesia me contó que fue en los Estados Unidos donde aprendió a hacer pizzas, cuando trabajó en la cadena Little Caesar's. Además, me dijo que no es el único, que hay otros dos pizzeros en el pueblo. Y sin embargo, seguía hablando el purépecha con su esposa y su hijo pequeño.

La gente misma es ahora diversa. Actualmente es posible ver muchos tipos de personas; así como muchas mujeres aún visten el traje típico, también he visto salir de su casa a otras con traje sastre, zapatos de tacón, bolso y perfume, muchachas que abordan las camionetas que van a Quiroga para dirigirse a su trabajo, probablemente en Morelia. En el caso de los hombres también hay diferentes estilos, hoy en día, además de señores con huaraches y sombrero, también es común ver jóvenes con el cabello largo, así como con tatuajes en los brazos y aretes en las orejas.

Si bien la migración ha sido vista negativamente por la fragmentación de la familia que implica (López Castro, 1986), por la pérdida de la libertad que, de acuerdo con algunos autores puede llegar hasta algo parecido a la esclavitud (Rodríguez, 2010) y sobre todo por el riesgo que se corre, incluso de morir al cruzar ilegalmente (Martínez, 2001), también tiene su lado positivo. Más allá del vestido o las costumbres, el cambio más importante se está dando en la economía. Con la migración es posible hacerse de un vehículo y no sólo producir la loza sino también salir a comercializarla sin intermediarios. Las remesas han cambiado la vida cotidiana de los habitantes

de Santa Fe y de otros pueblos purépechas, como dijo César, y también Guadalupe, su situación ya no es tan apremiante, la gente ya no se muere o sufre tanto por falta de recursos. Antes la mortandad infantil era más frecuente, de los doce hermanos de Tomás, por ejemplo, sólo vivieron cuatro. Aunque, por otra parte, tampoco esto era exclusivo de los pueblos purépechas o del campo, hasta la década de los cuarenta, en todo el país, “la muerte de un hijo o de un hermano pequeño era una experiencia común entre las familias” (Esteinou, 2008: 163).

Santa Fe ya no es un pueblo estático sino dinámico, se ha vuelto un “pueblo global”,⁵⁷ por decirlo de alguna manera, es decir, es un pueblo tradicional pero ahora con fuertes vínculos en los Estados Unidos y también en las grandes urbes de México, de donde recibe diferentes influencias que ya se dejan ver en la comunidad. La gente de Santa Fe que antes no iba más lejos que a Quiroga o a Morelia, ahora va y viene hasta lugares tan remotos como Michigan o Nueva Jersey y conoce gente no sólo de los Estados Unidos sino de otros países como Guatemala, El Salvador o Perú, lo cual ensancha su visión del mundo.

Sin embargo, sería falso decir que la migración es la única vía para hacerse de una visión más global, el otro camino es la educación y lo ha sido más o menos desde los mismos años en que empezó a darse la migración a gran escala, incluso un poco antes. Actualmente existen en Santa Fe escuelas públicas y también privadas; dos preescolares, uno de ellos llamado “Rosario Castellanos”; tres primarias, una de ellas de religiosas, de “madres”, como dijo Lourdes; tres secundarias,⁵⁸ una de los polémicos Legionarios de Cristo, los cuales se han instalado aprovechándose justamente de la migración pues ofrecen enseñar inglés, lo cual no tendría ningún sentido si la gente no estuviera yendo a los Estados Unidos. Además, la propia comunidad ha echado a andar también una preparatoria.

Néstor, Amaruc y César, por poner sólo tres ejemplos, han concluido todos los niveles académicos disponibles en la comunidad y han continuado sus estudios en instituciones como la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo en Morelia y el Colegio de Michoacán en Zamora. Y sobran ejemplos en otras comunidades como Cheranástico, de donde es el maestro

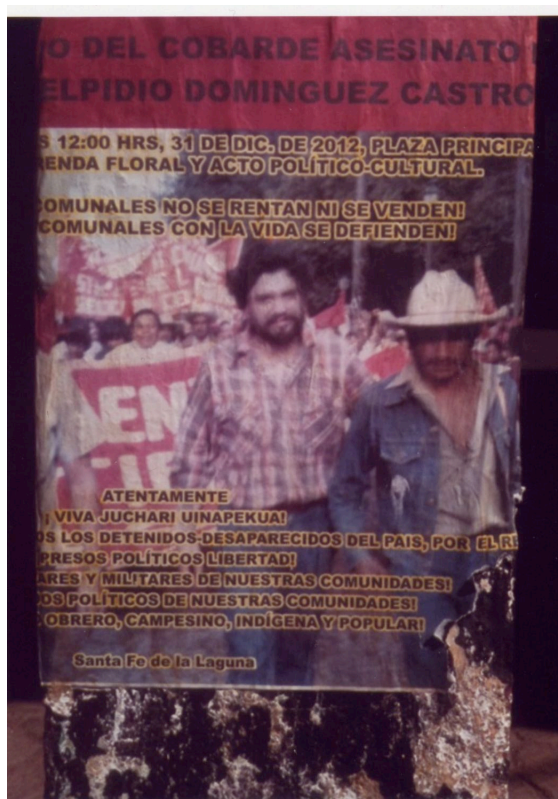
⁵⁷ Una consecuencia de las *ciudades globales* (Sassen, 2001) podría ser el surgimiento de *pueblos globales*, aquellas comunidades pequeñas de donde procede la gente que va a las grandes ciudades y regresa con nuevos hábitos.

⁵⁸ Bertha me dijo que, aunque en Tziróndaro hay secundaria, para ella es mejor la secundaria en Quiroga porque allá aprenden a hablar español. O sea que la educación en el pueblo sigue siendo tan rudimentaria que no se consigue ni siquiera la castellanización, la vieja panacea.

Pedro Márquez; en Cherán, de donde es el doctor Ireneo Rojas⁵⁹ o en Tziróndaro, donde nació el doctor Juan Ignacio Cárdenas.

4.2. *Los espacios*

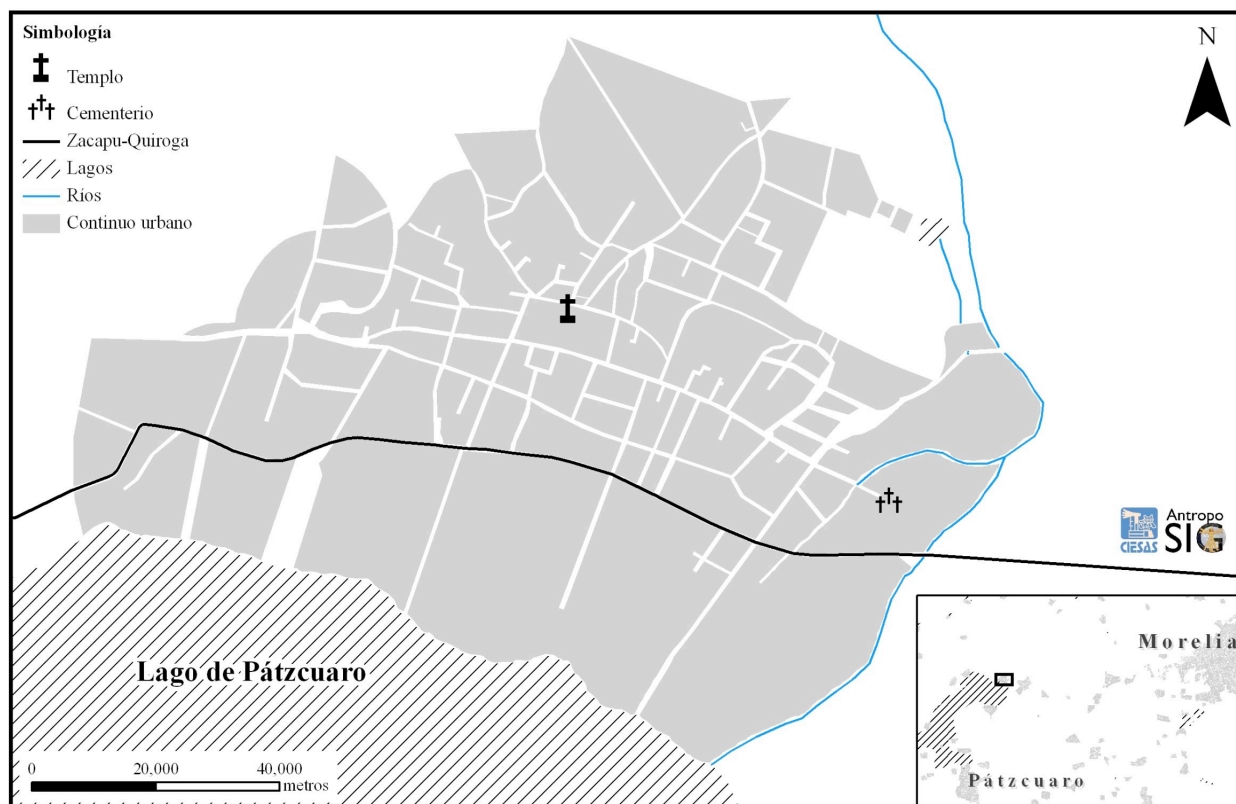
El corazón de Santa Fe lo constituye su plaza central, donde, en medio de una fuente más pequeña pero similar a la de Pátzcuaro, se encuentra una representación de Vasco de Quiroga, la figura icónica por excelencia en la comunidad; solamente Elpidio Domínguez podría considerarse otro ícono de Santa Fe pero muy en segundo lugar pues, a diferencia de Quiroga, las opiniones están divididas respecto a él (Zárate, 1994). Sin embargo, estaba presente en los carteles que, pegados en los postes, invitaban a recordar su aniversario luctuoso.



Elpidio Domínguez con sombrero y chamarra

⁵⁹ Como Luis Sereno, también Ireneo Rojas murió durante la hechura de este trabajo.

Más allá de la plaza central, de sur a norte y después de los portales, se encuentran el templo y el hospital, las únicas muestras de arquitectura religiosa pues, en el resto del pueblo, toda la arquitectura es civil. Construidos en el siglo XVI, este par de edificios *emblemáticos* (Sebeok, 1996: 50) representan el legado material de Vasco de Quiroga y ambos siguen funcionando como tales, sin embargo, el hospital ha tenido otros usos, además de ofrecer hospitalidad, ha sido biblioteca y sede del Tianguis Purépecha. Este eje de norte a sur, hospital, iglesia y plaza, divide a la comunidad en dos mitades, El Rincón y La Salida (Zárate, 2001: 111), las cuales a su vez se dividen en dos, lo que da por resultado cuatro barrios: San Juan y San Pedro en el poniente y Santo Tomás y San Sebastián en el oriente. Si bien el templo es el escenario por excelencia de las celebraciones religiosas, éstas no se limitan al interior de sus muros o a su atrio, al contrario, la gente suele desfilar por las calles del pueblo en ocasión de festividades religiosas; del templo a la capilla de un barrio, de una casa al templo, o de la capilla de un barrio a la del otro.



Mapa 4.1. Santa Fe de la Laguna

Santa Fe es el *lugar antropológico* (Augé, 1992: 49) de estas personas, así vayan a Carolina del Norte, Oregón o Indiana, sus raíces siempre estarán aquí. Si bien, como dijo doña Graciela, la gente que está en los Estados Unidos suele organizar allá pequeñas versiones de las fiestas tradicionales, las que tienen lugar en Santa Fe siempre serán las más importantes, tanto que mucha gente regresa con ese pretexto, el 14 de septiembre, por ejemplo, cuando tiene lugar la Exaltación de la Santa Cruz, la fiesta más importante del pueblo. Otros, como doña Graciela, regresan para cumplir con un cargo o para ser padrinos de una boda. En este sentido, Santa Fe no es sólo un espacio físico sino un *espacio social*, es decir, un sitio en el que tienen lugar acciones sociales, tanto individuales como colectivas (Lefebvre, 1991: 33).

Y qué decir de “el cerro”, esta parte no urbanizada del pueblo donde, como Abelardo, la gente puede cabalgar libremente, donde encuentran la madera y el barro para su cerámica, donde algunos todavía cultivan maíz o incluso practican la cacería, donde se la pasaba Efrén cuando era adolescente. En este *espacio natural* (Lefebvre, 1991: 30) todo tiene un nombre en lengua indígena, éste es el espacio que el grupo “construyó” por medio del lenguaje, como dijo Bonfil (1994: 37), “nombrar es conocer, es crear”.

Y finalmente, en este espacio se encuentran los espacios personales de cada quien, o mejor dicho, de cada familia pues ningún individuo puede funcionar solo, sin el resto del grupo (Leeds-Hurwitz, 1993: xxiii). Y esto desde luego es aplicable a la lengua, la cual, como dijo Saussure (citado por Cobley y Jansz, 2010: 14), sólo está completa en una colectividad. Así pues, cada casa, cada familia, es como una célula del tejido social. Aquí están además las células que aún no funcionan, las casas de los migrantes que por el momento no son habitadas pero que sus padres o sus esposas se encargan de ir construyendo o remodelando con las remesas que ellos mandan para, algún día, regresar y disfrutarlas.

4.2.1. *Las tres casas de la familia Morales*

“La casa de abajo”

Cuando conocí esta casa en 1996, aún conservaba las características de las viviendas purépechas de los pueblos de la región lacustre: los muros eran de adobes y el techo de vigas y tejas; los

materiales y la construcción *tradicionales* (Castilleja, 2008: 87).⁶⁰ La fachada tenía el acabado conocido como enjarre, el cual estaba pintado de blanco arriba y de rojo abajo, como la mayoría de las casas viejas en el primer cuadro de Santa Fe pues algunas no tienen este tratamiento, sólo los adobes desnudos. A diferencia de las casas más antiguas, cuyas puertas solían ser de madera, la puerta de esta casa era de hierro y era el único acceso; no entraba por ahí un coche, cuando mucho un caballo. Tampoco había ventanas a la calle. A manera de vestíbulo, pasando la puerta, se estaba bajo un techo de tejas, entre dos paredes blancas y sobre un piso de tierra en donde solía haber cajas de loza, leña o terrones de barro. Más adelante estaba el pasillo y el patio interior, de tierra, con un árbol pequeño de aguacate en el centro y muchas plantas en macetas improvisadas con botes. Separadas por el patio, sólo había dos recámaras, una al fondo y otra a la derecha, entre el pasillo y el muro de la calle. A la izquierda había un fogón de cemento con un comal de barro incrustado en él. Junto a la recámara de atrás estaba el taller de cerámica, pues las casas de Santa Fe solían ser casa y al mismo tiempo taller. Había ahí un horno negro de ollín que si apagado resultaba imponente, encendido debería serlo aún más, y lo era, cuando lo vi ardiendo, se me figuró un terrible demonio de innumerables llamas.

Si bien, la arquitectura es siempre un *acto de comunicación* (Eco, 1978: 325), esta casa no *comunicaba* tanto, más bien *funcionaba* (Eco, 1978: 324); es decir, no había en este tipo de casas la intención consciente o inconsciente de comunicar, como sí la habrá en las casas nuevas, así sea de manera inconsciente. O tal vez el mensaje era algo como: “aquí vive gente sencilla y si no tenemos ventanas es porque queremos conservar nuestra privacidad; no nos interesa saber nada del exterior”.

⁶⁰ Así como la casa vasca es un producto étnico determinado (Barthes, 1981: 217), también la casa purépecha lo es, o lo era.



Casa de adobes en Tziróndaro

Un pequeño portal se formaba debajo del tejado, el cual desaguaba en el patio interior. Ahí, en ese pasillo, sentados en pequeños bancos de madera, Tomás y su esposa Catalina colaboraron con mi primera investigación y cinco años después con la segunda. Para ese entonces, en el 2002, la casa había sufrido ya los primeros cambios. Los ingresos generados en los Estados Unidos por Tomás y sus hijos habían sido invertidos en su ampliación: encima del taller de alfarería y la recámara del fondo estaban construyendo dos habitaciones nuevas. Además, la vieja recámara era ahora la cocina y en ella había ya un refrigerador y una estufa, lo que implicaba la presencia de un tanque de gas en el patio, sin embargo, ésta no desplazó del todo al fogón o *parangua*, el cual estaba ahora en el primer piso y seguían usándolo para hacer tortillas. Donde estaba la cocina había una pileta, un lavadero de cemento y un pequeño baño sin puerta en el que un excusado sin tanque ni tapas era todo el mobiliario.

Hoy en día, en la nueva cocina de doña Cata, como diría Glassie (citado por Leeds-Hurwitz, 1993: 139), el *centro social* de la casa, donde también está el teléfono, suelen reunirse, además de Tomás y Chico, el único que aún vive con ellos, Efrén, quien no tiene relación con la madre de su hijo, Lupe quien no tiene hijos ni una buena relación con Joel, y en menor medida los demás, incluso su nieto “Kilo”, quien ya anda libremente entre “la casa de arriba” y “la casa de abajo”. También la frecuentan sus nueras, Yolanda, Liz y Jenny, y no sólo cuando sus esposos están en los Estados Unidos y se comunican por teléfono los domingos, también ahora que ellos

están aquí. La única que casi no los visita es Rosalba, lo cual muestra lo patrilocal que es el matrimonio en Santa Fe pues Rosalba ha pasado a formar parte de la familia de su esposo, con quien sí tiene una buena relación y dos niñas.

Lo anterior confirma lo dicho por Musello (citado por Leeds-Hurwitz, 1993: 139) “la casa es una entidad social construida con actividad social, no solamente material”. Por otra parte también queda claro que la de Catalina es una *familia extensa*, la cual, según Durkheim (citado por Esteinou, 2008: 59), es típica de la comunidad, mientras que la familia nuclear lo es de la sociedad moderna.

“La casa de arriba”

A diferencia de la anterior, “la casa de arriba” representa una nueva propuesta cultural. Pero antes de hablar de su estilo, tradicional o “moderno”, vale la pena mencionar que hay en esta casa, como dirían Lott y Sommer (citados por Sebeok, 1996: 100), una *conducta de asentamiento* es decir, la disposición proporciona datos respecto a la edad de sus habitantes, la cual coincide con el orden en que viajaron a los Estados Unidos; la fachada corresponde a Miguel, el mayor de los tres, luego sigue la de Gilberto y al fondo la de Abelardo. No obstante la contigüidad de una casa con otra, cada uno tiene su privacidad, una privacidad al estilo americano, en la que, como diría Eco (1978: 384), cualquiera puede asomar la cabeza por la puerta del otro o, en el caso de los niños, todo el cuerpo, como “Kilo”, quien de pronto aparecía en la casa de Gilberto, en la de Abelardo o en “la casa de abajo”.

A diferencia de la primera, esta casa, o mejor dicho estas tres casas en una, ya no son de adobes, tejas ni vigas, los materiales que los tres hermanos utilizaron fueron tabiques, varilla y cemento. Algo que quedó en la mezcla sin ser el material sino el medio para poder hacer la casa fueron algunos billetes y monedas americanos, es decir, como diría Sebeok (1996: 109), el dinero se *fetichiza* y es investido con poderes; si antes la cruz de los albañiles solía quedar en la casa como símbolo de protección, ahora, los dólares que hicieron posible la construcción de la misma también se funden en el *colado* como símbolo de prosperidad.

Al usar estos materiales, se podría decir que los hermanos Morales se dejaron llevar por la corriente pues así son las casas de casi todos los habitantes de Santa Fe que han ido a los Estados Unidos, lo cual coincide con lo dicho por Azevedo (2008: 64) a propósito de otros pueblos purépechas: ya nadie hace casas de adobes y tejas. A diferencia de las casas tradicionales, estas

casas nuevas, *comunican* más de lo que *funcionan* (Eco, 1978: 324) pues, si bien, por lo menos “en apariencia los objetos arquitectónicos no *comunican* sino que *funcionan*”, en estas casas nuevas hay una suerte de paradoja, son ostentosas pero no cuentan con un baño, es decir, no son realmente modernas, más bien incluyen un discurso que no había en las tradicionales: “Vecinos: estamos yendo al *Norte*, miren, ya no somos pobres”.⁶¹ En otras palabras, la casa se ha vuelto un nuevo **código** para los purépechas.

De modo que la primera consecuencia de la migración en ésta y en otras familias, o por lo menos la más visible, es un cambio en la arquitectura,⁶² el cual, como dijo César, afecta la apariencia de todo el pueblo, tanto que parece posible hablar de un **cambio de código**, es decir, si antes el *código arquitectónico* (Eco, 1978: 358) prescribía usar vigas, tejas y adobes, hoy en día todo parece indicar que el nuevo **código** es usar ladrillos, cemento y varillas. Ahora bien, esto no termina en la apariencia del pueblo, “toda obra arquitectónica nueva aporta *algo nuevo* y no solamente por ser una máquina de vivir buena, que connota una adecuada ideología de la habitabilidad, sino también porque con su existencia critica otras maneras de vivir y las ideologías que la habían precedido” (Eco, 1978: 368); la gente que construye una casa con el nuevo **código** considera que ésta es más fuerte y el nuevo **código** mejor, aunque no sea cierto.

⁶¹ Como lo ha mencionado Leeds-Hurwitz (1993: 95), para los nuevos ricos cualquier **código** es útil para comunicar su cambio de condición, sin embargo, a menudo lo que queda claro es que no conocen suficientemente el **código**, como en el caso del caviar, en cuyo consumo, además del dinero para pagarlo es necesario, por ejemplo, tener el conocimiento acerca de la bebida con la que debe acompañarse, en este caso vodka frío o champaña enfriada en una cubeta con hielos.

⁶² Además, como veremos más adelante, el cambio no se da sólo en los lugares de origen sino también en los de destino, y no sólo entre los purépechas, también entre migrantes de otros Estados, como los jaliscienses de Jalostotitlán que viajan a Anaheim y también modifican el paisaje allá, en California (Hirai, 2009: 286).



La casa de Miguel

Como dijo Gilberto, “*se* cambió bastante porque antes las casas eran *puro de teja*”. Curiosamente, mi nuevo compadre utiliza una conjugación impersonal, como si él no fuera agente del cambio al haber hecho su propia casa con esos tabiques grises, es decir, Gilberto está consciente de que hay un cambio en la imagen del pueblo pero no asume que él mismo es parte de dicho cambio. Y precisamente en esta casa a medio construir habría de sucederme algo impresionante. La víspera del bautizo llevé algunos cartones de cerveza para la fiesta. Gilberto me dijo que los pusiera en la recámara donde duermen los tres, Liz, el bebé y él. Así lo hice pero al entrar me quedé de una pieza pues vino a mi mente mi más tierna infancia, como si hubiera sido ayer y no hace más de treinta años, de pronto recordé la casa de mis padres, particularmente el cuarto donde dormía una señora que tenía un bebé y trabajó un tiempo con nosotros haciendo

los quehaceres; el olor de esta recámara era el mismo que el de aquella y funcionó como una llave que abriera el cajón de una época que tenía olvidada.⁶³

La casa de Efrén

Como sus hermanos, Efrén también se dejó llevar por la corriente; el nuevo código arquitectónico logró *persuadirlo* de “vivir de una manera nueva” (Eco, 1978: 369), de hecho él empezó con el cambio pues su casa es anterior a las de sus hermanos, sin embargo, como puede verse en la foto, Miguel es el más adelantado de todos. No obstante, Efrén incluyó en su fachada un pequeño detalle casi vestigial, una fila de tejas a manera de remate en la parte más alta. Fuera de eso, el resto de su casa no tiene nada tradicional. Sin embargo, a diferencia de sus hermanos, él sí consideró un espacio para el baño, el cual, de cualquier modo no tiene regadera ni lavabo, simplemente una taza sin tanque ni tapas, a la cual es necesario echarle agua con una cubeta, lo cual implica, en este caso, un tambo petrolero en el patio, afuera del baño.



La casa de Efrén

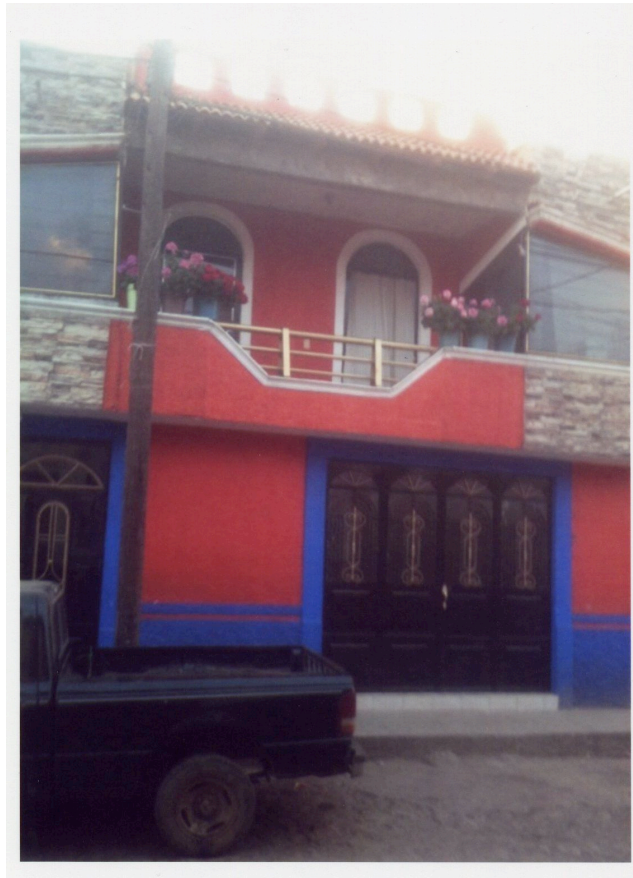
⁶³ Y es que, como dijo Hall (2001: 62), “el olor evoca recuerdos mucho más profundos que la visión o el sonido”. O como diría Davis (2010: 210), “los olores tienen una capacidad casi legendaria de despertar recuerdos”.

Algo muy interesante es que, a pesar de todo, Efrén no vive en esta casa. Se trata de un espacio en el que ha invertido mucho tiempo, dinero y esfuerzo pero del cual no ha llegado a apropiarse pues duerme y come en la casa de sus papás y trabaja la alfarería en la casa de sus hermanos, donde también guarda su camioneta, otro objeto cargado de un “valor simbólico indudable” (Eco, 2000: 52) y para el cual, sin embargo, no pensó construir una entrada ni un garage; cuando Tomás y yo estuvimos durmiendo aquí fue cuando esta construcción *funcionó* más que nunca. Es decir, como sucede con una ventana falsa, esta casa *denota* una función que no funciona pero que comunica (Eco, 1978: 337); si las casas de sus hermanos comunican más de lo que funcionan, la casa de Efrén, por el momento, no funciona, sólo comunica.

4.2.2. La casa de doña Graciela

Otro ejemplo en este tenor lo constituye la casa de doña Graciela y su hijo José. Producto de sus 12 años de trabajo en los restaurantes McDonald’s, esta casa también es una casa “moderna”. Como se puede ver en la foto, doña Graciela no sólo renunció a construir una casa tradicional sino que incluso fue más lejos; con esas ventanas en las esquinas y esos acabados en piedra. Como Efrén, solamente utilizó la teja a manera de ornamento pero, a diferencia de él, ella sí construyó un baño con agua corriente en el lavabo, la regadera y el inodoro, quizá porque ella trabajó en ciudades y Efrén en el campo. Tampoco respetó los colores tradicionales, rojo abajo y blanco arriba, ella optó por un azul y un marrón más fuertes que los de Miguel.

En su caso, además del compromiso que tenía, el cual tal vez fue más un pretexto que una razón, lo que la hizo regresar fue, por un lado, su hijo, el que se quedó en Zacapu, y por otro, la casa, la cual resultó ser todo un **anclaje** pues, a pesar de haber acumulado tantos años en los Estados Unidos y haberse acostumbrado ya a una vida al estilo americano, no quiso regresar ya muerta y no verla terminada ni habitarla nunca. Otro detalle que llamó mi atención fue el hecho de que en vez de conversar con sus vecinas adentro de la casa lo hiciera afuera, sentada en la banqueta. Tampoco a mí me invitó a pasar, para conversar con ella hube de sentarme en la calle, parecía como si hubiese algo que le impidiera apropiarse completamente de la casa, tal vez en el fondo le daba cierta vergüenza haber hecho semejante “palacio” en una calle donde las casas suelen o solían ser más modestas.



La casa de doña Graciela

4.2.3. *Los hostales*

Como lo he dicho anteriormente (Chávez, 2006: 88), la tercera ley de Newton (“a toda acción corresponde una reacción”) es aplicable al contacto de lenguas y también al contacto de culturas. En el caso de los hostales, éstos son una suerte de contrapeso a la tendencia imperante en el pueblo a cambiar los materiales y las formas de las casas; es como si las familias involucradas en este proyecto turístico hubieran dicho: “un momento, ya estuvo bueno de construir casas que nada tienen que ver con la tradición del pueblo, volvamos a nuestra propia arquitectura”. Y según ellos está funcionando, la gente se acerca a preguntarles cómo hacer algo que antes era común y corriente y sin embargo, desde que la migración se generalizó, ya estaba cayendo en el olvido. El cambio no tiene tanto que ver con los recursos sino, como dijo César, con “lo que ven en otras partes”.

A diferencia de los migrantes, las familias que participan en este proyecto no están viendo hacia fuera sino hacia adentro; ven la propia comunidad como un pueblo atractivo para el turismo por su artesanía, su comida, su historia y por supuesto su arquitectura. Sin embargo, tanto el hostel Purhepecha como el hostel Sípekua, los dos que conocí, no dan a la calle sino que se encuentran al interior de lo que a simple vista parecen casas nuevas, acordes con la comunidad apenas por su pintura roja y blanca; incluso en la entrada al hostel Sípekua hay una pequeña papelería. Sin embargo, una vez adentro, la arquitectura de los hostales da un giro de 180 grados: las columnas son de madera, los techos de vigas y tejas, las paredes de adobes y el mobiliario también de madera. Eso sí, con las comodidades que todo viajero espera de un hostel, sábanas limpias y agua caliente. Por increíble que parezca, los hostales se parecen más a la cabaña de Robin en Pátzcuaro que a las casas de otros purépechas, como las de la familia Morales o la de doña Graciela, lo cual no es raro, a menudo la gente de fuera aprecia más una casa tradicional que los locales; desde mi primer viaje en 1996 escuché decir que en Comachuén las viejas trojes de madera eran compradas por extranjeros que las desarmaban y se las llevaban en un camión.

4.2.4. La casa de Guadalupe

A medio camino entre las casas “modernas” y los hostales tradicionales se encuentra la casa de Guadalupe. Desde afuera, desde la rústica calle empedrada del pueblo, nadie se imagina un interior tan confortable. Hacia el exterior la casa no es nada ostentosa, de hecho está en los ladrillos, en cambio, otros vecinos del pueblo proyectan casas de hasta tres niveles pero no consideran un baño, una verdadera comodidad; como si le dieran más importancia a lo que “dice” la casa que a las comodidades que se supone debe ofrecer a sus habitantes (Castilleja, 2008: 85).

A diferencia de otros purépechas, especialmente los migrantes, Guadalupe no rechazó la arquitectura tradicional, como dijo Jorge Arroyo,⁶⁴ “la reinventó con una idea de la estética diferente” y le dio un mayor peso al confort que a las apariencias; su casa *funciona* más de lo que *comunica*. Guadalupe conservó las columnas de madera y el portal interior pero innovó al incluir grandes ventanales de vidrio, lo cual permite ver el jardín desde la sala sin que se cuele el viento ni se meta el agua cuando llueve. En el suelo colocó un piso de losetas pero de barro. También incluyó una chimenea pero acabada con el tradicional enjarre, en el que incrustó algunos azulejos.

⁶⁴ Uno de mis alumnos de la ENAH, los cuales conocieron esta casa durante una práctica de campo.

En su caso, el **código** arquitectónico no cambió, más bien se enriqueció y esta reestructuración fue posible porque Guadalupe partió del *código precedente* (Eco, 1978: 470).

4.2.5. De los baños

Desde el principio, los baños purépechas llamaron particularmente mi atención, ya fuera por su ausencia o por su precariedad. Por eso, lo que más me sorprendió de la casa de Guadalupe fue lo funcional y confortable de sus tres baños. La primera vez que pasé lo encontré muy diferente a los de otros purépechas y eso que sólo era un medio baño. A diferencia del resto de los sanitarios que vi en éste y en mis primeros viajes, el de ella tenía lavabo, inodoro, espejo, iluminación, toallas, papel, jabón y tapas en el excusado, las cuales eran de un plástico transparente que dejaba ver pequeñas conchas, caracoles y corales atrapados en él, un detalle barroco postmoderno (Monsiváis, 1994: 302), *kitsch*⁶⁵ pero primoroso en un contexto purépecha donde el baño suele ser la parte más olvidada de la casa. La segunda vez, cuando Luis me mostró la planta alta, conocí el baño de arriba, además de tener todo lo que había en el de abajo, también tenía tina, regadera desmontable estilo europeo, azulejos, cortinas y más toallas; un baño como los retratados en las revistas de decoración. Finalmente, al fondo del jardín había un simpático retrete al aire libre. En comparación con los de Robin en Pátzcuaro, la casa más lujosa que habría de ver en este viaje,⁶⁶ los baños de Guadalupe eran todavía más refinados.

Al principio, yo creí que, como las casas se van haciendo por etapas, quizá la gente ponía primero la taza y después el tanque, el lavabo o el espejo pero no, aunque la casa esté terminada, la mayoría no le pone al baño este tipo de detalles o ni siquiera construye un baño. Más allá de todo esto, lo que pasa es que, como dijo César, todavía impera la costumbre de ir al baño en el cerro. Por eso los baños de Guadalupe son excepcionales. En la gran mayoría de los casos, como

⁶⁵ Según Giesz (citado por Eco, 2012: 84), “la primera aparición de la palabra data de la segunda mitad del siglo XIX, cuando los turistas americanos que deseaban adquirir un cuadro barato, en Mónaco, pedían un bosquejo (*sketch*)”. Por su parte, Eco (2012: 113) define el *kitsch* como “aquello que se nos parece como algo consumido; que llega a las masas o al público medio porque ha sido consumido, y que se consume (y, en consecuencia, se depaupera) precisamente porque el uso a que ha estado sometido por un gran número de consumidores ha acelerado e intensificado su desgaste”.

⁶⁶ Desde luego que hay niveles de vida aún más altos en Morelia y en otros lugares del Estado, habrá casas con pianos de cola, obras de arte o incluso animales silvestres y otras cosas más estrambóticas, como suele suceder entre los nuevos ricos, pero en esta investigación, la casa de Robin fue la más confortable que vi, curiosamente, la casa de una persona que no es de Pátzcuaro ni de Michoacán ni de México sino de los Estados Unidos, de Louisiana, un Estado al que, por cierto, no suelen migrar los purépechas.

dijo César, “tienen unos hules ahí tapando un espacio en donde se bañan pero al baño se van a la parte del cerro”. Tomás, por ejemplo, no tenían ni siquiera “unos hules” y en efecto él era de los que “se van a la parte del cerro”, cuando fuimos por los caballos aprovechó para defecar al aire libre. Otro día, cuando Catalina me llevó a ver a la Virgen del Nopal, a las afueras del pueblo, pude comprobar que, efectivamente, a uno y otro lado del sendero había gran cantidad de excrementos humanos. En Tziróndaro, Pedro y Bertha aprovecharon la escalera al primer nivel para poner un baño debajo de ésta pero tampoco tenía puertas, lavabo ni agua corriente. Lo mismo la cuñada de Lourdes, tampoco ella tenía agua corriente, algo que, en los Estados Unidos, por ejemplo, constituye uno de los estándares mínimos que debe tener un hogar para el sano desarrollo de un niño (Kurst-Swanger y Petcosky, 2003: 78).

Según Tomás, la gente que vive en la parte baja del pueblo es la que puede construir un baño con drenaje porque, arriba, donde está la casa de sus hijos, no existe la infraestructura. Y efectivamente, cuando fui con Amaruc colina arriba, a la casa de su papá, el profesor Reynaldo Lucas, tampoco él tenía baño. Tomás añadió que: “más antes la agua potable no había, por eso toda la gente se iba *en* la orilla, *pus* la gente estaba... algunos encuerados, las señoras y hasta las muchachas también”.

Por eso el baño no se contemplaba y aun hoy sigue siendo algo a lo que muchas personas no están acostumbradas, el retrete, particularmente, todavía es un mueble que la gente no ha terminado de adoptar, como sucedió en Italia, donde, según Koenig (citado por Eco, 1978: 339), la población rural, “acostumbrada a hacer sus necesidades en el campo”, utilizaba las tazas de baño “como receptáculo para las aceitunas: colocaban éstas en una redcilla y tiraban de la cadena para lavarlas”.

4.3. *Los códigos verbales*

El purépecha, el español y el inglés fueron los tres códigos verbales que escuché en Santa Fe, siendo los dos últimos en gran medida motivados por mi presencia, por eso, porque el interlocutor y el **contexto** determinan el **código**, a continuación nos ocuparemos de las circunstancias en que estos **códigos** fueron usados, quién los usó, para qué, con quién y de qué forma.

4.3.1. El purépecha

Como suele considerarse (Flores Farfán, 2012: 30), el principal indicador de la etnicidad es el uso de la lengua, y en este sentido Santa Fe es un pueblo en donde el **código** verbal de comunicación sigue siendo básicamente el purépecha. Lo mismo puede decirse de Tziróndaro, y además, aparte de lo que se dice en purépecha, usar la lengua indígena representa en sí un **código**, una **actitud**, una ideología. Y por si fuera poco, los diferentes **acentos**⁶⁷ de Santa Fe y Tziróndaro podrían representar, siguiendo a Hodge y Kress (1988: 83) un *metasigno*, un recurso para marcar la diferencia entre una comunidad y otra, algo que, según Lourdes, los purépechas mantienen no sólo en Michoacán, también en los Estados Unidos.

Como hemos visto, el purépecha no ha sido desplazado en Santa Fe; toda la gente se comunica en la lengua indígena, desde los niveles más informales como los saludos o los juegos de los niños, hasta las asambleas que tienen lugar en las calles y en las que los señores que discuten algún asunto utilizan de hecho un *registro formal* (Friedrich, 1984: 59) en el que se cuida la pronunciación y sería mal visto decir *p'ulepecha* en vez de *p'urhepecha*, un detalle que hace años había interpretado como característico del género femenino en Santa Fe (Chávez, 2004: 45) pero que, según Amaruc, tiene más que ver con el **registro**, no es que sea propio de mujeres y niños, más bien es propio de un registro informal, por eso, aquellos que se consideran gente seria, no convierten la vibrante *rh* en lateral *l* y menos en una asamblea. Las únicas personas que utilizan el español al interior del pueblo son aquellas que tienen bocinas y dan avisos, los cuales irrumpen bruscamente en el aire de esta **ecología** purepechahablante y constituyen toda una rareza.

Tanto Lourdes como doña Graciela, Amaruc y Efrén coincidieron en que la gente suele hacerle burla a quienes no utilizan el purépecha y en algunos casos hasta llegan a agredirlos. Efrén me contó que a un hombre que fue por un año a Tijuana y andaba hablando en Santa Fe algo que “ni inglés era”, le dieron “una calentadita”. Como puede verse en esta foto, incluso la Coca-Cola se ha adaptado a su clientela en Santa Fe pues, en vez de conformarse con el *registro visual* del código publicitario,⁶⁸ se tomaron la molestia de adaptar también el *registro verbal*. Por eso, el hecho de que los mensajes en los altavoces sean en español me parece tan extraño, como si

⁶⁷ La pronunciación concreta de una variedad lingüística (Trudgill y Hernández, 2007: 21).

⁶⁸ De acuerdo con Eco (1978: 297), “los códigos publicitarios funcionan sobre *dos registros*: a) verbal, y b) visual”.

la vieja idea de que el español confiere **prestigio**, algo que ha sido cuestionado desde los años noventa, todavía fuese vigente en las personas que tienen bocinas.



Publicidad en purépecha

Según José, el único espacio del español en el pueblo está en la escuela, pero no siempre, ni todo el tiempo; cada profesor tiene una **actitud** diferente. Gilberto me dijo que a él su maestra le había enseñado más purépecha que español. Los hijos de Lourdes, quienes a su regreso de los Estados Unidos asistieron por un tiempo a la escuela de “las madres”, salieron felices el primer día porque encontraron una **ecología** en la que se hablaba el purépecha. Sin embargo, otros maestros pueden ser más castellanizadores, especialmente aquellos que vienen de comunidades

donde no se habla el purépecha, como es el caso de una maestra de Purenchécuaro que actualmente enseña en Santa Fe.⁶⁹

Algo similar puede decirse de Tziróndaro, donde, como lo noté la primera vez que vine, el purépecha sigue siendo la lengua de comunicación entre toda la gente y el uso del español también es mal visto en el interior de la comunidad. Incluso Pedro, quien en los Estados Unidos asumió la etiqueta de hispano: “yo que era *hispano*, me mandaban a la escuela dos horas”, no cambió su purépecha por el español, a su regreso a Tziróndaro, siguió hablando la lengua indígena.

Ambas comunidades, Tziróndaro y Santa Fe, ven con malos ojos a sus vecinos de Purenchécuaro, quienes perdieron la lengua desde hace ya varias décadas (Chávez, 2006: 97). Según Tomás, los de Purenchécuaro “no hablan purépecha ni español ni nada”. Obviamente hablan algo pero el comentario de Tomás recuerda el concepto de **semilingüismo** de Bratt (citada por Lastra, 1992: 450), cuando la competencia es deficiente en ambas lenguas. Lo mismo que el caso estudiado por Coronado, Ramos y Téllez (citados por Lastra, 1992: 451), en el que los otomíes de una comunidad del Valle del Mezquital “nunca llegan a aprender ninguna de las dos lenguas bien”, ni el otomí ni el español.

De modo que, a pesar de la migración, la **ecología** para el purépecha es muy favorable en Santa Fe y también en Tziróndaro, es decir, si en algún lugar tiene futuro el purépecha es en comunidades como éstas, no en los Estados Unidos, donde, si bien Romario conserva su **lengua materna**, la cual sigue practicando con sus padres, con sus hermanos, con un amigo “mitad Santa Fe y mitad Tziróndaro” (de donde son el papá y la mamá) y de la que incluso se expresó en estos términos: “*Purepecha es my native language (...) I love it 'cause not a lot of people know it and I'm just proud to be one of those people that knows how to talk and speak and understand,*”⁷⁰ difícilmente la transmitirá a sus descendientes. De quedarse allá, sus hijos, si los tiene, muy probablemente acabarán por perderlo, como los nietos de doña Graciela, quienes, según José, ya no recibieron el purépecha de su madre, la hermana de él. José, por su parte, nunca renunció al

⁶⁹ En *La escuela otomí: entre la castellanización y el bilingüismo*, Muñoz, Gómez y Hamel (1983) ofrecen una muestra de cómo se dan las interacciones entre alumnos y maestros, tanto en español como en la lengua indígena, en dos escuelas del Valle del Mezquital, una en la comunidad de El Sauz y otra en San Clemente, ambas en el mismo municipio (Cardonal) y, mientras que en la primera el otomí es usado mínimamente y sólo por los alumnos, en la segunda, maestro y alumnos emplean el otomí todo el tiempo.

⁷⁰ Yo no llegué a escucharlo hablar purépecha pero se supone que los hablantes nativos no cometen errores (Andersson y Trudgill, 1990: 111), así que no hay más remedio que creerle.

purépecha: “siempre siempre *asina*⁷¹ ahí en la casa pero ya afuera o en el trabajo ahí sí ya no, no tanto por pena de que hablábamos *dialecto*, no, nada de eso sino porque vayan a pensar que estamos hablando de ellos”. Incluso lo consideró para sus hijos: “mis hijos tienen que *enseñarse* [a] hablar *pulé* y *ya* el español *ya*”.

4.3.2. El español

Tomás

No obstante, a pesar de conservarse saludable, el purépecha ha cedido terreno a la lengua española pues, como dijo Tomás, “más antes *hubo* gente que completamente no entendía el español”. Este “*hubo*” es de lo más preciso porque, en efecto, ya no hay en Santa Fe quien no entienda el español. En la familia de Tomás, por ejemplo, todos son bilingües, su **bilingüismo** es, en términos de Appel y Muysken (1996: 152), más *aditivo* que *sustractivo*, pues, a pesar de no ser una lengua de prestigio ni de gozar de ningún apoyo, el purépecha no es sustituido por el español. De acuerdo con Llamas, Mullany y Stockwell (2007: 207), también podríamos hablar de un **bilingüismo compuesto** porque el purépecha sigue siendo la primera lengua de las tres generaciones, el español siempre es adquirido después.

Sin embargo, para mi sorpresa, según Amaruc, quien es plenamente **bilingüe** e incluso, por su **acento**, fácilmente podría pasar por moreliano, sus paisanos Tomás y Catalina son más bien **monolingües**. Quizá para él el español de este matrimonio sería una **interlengua**, según Selinker (citado por Trudgill y Hernández, 2007: 185), cierto nivel en el que se encuentra en un momento dado quien está aprendiendo un idioma extranjero, pero, en todo caso, dicho español sería una **interlengua fosilizada** porque Tomás y Catalina hasta ahí se quedaron, ya no son aprendices, desde que los conocí hasta la fecha, su español es el mismo, pero funciona; tal vez Amaruc es demasiado exigente con ellos.

De cualquier forma, el español de Tomás sí es una **interlengua**, caracterizada “por los rasgos resultantes de las estrategias de aprendizaje lingüístico” (Appel y Muysken, 1996: 125), como la **simplificación**. En otras palabras, en su español no está presente toda la complejidad de la lengua, es decir, en construcciones como éstas: “completamente no *entendía* el español” y “Juan Diego *érraba* indio”, Tomás usa indiscriminadamente la terminación *-aba* del imperfecto,

⁷¹ Este *asina* es muy parecido al conocido *ansina* de otras regiones del país pero con una sola *n*.

como en *compraba*, y otras terminaciones como *-la* en *...no entendía el español* o *-ø* en *Juan Diego era indio*, no son empleadas por él, lo cual es un ejemplo de **simplificación** porque reduce las diferentes formas verbales a una sola.

Otros dos rubros que suelen ser complicados no sólo para él sino para muchos purépechas y en general para todo aquel que aprende español, ya sea estadounidense o francés, son las preposiciones y los clíticos (Meneses, 1998; Sarabia, 2012). Cuando Tomás hablaba de que en los Estados Unidos las prostitutas eran jovencitas de 15 y 18 años dijo: “cómo no va antojar un señor” en donde se ilustran ambas cosas, tanto la ausencia de preposiciones como de clíticos, es decir, en un español **estándar**, esta construcción quedaría así: *cómo no se le va a antojar a un señor*, es decir, Tomás no usó, por un lado, los clíticos *se* y *le* y, por otro, la preposición *a*. Otras veces no le faltan pero los que usa no son los correspondientes, como cuando me preguntó por el nombre de su nieto *Fredy* y en vez de usar *en* usó *por*: “¿es *por* inglés?” O cuando hablaba de su hijo Gilberto y en vez de *le* usó *lo*: “cuando estaba recién llegado *lo* pegaron”. O a propósito de la costumbre de ir al baño al aire libre: “toda la gente se iba *en* la orilla”.

Ahora bien, más allá de la complejidad inherente al aprendizaje de cualquier lengua, otro fenómeno que suele darse en el caso de una **interlengua** es que la primera lengua genere **interferencia** en la segunda (Weinreich, 1953; Appel y Muysken, 1996), lo cual podría explicar los ejemplos anteriores. Por ejemplo, el hecho de que Tomás haya dicho “¿es *por* inglés” puede tener que ver con el hecho de que en purépecha el instrumental *jimbo* llena las funciones de varias preposiciones españolas (*a*, *con*, *en*, *por*), es decir, de acuerdo con Villavicencio (2006: 352), es polisémico, y el carácter de instrumento que tiene la lengua en que uno habla se expresa con *jimbo*: “*tesambani p’urhe jimbo miiunhasindi* (el tejamanil lo contamos *en purépecha*)” (Villavicencio, 2006: 354).

En el otro ejemplo, “cuando estaba recién llegado *lo* pegaron”, muy parecido al que ofrece Meneses en su tesis: “si *lo* pegaron feo (si *le* pegaron feo)”, lo que sucede es que, “debido a la naturaleza no distintiva del purépecha con respecto a las formas pronominales que en español marcan caso, encontramos formas en las que se pierden semejantes distinciones. En estos casos, el hablante tiende a utilizar el pronombre *lo* (acusativo) en contextos donde *le* (dativo) debería estar presente, con lo que se forma así un “nuevo” sistema hasta cierto punto más simple”

(Meneses, 1998: 83).⁷² Es decir, diferentes factores, como la **simplificación** y la **interferencia**, pueden actuar al mismo tiempo y producir ejemplos de *causación múltiple* (Malkiel, citado por Granda, 1991: 43). En su estudio sobre las construcciones comparativas del purépecha, Chamoreau (2012: 66) ha observado una interacción entre la evolución interna y el cambio inducido por el contacto.

En el último de los ejemplos anteriores, donde cabría esperar la preposición *a* en lugar de *en*: “toda la gente se iba *en* la orilla”, lo que parece estar pasando es que tanto el sentido de *locación fija* como de *locación meta* convergen en la marca de caso locativo purépecha *-rhu* (Sarabia, 2012: 90), tal como se puede apreciar en este par de ejemplos: “*xuma’ku jarhasandi tarhetacha-rhu* (había neblina *en* las milpas)” y “*juata-rhu niarani* (llegó *al* cerro)” (Villavicencio, 2006: 311-312).

Dos detalles más que se pueden achacar al purépecha a pesar de tratarse de palabras españolas son los usos del enfático *pues* y del adverbio *ya*. En el primer caso, el uso del *pues*, muy común en el español de Michoacán, parece tener su origen en la identificación de esta palabra española con el clítico purépecha *-chka* (Villavicencio, 2010), el cual tiene la misma función: “¿cómo *pues* me dijiste?” (*Na-chka arhiskirini?*). En cuanto al adverbio *ya*, como lo observara Meneses (1998: 118), su uso en purépecha, mucho mayor que en español, también es más productivo en el español de los purépechas, algo así como un préstamo de *ida y vuelta*,⁷³ del español al purépecha como un **préstamo** y del purépecha al español como una **interferencia**: “ahorita también canta *ya*”.⁷⁴

Aunque Tomás usó algunas groserías, su **estilo** es informal y **vernáculo** pero no llega a ser vulgar, no se basa en el uso de palabrotas, las que usó cuando narraba el altercado que tuvo en los Estados Unidos, cuando le dijo a aquel tipo: “estás más *pendejo* que yo”, cuando dijo que este sujeto le respondió: “ora sí me *chingaste*”, lo mismo que al hablar de la trifulca en la que se involucró Gilberto: “aquellos son los que [lo] *chingaron*”, fueron todas las que le oí. Lo más frecuente en su **estilo** son las **reducciones**, como en este ejemplo: “*ya pa* qué, ¿*verdá?*” pero éstas son tan comunes en tantas regiones y en tantos niveles que no hay utilidad en mencionarlas.

⁷² Algo similar sucede en el español de los nahuas del Balsas, donde Flores Farfán (2012: 185) encontró: “el que lo embarazó” por *el que la embarazó* y “la lana se lo dieron a Macrino por *le dieron el dinero a Macrino*.”

⁷³ En el flamenco se llama *cantes de ida y vuelta* a aquellos ritmos que fueron tomados de Hispanoamérica y llevados a España (Ríos, 1997: 222).

⁷⁴ En construcciones comparativas, Chamoreau (2012: 73) ha encontrado que éstas no sólo han sido tomadas del español sino que además, los purépechas suelen atribuirle nuevas funciones a los elementos transferidos.

Catalina

Tiempo después, cuando otra de mis alumnas de la ENAH escuchó hablar a Catalina dijo que su español era un “español purepechizado” pero no es así, más que influencia del purépecha, la cual desde luego existe, lo que más caracteriza el español de Catalina es que, como en el caso de Tomás, no fue completamente adquirido, pues ambos estudiaron solamente algunos años de primaria, se trata más bien de una **interlengua fosilizada** porque Catalina llegó hasta cierto nivel en su adquisición del español y de ahí ya no ha pasado; en los quince años que tengo de conocerla su español sigue siendo el mismo. Probablemente sea el hecho de que Tomás ha tenido más movilidad que ella por salir a tocar y haber ido a los Estados Unidos pero, evidentemente, Catalina se quedó en un nivel más básico que su esposo. De hecho, el español de Catalina habría de ser el más incipiente que encontré, muy parecido al que encontró Sáenz (1966: 124-132) en Carapan en 1932.⁷⁵

Y sin embargo, a pesar de ser su español una **interlengua**, esto no la limita, Catalina es muy platicadora, como lo fueron también Lourdes y doña Graciela, lo cual confirma la **verbosidad** que se ha mencionado como característica de las mujeres (Coates, 2009: 54). Otra cosa que también suele considerarse propia del género femenino es un lenguaje menos vulgar que el de los hombres (Coates, 2009: 37), lo cual se confirma en el caso de Catalina pues la única grosería que le oí decir fue citando lo que Tomás le había dicho a una evangelista que tocó a su puerta: “¿Qué quiere, *pendeja*?” Algo que aparece poco en el español y en el purépecha de Catalina es la **gestualidad**, casi siempre tenía los brazos cruzados adentro del rebozo o, en caso de no tenerlo puesto, sus manos solían estar en los bolsillos de su delantal, lo cual me hacía todavía más difícil comprender su purépecha pues no había *ademanos* que me ayudaran a esclarecer sus mensajes verbales (Davis, 2010: 123).

Su **estilo**, informal como el de Tomás, dejó ver arcaísmos como *asina*: “su mamá le dice *asina*”, el cual también aparecería en el habla de José: “nosotros siempre allá en el Norte hablábamos puré, siempre siempre *asina* ahí en la casa”. Otro rasgo suyo *al cabo*: “*al cabo* nosotros vamos a regresar pronto” también aparecerían en el habla de José, lo cual me sorprendió pues se trata de alguien más joven y que vivió años en los Estados Unidos: “*al cabo* sí valió la

⁷⁵ Sin embargo, los detalles que menciona Sáenz, el arcaísmo *ansina*, la pérdida de consonantes finales (vamo[s] a platicar), de preposiciones (no va a perjudicar [al] pueblo), así como la sustitución de /d/ por /r/ (*riciendo* por diciendo) son característicos del español rural más que del español de los purépechas. Además, la sustitución de /d/ por /r/ yo nunca la he escuchado ni en la Cañada, donde estuvo Sáenz, ni en ningún pueblo purépecha.

pena”. Además, hubo una expresión muy de ella, que no le escuché a nadie más, el verbo *vivir* con el sentido de vivir bien o vivir correctamente: “casó y no quería *vivir*”, “si no quiere *vivir*”, “hay que ver si van a *vivir*”, “Joel ya está *viviendo*”, “usted por qué no quieres *vivir*”. Tal vez la razón de ser de esta manera de usar el verbo *vivir* sea que se trata de un calco del verbo purépecha *sesi irekani* (vivir bien) del cual nos ocuparemos más adelante.

Como era de esperarse en una **interlengua**, en su español aparecieron muchas **simplificaciones**, algunas compartidas con Tomás, como por ejemplo la terminación –aba indiscriminadamente: “ya *queriaba* que ya no salgan [a] ninguna parte” y la ausencia de preposiciones, como en este mismo ejemplo: “...que ya no salgan [a] ninguna parte”, así como de clíticos, como en el verbo *casarse*, el cual siempre apareció en el habla de Catalina sin el reflexivo: “[se] casó y no quería *vivir*”, “por eso no [se] casó”, “ya nunca voy a casar [me]”. Las personas y el género también se le complican al conjugar los verbos, como cuando, a pesar de que fue Lupe la que llegó bien hinchada y no ella, dijo: “Tres veces cuando *llegué* bien *hinchado*”. Lo mismo que el modo subjuntivo: “ojalá que *llegas* bien”. Y también los artículos, como cuando dijo: “*el* cárcel”. Así como los pronombres pues una vez le pregunté por Gilberto y me dijo: “*ella* también está bien”. Incluso los registros formal e informal, los cuales mezcla en este ejemplo: “*usted* por qué no *quieres* *vivir*”.

Por otra parte, la **interferencia** del purépecha apareció en su español mucho más que en el de Tomás. La ausencia de artículos, por ejemplo, en “ai ta [*la*] sal”, “ai ta [*el*] chile”, más que una **simplificación** nos recuerdan la ausencia de esta categoría en purépecha, donde hay determinantes pero no artículos (Villavicencio, 1996: 80; Chamoreau, 2009: 82). El verbo *enseñarse* en lugar de aprender, el cual también es común en el español de Michoacán: “luego luego *se enseña*”, podría tener su origen en la lengua purépecha, donde son comunes los verbos con el reflexivo –*kuarhi* integrado, como *recrearse*: *chanákuarhini* (Velásquez, 1978: 113). Otros purépechas mostrarían un uso más extendido del enfático *pues* y del adverbio *ya*, como Lourdes, pero no faltaron en el español de Catalina, como en este par de ejemplos: “si llegan *pues*”; “nomás quedó *ya* el Chico”.

Lourdes y Romario

En el español de Lourdes hubo más ejemplos de los fenómenos ya mencionados en el de Tomás y Catalina, como estas dos oraciones a propósito del complicado proceso de adquisición del inglés

por el que ha pasado y en las cuales aparece el peculiar uso del adverbio *ya* en el español de los purépechas: “*ya* me quedo yo pensando *ya*”, “por una parte está bien que *ya* no quieran traducirme *ya*”; así como el verbo *enseñarse*: “nomás no *me enseñe* pero me hace mucha falta”; el manejo de las preposiciones: [*a*] los niños él los dejaba chillando”, “ya cuando llego *en* el trabajo ya tengo sueño”; los clíticos: fui a inscribir [*lo*] con las monjas”; y el enfático *pues*: “como *pues* [*a*] los niños él los dejaba chillando”. Otra **interferencia** podría ser ésta: “a los *dos día*” pues en purépecha no es indispensable la concordancia de número (Chamoreau, 2009: 86).⁷⁶

Lourdes también hizo gala de **verbosidad**, así como de un **registro** informal pero no vulgar pues apenas dijo una grosería y, como Catalina, también citando a su esposo: “la *chinga* que me llevo, ya cuando llego en el trabajo ya tengo sueño”.

En cuanto a Romario, no le fue posible hablar en español conmigo porque lo perdió al cambiar de país. Esta **actitud**, no tanto de él sino de la familia, abandonar el español, es consecuencia de otra **actitud**, la de los hispanohablantes. A pesar de ya casi cinco siglos de **contacto** y de varios proyectos de castellanización durante el siglo XX, el español sigue siendo una lengua extranjera para los purépechas. Para ellos la lengua española no es *español*, *castellano* ni *castilla*, como le llaman otros indígenas, sino *turisi*. Esta palabra viene de la raíz *turi*, que significa negrura y es elocuente porque el negro es un color que se asocia con lo extraño, con lo no purépecha (Friedrich, 1984: 60). Es decir, en general, los purépechas no perciben a la lengua española como parte de su cultura, no la sienten suya, no se identifican con ella y quizá por eso no le tienen apego ni mucho menos **lealtad** lingüística; acaso más bien rencor. Y en una **ecología** donde el inglés es la lengua mayoritaria, no resulta tan sorprendente que el español pase al tercer sitio en la mente de éste y otros muchachos como él. Seguramente Mario y Lourdes no pensaron todo esto, tal vez lo hicieron inconscientemente pero, como haya sido, no transmitieron el español a sus hijos.

La familia Ciriaco

En Tziróndaro, Bertha hizo gala de un español bastante **estándar** para su comunidad pues no hubo en su discurso **simplificaciones** ni **interferencias**. En su caso, ella tuvo la ventaja de haber estudiado enfermería, lo que le permitió hacerse de un español más completo y por lo tanto, de

⁷⁶ Como tampoco en náhuatl (Flores Farfán, 2012: 179) ni en otras lenguas mesoamericanas, lo cual explica por qué muchos indígenas dicen cosas como “cinco *peso*”.

cierto prestigio ante la comunidad y ante su esposo; como Liz ante Gilberto, quien dijo de ella: “mi señora sí está bien *estudiada*, habla bien español”.

Tampoco hubo **simplificaciones** ni **interferencias** en el habla de Isaí, quien aprendió de Bertha el español, apenas el hecho de llamarle *el Norte* a los Estados Unidos y *Norte Carolina* a Carolina del Norte pero no haberlo hecho así hubiera sido demasiado, se hubieran salido de la **comunidad de habla** que es Tziróndaro.

Por su parte, Pedro no tuvo la oportunidad de estudiar en Morelia, como su esposa, ni en Quiroga, como su hijo, su mayor exposición al español la tuvo en los Estados Unidos pues, como él mismo dijo, allá la comunicación era en “puro español”. De modo que sus viajes, además de dinero, le dejaron un poco más de español. No obstante, si bien su manejo de la lengua española aumentó por allá, aún tiene algunos detalles que ya se han mencionado en otras personas, como el uso de los clíticos y los artículos: “uno tiene que poner de su lado *pa entenderlos*”; “según de *la tema* que se tratara”.

Doña Graciela y José

A diferencia de todos los demás purépechas de este estudio, doña Graciela es la única persona que no tuvo el purépecha como lengua materna porque nació en otro pueblo donde se hablaba español, por eso en su discurso no hay **simplificaciones** ni **interferencias**, salvo el uso del adverbio *ya* y el enfático *pues*: “sí y *pus ya* yo después *ya* entendí un poco *ya*”, “y ahí *ya* luego luego *ya* en carro nos llevaron a una casa *ya*”; “como de guarecitas *pues*”, “no son nacidas allá, no pueden *pues* seguir estudiando”. Sin embargo, el hecho de que aparezcan en una persona como doña Graciela muestra que tal vez ambas pasaron ya a la norma regional, es decir, que ya son préstamos integrados.

La **verbosidad** que se ha mencionado como una característica del habla femenina no es exclusiva de un sólo género pues, mientras observábamos el juego de Los Gallos, José, el hijo de doña Graciela, se reveló tan parlanchín como su mamá o como Lourdes. Su español también resultó muy completo, no se puede hablar de una **interlengua** en su caso y tal parece que fue en los Estados Unidos donde lo acabó de desarrollar: “cuando va uno allá haces más amistad y hablas más el español, lo practicas más”. Sin embargo, como ya se ha dicho, tuvo sus coincidencias con Catalina, como cuando dijo, a propósito de su tatuaje: “*al cabo* cuando me lo haga...” y también cuando dijo: “siempre siempre *asina* ahí en la casa”. Y como a los demás, no

le faltó el adverbio *ya*: “*ya dentro* de dos años *ya* iba bajando el trabajo *ya*”, “señoras que *toavía* se visten así de *guare* pero *ya* no lo hablan *namás ya* por vestirse, por costumbre *ya*”, “*ya* los viejitos *ya* yo *ya* son contados los que hablan *dialecto*”, “y ahorita *ya* es *manager ya*”.

Guadalupe

El español de Guadalupe, aún más **estándar** que el de Bertha, es un reflejo de su preparación. De repente alguna preposición perdida como en “[a] *la mayoría* no le interesa aprender el inglés” pone en evidencia que el español no es su lengua materna pero no hay en ella **interferencias** ni **simplificaciones**. Y a diferencia de Amaruc, ella no tiene tan marcado el **acento** moreliano, lo que caracteriza su habla es más bien un hablar pausado y lento, como si pensara las cosas dos veces antes de decirlas, lo cual podría deberse a que, efectivamente, pensara primero en purépecha.

César

El español de César resultaría el más **estándar** que oí en Santa Fe, más que el de Bertha y el de Guadalupe, vamos, él ni siquiera tiene el **acento** moreliano. Asimismo, su vocabulario también fue el más vasto que escuché, es evidente que ha leído y mucho; como él mismo dijo, desde niño, desde el Libro Vaquero⁷⁷ que solía estar en el baño de su abuelo hasta los libros de historia que actualmente maneja para su tesis. Como dijo Eco (2012: 63), nadie se atreve a juzgar como positivos productos de la cultura de masas como este tipo de *comics*, también llamados *cultura lumpen* (Eco, 2012: 159), pero nadie puede negar que son un vehículo eficaz para acceder a la lectura. El estilo de César, aunque informal, no llegó a ser vulgar en ningún momento, tan solo una grosería apareció cuando dijo del vecino: “es su *pedo*”. Del inglés no surgió nada, sólo la palabra *boom* pero éste no es un término que se adquiriera por la migración sino más bien por los estudios, y *estéreo* que tampoco es exclusiva de migrantes. Desde luego, no hubo **interferencia** de la lengua indígena, César mantuvo separado el purépecha del español todo el tiempo, cuando dijo *kéakulisini* se trató de una cita, de algo que dijo alguien más y que él acompañó de su respectiva traducción: ‘ir al baño’, aunque literalmente sería ‘ir al patio’ pues, según Velásquez (1978: 145), *kéakurhakua* significa solar. El uso reiterado del *pues* y el *ya* en hablantes tan

⁷⁷ A pesar de su nombre, el Libro Vaquero no es un libro sino una historieta, un *western* ilustrado invariablemente con mujeres semidesnudas y voluptuosas.

competentes como César o doña Graciela, hace pensar en que, más que ante **interferencias**, estamos frente a **préstamos** integrados.

4.3.3. *El inglés*

A pesar de lo generalizado que está el fenómeno migratorio, el inglés no es un **código** válido o útil en Santa Fe. Lourdes me contó que a su hijo Anthony le tuvo que decir que no le hablara en esta lengua a la gente pues aquí nadie sabía inglés. Toño, el portero de Los Gallos, quien tiene el inglés como primera lengua, en Santa Fe no tiene con quien practicarlo ni contextos en los cuales sea adecuado usarlo. Según Amaruc, cuando aquellos que han sido migrantes se emborrachan suelen decir groserías en inglés pero yo no llegué a escuchar algo así.

En el caso de Tomás, su único viaje a los Estados Unidos no fue suficiente para que aprendiera inglés, solamente algunos préstamos aparecieron en su español y virtualmente podrían aparecer en su purépecha, las palabras *trailer* y *lonche*: “llegan a una *trailer*”, “allá vamos a llevar *lonche*”. En el primer caso, el tema determina la presencia del **préstamo**, como sucedió en las entrevistas con el tío Jesús y con Joaquín Márquez; como dirían Appel y Muysken (1996: 177), “la introducción de un tema determinado puede producir alternancia. Además, una palabra concreta de alguna de las lenguas implicadas puede ser más apropiada para un concepto determinado”, como cuando Gilberto dijo que levantaba cajas con “*forli*” (*forklift*). Y en efecto, Tomás estaba hablando de los Estados Unidos, pero en el segundo ejemplo usó la palabra *lonche* en el contexto de ir al cerro del pueblo, no a la pizca, lo cual demuestra que ya no se trata de una palabra exclusiva del tema migratorio sino que ha trascendido a otros ámbitos, es decir, está más integrada.

Parecía poco probable pero un elemento del inglés alcanzó a colarse en el español de Catalina, aunque, como en el caso de Tomás, motivado por el tema del que estaba hablando: “No cobran nada, puro gratis ahí en la *trailer*”. No llegué a registrarlo pero, en un momento dado, este tipo de **préstamos** podrían aparecer también en su purépecha.

A diferencia de Catalina, a quien le pareció descabellado ir a los Estados Unidos, Lourdes sí se animó a irse con sus hijos para allá, lo cual fue todo un desafío, sobre todo en lo que respecta a la adquisición del inglés, algo que después de diez años todavía no ha logrado del todo: “nomás no me enseñó pero me hace mucha falta”. Y es que, a pesar de ser Carolina del Norte una **ecología** angloparlante, en el hogar, el espacio de mayor intimidad, la lengua de comunicación de

esta familia sigue siendo el purépecha, incluso para los niños, quienes sí han aprendido el inglés pero, según ella, “todo el tiempo en la casa hablan purépecha”.

En su caso también fueron unas cuantas palabras pero, al parecer, de manera inconciente, por ejemplo, en vez de decir “el director de la escuela” **calcó** la palabra inglesa *principal*: “el *principal* ya le presentó al chofer del autobús”, lo mismo que *bad word*: “yo escuché una *palabra* que es *mala*”, amén de préstamos más comunes como *trailer*, *ponchar*, *checar* y curiosamente, *sándwich* en lugar de *lonche*: “en una *trailer*”, “nomás llegaban a *ponchar*”, “y ya él *checó*”, “hacía mi *sandwich* para el trabajo”.

En doña Graciela, la influencia del inglés en su español sólo se dejó ver en algunos **préstamos**, los cuales fueron como los de Joaquín o el tío Jesús, motivados por el tema: “ella es *manager* ahí en el McDonald’s”, “cuando yo me vine el *store manager* hasta lloró”. Lo mismo sucede en el caso de su hijo José, por lo menos en su español, no faltaron los **préstamos** motivados por el tema: “y ahorita *ya* es *manager ya*”, “estuve en *prevention*”, “lo de la renta, los *biles* y ya namás”, “al momento de mover el *grill*”, “yo le ponía *bacon*”, “todo bien limpio el *lobby* y todo”.

A Pedro también le quedaron unas cuantas palabras que usa cuando habla de su experiencia por allá pero que no adoptó ni son pertinentes en su español ni en su purépecha: “a ver si no te cambian *coras* (*quarters*)”, “los de Quiroga van a Virginia, al *roofing*”. Sin embargo, como él mismo dijo, “les entendía pero hablar... nunca pude hablar”.

Como el español de César, el inglés de Romario también resultó muy **estándar**, sin embargo, a diferencia de los futbolistas Toño y Nelson, quienes también hablaron inglés conmigo pero podían **cambiar de código**, al español, Romario no pudo hablar español. La transcripción de mi entrevista con este muchacho no fue fácil, para aclarar algunos fragmentos fue necesario recurrir a una norteamericana, la esposa de Agustín.⁷⁸ Jane me dijo que Romario tenía un **acento** muy fuerte de las carolinas pero que, al mismo tiempo, podía notar que no era un hablante nativo del inglés. Yo lo encontré muy **estándar** sólo me llamó la atención el informal *buddy* (camarada), como me dice Kent, mi amigo de Dallas, y su uso de la palabra *like*, la cual es una especie de **muletilla** en su discurso: *yeah like*. Andersson y Trudgill (1990: 18) llaman *filleres* a este tipo de palabras y expresiones, como *y’know*, *sort of* o *kind of*.

⁷⁸ El bajista del grupo La Forja, quien aparece en el *Interludio texano*.

Pero, a pesar de su *like* y su *buddy*, su **registro** en lengua inglesa fue más alto que el **registro vernáculo** del español de su mamá o de Pedro, es decir, además de la diferencia de lenguas, hay una diferencia de **registro**, Romario no sólo habla un inglés **estándar** sino oscilante entre lo informal y lo formal; es evidente que no lo aprendió en los bajos fondos. A fin de cuentas, a pesar de su origen, él ya es estadounidense y sólo estaba en Santa Fe de vacaciones,⁷⁹ con sus primos y demás familiares utilizó su purépecha, mientras que el español se perdió en el proceso.

Por lo anterior, es muy posible que, a pesar de no haber sido la lengua materna de este joven, el inglés pase a ocupar la posición de **lengua dominante** (Appel y Muysken, 1996: 153), justo porque es la lengua de prestigio, de la escuela, del país; en la que su habilidad es más completa porque la entiende, la habla, la lee y la escribe, no así el purépecha, el cual solamente entiende y habla pero no lee ni escribe; como él mismo dijo: “*I don’t know how to write in Purepecha*”.⁸⁰

De los nombres propios

Como hemos visto, el uso de nombres propios en inglés, uno de los efectos más evidentes de la migración, es quizás el único ámbito en donde la lengua inglesa se hace presente en el pueblo. Mucha gente está recurriendo a estos nombres. En la familia Morales, por ejemplo, ni Catalina ni Tomás los tuvieron, tampoco los hermanos de Tomás (Gilberto, Guadalupe, Ángela y Epitacio) ni sus hijos (Efrén, Guadalupe, Rosalba, Miguel, Gilberto, Abelardo y Tomás), sin embargo entre sus nueras ya hay una *Jenny* y entre sus nietos un *Fredy* o sea “Kilo”, el hijo de Miguel. Éste es uno de los nombres más socorridos, desde mi primer viaje en 1996 conocí un *Fredy* en Zirahuén y según me dijo Lourdes, a Romario una tía le preguntó por su hijo *Fredy*. Curiosamente, *Fredy* ni siquiera es un nombre sino un afectivo o más bien un apócope de *Alfred*, lo mismo que *Jenny*, cuya versión completa es Jennifer.⁸¹ Éstos y otros nombres como Kevin o Brian empiezan a ser comunes entre las nuevas generaciones y están dejando en el olvido viejos nombres como

⁷⁹ En su estudio sobre los migrantes de Jalostotitlán, Hirai (2009: 200) también menciona que el pueblo de origen se vuelve para los migrantes el destino de sus vacaciones.

⁸⁰ Esto no es exclusivo de los purépechas, le pasa a los nahuas de la Huasteca (Hernández, 2013) y a la mayoría de los indígenas en México; suelen ser analfabetas en sus propias lenguas.

⁸¹ A la inversa, los apócopies de nombres en español también llegan a la lengua inglesa y así es posible conocer personas como la colaboradora del *New York Times Magazine* Letty Pogrebin, cuyo artículo “To tell the truth” es mencionado en el libro de Leeds-Horwitz (1993: 151) y cuyo nombre no es Leticia sino Letty.

Felicitas, Casimiro, Eduviges o Medardo. Otro nombre muy común a últimas fechas, originalmente italiano pero que llega a los purépechas vía los Estados Unidos es Giovanni, así se llama el hermano de Romario y así se llamaba uno de los jóvenes ponentes del Encuentro Intercultural de Jóvenes Indígenas de Morelia. En el caso de Anthony, el más pequeño de los hijos de Lourdes, ya no se trata de un mexicano sino de un estadounidense.

Sin embargo, y esto hay que decirlo, tampoco son nombres que estén empleando exclusivamente los migrantes o los indígenas, se dan también en las ciudades, sobre todo en las clases medias, las cuales, como dijo Bonfil (1994: 93), se caracterizan por un “profundo desarraigo cultural”, el cual se manifiesta no sólo en los nombres sino en una gran cantidad de aspiraciones, muchas de ellas orientadas precisamente hacia los Estados Unidos.

4.4. Los códigos no verbales

En un principio, el purépecha, el español y el inglés iban a ser los tres únicos **códigos** a los que se prestaría atención en este trabajo, sin embargo, pronto me di cuenta de que, como dijo Davis (2010: 25), “las palabras son hermosas, fascinantes e importantes, pero las hemos sobrestimado en exceso, ya que no representan la totalidad, ni siquiera la mitad del mensaje.” Mientras que autores como Jakobson (citado por Leeds-Hurwitz, 1993: 13) se inclinaban por el lenguaje verbal como el primario: “el lenguaje es el sistema semiótico más importante, el básico, el primario; el lenguaje realmente es el cimiento de la cultura”, otros como Birdwhistell (citado por Davis, 2010: 53) consideran que los gestos son las raíces del lenguaje. Para Davis (2010: 25) las palabras más bien son “lo que emplea el hombre cuando le falla todo lo demás”.

Ahora bien, ¿qué es “todo lo demás”? Según Sebeok (1996: 11) puede ser cualquier marca o movimiento corporal, mientras que para Eco (2000: 22) el objeto propio de la semiótica puede ser “toda clase de cosas”, lo cual, como él mismo ha dicho, da la impresión de un “imperialismo arrogante”. Sin embargo, lo anterior no significa que cualquier cosa *tenga* significado, sino que cualquier cosa *puede* en un momento dado cargarse de sentido o ser investida de significado, como la piedra de Bogatyrev (citado por Leeds-Hurwitz, 1993: 29), la cual es sólo una piedra pero ha sido pintada de blanco y marca una frontera entre dos parcelas. Esto es particularmente cierto en el caso de la comida, el vestido y algunos objetos, los cuales pueden constituir *códigos sociales* y ser por lo tanto formas de comunicación (Leeds-Hurwitz, 1993: xix).

4.4.1. La comida

Barthes (citado por Leeds-Hurwitz 1993: 86) propuso que la comida debía ser entendida como “un sistema de comunicación, un cuerpo de imágenes, un protocolo de usos, situaciones y comportamiento” y, como veremos enseguida, tenía mucha razón.

Alimentación cotidiana

Un plato de frijoles con cebolla, jitomate y chile picado, acompañados con tortillas recién hechas; un caldo de pescado con jugo de lima; un huevo revuelto, no importa lo que fuera, como diría Leeds-Hurwitz (1993: 9), lo importante no es la rosa sino el romance que significa, es decir, los platillos que me ofreció Catalina, además de la comida en sí misma, significaban algo: hospitalidad, generosidad, amistad. Y lo mismo puede decirse del caldo de pollo de Bertha en Tziróndaro, del desayuno de Guadalupe e incluso del pollo asado de Amaruc, aun cuando él no lo cocinó y lo comimos en Morelia, lo importante fue en todos los casos la acción de invitarme a comer, la cual tiene un significado universal de amistad pues, más que una alfombra roja, o una bandera que diga “bienvenido”, lo que todo ser humano necesita es comida (Leeds-Hurwitz, 1993: 83 y 101).

Desde luego, los purépechas tienen su propia cocina, platillos como el *churipo*, las diferentes *atápakuas*,⁸² las *corundas* o los *uchepos* son, como sus nombres lo indican, comidas purépechas típicas, sin embargo, no son exclusivas de la etnia, pueden disfrutarse en mercados y restaurantes de Pátzcuaro, Uruapan, Morelia o bien, en las casas de michoacanos que sepan hacerlos, sean o no purépechas. Algo que no comí esta vez pero pude saborear en Comachuén durante mi primer viaje fueron los higos cristalizados con atole blanco, el cual es de un sabor muy neutro casi insípido y contrarresta perfectamente la extrema dulzura de los higos caramelizados. Hay que decir que no todo resulta delicioso para el paladar extranjero, es más, en aquel primer viaje también hubo un platillo que me costó trabajo comer pues era muy grasoso, se trataba de un caldo de pollo con menudencias que me ofrecieron en Tziróndaro, de cualquier

⁸² Sobre este punto pueden consultarse los libros de Santos Martínez y Rosalina Méndez, *Recetario de las atápakuas purépechas* (2000) y *Recetario de pescado, aves y otros animales de la región lacustre de Pátzcuaro, Michoacán* (2005).

manera, lo acepté como lo que era, un símbolo de buena voluntad, y aproveché para experimentar la sensación de mascar aquel corazoncito.

Tan significativa como la comida misma es para los purépechas la manera de comerla. A diferencia de César, Amaruc reconoció que él no sabía cocinar, mientras que, para Pedro lo más difícil en los Estados Unidos fue prepararse su propia cena, por eso, de vuelta en Tziróndaro, volvió a sus añoradas costumbres “de hombre”, es decir, no cambió su *habitus*, “su forma de comer”, algo en lo que Bourdieu (1997: 20) pone mucho énfasis, el *cómo*. Para Pedro es muy importante que sea su esposa quien le sirva su caldo de pollo, de res o de pescado y sus tortillas calientes, e igualmente simbólico es que él se haga del rogar y acuda hasta la segunda o tercera llamada. Tampoco cambiaron sus platillos, Pedro no llegó a aficionarse a las pizzas o a las hamburguesas; esa montaña de mazorcas en el comedor de su casa fue la prueba de que el maíz sigue siendo la base de su alimentación. Aunque las venden en Santa Fe y en Tziróndaro, son pocas las familias que compran las tortillas ya hechas, lo más común es que la gente acuda a alguno de los molinos del pueblo para que le muelan su maíz y, ya listo, haga sus propias tortillas en casa⁸³. Además, las tortillas suelen ser usadas como cubiertos, cubiertos comestibles.

En cambio José, el hijo de doña Graciela, sí que se acostumbró a las hamburguesas, lo cual implica cierto grado de *adaptación* (Leeds-Hurwitz, 1993: 99), para él, al contrario de lo que le sucedió a Pedro, regresar a Santa Fe no fue en este sentido un alivio sino un tormento: “Ya tengo un año aquí y hasta ahorita no me puedo acostumbrar, extraño todo [de] allá, yo le digo a mi mamá: ‘yo creo que nunca me voy a acostumbrar aquí’”. En su caso, la añoranza por la comida es a la inversa, allá su mamá extrañaba los tamales y aquí él extraña las hamburguesas: “*Orita* cuando estamos hablando así por teléfono con mi hermana y yo le pregunto “¿qué *tas* comiendo?” “Me estoy comiendo una hamburguesa” y es lo que yo le digo: “no *pus* yo quisiera la más baratita (...) yo me conformaría con esa *nomás*”. Ojalá se hubiera acostumbrado a las pizzas y no a las hamburguesas porque ya hay pizzas⁸⁴ en Santa Fe, en cambio, el Burger King o el McDonald’s más cercano están en Morelia, a casi una hora de camino.

⁸³ Cuando la gente vende tortillas recurre a un lenguaje no verbal que consiste en poner un tascal en la puerta de su casa.

⁸⁴ Originalmente italiana, la pizza es un platillo plenamente *asimilado* por la cultura estadounidense (Leeds-Hurwitz, 1993: 168), en donde, con el paso del tiempo, ha sufrido algunos cambios y adquirido otros sentidos, como el de comida rápida y el de comida a domicilio.

Comidas rituales

Es curioso como lo simbólico puede ir más allá de lo lógico o incluso de lo posible. Cuando, durante el bautizo del pequeño Gilberto, sirvieron tres comidas en menos de cinco horas me quedó claro que la comida era un lenguaje. Primero fue el chocolate con pan, al poco rato el mole y más tarde el pozole. Igualmente, cuando me llevaron el guisado no pude menos que sorprenderme pues, a diferencia de los demás invitados, a quienes les habían servido una pieza de pollo con mole y arroz, a mí me ofrecieron todo un pollo cubierto de mole y una montaña de arroz, era evidentemente que ninguna persona podía comerse esa cantidad de comida pero, el hecho de que yo fuera el padrino implicaba un plato más grande, además, después me quedó claro, no tenía que comerlo todo *in situ* más bien era una especie de provisión, un itacate.

Algo similar sucedió con la bebida, con aquella botella de Johnnie Walker etiqueta roja rellena con charanda, solamente a mí me llevaron una botella de licor, el resto de los invitados estaban tomando cerveza. Por un momento pensé decirles que la botella estaba adulterada pues me daba un poco de coraje ver que les habían tomado el pelo pero no lo hice porque lo importante no era el whisky o el licor de caña sino la deferencia que habían tenido conmigo, así que no dije nada.

Otra comida ritual fue el *churipo*, mismo que Bertha preparó en Tziróndaro en ocasión del colado de su techo y gracias al acontecimiento me fue posible saborear este caldo de res con carne, verduras y chiles ancho y guajillo, pues no es un guisado que los purépechas hagan todos los días. Además, lo acompañó con las tradicionales *corundas*, o tamales de ceniza, que es como suele servirse. Yo no lo probé pero, Aura Jiménez, otra de mis alumnas de la ENAH, me reportó que, cuando alguien muere, la gente prepara pescado en chile rojo.

4.4.2. El vestido

Más allá de su función primaria, proteger nuestro cuerpo, el vestido es además una marca de identidad, que incluye asuntos como estatus, género y edad (Leeds-Hurwitz, 1993: 75). Un excelente ejemplo de ello lo constituye el traje típico purépecha (falda drapeada, faja, delantal, *guanengo* y rebozo), el cual Liz usó durante el bautizo de su hijo y solamente entonces pues el resto del tiempo la vi con blusas, jeans y suéteres.⁸⁵ En cambio Gilberto, ese día usó unos

⁸⁵ Sin embargo, quizás porque esa prenda tenía algún significado para ella, Liz usó otro tipo de rebozo, no el tradicional de rayas azules sobre fondo negro.

pantalones de mezclilla amplísimos, una camiseta estampada y una chamarra de cuero, la cual para él era simbólica porque la usó cuando se casó con Liz, es decir, había *intertextualidad* en esa prenda (Leeds-Hurwitz, 1993: 42). En cuanto al calzado, por lo visto sigue vigente en Santa Fe aquel culto por los tenis que advertí en Tziróndaro desde mi primer viaje en 1996 pues mi nuevo compadre usó sus tenis para la ceremonia.

Catalina en cambio, es fiel al traje típico, puede ser que no lo use completo, pues a veces cambia el *guanengo* por otro tipo de blusa, pero una prenda que nunca olvida cuando sale de su casa es el rebozo pues no sólo es multifuncional (sirve, entre otras cosas, como pañuelo, como monedero y para llevar objetos o niños), también *comunica* un mensaje, que Catalina es una mujer purépecha. Para ella, este atuendo no sólo representa su pertenencia a la etnia⁸⁶ sino el orgullo de ser purépecha pues lo llevó incluso cuando fue al Distrito Federal, como Gandhi, cuando en 1931 deliveradamente vistió el *dhoti* y el *chadar* en Londres, lo cual fue toda una expresión de actitud sociopolítica (Leeds-Hurwitz, 1993: 119-121).

En cambio Guadalupe, más joven que Catalina, así como ha combinado estilos arquitectónicos en su casa, también combina elementos típicos y modernos en su vestido pues, si bien utiliza el traje típico en ocasiones especiales, la mayor parte del tiempo sólo usa el rebozo, el cual combina con jeans, blusas y suéteres; en su persona se funden la *creatividad* y la *tradición* (Leeds-Hurwitz, 1993: xxiii).

Por su parte, si bien Tomás llegó a vestir el traje típico en ocasiones especiales, como en los concursos de pirecuas,⁸⁷ ya no lo usa más. De hecho, esta usanza prácticamente se ha perdido en Santa Fe y en todos los pueblos purépechas; ya son muy escasos los señores que utilizan huaraches, gabán y calzón blanco. Es difícil decidir si Tomás es ante todo músico o alfarero pues ambas actividades las desarrolla por igual; cuando lo conocí estaba tocando el contrabajo pero cuando fui a su casa estaba haciendo alfarería, de hecho, aquel grupo que tenía en 1996 con su vecino Agapito se llamaba “Los alfareros” pero algo que siempre cambia cuando desarrolla una u otra actividad es su forma de vestir, cuando sale a tocar usa camisas y pantalones enteros, así como cinturón y botas, al parecer, se ha dejado influenciar por la moda de los músicos de banda o

⁸⁶ Como sucede entre las mujeres cuna de Panamá (Leeds-Hurwitz, 1993: 160), el traje típico es el símbolo más sobresaliente de la cultura purépecha. En ciudades como Morelia, Zamora o Uruapan, el primer rasgo por el que la gente reconoce a las mujeres purépechas es su atuendo.

⁸⁷ En la portada del libro de Néstor Dimas, *Temas y textos del canto purépecha* (1995) son él y Agapito los que aparecen en la foto con este traje.

gruperos, en cambio, cuando hace alfarería calza huaraches y viste pantalones con más desgaste, manchados o rotos, lo mismo que las camisetas, algunas traídas por sus hijos de los Estados Unidos, como aquella que decía: *Keep kids away from drugs* y él usaba sin prestarle atención ni al **código** ni al mensaje; como su sudadera de Michael Jordan, para él, que tuviese la silueta de esta estrella del baloncesto al frente no era significativo.

Y así como el vestido marca una clara diferencia de género en Santa Fe, en Tziróndaro y en todos los pueblos purépechas, también lo hace en materia de edades pues las personas de la generación de Tomás y Catalina, y no se diga las que son todavía mayores, de ninguna manera usarían la ropa ni los peinados que usan los más jóvenes, menos tatuajes ni aretes en las orejas o en las cejas como lo hacen algunos muchachos.

4.4.3. Los objetos

Para los migrantes, el viejo cliché del sueño americano solía consistir en regresar a México con una camioneta llena de cosas, sin embargo, esto cada vez es más un mito que una realidad porque, al final de su viaje, cuando regresen a México, los migrantes son blanco de diferentes abusos por parte de delincuentes y autoridades, como dijo Miguel: “Yo no llevo nada (...) *pa* qué, me van a *chingar*”. Es por esto que son pocos los objetos que han entrado a la vida cotidiana de Santa Fe pero sin duda los más simbólicos son los vehículos, sobre todo las camionetas. Es más, aun cuando administrativamente sea un problema llevar placas de los Estados Unidos, la gente lo prefiere a comprar el vehículo en México, justamente por eso, por el hecho de exhibir que el coche o la camioneta fue adquirida allá. Efrén prefirió comprar su Ford Explorar aquí, en Michoacán, pero Toño, el portero de Los Gallos, a su regreso de los Estados Unidos, le compró un auto americano a un vecino.

Objetos icónicos

En otros pueblos como Puácuaro, ya habían entrado otras iglesias de corte protestante en 1996 pero en Santa Fe no lo han conseguido. Según Tomás, la comunidad siempre los ha echado, incluso con violencia. Sin embargo, el catolicismo de los purépechas es muy particular, Van Zandwijk (1974: 191) dijo que, al menos en Ihuatzio, “se adora a los santos como si fueran dioses”. Tal vez lo que sucede es que más bien se trata de un catolicismo de viejo cuño, de ahí su carácter *sacramental*, ese afán por buscar lo divino en las cosas (Sebeok, 1996: 108), algo muy

vigente en Santa Fe, donde la gente está más preocupada por la aparición de imágenes en la naturaleza que por la misa misma.

Tanto Efrén como Catalina mencionaron entusiasmados el llamado Cristo de la Roca y la Virgen del Nopal, incluso Catalina me llevó a las afueras del pueblo para ver la cactácea donde dicen que apareció una Virgen de Guadalupe.⁸⁸ Después de sortear excrementos a diestra y siniestra llegamos ante el cactus. Yo, sólo vi en éste una serie de marcas hechas probablemente con un cuchillo, como diría Sebeok (1996: 108), un *fetish*, algo reverenciado sin mayores reflexiones. En cuanto al Cristo de la Roca, no fui a verlo con ellos pero, posteriormente, cuando Amaruc me alojó en la casa de su papá, vi que adentro de la propiedad había una capilla y es que la aparición tuvo lugar en el terreno del profesor Reynaldo Lucas, de modo que no le quedó más remedio que ceder un pedazo de tierra para la capilla que los devotos se empeñaron en construir. En ambos casos se trata de *signos icónicos*, es decir, como diría Peirce (citado por Sebeok, 1996: 44), “signos que originariamente tienen cierta semejanza con el objeto al que se refieren”. En los dos casos la semejanza es mínima, sólo porque se trata de *estilizaciones* altamente codificadas y por lo tanto reconocibles (Eco, 2000: 337) es que se puede identificar a un Cristo crucificado y a una Virgen de Guadalupe en dicha roca y en dicho nopal. No obstante, aun cuando no tienen las propiedades del objeto, sí estimulan una *estructura perceptiva* (Eco, 2000: 290) pues al Cristo ya le hicieron una capilla y, como se puede ver en la foto, el nopal ya tiene una suerte de cobertizo, fotografías y esferas. Sin embargo, *el mito*, como diría Barthes (1981: 254), no ha alcanzado a toda la colectividad pues hay quienes, como el profesor Lucas, sólo ven en estos objetos una roca y un nopal.

Tiempo después, en una entrevista en la Ciudad de México, Pedro Márquez me dijo que, desde su punto de vista, la iglesia ya no satisface a la gente, no sólo en Santa Fe sino en general en los pueblos purépechas,⁸⁹ los cuales estaban acostumbrados a la predicación y ésta se ha ido perdiendo; hoy en día los sacerdotes ya no forman parte de la comunidad como lo hacían antes y por lo tanto la gente ya no se identifica con ellos. Entonces comprendí por qué nadie habían ido al

⁸⁸ Sobre este tema véase *El guadalupanismo mexicano* de Francisco de la Maza (1953), *El mito Guadalupano* de Eduardo del Río (1987), el artículo de E. Wolf (1972), “The Virgin of Guadalupe: A Mexican national symbol” y *La virgen de Guadalupe: imagen y tradición* de David Brading (2002), entre muchos otros.

⁸⁹ Y no sólo a los purépechas, a la gente en general y alrededor del mundo. El catolicismo ha ido perdiendo vigencia ante la vertiginosa secuencia de cambios en la sociedad, la ciencia, la economía, la salud pública y un largo etcétera de asuntos que, sumados a la cuestionable conducta de muchos clérigos, han hecho que la iglesia ya no satisfaga al ser humano.

bautizo del niño de Gilberto y por qué la gente prefiere rezar ante una piedra o un nopal que en el interior del templo.



La Virgen del Nopal

4.4.4. *El bien vivir*

Ninguna cultura está hecha de un solo **código**, por complejo que éste sea, todas comparten por lo menos el lenguaje, la comida, el vestido y los objetos, pero esto es sólo el principio (Leeds-Hurwitz, 1993: 155), puede haber otros más. Un **código** propio de los purépechas es el *bien vivir*, *sesi irekani* o *kaxumbikua*. Según Márquez (2004: 195), “vivir bien es, ante todo, un sentimiento, una construcción mental”. Se trata de un **código** no escrito, algo que físicamente no existe como tal pero que está presente en la conciencia de muchas personas, que se viene transmitiendo de generación en generación desde hace siglos y parece ser prehispánico pues en el siglo XVI Gilberti (1559) ya lo mencionaba en su Vocabulario: “*Caxumbequa*. Cortesia o buena criança” (Gilberti, 1975: 25). Según Velásquez (1978: 144-145), la palabra *kaxumbikua* significa

honestidad, honradez, moderación, castidad, humildad, obediencia y recato. A simple vista es polisémica pero hay una clara relación entre sus diferentes acepciones; son como las partes de un todo. Márquez (comunicación personal) dice que el concepto viene de Sudamérica,⁹⁰ pero allá se entiende como *desarrollo*. Para los purépecha se trata de un valor propio de su cultura, “se traduce como honorabilidad pero abarca respeto, comedimiento, buena educación, crianza, buena conducta, moral, hablar bien; es la relación que el hombre manifiesta en torno a sus semejantes, la conducta moral o ética pero también con los dioses; es la madre de los valores humanos. Cuando estaba a punto de fundarse la Universidad Intercultural la gente reclamaba la enseñanza de la *kaxumbikua*” (Márquez, comunicación personal).

Sin embargo, no todos los purépechas observan la *kaxumbikua*; a eso se refería Amaruc cuando me dijo que la familia de Tomás era una familia *bien*, no a un estatus socioeconómico, como en el libro de Guadalupe Loaeza (1985) en el que las *niñas bien* eran aquellas que pertenecían a la clase alta, sino a una familia que vive bien, sin importar el nivel social o económico sino la ética. En términos de Tomás, esto significaría simplemente “no hacer chingaderas”. Pero más allá de esta simple convicción presente en la familia de Tomás, hay personas para las que vivir bien se vuelve *conditio sine qua non*, particularmente para aquellas que aspiran a ocupar cargos públicos en la comunidad; en otras palabras, nadie está obligado a observar la *kaxumbikua*, de hecho no toda la gente la observa, pero vivir bien es indispensable para quienes buscan ocupar un puesto de representación o de autoridad; la gente difícilmente aceptaría ser representada por alguien cuya conducta haya dado de qué hablar.

La familia Morales

En el año 2002, Tomás ya había ido a los Estados Unidos pero seguía con la alfarería y la música, las dos actividades que ha hecho siempre, pues no le gustó la experiencia en los Estados Unidos y no volvió a ir. No por el trabajo en sí sino porque, al parecer, él sí observa el bien vivir; para él, la prostitución de aquellas jovencitas que iban a tocar a su tráiler resultó muy perturbadora; ponían a prueba su *kaxumbikua*, el sentido de castidad que la palabra tiene o, en su caso, más exactamente, el sentido de fidelidad.

⁹⁰ Esto abonaría a la hipótesis de Swadesh (1969) respecto a un nexo prehistórico entre purépecha y quechua.

Tomás es un hombre moderado pero no aburrido, al contrario, practica el buen humor, como cuando, después de que Gilberto me pidió que fuera su compadre me dijo: “¿Eso lo escribiste (...), que vas a ser compadre de Beto?” Él dice que fue muy borracho cuando era joven pero, desde que lo conozco, nunca lo he visto ebrio, tampoco lo he visto involucrarse en riñas ni en chismes, al contrario, él mismo dijo ser bueno con todos. Una vez le pregunté a Miguel si Tomás les llegó a pegar y me dijo que sí: “Cuando no le hacíamos caso sí nos pegaba, agarraba un lazo”. Pero esto no significa que no quiera a sus hijos o que haya abusado de ellos sino que sus métodos para disciplinarlos fueron un tanto rudos (Kurst-Swanger y Petcosky, 2003: 66).

Su relación con Catalina empezó con el tradicional noviazgo: “...cuando yo platicaba con Cata, *érraba ese tiempo* bien respetuoso. Yo la pedí con mis papás”. Actualmente, su matrimonio es un *matrimonio de compañerismo* (Burgess, Locke y Thomes, 1963) y hasta donde yo sé, libre de *violencia doméstica* (Kurst-Swanger y Petcosky, 2003: 7),⁹¹ aunque la pudo haber habido en algún momento, sobre todo en aquella época en que Tomás dice haber tomado mucho: “cuando *érraba* de edad como Beto o Miguel yo tomé bastante”.

Parte de este bien vivir es no pretender ser lo que no se es y antes que músico o alfarero Tomás se asume purépecha, tan es así que la única vez que dijo haberse peleado fue en los Estados Unidos, cuando alguien trató de humillarlo por su condición de indígena o más exactamente, por haber usado el purépecha frente a personas que no lo hablaban, lo cual demuestra que no se avergonzaba de su origen pero, al mismo tiempo, que no era muy consciente de que el uso de la lengua representa otro **código**, además de la lengua misma (Eco, 2000: 98).

Como su esposo, Catalina también observa el bien vivir y, por ejemplo, a diferencia de las señoras de Tziróndaro, ella no bebe alcohol.⁹² Catalina es una mujer buena con su esposo, con sus hijos, con sus nietos y hasta conmigo, siempre que llego a su casa me pregunta si ya comí y antes de que le responda ya puso manos a la obra para prepararme algo, incluso cuando he ido acompañado; su hospitalidad y generosidad no tienen límites. Otro aspecto del bien vivir tiene

⁹¹ Contrariamente a lo que se podría pensar, pues a menudo la pobreza se relaciona con la violencia (Mignon, 2002: 118), yo no he visto tanta violencia doméstica entre los purépechas sino todo lo contrario, Agustín Téllez y su esposa, un dueto de Tiróndaro que conocí hace quince años, más que amor, lo que se profesaban era devoción; Agustín me dijo una vez que, aunque tuviera mucha sed, siempre se esperaba hasta llegar a su casa para tomarse un refresco con su esposa.

⁹² Esto no significa que las señoras de Tziróndaro no vivan bien sino que tal vez para ellas esto no es tan importante como lo es para Catalina; cada familia y cada persona es un caso distinto y así conviene verlo, desde un punto de vista *fenomenológico* (Waldenfels, 1992). Además, el consumo de alcohol de por sí tiene distintas interpretaciones, al respecto véase Brennan y Herd (ambos citados por Leeds-Hurwitz, 1993: 95 y 103).

que ver con la conservación de la lengua, es decir, tanto ella como Tomás recibieron de sus padres el purépecha por lo que, no transmitirlo a sus hijos hubiera sido una deslealtad y ella no hizo eso, ella sí lo transmitió a sus hijos.

Entre otros aspectos del bien vivir, Márquez (2004: 185) menciona que la unión libre y el divorcio no son bien vistos,⁹³ por eso y porque *encubrir* (Márquez, 2004: 189) también forma parte de la *kaxumbikua*, Catalina me decía que sus hijos ya se habían casado: “nomás quedó ya el chico, ya casó Abelardo, todos ya”, lo cual no era cierto; estaban viviendo en unión libre. Esto también explica porque Catalina se tardó tanto en aceptar que el matrimonio de Lupe no era bueno para ella, aun cuando, como ella misma dijo: “*mucho le pegaba su esposo*”; tal parece que el *qué dirán* le preocupaba tanto como la situación. De hecho, cuando me habló de estos asuntos usó la expresión *vivir bien*: “Abelardo sí está *viviendo bien* y trabaja bien bonito”.

Los roles tradicionales de género en los que la mujer se encarga del cuidado de los hijos, de cocinar y lavar la ropa también forman parte del bien vivir y son vigentes en el caso de Tomás y Catalina; nunca vi a Tomás freír un huevo, ni siquiera voltear una tortilla en el comal, tampoco lavar un traste o una prenda de vestir, estas actividades siempre eran desempeñadas por su esposa. Además, como lo señaló Parsons (citado por Jamieson, 1998: 31), el papel de una madre y esposa es crucial en el manejo psicológico y emocional de la familia para que exista armonía en ésta, y Catalina representa este rol plenamente.

Además de estos papeles, dado que la alfarería es una actividad que se hace en la casa, ella también participa de ésta pero, ir a los Estados Unidos, como lo hizo doña Graciela, para Catalina es impensable; cuando le pregunté si iría me respondió: “¡Ay no, para qué voy a ir allá!” Siempre que ha salido de Santa Fe ha sido con Tomás, nunca sola, ni siquiera con uno de sus hijos.

Otro aspecto del bien vivir tiene que ver con el cumplimiento de las obligaciones religiosas, sin embargo éstas son vividas por los purépechas de un modo muy particular. El bautizo del pequeño Gilberto dejó ver que los purépechas prestan más atención a los comportamientos rituales y de etiqueta en sus casas que en el templo pues ningún miembro de la familia Morales asistió al bautizo del bebé de Gilberto, sólo él, Liz y por supuesto el chiquito. Pero una vez en la casa de arriba, estos comportamientos rituales fueron, como diría Eco (2000:

⁹³ En una comunicación personal, Pedro me dijo que tampoco la homosexualidad es bien vista, a tal grado que los homosexuales suelen ser blanco de agresiones e incluso atentados. Marcelino Vicente, el primer artesano que hizo los ahora famosos diablos de Ocumicho, fue asesinado en su propio pueblo por su condición de homosexual (Arriaga, 1991: 49).

218), “mucho más *gramaticalizados*”, es decir, más rígidos; los padrinos, por ejemplo, no podíamos sentarnos en cualquier silla, teníamos que mantenernos en el lugar que nos habían asignado y literalmente presidir la fiesta. El baile, por otra parte, no podía empezar si nosotros no sacábamos a bailar a los invitados, lo mismo que la ingesta de alcohol.

Algo similar sucede con las fiestas patronales, son muy al estilo de los purépechas. Para Bonfil (1994: 67), los aspectos civil, religioso y moral del sistema de cargos están indisolublemente ligados entre los indígenas pero, como dijo Luis Sereno, “la hegemonía religiosa se acaba y los cargueros vuelven a ser los directores de la fiesta”, es decir, más que festividades religiosas son festividades sociales. Según Van Zantwijk (1974: 164), la gente no hace distinciones esenciales entre las funciones religiosas y las sociales pero quienes regresan de los Estados Unidos para cumplir con un cargo, como doña Graciela, no lo hacen por cumplir con la iglesia sino con la sociedad.

César dijo que la gente adquiere derechos pero también recibe obligaciones, con lo que va adoptando una línea de vida, es decir, ya no puede hacer ciertas cosas porque es mal visto; en otras palabras, lo religioso parece quedar en un tercer plano ante lo civil y lo ético. Si la gente participa, dijo César, es porque con ello se siente parte de un todo. Así pues, este sentido de pertenencia es otra forma de **anclaje** que contribuye a que la gente no abandone definitivamente sus comunidades.

Bertha y Pedro

En Tziróndaro, Bertha y Pedro han observado el bien vivir en aras de ocupar cargos, los cuales, si bien los revisten de prestigio frente a la comunidad, implican gastos enormes. Esta idea ha sido de Bertha, no de Pedro, pues en esta familia se verifica lo que dice Márquez (2004: 189): “en el pueblo purépecha parecería que es el hombre quien da las órdenes en la casa, aunque yo observé que son las mujeres las que verdaderamente mandan.” Incluso los viajes de Pedro a los Estados Unidos, vinculados directamente con el dinero necesario para asumir los cargos, fueron idea de su esposa; él mismo lo dijo cuando le pregunté cómo había decidido ir: “a uno lo corren”. Se refería a que su esposa siempre lo presionó para que fuera, como al señor de Pátzcuaro del que me platicó Susana.

A diferencia de la familia de su hermano en la que, a pesar de haber perdido un integrante en el Río Bravo, siguieron migrando y finalmente se fueron todos, Bertha y su familia no

aspiraron a irse de Tziróndaro, es más, a Isaí no le interesó ni siquiera conocer los Estados Unidos ahora que por su edad parecía el momento oportuno, tampoco casarse como la mayor parte de su generación, en la que muchos ya lo hicieron o más aún, se casaron, se fueron y dejaron a la esposa, o bien se la llevaron, como su prima Mónica, quien se fue con el novio *super enamorada* (Erickson, 2006: 130) es decir, sin pensarlo dos veces, Isaí prefirió hacer una carrera universitaria, algo que empieza a ser bien visto y podría pasar a formar parte del bien vivir, mientras que sus padres optaron por acumular prestigio en la comunidad por medio del sistema de cargos, un subcódigo dentro del **código** que representa la *kaxumbikua*.

Lourdes y Romario

Aunque a simple vista, dejar Santa Fe podría interpretarse como una deslealtad o una falta de *kaxumbikua*, es justamente ésta lo que permitió a la familia de Lourdes mantenerse unida y tener la entereza necesaria para adaptarse a otro lugar y otra cultura. El suyo ha sido un proceso de adaptación muy largo y muy duro; lo que empezó con un aventurero solitario, Mario Dimas, ahora es una familia de cinco residentes. Por si fuera poco, cuando ya tenían cierto avance en los Estados Unidos, la muerte del papá de Lourdes los hizo regresar y volver a separarse. Sin embargo, han logrado superar los más grandes problemas, el paso de la clandestinidad a la legalidad y la adquisición de la lengua del país de destino, salvo en el caso de Lourdes, quien reconoce no poder hablarlo aún.

Las implicaciones del bien vivir pueden verse modificadas en los Estados Unidos, como sucedió en el caso de Lourdes, quien rompió con la rigidez del rol de ama de casa una vez en Carolina del Norte. En un principio, su esposo quería que se quedara en el hogar: “tú dedícate a la cocina o a los niños” pero después de un mes, Lourdes empezó a desesperarse y le dijo que quería trabajar: “...me voy a enfermar aquí encerrada, búscame un trabajo”. Contra su voluntad, Mario la llevó a una fábrica donde trabajaba mucha gente de Tziróndaro. “Y ya me hicieron un paro”, dijo. Sin embargo, esto resultó favorable para otro aspecto del bien vivir, la conservación de la lengua indígena pues, además de con su esposo y sus hijos, pudo seguir hablando el purépecha con la gente de Tziróndaro.

No obstante hablar inglés, vivir en los Estados Unidos y tener la nacionalidad americana, Romario dijo sentirse orgulloso de ser purépecha. Sin embargo, comparando su discurso con el de su mamá, es evidente que Romario está más integrado al estilo de vida estadounidense, la

diferencia entre una generación y la otra es enorme; aunque madre e hijo son purépechas residentes en los Estados Unidos, mi conversación con ellos me dio dos impresiones totalmente diferentes; con Lourdes tuve la sensación de haber hablado, efectivamente, con una mujer purépecha pero con Romario, me pareció haber conversado con un muchacho estadounidense, a pesar de que dijo estar orgulloso de ser purépecha; más que *kaxumbikua*, lo que él tiene son los valores de la cultura estadounidense.

Además de la lengua, Lourdes se preocupa por celebrar con pequeñas fiestas al estilo purépecha fechas como el 12 de diciembre, el día de la Virgen de Guadalupe, una festividad que es en general un símbolo de mexicanidad pero que también los purépechas festejan. Entonces hace tamales y se pone su traje típico; en otras palabras, a pesar de ser residente, Lourdes no ha perdido su identidad, se ha modernizado pero sigue siendo tan purépecha como lo era en Santa Fe; de nuevo, cada persona tiene su propio concepto del bien vivir.

¿Quién sabe si después de un tiempo, al estilo americano, Mario y su esposa decidan retirarse y regresar a vivir a Santa Fe? Pero, en este momento, los percibo más enraizados en Carolina del Norte que en Michoacán, sobre todo a Romario, no se diga los más jóvenes, Giovanni y Anthony, para quienes toda su vida ha transcurrido allá; a fin de cuentas, a Santa Fe sólo vinieron de vacaciones, a diferencia de otras familias con el **anclaje** en Michoacán, ellos más bien parecen haber echado el ancla en Carolina del Norte.

Doña Graciela

Viuda e ilegal pero con trabajo y tres de sus cuatro hijos con ella en los Estados Unidos, parecía que doña Graciela no volvería nunca a Michoacán. Según su sobrino Amaruc, ella fue “la primera” mujer de Santa Fe que migró a los Estados Unidos pero, aunque no haya sido *la primera*, sí fue una de las primeras mujeres que rompieron con el rol tradicional de esposa que se queda, algo que “no era bien visto por la sociedad indígena” (Lemus, 2009: 7). Sin embargo, como le dijo a los policías que la echaron fuera en su primer intento, fue para allá justamente por su viudez, no por revolucionaria: “es que mire, yo ya soy sola, yo tengo hijos que mantener”. En el segundo intento finalmente logró pasar, detrás de un *coyote* pero pasó. Tenía entonces unos cuarenta años, ahora tiene aproximadamente cincuenta y cinco, y aunque aprendió inglés, según ella “poquito, no mucho”, y pasó alrededor de 15 años por allá, no perdió el purépecha ni su identidad: “a mí no se me olvidó mi idioma de aquí”. Tampoco la comida pues a pesar de haberse

acostumbrado a comer en el McDonald's: "ahí uno agarraba *pa* comer lo que uno quisiera", allá buscaba la forma de hacer tamales, e incluso fiestas: "un 12 de diciembre nosotros mandamos pedir ropa de aquí y fuimos a la iglesia a bailarle a la Virgen, como de *guarecitas* pues, como el costumbre de aquí". Pero su lealtad, acaso su *kaxumbikua*, la hizo volver. El pretexto perfecto para levantar el **ancla** y regresar a México fue una fiesta en Santa Fe. O tal vez lo que la hizo renunciar a una vida ya hecha en los Estados Unidos fue su casa o quizá el único hijo que se quedó en Michoacán: "él nunca quiso ir, si él se hubiera ido no *íbamos a regresar*"; o la combinación de ambas cosas.

En cambio, José ya se había adaptado al estilo de vida americano, ya había aprendido inglés, no tenía planes de regresar y tampoco parecía muy preocupado por el bien vivir, al contrario solía gastar mucho en alcohol y justamente, habría de ser el alcohol lo que lo llevaría a cambiar su vida. Primero me dijo muy orgulloso: "yo *nunca* he tomado allá" pero, a medida que avanzaba el partido de Amaruc, reconoció que sí había tomado y me contó la historia de su actividad alcohólica. Más que la *kaxumbikua*, a él lo que lo metió en cintura fueron las leyes estadounidenses.

Guadalupe

Además de la migración, en el mismo periodo, entre los años ochenta y los noventa, surgió y se consolidó otra opción para los habitantes de Santa Fe, la vida académica, la cual ha retenido a un pequeño segmento de la comunidad y de otros pueblos purépechas, así como de otras etnias del Estado y del País. Desde mi primer viaje, me di cuenta de que existía una gran cantidad de profesionistas e intelectuales purépechas, también Zárate (2001: 43) lo mencionaba. Uno de estos intelectuales es Guadalupe. Autora de una gramática del purépecha (Hernández y Nava, 2000), Guadalupe pertenece a una de las familias más notables de Santa Fe desde hace ya varias generaciones (Zárate, 2001: 139) por lo que no sería exagerado decir que se encuentra en la parte más alta de la pirámide social de la comunidad pues, como ya lo he mencionado antes (Chávez 2004: 113), la sociedad purépecha no es tan uniforme como se podría pensar por tratarse de un grupo indígena, esa homogeneidad de la que hablaba Mead (1928) a propósito de los samoanos ya no existe entre los purépechas y seguramente tampoco existe hoy en día en Samoa. No todos los purépechas tienen el mismo nivel de vida ni la misma escolaridad ni el mismo grado de **bilingüismo** ni las mismas ideas, ni las mismas oportunidades ni el mismo *habitus*. Guadalupe,

por ejemplo, ha viajado al extranjero pero no a los Estados Unidos sino a Europa y no como trabajador sino como conferencista, como una mujer purépecha que expone las estrategias que ha seguido para resolver algunos problemas de su comunidad al tiempo que toma nota de las que han implementado activistas de otras latitudes.

Sin embargo, Guadalupe siempre ha sido una mujer sencilla y generosa a la que nunca le ha importado su propio beneficio sino el de la comunidad, por eso echó a andar la organización Uárhi (Chávez, 2006: 112) y por eso es conocida y reconocida no solamente en Santa Fe sino también en otros pueblos purépechas, para ella la *kaxumbikua* no ha consistido en casarse y ser una buena esposa sino en hacer otro tipo de cosas, como la gramática del purépecha y una gran cantidad de proyectos en beneficio de Santa Fe e incluso de otras comunidades purépechas; tal vez una versión moderna del bien vivir.

Como su primo, el mencionado Néstor, ambos son ejemplos de que se puede tener un buen nivel de vida sin necesidad de ir a los Estados Unidos y, aun cuando entre las nuevas generaciones la mayoría piensa en migrar, también hay quienes ven en ellos un ejemplo y han seguido sus pasos, como Amaruc y César.

César

Como en el caso de Guadalupe, César también tiene una **identidad** (Bell, 2007: 99) muy purépecha. A pesar de que a lo largo de su vida académica dice haberse encontrado con compañeros e incluso maestros que consideran la etnicidad como un obstáculo, él siempre ha sido orgullosamente purépecha, comprometido con la lengua y con la comunidad pues las clases que imparte en la preparatoria de Santa Fe no representan para él un ingreso sino un servicio social; es más, con el Hostal Puhépecha se ha comprometido incluso en el rescate de la arquitectura tradicional.

En cuanto a los roles tradicionales de género, cuando César vivió en Morelia, durante sus años de universitario, no le quedó más remedio que aprender a cocinar, y según él, lo hacía tan bien que sus compañeras, unas chicas de Tierra Caliente, le pedían que cocinara para ellas. Así que no sólo la migración produce este cambio en los hombres, esta flexibilización de los roles, antes mucho más rígidos, puede expandirse a consecuencia de la vida universitaria. Pero dependerá de cada individuo pues mi nuevo amigo Amaruc, quien también vivió en Morelia y en

Zamora mientras estudió la licenciatura y la maestría, me confesó que él nunca ha cocinado, ni siquiera lavado los trastes.

Si bien, César es más joven que Guadalupe y Amaruc, a sus veintitantos ya podría haberse casado pero no lo ha hecho, se mantiene soltero y con ello confirma lo dicho por Beck y Beck-Gernsheim (2002: 94) para quienes la individualización es concebida como algo positivo, que produce individuos mejor educados y más acomodados, aun cuando “contradice por completo la concepción tradicional de la ética, en la que los deberes son necesariamente de carácter social”; en la individualización los deberes son con uno mismo.⁹⁴ Según Smart (2007: 18) hay individuos que incluso rompen con los nexos familiares, entre los migrantes hay muchos casos de gente que, como dijo Gilberto, “ya ni hablan por teléfono”, pero ése no es el caso de César, él está comprometido con él mismo pero también con su familia e incluso con la comunidad. En otras palabras, algunos aspectos de la *kaxumbikua*, como el hecho de que permanecer soltero no sea bien visto (Márquez, comunicación personal), podrían empezar a cambiar pues, más que algo fijo, el **código** es algo dinámico.

Toño y Nelson

Para estos dos jóvenes purépechas la *casa dividida* (López Castro, 1986) no se produjo por la migración sino por la deportación pues ambos dejaron mujer e hijo en los Estados Unidos. No obstante, después de sus comportamientos inconvenientes, de conducir ebrios, golpear a otras personas, tener hijos desordenadamente y finalmente ser deportados, Toño y Nelson no sólo volvieron a Santa Fe sino también al bien vivir. Por increíble que parezca, después de haber estado incluso en la cárcel o tal vez quizá por eso, decidieron calmarse y dedicar su tiempo a la alfarería y adaptarse al estilo de vida purépecha sin mayores conflictos. Si bien Nelson no se dedicó a pintar, como Toño, sí regresó a la artesanía, en la parte de la compra-venta. Ahora, ambos parecen estar pasando por un periodo de reflexiones.

⁹⁴ Sin embargo, los deberes con la comunidad y con uno mismo no son necesariamente excluyentes, cuando Amaruc echó a andar un Café Internet en Santa Fe no sólo obtuvo un beneficio económico, también benefició a la comunidad pues puso al alcance de la gente un servicio que antes no había.

4.5. Conclusión

La más común y visible de las inversiones que hace la gente que ha migrado a los Estados Unidos tiene que ver con la casa, la cual suele ser para muchos la razón para regresar después de un tiempo. Como vimos en el caso de la familia Morales, de doña Graciela y de Pedro, en Tziróndaro, la gente está abandonando la arquitectura y los materiales tradicionales como los adobes, las vigas y las tejas a favor del cemento y los ladrillos, lo cual, como dijo Eco (1978: 358), constituye un nuevo código arquitectónico. No obstante, aun cuando las construcciones llegan a ser hasta de dos plantas, la gente no construye baños porque siguen siendo vigentes costumbres muy arraigadas como, en este caso, bañarse en el patio e ir a defecar a las afueras del pueblo. Sin embargo, no toda la gente procede de esta manera, también hay quienes no han rechazado ni la arquitectura ni los materiales tradicionales y, además, sí consideran los baños, como César y Guadalupe. Todo esto, además de las casas mismas, ha dado forma a un nuevo **código**, a un lenguaje no verbal que la gente usa para gritar a los cuatro vientos que ha cambiado su estatus.

Si bien el catolicismo es algo muy persistente en Santa Fe, a pesar de la migración y la educación, lo cual tiene sus bondades porque la comunidad no se ha dividido por la religión, como sucede por ejemplo en Chiapas, donde comunidades como Chenalhó están en constante pugna porque unos son evangélicos y otros católicos (Michel Chanteau, comunicación personal), se trata de un catolicismo muy peculiar; el hecho de que la gente vea apariciones divinas en las piedras y en las plantas y rápidamente inicie cultos al Cristo de la Roca o a la Virgen del Nopal, junto con la celebración de menos bodas religiosas, es una prueba del desencanto de los purépechas con la iglesia católica. Las festividades del pueblo, originalmente fincadas en un calendario religioso (Gortaire, 1971: 58), hoy en día son cada vez más sociales. Lejos de perder fuerza con este distanciamiento entre la iglesia y la gente, el bien vivir o *kaxumbikua* se mantiene vigente porque la religiosidad solamente es una parte de la *kaxumbikua* (Márquez, comunicación personal).

Por otro lado, el inglés, un **código** verbal que se esperaba influyente en Santa Fe debido a la migración, aún no ha tenido una influencia significativa, prácticamente se limita a los nombres propios pues, entre la gente más joven es común encontrar un *Fredy* o una *Jenny*, sin embargo, esto no afecta la **identidad** de la gente; tener estos nombres no va de la mano con el abandono del purépecha, todo lo contrario, niños con ellos siguen hablando la lengua indígena. Tampoco el

español ha desplazado al purépecha, Santa Fe sigue siendo una **ecología** favorable para la lengua indígena. La influencia de la migración se está dando más en los **códigos** no verbales, como el vestido y la comida. Si bien, las personas que participaron en este estudio no son las más jóvenes y por lo tanto no se puede saber cómo serán las nuevas generaciones, todos dejaron ver una **identidad** purépecha sumamente sólida, incluso Toño quien creció en Oregón y tuvo por primera lengua el inglés. Tal parece que ser purépecha es algo lo suficientemente fuerte como para que la migración pueda erosionarlo.

V. ARCADIA

5.0. *Introducción*

Este capítulo representa un gran paso en materia de estudios relacionados con migrantes pues, a diferencia de lo hecho por autores previos (López Castro, 1986; Durand, 1996; Rodríguez, 2010), yo fui a vivir el día a día con mis sujetos de estudio, lo cual me permite hablar de los espacios donde viven a partir de mi propia experiencia, así como de las situaciones que enfrentan no a partir de lo que ellos me contaron en Michoacán sino como testigo presencial. Y efectivamente, entre lo que me habían dicho allá y lo que vi aquí con mis propios ojos, hubo grandes diferencias. Así pues, mostraré a continuación cómo es la **ecología** que dos jóvenes purépechas, los hermanos Chico y Miguel Morales, encuentran en el Condado DeSoto, y cómo ésta influye en la formación de sus respectivas **identidades**. Todo mediante un acercamiento extremo a su cotidianeidad, a sus actividades, interacciones y dinámicas familiares.

5.1. *¿Encontraría a los purépechas?*⁹⁵

Al final fueron Miguel, Efrén y Chico quienes abordaron un autobús Pegaso en Morelia y llegaron hasta Monterrey en compañía de Joel, el marido de Lupe. En el consulado, con ayuda de la gente que los contrató, tramitaron pasaportes y visas para cruzar la frontera legalmente. Sin embargo, el viaje terminaría aquí para uno de ellos. Como ésta era la primera vez que iban a tener documentos, les dijeron que, si así fuera el caso, no fuesen a decir que ya habían estado en los

⁹⁵ Si el título de este apartado recuerda el inicio de *Rayuela* no es mera coincidencia, es un homenaje a Cortázar (1963).

Estados Unidos, y que a la pregunta: “¿A qué te dedicas en México?” respondieran: “soy campesino” o “soy agricultor”.⁹⁶

–¿Ha estado en los Estados Unidos? –le preguntó el cónsul a Efrén quién, sin pensarlo dos veces respondió orgulloso:

–Sí, en California, en...

Cuando se acordó de la advertencia ya era demasiado tarde, ya le habían negado la visa y regalado ciento ochenta días de castigo; en seis meses no podría volver a solicitarla. De los veinte michoacanos que iban, él fue el único que se regresó.

–*Otros camaradas* les están dando hasta 10 años –dijo su hermano Miguel. En cambio, a pesar de haber estado antes, Miguel dijo que no y además inventó que había llegado hasta la frontera pero que le dio miedo y mejor se regresó.

–Muy bien, muchacho, hiciste bien en regresarte –le dijo el cónsul.

–¿A qué te dedicas?

–Soy alfarero.

–¿Es una fábrica?

–*Son* particulares, hacemos tacitas de café –respondió Miguel.

Chico tampoco tuvo problemas pero Joel sí; a pesar de que había estado ensayando su respuesta, “siembro maíz y hago ollas, siembro maíz y hago ollas”, cuando el cónsul le preguntó: “¿*En qué dedicas en México?*”

–Así le dijo, fíjate –continuó Miguel, quien percibió algo extraño en el español de aquel americano– y el menso del Joel: “Siembro ollas”. A todos nos dio risa. “Entonces siembras ollas”, le dijo otro *cabrón*. “Él burro y yo burro, cómo nos vamos a entender, ni él sabe español ni yo inglés”. Ese *güey ta bien tarugo pues*. Y no me vas a creer, *el migración* dijo: “¿Es una planta?”

Con que no sólo el español del purépecha era limitado, también el del americano. Sin embargo, el poco **bilangüismo** de ambos resultó favorable para Joel pues, a pesar de haber dado por respuesta un disparate, su interlocutor no se dio cuenta y le dio la visa.

⁹⁶ Como se puede ver en las fotos del libro *Braceros* de Deborah Cohen (2011), durante el Programa Bracero, quienes pretendían trabajar en los campos de los Estados Unidos debían mostrar sus manos a los reclutadores como prueba de que efectivamente eran campesinos.

Así pues, los tres restantes pasaron por Laredo y llegaron a Houston en una camioneta y de ahí continuaron hasta Luisiana, hasta el rancho donde iban a trabajar. Después de haber sido *espalda mojada*, ahora, Miguel entraba a los Estados Unidos legalmente, como si nunca antes lo hubiera hecho burlando la ley y jugándose la vida, como si no hubiese cosechado toneladas de frutas y verduras. Por un lado, tenía suerte de empezar con una hoja en blanco en los archivos de los Estados Unidos pero, a la vez, era injusto que sus años de trabajo, su contribución real a la economía del país, no pudiera ser tomada en cuenta. O quizá, visto del otro lado, sí era justo: “trabajaste con otro nombre y lo hiciste muy bien, lástima, no eras tú”.

Por su parte, ni Joel ni Chico tenían antecedente alguno en los Estados Unidos, para ellos sí era su primera vez. Sin embargo, el contrato con el que entraron sólo los amparaba por dos meses. Y por si fuera poco, el trabajo terminó antes del segundo mes, de modo que, si bien, como dijo Miguel: “en un mes sacamos buen billete”, pronto se vieron sin trabajo y con las visas por expirar.

Pero Miguel no se deprimió ante semejante situación, al contrario, con sus viejos conocidos de Arcadia, en La Florida, rápidamente, encontró trabajo. No obstante, si bien de nuevo estaban trabajando y volvieron a enviar dinero a sus familias, no salirse de los Estados Unidos cuando decían sus visados los volvía prácticamente ilegales. Para Joel fue suficiente, amén de esta situación, el trabajo resultó agotador y cayó enfermo, así que decidió regresar. De modo que, de los cuatro parientes que salieron de Santa Fe, ya nada más quedaban dos. Y como cereza del pastel, Joel se llevó la mochila de Chico con todo y el pasaporte y la visa de éste, así que, de estos dos restantes, uno tenía la documentación vencida y el otro prácticamente era ilegal.

Casi un año después de nuestra entrevista en Santa Fe, Miguel me platicó todo esto por teléfono. Y sin embargo, me dijo muy alegre que yo podía llegar cuando quisiera. Y como así era en verdad, le dije que ya tenía todo listo y que le llamaría cuando llegara a Miami.

Para mí todo fue más sencillo porque de mi pasado viaje a Texas me habían quedado vigentes el pasaporte y la visa. Además, un amigo que entonces trabajaba en Aeroméxico, me ayudó a conseguir un vuelo de ida y vuelta a Miami a muy buen precio. Sin embargo, a pesar de la comodidad y la rapidez de un viaje de este tipo, sentía cierto nerviosismo al documentar mi equipaje, el cual armé con las características de una maleta de vacacionista: cámara, traje de baño, sandalias, ropa... no cargué con un *sleeping bag*, que me hubiera sido de gran ayuda, para no dar pie a un interrogatorio, en caso de que me pidieran mostrar mi equipaje. En otras palabras,

a pesar de que viajaba legalmente y en efecto vería a mi amigo James en Miami, lo de Arcadia y mis amigos los purépechas era preferible no mencionarlo. Ya sin la maleta, cambié mis pesos por dólares y me dirigí a la sala de abordar. Como compañeros de viaje iban a mi lado dos jóvenes judíos. Él jugaba Angry Birds en una pequeña pantalla y ella, embarazada, del lado del pasillo, hojeaba una revista.

La palabra *mexicano* se desdibujaba en mi mente al pensar en nuestros tres casos, Miguel y Chico ni siquiera son hablantes nativos del español como yo o los judíos, más que mexicanos, ellos son purépechas y si viajaron miles de kilómetros fue para percibir un mejor salario pues, para ellos, habitantes originarios de México, tal parece que en su propio país no hubiera oportunidades. Por otra parte, era evidente que los judíos no iban a Miami a trabajar sino de compras, a gastar su dinero, a practicar su inglés. Curiosamente, para esta pareja sí que hay oportunidades; para estos hijos o más bien nietos de aquellos que se desplazaron durante la Segunda Guerra Mundial a México, ya no se trata de sobrevivencia sino incluso de enriquecimiento, y sin embargo, a pesar de sus pasaportes verdes, tampoco eran del todo mexicanos; eran judíos. ¿Acaso yo era el más mexicano de los tres grupos? Probablemente yo lo fuese todavía menos ni siquiera me gustan los mariachis. Sin embargo nací en la Ciudad de México y, como a sor Juana, me fascinan sus volcanes (López-Portillo, 1979; Paz, 1982). Aunque tampoco ella fue mexicana sino novohispana. Pero, como lo dejó ver en su poema *Howl* (1955), a Ginsberg también le fascinaron los volcanes de México y él era estadounidense...

Estos eran mis pensamientos cuando empecé a ver los Cayos de la Florida. Apenas nos dio tiempo de tomar el almuerzo cuando ya estábamos aterrizando. Llegó el momento que más me preocupaba, la aduana. Para mi buena suerte, el trance resultó muy sencillo. Delante de mí, en la fila de viajeros, había una chica morena, con aretes en las cejas y un atuendo multicolor. De inmediato llamó la atención de los oficiales, quienes cayeron redonditos en los **estereotipos** y se concentraron en ella sin hacerme a mí mayor caso. Entregué mi pasaporte y mi visa. El policía me pidió poner las manos en el lector de huellas digitales y pararme frente a la cámara.

–¿A qué viene a los Estados Unidos? –Me preguntó por fin.

–De vacaciones –Sabía que esto era una verdad a medias pero tratar de explicar a los oficiales lo que pretendía hacer en Arcadia era muy arriesgado, podía comprometer a mis amigos y me exponía a que me pasara lo que le sucedió a un estudiante del Colegio de Michoacán que pretendía entrar a los Estados Unidos por tierra y cometió el error de decir la verdad, que iba a

hacer una *investigación*, palabra clave que por ningún motivo hay que usar en estos casos; obviamente, le negaron el ingreso (Leco, 2009: 59).

–¿En dónde se va a hospedar? –me preguntó el joven policía.

–Con mi amigo James Boyle.

Eso fue todo, lo siguiente fue recibir el pasaporte sellado y la visa. En el último filtro, un policía más me preguntó:

–¿En qué trabaja en México?

–Doy clases en la Universidad.

–OK, siga la línea verde.

Una vez en territorio estadounidense, pregunté por los autobuses Greyhound a un americano que parecía guía de turistas, con esas bermudas y ese gorro... Me dijo que cruzara la calle y los encontraría a unos pasos. Pero lo que estaba ahí era la estación de autobuses locales, la red de transporte público de la ciudad de Miami, una urbe angosta de este a oeste pero larga de norte a sur y ubicada en la parte posterior de la cacha de la pistola pues, con un poco de imaginación, la silueta de la Florida tiene la forma de un revólver, apuntando hacia el poniente, hacia el Estado de Mississippi.



Mapa 5.1. La Florida y Michoacán

Un hombre mayor, un amable afroamericano, me indicó lo que tenía que hacer: depositar dos dólares en una máquina, obtener una tarjeta, salir a la calle y abordar un autobús que me dejaría en ese punto. El camión que yo necesitaba fue el tercero que pasó por ahí, pero no tuve que esperarlo ni diez minutos. Lo abordé, presenté la tarjeta y tomé asiento. No iba lleno, al contrario, era poca la gente que viajaba por este medio. El trayecto fue muy corto, subimos por un puente, bajamos por otro y de pronto, el operador ya estaba anunciado la estación de autobuses. No se veía pero me bajé ahí. Correspondía con lo que había visto en los mapas de Google antes de venir; el autobús solamente había rodeado el aeropuerto. La estación no estaba sobre la avenida sino calle adentro. Me pareció demasiado pequeña, nada que ver con estaciones como Observatorio o Morelia en México pero bueno, tampoco Miami corresponde a una ciudad como México ni como Morelia, más bien tiene cierto parecido con Cancún, pero lo más importante era

que esa pequeñez de la estación, ese espacio de sobra en el autobús local y ahora las muchas horas que habían entre la salida de un autobús y el siguiente “hablaban” de lo extendido que está el uso del automóvil en los Estados Unidos, muchísimo más que en México. Eso sí, como en ambos países, la estación era refugio de menesterosos; mientras una familia compraba boletos, una mujer, rodeada de bolsas de plástico, hablaba sola en una de las dos únicas bancas de la sala de espera.

De pronto, un hombre salió del baño, depositó una llave sobre el mostrador y se fue caminando sin equipaje ni mochila. También había un grifo donde bebían por igual pasajeros y vagabundos. Frente al mostrador se encontraban cuatro máquinas, una de refrescos, una de efectivo, otra de golosinas y una más con muñecos de peluche que nadie puede sacar nunca. Ahora dos chicas rubias con grandes mochilas a la espalda también compraban boletos. Para mí, aquello de las muchas horas entre uno y otro autobús eran malas noticias pues la última salida a Fort Myers ya se había verificado a medio día y la próxima sería hasta las siete treinta del día siguiente. Me quedé un rato pensando qué hacer. Aunque la mujer del mostrador hablaba inglés, una afroamericana de grandes dimensiones, el español también se oía en aquel recinto: un hombre hablaba con **acento** cubano por su celular, mientras otro, con **acento** mexicano, lo hacía por un teléfono público. Había una chica sola que salió a fumar, también un muchacho, al parecer japonés. Después llegó un joven con una mochila y una gorra que decía Zildjian, el nombre de una prestigiada marca de platillos. Hice alusión a la gorra para empezar una conversación.

–Are you drummer?

–Excuse me?

–Do you play drums?

–Oh no –dijo tocándose finalmente la gorra– I’m trumpeter.

–Are you american?

–No, Italian.

Dijo que estaba en los Estados Unidos estudiando música. Esperaba un autobús a Jacksonville, al noreste del estado, justo en el percutor del revólver que semeja La Florida. Le dije que no había alcanzado el último camión a Fort Myers y como ya no había más salidas durante la noche, me preguntaba qué hacer. Él veía dos opciones: a) dormir en el aeropuerto o b) buscar un motel cerca de ahí.

–That’s my suggestion –concluyó.

Me decidí por la segunda opción, era la más costosa pero la más práctica y segura.

No tardé ni cinco minutos en encontrar el Red Roof, sólo que no era precisamente un motel sino un hotel y la noche costaba más de cien dólares. Seguí buscando y unos pasos más adelante di con otro cuyo nombre estaba en español: La Quinta. También era hotel e incluso era más grande y costoso que el primero. Además, ni siquiera quedaban cuartos disponibles, así que volví a la calle. Afuera había un hombre de Honduras con el que cambié algunas palabras, como de dónde éramos. También él me sugirió regresar al aeropuerto. Un taxi se detuvo a la entrada del hotel y un grupo de personas descendió de él. El taxista me ofreció sus servicios en español pero no tenía caso tomar un taxi para regresar al Red Roof. En el mostrador estaba un joven de nombre Eduardo, al menos eso decía una plaquita metálica en su camisa. Le pregunté en inglés si era mexicano.

–Borned and raised in Cuba –respondió muy orgulloso.

Le pregunté en español si prefería éste o el inglés. Dijo que le daba igual, como no queriendo comprometerse, pero después aceptó que prefería el inglés.

–Toy ma acotumbrao en inglés.

Vaya, esto sí que era español *cortado*, como le llamó Miguel en Santa Fe. Yo diría, como García de León (2002), que era una muestra de *afroandaluz caribeño*, muy parecido al de las costas mexicanas de Tabasco, Veracruz, Oaxaca y Guerrero (Moreno, 1994; Chávez, en prensa). Una vez instalado, llamé a James pues me había dicho “*déjame saber* cómo llegaste”, así, con un **calco** de la expresión inglesa *let me know*. Acordamos vernos un mes después, a mi regreso de Arcadia. Una vez que me reporté con él llamé a Miguel pero no contestó. Sin embargo, minutos después sonó mi teléfono, no era su número pero empezaba con los mismos dígitos: 863. Era Chico, quien me saludó y me pasó a su hermano. Me dio gusto escucharlos y decirles que ya estaba en Miami. Para mi buena suerte, me contó que no iban a trabajar al día siguiente, así que podía llegar a cualquier hora, bueno, tampoco a cualquier hora pues también me confirmó lo que ya había visto en la estación de autobuses, que el Greyhound no llega hasta Arcadia, así que lo mejor sería tomar el primer autobús que saliera porque después tendría que buscar otro tipo de transporte. Finalmente hablé con mi esposa, tenía a mi favor una hora más, en México no era tan tarde como aquí. Por debajo de la puerta entró una hoja de papel parecida a las cuatro que ya había en el suelo: Franco’s pizza, Favio’s pizza, Pizza express, Chicago pizza y ahora Fast pizza.

Evidentemente, había llegado al país de la pizza. Bajé al *lobby* por un café y un *muffin* y me senté a escribir en la comodidad de la habitación 423 lo que había vivido ese día.

Encendí la luz a las 5:30, aún era de noche. Tomé un baño, me vestí y dejé el Red Roof sin haberme echado siquiera un chapuzón en esa alberca por cuya orilla estaba pasando. En el *lobby* ya había gente, hacían fila para servirse café. Tomé uno y un bagel con queso y mermelada.

En la calle amanecía y en la estación de autobuses un hombre roncaba sobre una silla. Del otro lado del mostrador, una chica hacía ruido tratando de despertarlo pero no lo lograba.

–*Excuse me but the man doesn't awake* –dijo con la esperanza de que yo hiciera algo. Vi que sobre el mostrador estaba la llave del baño, la cual tenía un buen pedazo de metal como llavero, así que la hice sonar como campanilla y funcionó. Muy a su pesar, el moreno se puso de pie y nos despachó los boletos. Compré uno para las 7:30 por 43 dólares. Listo, ahora sólo tenía que esperar unos minutos.

En la estación había un hombre rubio dormido sobre su chamarra, parecía americano pero quién sabe, también podía ser polaco. El piloto del autobús que llegó sí que era estadounidense, un afroamericano alto, delgado y con la piel negra de verdad, no café o chocolate; en todo caso como el chocolate a la francesa. Más tarde, sin quererlo, este apuesto caballero habría de darme un susto. Desde la ventanilla, allá a lo lejos, en Miami Beach, se veía la silueta de los rascacielos. Cada vez había más color en el cielo pero el Greyhound circulaba con las luces prendidas y éstas, al iluminar la placa del auto de adelante dejaban ver que entre las letras y los números había unas naranjas con una pequeña flor de azahar. Y es que La Florida es el estado de la naranja, como Sinaloa es o era el estado del jitomate en México. En nuestro camino hacia el norte, pasamos por Hollywood y llegamos a Fort Lauderdale, aquí el camión entró a la ciudad y se detuvo en un semáforo donde una musulmana cubierta con un velo, esperaba la luz verde para cruzar.

La central de Fort Lauderdale también era pequeña. La parada fue breve y continuamos el viaje por la 75, ahora hacia el oeste, hacia la otra costa de esta pantanosa península. Desde la ventanilla pude ver una estación de trenes y una locomotora CSX idéntica a una que mi hijo tiene a pequeña escala, lo cual me hizo pensar en él y en la distancia que ahora nos separaba.

Durante un buen rato el paisaje fue el mismo, juncos y más juncos. En el camino hacia Naples estábamos atravesando las reservas de Everglades y Big Cypress. De pronto la vegetación empezó a cambiar, ahora se veían algunas coníferas, ya no solo *chuspata*, como le dicen los purépechas a los juncos.

–*OK, we are arriving to Naples* –/’ nables/ dijo, sonorizando completamente la *p*.

En Naples aproveché para preguntarle si debía pagar una diferencia pues mi boleto era hasta Fort Myers y yo pretendía llegar a Punta Gorda, unos cuantos kilómetros más adelante.

–*Punta Gorda?* –lo pronunció /’puna ‘gora/– *No problem.*

Al salir de Naples cambiamos de dirección, ahora hacia el norte. Todo iba viento en popa. En Fort Myers, la siguiente parada, la estación sí era más grande, se parecía a la de Albuquerque, en Nuevo México. Afuera de ella, un letrero decía: *No loitering*. Justo lo que hacían algunas personas en la central de Miami: holgazanear. Pensé bajar a fumar como lo estaban haciendo el operador y otras personas pero no tenía tabaco, así que me quedé arriba del autobús. La marcha continuó hacia Port Charlotte. Pasé el primero de los dos puentes que había visto en el mapa. Tenía que bajarme antes del segundo, del Collier Bridge, el cual une a Punta Gorda con Port Charlotte. Eso era lo más que el Greyhound me podía acercar. Y en efecto el autobús se detuvo pero no en una estación sino en una gasolinera Pilot. Le pedí a aquel conductor de chocolate amargo que me abriera la puerta del maletero para sacar mi equipaje.

–*Oh, no* –dijo poniéndose una mano sobre la frente. De inmediato supe lo que había pasado. Dijo que él mismo había bajado mi maleta en Fort Myers porque tenía una etiqueta que decía Fort Myers, claro. No asoció esa maleta con la persona que le había avisado que iba a Punta Gorda pero tenía un boleto a Fort Myers. Ante mi cara de desolación, sacó de su bolsillo un teléfono, llamó a la estación que habíamos dejado atrás y pidió que la mandaran en el próximo autobús. Lo malo era que para eso faltaban más de cuatro horas, perdería la luz del sol esperando la maleta. El operador me dio el número de Fort Myers para que les recordara; es decir, cabía además la posibilidad de que olvidaran subirla. Llamé, me dijeron que sí, que llegaría en el siguiente autobús. Era la una de la tarde, llevaba un tiempo excelente y ahora me tenía que quedar ahí hasta las 16:50. También existía la posibilidad de regresar a Fort Myers por mis propios medios, acaso en un taxi, recuperar mis cosas y moverme a Arcadia, pero la maleta y yo nos podíamos cruzar en el camino, así que decidí esperar y confiar en que llegaría.

Enfrente de la gasolinera había un Burger King. Almorzar me pareció una buena idea, así que caminé a la esquina y crucé la carretera. Pedí lo que pido siempre en México: Whopper con queso. No había ninguna diferencia, los mismos ingredientes, el mismo sabor. La Coca-Cola sí era distinta, un poco menos dulce. Almorzaba en aquel Burger King una pareja de ancianos, un hombre solo y un joven padre con su hijo. Este último, con un tenedor, partía la carne de la

hamburguesa y se la daba al niño con los clásicos movimientos de avioncito. Los observé y sonreí, sin embargo el joven me miró con desdén. Esta **actitud** hostil me hizo encadenar una serie de pensamientos negativos: estaba en un lugar realmente remoto y sin maleta, qué tal si una patrulla se detenía a hacerme preguntas y yo sin equipaje iba a parecer un clandestino. No, llevaba conmigo lo más importante: pasaporte, visa, dinero, boleto de regreso y teléfono. Pero, qué tal si me abordaban unos malvivientes. Una simple **actitud** me había hecho ponerme pesimista, tanto que no disfruté la hamburguesa como otras veces. Pero, una vez que me la acabé, respiré profundamente y salí a la calle como si nada.

Junto a la gasolinera Pilot había un Arby's y al lado de éste un par de sombrillas y algunos bancos donde la gente se sentaba a fumar, esperé ahí. Sentado en este lugar estaba un americano, enfadado porque el autobús que esperaba tenía media hora de retraso. Sin quererlo escuché su problema pero, a diferencia del joven del Burger King, este señor me tendió la mano y se presentó diciendo su nombre:

–Mike.

La estreché y le dije que tenía un teléfono de Greyhound, el de Fort Myers. Lo marcó desde su celular y obtuvo la información que deseaba. La llamada le cambió el humor y, sonriendo, me ofreció un cigarrillo, conversación y, después de un rato, otro cigarrillo. Por un momento nos quedamos callados, seguramente él pensaría en su autobús demorado y yo en mi maleta gris. De pronto empezó a reírse y dijo:

–*It could be worst* –claro, podía ser peor, podía estar lloviendo, pero no, el día era hermoso, el cielo estaba azul y una gran cantidad de pájaros volaba sobre nuestras cabezas.

Retrasado pero llegó. A diferencia del primero, este Greyhound era conducido por una mujer, no tan morena como el primer conductor pero también afroamericana. A pesar de su juventud y a diferencia del primer piloto, ella era obesa y muy altiva. Cuando le pregunté si ahí mismo podía abordar el autobús de regreso a Miami primero me miró de arriba a abajo antes de contestarme, quizá mi pregunta era obvia, pero yo conservé una sonrisa y seguí viéndola a los ojos, entonces Mike se refirió a mí como su amigo, así que no le quedó más remedio que ser amigable. Finalmente Mike tomó su autobús y se fue con aquella arrogante morena a Miami.

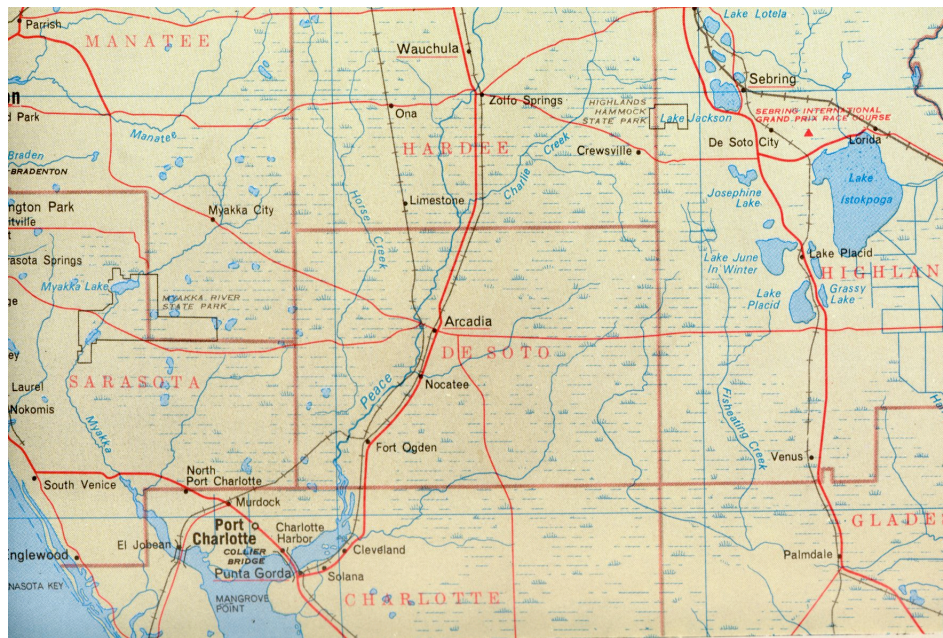
De nuevo me quedé solo. ¿Qué haría una vez que llegara mi maleta? No se veía un solo taxi a la redonda. El tiempo había pasado rápido, ya solo faltaba una hora. El Greyhound llegó un poco antes. De nuevo el chofer era una persona mayor, pero esta vez no era moreno sino rubio.

Cuando abrió el maletero vi mi equipaje y suspiré aliviado. Me pidió el talón, se lo di y recuperé mi maleta. Como el primero y la segunda conductora, éste también fumaba. Platicué con él mientras saboreaba su cigarrillo parado afuera del Arby's. Me dijo que Arcadia era tan pequeño que sólo había un semáforo.

–*Just one light* –decía riendo, con el índice de una mano levantado y el cigarrillo en la otra.

Ahora ya sabía en dónde y a qué hora esperar el Greyhound cuando regresara un mes después y, además, algo muy importante: hay que bajar del camión, aunque no fumes ni vayas al baño, sólo por estirar las piernas y ver que nadie saque tu maleta del autobús.

Mike me había sugerido preguntar en el Arby's por algún sitio de taxis y así lo hice. Detrás del mostrador había dos chicas rubias, amables y bellas. Una de ellas me dio una tarjeta que decía: *Voyager cabs: we're taking you places*. Llamé y pregunté cuánto costaría ir de Punta Gorda a Arcadia. Me dijeron que cincuenta y cinco dólares. Di mi ubicación y un cuarto de hora después llegó un Grand Marquis color crema con un joven de escasos veintiún años al volante. En su piel blanca lucían muy bien los colores de los tatuajes que se había hecho pintar en ambos brazos. Me dijo muy sonriente que era su primer día en ese trabajo. Yo también sonreí, era simpático pero, ¿su primer día? Quizá iba a ser todo entusiasmo pero también podía ser todo inexperiencia. Puse mi maleta en la cajuela de aquel ocho cilindros y me senté en el espacioso asiento de atrás. Al menos traía un GPS pero, para mi sorpresa, me lo dio a mí una vez que tomó la carretera 17. Yo había visto en el mapa que antes de llegar a Arcadia tenía que pasar Solana, Cleveland, Fort Ogden y Nocatee así que, cuando vi que pasábamos por Solana, supe que ya no era necesario mantener encendido el aparato.



Mapa 5.2. El condado DeSoto⁹⁷

A medida que nos acercábamos, el joven taxista parecía ponerse nervioso, quizá porque nunca había ido a Arcadia, quizá porque yo no le oía bien en el asiento de atrás, o tal vez porque yo no era exacto en mis indicaciones pues le decía que doblara a la derecha en cualquier calle y no en una en particular. Pero finalmente lo hizo y pronto entramos al barrio de Miguel y Chico. Había niños en la calle, estaba anocheciendo y el joven taxista mantenía los ojos bien abiertos. Tratando de tranquilizarlo le dije que había ido ahí para encontrarme con un par de amigos que trabajaban en la pizca de la naranja y sobre los cuales pretendía escribir un libro. Cerró la cajuela y yo puse mi maleta en el suelo. Entonces me dijo que eran setenta y cinco dólares, le dije que cuando llamé me dijeron cincuenta y cinco. Dijo que él mismo había contestado pero que, por alguna razón que no comprendí, ahora era setenta y cinco. No había más remedio que pagar lo que decía, no podía echarme a correr como lo hace Eligio en *Ciudades Desiertas*, cuando el taxista le dice cuanto es y a él le parece una cantidad “ultrajante” (José Agustín, 1982: 29).⁹⁸ Y es que, mientras en México un taxi es un servicio común y corriente, en los Estados Unidos es un lujo porque, como ya lo he mencionado, la gran mayoría de la gente tiene un auto; Mike no podía creer que mis amigos de Arcadia no pudieran venir por mí en algún vehículo. De modo que no

⁹⁷ Hemingway (1974: 210).

⁹⁸ Curiosamente, esta novela de José Agustín (1986: 14) también se desarrolla en un pueblo llamado Arcadia pero no en Florida ni en California sino, al parecer, en Iowa pues se supone que los personajes están cerca de Chicago.

me quedó más remedio que pagar. El joven taxista de los brazos tatuados se dio la vuelta sobre la misma calle en un solo movimiento, lo cual fue posible porque ésta era lo suficientemente ancha como para que un Grand Marquis pudiera hacer dicha maniobra.

5.2. Naranjeros

Finalmente estaba ahí, en el cruce de Esmerelda y la Tercera, justo en el punto que habíamos visto en mi teléfono aquella tarde en Santa Fe, cuando Efrén dijo entusiasmado: “ésta era mi *trailer*”. Llamé a Miguel porque nunca me dio el número de la casa o mejor dicho del tráiler (era el 1411). Afortunadamente me contestó pero dijo que había ido a la 17 a comprar unas cosas en la “tienda mexicana”, que lo esperara ahí. De haberlo sabido me hubiera bajado en la carretera y quizás el taxista me hubiese respetado el primer precio. En fin, mientras esto pensaba pasó por segunda vez frente a mí un muchacho, al parecer menor de edad, con aretes en las orejas y en las cejas y los cabellos parados con gel en forma de cuernitos, como los de Darth Maul, el personaje del episodio I de *La Guerra de las Galaxias* (Lucas, 2001). Sus pantalones de mezclilla eran exageradamente amplios y su camiseta decía “Mi raza” y tenía una Virgen de Guadalupe en la espalda. De hecho, mientras esperé a Miguel no vi a nadie que pareciera americano, toda la gente que pasaba por ahí tenía aspecto de mexicana. Más parecía que había llegado a México y no a los Estados Unidos. Sin embargo, los nombres de las calles en cada esquina, los tráileres y el estilo de las casas parecían decir: “sí sí, aquí es América, aunque no lo creas”.

Miguel me llamó y me dijo que me estaba viendo pero yo no podía verlo a él en la oscuridad de la noche, la cual había caído ya por completo. Cuando por fin lo vi, venía caminando atrás de otras personas y llevaba puesta la capucha de la sudadera. Se detuvo frente a mí y se quedó mirándome unos segundos.

–Eres cabrón, eh –me dijo por saludo. Tal vez no creía que realmente fuera a ir hasta allá a visitarlo. Nos dimos un abrazo, caminamos media cuadra y llegamos al tráiler, ahí estaba Chico, también nos abrazamos. Afuera, en una camioneta Windstar como las que solían utilizar en México las señoras acomodadas para recoger a los niños del colegio, una mujer ofrecía tamales oaxaqueños. Adentro, dos mexicanos cenaban, Luis, de Oaxaca y Silvano, del Estado de México. No hubo presentaciones, supe sus nombres hasta después pero les di las buenas noches y me senté en el suelo de *tripplay* del tráiler, no había sillas ni sillón, sólo una cama sin sábanas. Los

muchachos que cenaban pronto se metieron a la única recámara que había en el fondo del tráiler y nos dejaron solos. Le conté a Miguel y a Chico cómo había llegado, lo del hotel en Miami, lo del Greyhound y lo costoso del taxi; a pesar de haber sido el medio para salvar la mayor distancia, el autobús resultó ser el más barato de los tres viáticos. Chico salió y volvió a entrar con un par de tamales, un gesto como el de su mamá, alimentar inmediatamente al que llega. El tamal estaba algo crudo así que lo tuve un rato en una mano sin comerlo mientras me preguntaban por Sue, me daba vergüenza dejarlo pero Chico se dio cuenta y me dijo que lo pusiera en la mesa:

–Ahí déjalo, *Daví*.

Me sorprendió que no sólo Chico, también Miguel dijera *el Sue* a propósito de Sue Meneses.

Miguel se comunicó a Santa Fe y cuando contestó su mamá puso el altavoz de modo que yo escuchara lo que hablaban. Catalina lo hacía en purépecha pero ellos le respondían en español debido a mi presencia. Al cambiar el tema de mi llegada por otros más propios de ellos Miguel desactivo el altavoz, hizo el **cambio de código** al purépecha y se alejó de nosotros. No intenté escuchar lo que decían pero no pude evitar percatarme de que Miguel hablaba de “unos *tránsitos*” en alusión a unos policías de tránsito. Y como éste, eran muchos los **préstamos** hispanos en su purépecha, los más evidentes, como ya lo había percibido en Santa Fe, eran los números, las cantidades.

A mí me favoreció que Joel se hubiera regresado porque dejó libre una cama. No tenía sábanas ni nada más que un colchón de hule espuma en una funda de *nylon* azul. La cama era de madera sin labrar; cuatro polines clavados a un marco y encima de éste unas tablas. Al lado, en la pared del tráiler, podía conectar el cargador de mi teléfono y arriba, en una repisa, poner mi libreta y mis gafas, nada mal. Nos pasamos a la mesa que desocuparon los otros pizzadores y mis amigos sacaron del refrigerador unas carnitas, se disculparon por ellas pero, si bien, no eran las de Quiroga, yo las encontré mucho mejor que los tamales. También tenían tortillas y frijoles, así como refrescos y hasta unos cigarrillos mentolados que había dejado Joel. Cuando llegó la hora de acostarse me ofrecieron la cama de éste y me prestaron una cobija. A falta de sábanas me dormí vestido pero profundamente. Soñé que ya era otro día y ellos se iban a trabajar sin mí. Desperté a las 04:30, todo estaba quieto así que me volví a dormir.

Una hora después, Miguel se levantó, también yo y luego Chico. Nos vestimos, bueno, yo más bien me puse las botas y Miguel empezó a freír huevos para hacer sándwiches. Afuera se

había detenido una camioneta, una van blanca, la /ben/ dijo Miguel cuando oyó su claxon. Preparado el almuerzo, salimos del tráiler a las 06:15 y Chico dijo:

–Ahí le *quepen* catorce *gentes*, catorce con el piloto –Nos subimos a la camioneta de “Satanás” sin decir una sola palabra, y menos yo que me estaba subiendo prácticamente a escondidas. Conmigo éramos diez personas. Más tarde Miguel me contaría quién era este “Satanás”.

–“El Satanás” le pusieron porque llegó *en* el tomate, y fue el más *cabrón*. Es *cabrón pal* tomate. Y de ahí ya no se *borró* el *nombre* “Satanás”. Tiene otro *nombre*, Rubén. Es residente, tiene más de 25 años aquí.

Sin embargo, en ese momento en que no era de noche ni de día yo sólo alcanzaba a ver la silueta de un hombre obeso al volante, envuelto en una chamarra, con el cuello de la misma levantado y debajo de una gorra. Paramos en La Placita, una “tienda mexicana”, como les dice Miguel. A diferencia de las calles vacías de Arcadia, en La Placita había mucho movimiento a esa hora, otros pizcadores, todos con unas caras de mexicanos inconfundibles, hablaban en español mientras hacían fila para pagar sus cafés, un par de guantes de tela con aplicaciones de plástico, una gordita de carnitas, una pieza de pan o un refresco. Nosotros compramos café y unas conchas con cobertura rosa. Además, amablemente, Miguel también compró unos guantes para mí. Más tarde comprobaría que eran básicos, sin ellos, con las ramas de los naranjos, me hubiera rasguñado las manos innumerables veces. El café salía del grifo de un gran tanque y obviamente no estaba bueno pero los pizcadores le ponían azúcar y crema en polvo, así, al menos era una buena dosis de calorías. La tapa de plástico era indispensable para ir bebiéndolo en la camioneta mientras ésta salvaba la distancia entre Arcadia y la huerta de naranjos. Entonces vi bien a “Satanás”, era un hombre de ojos pequeños, muy serio. Otros pizcadores no sólo hablaban, incluso bromeaban, él no, él cargaba en silencio el tanque de agua que llevaba atrás de su camioneta, en una especie de canastilla de hierro. Según Miguel, aquella agua era de un manantial.

Luego de unos veinte minutos hacia el norte, por la carretera 17, llegamos a la Orange Company, cuyo rótulo en color naranja sobre fondo blanco tenía al lado una bandera de los Estados Unidos. Después de las oficinas, las cuales también eran remolques, estaban estacionados otro tipo de tráileres, los cuales nosotros habríamos de llenar de naranjas. Nos internamos unos cinco minutos más entre los naranjos, la camioneta se detuvo e inmediatamente empezamos a

pizarcar. Miguel ponía la escalera sobre los árboles con gran fuerza, rompiendo las ramas y tumbando la fruta, de este modo se aseguraba de que no se le fuera a mover mientras cortaba las naranjas. Mientras él trabajaba arriba yo pizcaba todo lo que quedaba a mi alcance, con mucho cuidado de no ponerme debajo de su pesada escalera de hierro.



La Orange Company desde la van

–Tú, pura *barba* –me decía, o sea, sólo lo de abajo. De modo que nunca me subí a la escalera, sólo la cargué, eso sí. Ni a mí ni a él ni a “Satanás” nos convenía que yo tuviera un percance. También había que estar muy pendiente del paso de *la chiva*, el camión recolector de *baños*. Los baños eran en efecto grandes tinas de plástico negro en las que bien podía uno bañarse. Tenían en su boca un aro de metal del cual *el chivero* las levantaba con una especie de tenaza para luego vaciarlas en el compartimiento posterior de la *chiva* con un brazo hidráulico.

Más que de tierra, el suelo era de arena, una arena fina y blanca parecida a la de Cancún. Miguel me decía:

–*Mes de mayo, un chingo de calor, un chingo de sudor, a veces llueve y anda uno bien rozado, con el sudor y la arena. Llegas, te bañas y ya estás bien al tiro, la arena es que chinga a uno.*

Una vez que llené mi primer costal me di cuenta de que no podía moverlo. Miguel me ayudó a vaciarlo en la tina y me explicó cómo impulsarlo con ayuda de una pierna para alcanzar la boca del baño, como a un metro de altura. También me dijo que cabían nueve costales en cada baño. Chico pizcaba solo en otra sección y no alcanzábamos a verlo ni oírlo.

Esa primera mañana entre los naranjos me pareció ver un águila, se lo dije a Miguel pero él no alcanzó a ver nada. Después vi que se trataba de zopilotes, había muchos en el cielo de Arcadia o más bien en el cielo del Condado DeSoto, un condado cuyo contorno tiene la forma de un rectángulo perfecto en el mapa de la Florida y sólo incluye tres pequeños pueblos, Arcadia, Nocatee y Fort Ogden (Mapa 5.2).

Cuando hicimos un descanso para almorzar ya eran las doce. El tiempo pasó rápido; no pensé que llevaríamos cinco horas pizcando. Comimos los sándwiches, los refrescos y las manzanas. Volvimos a la labor y nuestra línea se juntó con la de Mateo. A simple vista Mateo era un hombre feo. Como “Satanás”, tenía algunos dientes de metal. Pero no era una fea persona, al contrario, era sonriente y divertido, ésa era su belleza, su buen humor. Su tono de voz era agudo y tenía el característico “**cantadito** de *indito*”, como dice la gente en México no sin cierto racismo, yo diría que era una voz ideal para cantar décimas. Era de Querétaro del mismo pueblo que “Satanás” y probablemente los dos tuvieron ancestros indígenas, acaso otomíes, pero no llegué a preguntarles eso. Mateo estuvo echando relajo con nosotros. Decía que se iba a casar y que iba a organizar una boda a todo lujo, que mataría marranos y reses y que a la muchacha le diría:

–*Ora sí, chiquita, vente pa acá.*

Yo le creí pero Miguel me dijo que no era cierto, que sólo estaba vacilando. Después de un rato, Mateo se pasó del otro lado de la fila de naranjos y nosotros nos quedamos solos de nuevo. En silencio, durante un momento, cada quien pensaba en sus asuntos mientras seguíamos llenando los costales, “las computadoras”, como les llamó sarcásticamente Miguel; en vez de *ordenadores*, como les dicen en España, nuestras herramientas eran estos costales. Pese a mi poca pericia, ese día llenamos nueve *baños*, nada mal, miles de naranjas que el *chivero* levantó y se

llevó en su *chiva*. Una vez llena, llevaba la carga a un tráiler que estaba en la avenida, porque se forman calles y avenidas en esta enorme huerta. Al ver aquel cerro de naranjas arriba del tráiler le pregunté a Miguel si las de abajo no se aplastarían con el peso de las de arriba.

–No, *tan* duras –me respondió.



Tráiler de naranjas en la Orange Company

A las cuatro de la tarde habíamos terminado, los pizcadores fueron recogiendo sus mochilas y empezaron a caminar hacia la van. El trabajo era duro pero ameno, sería que yo no movía la escalera ni me subía por las naranjas de arriba, pero eso sí, me agaché cientos de veces para recoger todas las que Miguel tumbaba o casi todas porque algunas se iban rodando a los canales de riego y se perdían entre la hierba. Con el sudor y el polvo de los árboles, los pizcadores quedan hechos una desgracia y su ropa se estropea pronto con las ramas de los naranjos. Es un trabajo sucio pero tiene su encanto, sobre todo cuando los árboles florecen y todo el ambiente huele a azahar. A fin de cuentas es al aire libre y muchos mexicanos lo prefieren al encierro de una fábrica. En cuanto a la paga, por cada baño son 9.20, casi diez dólares, menos impuestos o *taxes*, como dicen ellos, quedan aproximadamente 8.70 libras, poco más de cien pesos mexicanos, o sea que ese primer día, entre los dos, hicimos aproximadamente novecientos

pesos, muy buenos, como diría Pedro, mi amigo de Tziróndaro, “en México ya rinden”, y difícilmente se ganan.

De regreso, la van se detuvo de nuevo en una tienda, ahora en la Cinco de Mayo. Miguel me dijo que siempre es así, que el trabajo del *chivero*, además de levantar los *baños*, consiste en recoger a los pizcadores y regresarlos uno por uno a sus casas o tráileres. Todos bajamos, excepto “Satanás”, quien se quedó revisando su cuaderno al volante de la van mientras los pizcadores compraban refrescos, papas o una cerveza. Mientras esperábamos para pagar le pregunté a Miguel cómo conoció a “Satanás”.

–Fue un borrachillo el que nos dijo: “chavos, les voy a dar *este* dirección”. Llegamos aquí y luego ahí nos *encontré* un señor, se *apodó* Ramiro. Que dice el *vato*, “yo soy *chivero*”. Mientras vamos a ir al tomate. Ahí *cambiamos* con otro *chivero*, ese *vato* nos llegó a *llevar* hasta dos mil dólares. *Vatos* eran buena onda. Ese *vato*, *edad* como tú, nos llevaba para pizcar *pa* Bellington, ahí llegamos en un baile, ahí encontró una muchacha, se casó con ella. Ya no tenían gente, *era* tres hermanos para una sola *chiva*, *ya* fue cuando *cambiamos* con este “Satanás”.

Pero “Satanás” no es el patrón, el dueño de la huerta y del tráiler donde estamos viviendo es Salvador Medina, un mexicano, de Michoacán, como Miguel y Chico, pero ahora residente en La Florida.⁹⁹ Eso lo supe cuando vi su nombre en el permiso que estaba en el tráiler, una hoja tamaño carta escrita en inglés con los datos del remolque para cualquier inspección. Sin embargo, según Miguel:

–Los *meros* son unos *bolillos*.

Me pregunto por qué le dirán *bolillos* a los estadounidenses rubios, ¿será por eso, por ser blancos como el migajón?

–Ellos ni vienen, *nomás* llegan *así* en las *trocas*, ni bajan, se *van* a ensuciar los zapatos, ellos *pura* oficina. Ellos *nomás tan* recibiendo los cheques, puro Internet, puras computadoras – continuó Miguel ahora sin darle ningún giro semántico a la palabra *computadora*.

Apenas llegamos, Chico encendió su radio. Tenía sintonizada la Z, una estación que se puede escuchar en México, aunque esta emisión se transmite desde Sarasota, al occidente, en el vecino condado del mismo nombre. Sin embargo no había música, ante los micrófonos de la Z estaban hablando en ese momento unos pastores.

⁹⁹ Como lo muestra Condeso (2005) en el caso del Valle de San Joaquín, en California, algunos migrantes logran ascender y pasar de simples pizcadores a prominentes empresarios.

–Como tú *dijistes* –decía una mujer al locutor– mi esposo y yo hacemos este anuncio, no sólo para los adultos *pero* los niños, que vengan a conocer al único y verdadero Dios, estamos en Wauchula.

–Yo antes anduve con ellos –dijo Miguel.

–¿Para qué? –le pregunté mientras pensaba que Wauchula ya no forma parte del condado DeSoto sino del condado de Hardee, al norte (Mapa 5.2).

–*Nomás*, porque me gustaba ver [*a*] las muchachas. Esa canción –una especie de corrido con tarola y acordeón que se oye de fondo– es de los hermanos. Aquí son pocos católicos, *más* son hermanos. Como [*al*] padre Alberto, lo encontraron en la playa, en Miami, tenía tres hijos y mejor se hizo hermano.

5.3. *Un domingo en Arcadia*

Al día siguiente no trabajamos, así que nos paramos un poco más tarde. Sin embargo, “Satanás” de todos modos vino por nosotros pero para llevarnos a lavar.

Ya íbamos hacia la van cuando Miguel se regresó.

–¿Para qué te regresaste –le pregunté.

–*Pa laquear* –Por un momento no entendí a qué se refería, en lo primero que pensé fue en pintura, en laca, pero no tenía ningún sentido, después pensé que había oído mal pero no, Miguel se dio cuenta y dijo:

–*Pa* cerrar la puerta –Entonces entendí que *laquear* era poner el seguro, cerrar con llave, o sea una versión castellanizada del verbo inglés *to lock up*. De modo que dejar algo *laqueado* es dejarlo con llave o con seguro. Cuando pensaba que todo aquí era muy mexicano apareció este **préstamo** del inglés.

La lavandería Laundryland estaba a un lado del Meximarket. Las lavadoras eran máquinas tragamonedas, lo mismo que las secadoras. Funcionaban con piezas de 25 centavos o *coras* como le dicen ellos a los *quarters*, un **préstamo** que ya había oído en Santa Fe. En un espejo había un letrero que decía: “No se permite lavar *carpetas, covijas, almoadas* en las *maquinas chicas*”.



Mensaje **calcado**

Todos los que estaban lavando eran mexicanos, lo mismo que la encargada de la lavandería. Uno de ellos iba con su esposa y una niña pequeña. Como en la estación de autobuses de Miami, aquí también se escuchaba el español, sólo que en Arcadia no había cubanos, de todos los pizcadores que conocí, el único que no era mexicano era “El Maruchan”, un salvadoreño. No había tampoco americanos, ni rubios ni morenos, ni chinos ni japoneses; cosechar naranja parece ser un trabajo exclusivo de mexicanos. No así lavar la ropa porque de repente entró a la lavandería una mujer que sí parecía americana.

“Satanás” también lavó su ropa. Afuera, un señor con sombrero platicaba con él mientras las máquinas trabajaban. Yo aproveché para presentarme pero mejor no lo hubiera hecho porque “Satanás” me dijo que había habido un accidente, una *chiva* había tropellado a un muchacho, y por lo tanto habría muchos inspectores, así que no debía ir a la huerta ni quedarme en el tráiler. Se me oscureció el panorama, pero Miguel me dijo despreocupado que iba a hablar con “Satanás”.

Después fuimos al Wal-Mart, donde finalmente conseguí rollos para la FM10 pues, con el surgimiento de la fotografía digital cada vez es más difícil encontrar película, carretes, como les decían en España. Tomás y Chico compraron mucha comida. Mientras llenábamos el carrito acordamos que yo ayudaría en la huerta como lo había hecho el primer día y ellos me alojarían y alimentarían pues no podía cobrar sin “documentos”. Miguel y Chico tenían micas y números de seguro *chuecos*, como les dicen ellos, pero yo no. De todos modos aporté treinta dólares para las compras de la semana. En los pasillos del Wal-Mart los americanos eran escasos, sólo vimos a una joven rubia, obesa y desaliñada y a un par de ancianos, la mayoría de los clientes eran de México. También conseguí café natural, de Colombia. Regresamos a almorzar el resto de las carnitas y después fuimos al *flea market*. Ellos le dicen *la pulga*, *las pulgas* o *el tianguis*.

Los vendedores eran de dos tipos, americanos viejos con cosas viejas como herramientas, platos y cubiertos, y mexicanos jóvenes con cosas nuevas como camisetas, tenis y gorras. Compramos aguas frescas de unos garrafones de vidrio y fruta con chile y limón a una muchacha mexicana. Los compradores eran en su mayoría mexicanos, la única persona con pinta de americano era un hombre rubio, obeso, sucio y despeinado que en ese momento compraba un control remoto. Nosotros le compramos un par de tazas a un anciano pues en el tráiler sólo había vasos de plástico.

–Robert –me dijo amable y me extendió la mano. Le pregunté que opinión tenía de los mexicanos. Me dijo que eran buenas personas, muy trabajadores y que le compraban más que sus compatriotas. Agregó que tenía nietos mexicanoamericanos y me contó que había estado en el ejército y viajado por varios Estados. También me presentó a su esposa, una mujer extremadamente delgada y con unos ojos azul marino impresionantes. Al final nos dejó las dos tazas en 50 centavos a pesar de que tenían precios de 50 y 25, incluso las envolvió en papel periódico y las metió en una bolsa. Una tenía un puma con una corona y otra una casa, la bandera de los Estados Unidos por horizonte y la leyenda: *God Bless Our Home*.

La señora nos mostró más tazas y él dijo que eran resistentes en el microondas. Yo estaba conmovido.

–Buena gente el viejito, dijo Miguel perceptivo mientras mirábamos en las cajas de discos. Había uno de Tex-Tex.

–¡Éstos son mis amigos! –le dije a Chico y a Miguel. Arcadia me parecía en ese momento una continuación de México. Y sin embargo, en ese instante, un afroamericano como de unos

ochenta años pasó pedaleando un triciclo, vestido con un traje blanco y zapatos amarillos, como diciendo: “Nada de eso, estás en los Estados Unidos”.



Un dandy de La Florida

Después caminamos hacia la “Plaza Comercial”, así figuraba en el mapa de Google pero en realidad se trataba de un portal con cuatro o cinco negocios; una lavandería, una licorería, un billar llamado El Mexicano y la tienda Huetamo, todo en una escuadra que enmarca un estacionamiento donde es posible abordar el Tornado, un autobús que va hasta México. Del otro lado de la 17, unos *malandros*¹⁰⁰ como les llamó Miguel, estaban bebiendo cerveza. Afuera de la Huetamo sonaba una bocina con música vernácula mexicana. Miguel se metió y compró una tarjeta telefónica de 3 dólares, la cual usó para hablar con su esposa casi una hora sin que pareciera molestarle el estruendo de la bocina que tenía a unos cuantos metros. Enfrente, el grupo de mexicanos que habíamos visto bebiendo en la calle ya contaba con la compañía de dos patrullas del condado.

¹⁰⁰ Según el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española (www.rae.es) *malandrín* viene del italiano *malandrino* ‘salteador’. *Malandro* parece venir de un proceso en el que la terminación se interpreta como diminutivo y se elimina, como en el caso de Agapito cuando se vuelve Agapo. Pero este diccionario consigna ambas palabras y añade que el sentido de ‘malviviente’, como la usó Miguel, lo tiene la primera en Perú y la segunda, más coloquial, en Venezuela y Uruguay.

–Yo todos los domingos hablo con mi esposa –dijo Miguel mientras caminábamos de regreso al tráiler. Una calle antes nos detuvimos para tomarle una foto a un árbol enorme del que colgaban rizados de heno. De repente, Chico dijo que yo era como su hermano y me abrazó, estaba muy contento pero se puso muy serio cuando se dio cuenta de que había dejado la bolsa con la ropa limpia en la van de “Satanás”, junto a su tanque de agua. Ahora el sonriente era Miguel mientras le decía que simplemente fuera por ella.

Lo acompañé, salimos a la calle y caminamos hacia Esmerelda Street. Chico señaló una casa y me dijo que ahí vivía una señora que estaba loca. Tenía curiosidad por asomarse a una iglesia bautista pero no se atrevía. Yo también tenía curiosidad así que lo animé y nos metimos. Un hombre nos recibió amablemente, incluso nos saludo de mano y nos invitó a sentarnos en una banca. Toda la gente parecía mexicana salvo un americano que estaba sentado atrás de nosotros con una Biblia sobre las rodillas. El predicador hablaba en español y pronto tuvimos suficiente, así que en menos de cinco minutos ya nos estábamos echando las clásicas miradas que significan “¿nos salimos?” No obstante que abandonamos la sesión en menos de diez minutos, el hombre que nos había saludado nos dijo con una sonrisa:

–Vuelvan cuando quieran.

Tres calles más adelante encontramos a “Satanás”. Estaba afuera de su tráiler, sentado sobre una hielera. Ahí estaban también Mateo y don José, un pizzador chaparrito con cara de ratón. Chico sólo recogió su ropa de la canastilla de la van y dijo:

–*Tomorrow morning.*

Por fin lo escuché decir algo, y en inglés. Chico es muy callado, no sé si será su personalidad o el hecho de que habla muy poco español, o quizá sea la combinación de ambas cosas; bien dijo su mamá que en este viaje iba a aprender más español.

Al regresar al tráiler tomamos el primer café colombiano en las tazas nuevas para nosotros pero usadas en realidad y les pregunté si les gustaría quedarse aquí.

–Siendo residente sí –dijo Miguel– pero regresaría para ver a nuestras familias. Nada más para trabajar. Allá es mi tierra.

–Yo no –dijo Chico al tiempo que tomaba un plátano de entre éstos y las manzanas que teníamos en el frutero.

Les ofrecí hacer unos tacos de alambre y empecé a rebanar los chiles.

–Sí te creo que eres cocinero –dijo Miguel cuando me vio saltar la cebolla y los chiles. Chico encendió su radio y Miguel se metió a bañar.

–Huele *perrón* –dijo Miguel al salir.

Nos cenamos el alambre con muchas tortillas y un jugo de naranja y durazno Sunny D. Silvano apareció en shorts camiseta y chancas, Luis andaba afuera, en su bicicleta. Estuvimos platicando con el mexiquense acerca de que todo hace daño, el alcohol, la Coca-Cola, el tabaco, la carne. Les conté la historia de Manfred, un alemán que no tomaba cerveza ni comía salchichas sino frutas y flores. En La Z anunciaron “sesenta grados” (unos 33° centígrados) así, en español pero con una medida inglesa.

Cuando Luis regresó, Silvano también se fue a la recámara y yo me quedé escribiendo en la mesa ya limpia después de la taquiza. Pero no por mucho tiempo porque aquí la gente se acuesta temprano, eran las nueve de la noche y ya todo estaba en silencio. Y como la luz de la cocina alcanzaba a llegar hasta las camas de Miguel y Chico y éstos ya estaban acostados, mejor la apagué para irme acostumbrando a mi nuevo horario de pizzador.

5.4. *Groserías y vulgarismos*

Horas después se oyó un gallo a lo lejos, luego mi alarma y poco a poco todos los habitantes del tráiler fuimos despertando y haciendo más y más ruido. Silvano entró al baño, Chico, el más silencioso, le ponía una hoja de lechuga a su sándwich, Miguel sacaba latas de refresco del refrigerador y yo las metía a mi mochila. A pesar de lo que me dijo “Satanás”, me quedé en el tráiler y traté de hacerme el invisible, así que me subí a la camioneta en silencio. Repetimos la misma operación: una parada en La Placita por café y conchas rosas. “Satanás” llenó su tanque de agua y continuamos con dirección a Wauchula. En la carretera 17 el amanecer era espectacular y al mismo tiempo terrible; unas nubes grises, casi negras, parecían estar justo encima del camino.

Llegamos a la huerta con amenaza de lluvia pero empezamos a pizcar pese al cielo nublado. Sin embargo, después de un rato, empezó un chipichipi intermitente. Así pizcamos un rato pero Miguel me dijo que me fuera a la van una vez que la lluvia arreció. Le hice caso pues aquí es mi jefe inmediato y yo soy su *chalán*, “licenciado mi chalán”, me dice. Nuestros compañeros de tráiler ya estaban en la van. Después llegó Chico y poco a poco fueron llegando los demás. Al último apareció Miguel, se había quedado con don José hasta llenar otro baño y

ambos estaban empapados. Nosotros ya habíamos empezamos a comernos el almuerzo: sándwiches, tacos de chorizo, manzanas y *sodas*, como le dicen aquí a los refrescos.

Silvano recuerda sus buenos tiempos en un restorán y usa en ello una palabra inglesa:

–Salía bien lleno, llegaba a la casa yo bien *full*.

Somos once en esta cuadrilla, un equipo de fútbol. “Satanás”, el chivero; Silvano, a quien le dicen “Matasiete”; Luis, el de Oaxaca; Mateo, el de Querétaro; Pedro Reyes, un señor bigotón; don Wence, el más viejo de todos; don José, el más chaparrito de todos; Miguel; Chico; yo y el salvadoreño.

–Tres veces mojado, ya ni nombre tiene, le dicen “Maruchan” –dijo Miguel burlón. Y sin embargo, a pesar de que lo escuchó decir esto, “El Maruchan” no dijo nada.

Finalmente llegó “Satanás”, quien, pese a la lluvia no se apresuraba. Alguien le dijo algo al respecto y su respuesta fue:

–Yo tengo un *chingo* de *power*.

Una vez que “Satanás” nos dejó en el tráiler pusimos a secar la ropa mojada. Mis guantes estaban empapados y mis manos cocidas con el zumo de las naranjas, la arena y la lluvia, también tenía mojados hasta la rodilla los pantalones y las mangas de la sudadera que me había prestado Chico. Mientras se bañaban los demás me quedé dormido. Pero pronto me despertó el ruido de los compañeros, que aquí no son *compas* ni *ñeros*, sino *homies*, como *roomie*. En la Z había un anuncio:

–Si estás en busca de *aseguro*... Ven por tu *aseguro*... *estoy localizado* en Wuachula... yo *les llamo pa atrás* lo más pronto posible.

–*Afiérrense* a la vida –dijo Miguel al salir del baño, así, con diptongo, como si la palabra derivara de *fierro* no de *aferrarse*.

–Se habla español –decía alguien en La Z– ¿Están cansados de esas *libritas* de más? Garantizado, *ciento por ciento*.

Una vez que todos nos bañamos comimos una sopa de fideos con huevos duros, chiles jalapeños, tortillas y jugo. Al final de la comida lavé los trastes y luego salí a ver el atardecer. Afuera estaban Chico y Miguel platicando con Panchito, un hombre de Guerrero que decía:

–El que iba llevando *carro* era *otra*, la policía le preguntó. Le dijo que era él. Entonces *su* carro se *acabó* la gas y ahí les llegó *la migración*, que quién tenía papeles, nadie, hasta México, hasta Matamoros.

Miguel le preguntó si había aprovechado para ver a su familia pero no, dijo que se volvió a pasar con un coyote que le cobró 3,500 dólares, así que ahora debía aquí y allá, y si lo vuelven a cachar le van a echar cinco años de prisión. Cuando se fue este guerrerense decidimos ir a La Placita para comprar pan. Como ya estaba oscureciendo Chico dijo que llevaría un cuchillo por si nos salían unos *mollos*. Miguel le dijo “*tas loco*”, se lo arrebató y lo dejó sobre la mesa. Por el camino fuimos hablando de la familia, de los hijos; si para mí empezaba a ser duro no ver a mi hijo cómo sería para Miguel que ya llevaba meses por acá y le faltaban más para regresar. En la puerta de cristal de La Placita había un poster que anunciaba al grupo Intocable el 30 de enero.

La cajera me sonrió y yo a ella. Miguel se dio cuenta y me hizo burla. Afuera, frente a La Placita había un lote de autos usados.

–Mira esa *troca*, andaría quemando llanta –dijo Miguel.

–¿Harías eso? –le pregunté fingiendo asombro.

–*Pos* luego. Tres *morras*.

–¿Y Yolanda? –dije aguafiestas.

–Los encierro arriba.

Como diría Guadalupe, le salió lo “loquito”.

Mientras regresábamos, el cielo se había despejado por completo y nos acompañaba una hermosa luna llena. Chico se acostó sobre su cobija de dos vistas, la Guadalupana y la bandera de México, esta vez sobre la bandera y se puso a jugar con su celular. De pronto salió de su cuarto Silvano con una baraja e invitó a Miguel a una partida de conquián.

–Cáite, cáite –decía Silvano– *Pinche* olor de café. Valió *verga*.

–Ya me desperté –dijo Miguel y se rió porque había ganado– ahora sí.

–Sabía que iba a quedar un regalo ahí. Una *pinche* carta.

–A ver qué Dios dice –susurró Miguel mientras repartía una nueva mano.

–*Ira*, con éste gano. *Ira*, la otra. Yo pensé que este *güey* era la *pinche* sota.

–Ya me desperté con *coffee*, adiós sueño, ora sí –dijo Miguel al volver a ganar.

–Bien *puto cabezón* –decía Silvano– Yo [la] pasaba casi jugando esto, perdía y ganaba. Me faltaba como medio año *pa* agarrarme una colita y *pinche* restorán, valió *verga*. Una vez la dueña se cayó de la *pinche* puerta de la cocina, le vi los calzones. De las cajas, *güey*, de repente bien tendida la doña. Se le atora el *pinche* tacón y bien *agüitada*. El domingo en la noche le dije

bye. Me estaba dando trescientos dólares por semana, entraba a las 8 y salía a las 12 o una de la mañana. La *ruca* ya me tenía como su *pendejo*, su *pinche* esclavo.

De pronto tocaron a la puerta.

–¿Quién eres? –preguntó Miguel.

No alcancé a oír pero él sí porque respondió por la ventana:

–*No get a money* –luego volteó hacia nosotros y dijo:

–Son *pirujas*. Nunca han venido a tocar aquí.

–Ya van a venir –dijo Silvano.

–Yo sí quería el servicio –bromeé.

–Una negra –dijo Silvano emocionado, evocando sus curvas con ambas manos.¹⁰¹

–Todas las que viene a tocar son *pirujas* –dijo Miguel.

–A poco la de los tamales también –bromeaba ahora el de Toluca.

–¿Y si tienen SIDA? –pregunté.

–*Me vale verga*, me pongo un *gorro* o unos *chupirules*, la *culera* –responde Silvano al tiempo que se levanta a sacar un refresco del refrigerador.

Ahora la conversación da un giro hacia el cruce de la frontera y Silvano dice que él pasó hasta el tercer intento, que en el primero los agarraron:

–“¿Dónde está su *pollero*, agujetas, mochilas, armas, droga!” Éramos 14 *cabrones*, llega uno bien *puto* cansado. Empezamos a caminar a las 3 de la tarde. *Pinches coyotes*. Luego nos echaron los *putos* caballos. “Órale muchachos, suerte para la próxima, ahí nos vemos otra vez en el monte, ojalá pasen, échenle ganas”. Y la *migra* se quedó el tequila que llevábamos. *Pinche migración*. La tercera vez ya veníamos más pocos, otro intento y *a la verga, chingue su madre*. *Ora* nos pasaron otros *coyotes*. “No quiero ruido, si les digo se sientan, se sientan”. Ése era buena onda “¿Quieren agua, quieren un toque de mota?” Son *pinches* narcos también. Hasta las cuatro, un día *pa* pasar, dormimos en el monte, *pinche* frío, no te deja dormir. Parecíamos perros sobre una perra. Iba una señora, venía bien *jodido* de la gripa, ahí *se* descansó unos 15, 20 minutos. Ya caminamos. “Tiren las *pinches* mochilas, córranle”. Iba *hasta la madre*. Estaba el alambre y me estampé así –actúa como si rebotara– fui el primero que entró. Órale, jalen a ese *puto* viejo, déjalo, cárguenlo al *güey* o *sáquese a la verga, ojete, ¡jálele culero!* Y ahí vamos, arriba, ahí a

¹⁰¹ Según Davis (2010: 53), los estadounidenses también suelen hacer este gesto.

Phoenix, dos de la tarde nos sacaron. Los que van *pa* cada Estado, como los otros *güeyes*, 3, 4 cabrones. Pero ya, 2 mil *bolas*, “toma cambio”, 26 dólares, con eso llegué, *ya pues* esos *güeyes* saben. Está frío en enero, 17 de enero llegamos, *puto* frío. Ya jalen por donde quieran. Agarramos un taxi y ya salió el *jale*. Me tocó la *puta* nieve. *Ta* de la *chingada pa* andar en el monte. Pero ya como por el quinto cheque me sobraba hasta *pa* meter al *puto* banco. Cada 5 días mandaba 700, 800. A mí me querían *chingar* porque después mandaba 1500 dólares. “Trabajo en un restaurante”. “*Ay güey, ¿a poco sí?*”. Llegó a subir hasta catorce (el dólar), quince, mucho dinero.

Al principio Miguel no tuvo tanta suerte.

–De la *chingada* –dice él– no salía para más. La primera temporada, como *éste* –señala a Chico– nomás mandó como 300 dólares. Ahorita ya estoy ganando más o menos 420, 450. *Cuánto no va a salir*. Sesenta *baños*. A la valencia sobre 36 *baños*. Yo le he pegado a los 36 *baños*.

Mientras escucha la Z, Chico sigue jugando con su celular y no participa de nuestra florida conversación.

–Mañana no hay trabajo. Mañana van a *testear* para ver si pasan a la juguera –anuncia Silvano y se mete a su cuarto después de haber perdido unos cuartos de dólar jugando cartas.

Nosotros nos preparamos para dormir mientras recordamos aquel primer viaje de Chico a la Ciudad de México, cuando Tomás y Catalina lo llevaron a mi casa. Fue en el 2000, Chico era entonces un niño y aunque ahora es un adulto de 18 años, todavía tiene actitudes infantiles, como haberse querido llevar un cuchillo a La Placita.

5.5. *La vida en el Norte*

Desperté a las seis, todos seguían dormidos así que me volví a dormir hasta las siete. Mismo panorama sólo que ahora cantaba un gallo. Me levanté de todos modos y empecé por tomar agua. Aproveché que el baño estaba solo. Cuando salí, Miguel ya había puesto el agua a hervir para el café. Mientras lo tomamos le conté que todas las noches he soñado mucho y muy intensamente; como dijo José en Santa Fe, uno sueña que está en México. Si hubiéramos ido al trabajo ya estaríamos bien mojados o, peor aún, empanizados con la arena.

–Ahorita *ta* fresco, en el mes de mayo *ta* el calor, anda uno bien sudado. Mis vecinos me han preguntado si no estoy muy *morro* para levantar esa casa. Quieren hacer un cuartito pero no

pueden porque no tienen ni *pal* pasaje. Los vecinos siguen igual. Me dicen mis tíos que cómo le hice yo *pa* hacer esa casa. Echándole ganas, no me importa si está lloviendo. Salen 300 o 350 [a] la semana, le mando 200 a Yolanda. Chico mandó 300 en un mes. 800 dólares allá viene *saliendo* diez mil pesos.

–¿Hasta qué grado estudiaste?

–Primaria, tengo mi certificado. Chico nomás estudio como tercero.

–¿En Michoacán no te sirve?

–Hay muchas fábricas pero pagan poco, tres mil y feria. Ni me agüito, no soy el único, millones de *gente* están así. Mientras *que estoy* bueno y sano no *pido* más a nadie. Allá cuándo iba a poner esas puertas –se refiere a la herrería de su casa– 13 mil aquí los saco en un mes. Mi jefe, ése sí está ganando 600, 800 pesos por tocada.

–¿Don Tomás les llegó a pegar?

–Cuando no le hacíamos caso sí nos pegaba, agarraba un lazo. Sí nos ha pegado duro.

–¿Y aquí, nunca has tenido problemas con la policía?

–Nunca. *Un migración* no puede entrar en una *casa hogar*, mientras *que no haces* nada no pueden entrar. Yo he vivido diez, hasta once años. Llegué en el 2000 la primera vez a California, Salinas. *Más a lo cabrón*, ahí es el número uno de gente mexicana. Como 8 meses. Me vine *pa* Carolina 5 años. Veníamos en el *bus*, Florida, Michigan, regresamos *pa* acá otra vez.

Miguel aquí tiene una mica *chueca*. En la fotografía aparece su rostro pero dice Armando Márquez, sin embargo, en el trabajo le dicen “Tomás” porque la primera vez que vino lo hizo con su papá. Chico es aquí Edgar Manríquez pero le dicen “Cholomán”, como a su hermano Abelardo, por eso, porque se parecen.

Envuelto como niño héroe en su cobija de bandera mexicana, Chico empezó a despertar. Miguel dijo que compraron estas cobijas aquí, en el mercado de pulgas. Hoy que no hubo trabajo, después de unos panes y un café con leche, Chico se vuelve a meter a la cama. Eso sí, con el radio prendido. Desde la ventana se ve la camioneta de Luis, la cual está todo el tiempo parada afuera, hasta en los mapas de Google se puede ver, entre las calles de Esmerelda y Hargrave, y las avenidas Primera Sureste y Segunda Este. Sólo la usa para ir al súper porque no tiene licencia para conducir.

El día seguía nublado. En La Z simulan luchas a dos de tres caídas sin límite de tiempo para el clásico “sí, ¿por cuál votas?” Huracanes del Norte contra El Coyote, dos por cero. El

Coyote va arriba esta mañana. Afuera, un grupo de pájaros picotea la basura que no recogieron el lunes. El camión pasa los lunes y los jueves, ahora será hasta el jueves. Les pregunté si tenían que pagar.

–No pagas, se la llevan y ya –dice Miguel. No hay propinas, la gente deja su bote afuera y ya está –Por eso se pagan los *taxes*– añade.

Miro a mis amigos acostados mientras escribo. Silvano sale muy despierto, limpia la superficie de la mesa, saca del refrigerador unos jitomates, un chile y empieza a cocinar. Una garza blanca llega también a picoter las bolsas de afuera. En La Z sigue la lucha entre El Coyote y los Huracanes del Norte y del celular de Chico sale una musiquita: taran tan ta ta ta ta tá, ta rán tan ta ta ta tá. Silvano es bueno picando cebolla, sí le creo que trabajó en un restaurante.

–La vida en el Norte, carnal –dice Miguel mientras se deja caer en la cama.

–Ahí vamos –le respondo.

–*Al pasito duranguense* –dice como otras veces.

–Déjate caer, déjate caer –bromea Silvano también alegre.

Miguel se ha levantado y ahora llena una olla con agua para cocer las papas que trajimos del supermercado. Por fin sale el sol y nosotros sacamos a asolear “las computadoras” o sea los costales de la pizca, las botas y los guantes; todo lo que teníamos mojado.

Ayer, mientras veníamos de regreso le dije algo en purépecha a Miguel y no me contestó, se lo recordé y le pregunté por qué.

–Porque la gente piensa que estamos hablando de ellos, por eso aquí no hablamos tarasco, por eso hablamos puro español. Mi jefe se agarró con un señor, aquí anda todavía, se llama Andrés –días después nos lo encontraríamos.

Una vez que nuestros vecinos almorzaron nosotros hicimos papas con chorizo y cebolla y las comimos en tacos.

–*Daví*, ¿quieres oír unos purépechas? –me preguntó Chico.

–Sí, claro –le respondí mientras él sacaba un par de discos que se trajo de Michoacán. Uno de ellos era *Mirando al lago*, de Pedro Dimas, grabado en 2002 por Swing Cat, una disquera de Seattle, vaya sorpresa. Rafael Medina, el segundo violín, era el papá de Yolanda, la esposa de Miguel. El otro no traía caja, sólo decía La Deuda, un grupo de Cheranástico. Incluye una canción que tanto a Chico como a Miguel les gusta mucho, “Yoselina”. La letra dice que un

muchacho encuentra en California a una chica muy hermosa y para su sorpresa es de su mismo pueblo.

–El *vato* no sabía que era de Cheranástico –dice Miguel.

Les propongo dar un paseo por el centro, les digo que tal vez necesitamos un espejo, por ejemplo, pero Chico va más lejos y dice:

–Necesitamos *un* televisión.

Salimos a caminar hasta el centro de Arcadia, por lo que atravesamos la 17 ya que el centro está del otro lado. Vimos un mural con un rodeo y le tomé una foto a Miguel y Chico como si fueran parte de la escena, entre los vaqueros y el payaso.



Miguel y Chico mimetizados

Recorrimos las calles centrales y por primera vez no vi mexicanos a la redonda, también vimos la corte, el edificio más bello del pueblo, el único en su género por su tamaño y arquitectura. Ahí, en la corte fue donde estuvo detenido Efrén, según me cuenta su hermano. Resulta que intentó comprar cerveza pero ya estaba ebrio y como no se la quisieron vender, armó un escándalo y llegó la policía, salió a relucir su condición de ilegal y lo trajeron aquí, a este

edificio de piedra blanca y ladrillo rojo. Tuvo que ir “Satanás” a sacarlo porque él es residente. Si no hubiera respondido por Efrén un residente lo hubieran deportado, “pero llegó el rescate”, dice Miguel. Y Efrén que en Michoacán me había dicho: “A *mí* no; los que andaban borrachos en las calles”.

Después caminamos por la zona residencial. Un autobús escolar se detuvo a bajar a un niño. Mientras descendió, un par de señales se desplegaron a un costado del camión. Todo el tiempo las luces intermitentes estuvieron encendidas. Me empezaba a pesar lo lejos que estaba de mi familia, me preguntaba qué tanta falta podía estarles haciendo ahora mismo. Ver ese autobús escolar a las 14 horas me hizo pensar en mi hijo y en mi esposa. En fin, ya es martes, mañana miércoles seguramente iremos a la huerta de nuevo, ahí los días se pasan más rápido, pronto será jueves y así, para mí será cuestión de semanas pero para ellos será cuestión de meses porque, cuando aquí se acabe el trabajo, seguramente decidirán irse a Michigan a pasar la otra mitad del año en la cosecha de la manzana.

Miguel aprovecha el poco crédito que le queda para hablar a Santa Fe, pone el altavoz y puedo escuchar a Catalina, sin embargo, repentinamente lo quita y se pone muy serio. Malas noticias, de nuevo golpearon a Gilberto en Santa Fe. Esta vez los que pusieron una demanda fueron ellos. Por lo visto no ha terminado ese problema que a mí me huele a envidia, tal parece que, como los azande de Evans-Pritchard (1937), los purépechas tampoco soportaran ver el progreso de sus vecinos. O ¿será que Gilberto pone de su parte, que, como dijo Guadalupe, se pone “loquito”?

—Ahí está Efrén, es de sangre caliente, en Nueva York *le cantó un tiro a uno*, le rompió una silla en la cabeza. Hay mucho desmadre, hay muchos *coqueros*, mucho *malandro*, fuman piedra —dice Miguel.

Seguimos caminando, ahora de regreso. Miguel vuelve al tema de su entrada, de cómo el trabajo se terminó apenas dos semanas después de haber empezado.

—Te mandan por un tubo, un mes, cuándo vas a ver, de dos meses *pa* arriba sí. Lo bueno que los rancheros son *a toda madre*. Y no nomás éramos nosotros dos, un *chingo* de gente, nadie se regresó. Nomás quieren que cumplas con la ley. Ahí sí *va* a salir nuestros nombres, que venimos *contratado*.

—Por eso llegaron aquí, con “Satanás”.

–Ajá y está *de la chingada*, ya el pasaporte ya está sellado, todo ya. Y cuando llegas en la frontera te preguntan otra vez. Pasando dije, ya *valió madres*, ya estoy acá de este lado. Hay que salir para conocer otro tipo de gente, otras comidas, trabajo, salir adelante, ¿no?

–Claro.

–*Michoacanos* son más *cabrones* –dice mientras levanta el puño y lo lanza un poco hacia adelante con un gesto en concordancia con *cabrones*– Yo no llevo nada, poco, no mucho, *pa* qué, me van a *chingar*, no tengo papeles, no saben cómo anda sufriendo uno *pa* trabajar. *Necesita* estar bien *verga* donde quiera. *Ira*, mírame bien, aquí está mi licencia. Queremos pasaporte o matrícula consular. *Pinche* frontera hay muchos retenes, hay como 4 o 5 retenes –dice Miguel insatisfecho con la situación actual.

Ese día comimos piernas de pollo, cocidas y después fritas, con tortillas y salsa, todo acompañado con refrescos. Después Miguel y yo salimos a caminar y a comprar una tarjeta telefónica. Habló de nuevo a Michoacán. Mientras lo esperaba afuera del Family Dollar, un señor se bajó de una camioneta y me dijo “¿Qué pasa, *vale*?” De nuevo tuve la sensación de no estar en los Estados Unidos pero entonces, de otra camioneta, se bajaron dos americanos morenos. De pronto Miguel me extendió el auricular y saludé a mi viejo amigo Tomás, quien me dijo que se había mareado, que le había subido “*el presión*”.

–Cuando marco ahí en los públicos me dice que *no está existido*, que no existe, que no está disponible, ya me *chingaron 5 varos* los *cabrones* –dice Miguel después de colgar.

De regreso pasamos por la Iglesia Cristiana Pacto de Fe que está en la esquina de la calle Hargrave y la avenida Hillsborough. Su marquesina estaba en español: “Todos son bienvenidos”.



Iglesia Cristiana Pacto de Fe

De nuevo una luna enorme y hermosa nos acompañó de ida y vuelta. A un costado del rodeo ya estaban instalando la feria que empezaría el jueves. De regreso, en una bicicleta, pasó una chica muy sonriente y me dijo: “Hola”.

–Es piruja –dijo Miguel.

–¿Cómo sabes?

–Todas las que andan de noche son pirujas –dijo muy seguro.

Chico nos mandó un mensaje desde su celular:

–*Ya bencanse.*¹⁰²

Cuando llegamos, don José estaba afuera del tráiler. Don José es de Hidalgo, de Tenango del Aire. Nos confirmó lo que nos había dicho Mateo, a quien vimos pasar en una bici, mañana tampoco habrá trabajo. Ese día don José fue con otro *chivero* e invitó a Chico. Así que éste se va a ir de avanzada para ver cómo está la cosa. Así es aquí, si con uno no hay trabajo, te puedes ir con otro *chivero*.

¹⁰² Como en purépecha no existe el fonema /g/, Chico lo sustituye por /k/ y por eso escribe *bencanse*. La *b* por *v* no requiere explicación, sólo es una falta de ortografía.

En el tráiler estaba Silvano hablando de la situación:

–Aquí saco doscientos *putos pesos* –dice, a pesar de que se trata de dólares.

–*Homie*, ¿una Maruchan? –me ofrece Miguel.

–Catorce gentes en la /ben/ –dice Silvano– Nomás nos tocaba de a dos baños pero de a 400. Terminó la temporada y ya andaba con *ese* “Satanás”. Me *dio chance*, él sabe que yo *le pongo machín*.

–*Como quiera* van a tener que ir a pizarla.

–No, ya no –dice Miguel

–No *pus tuvo* bien.

–*Ese pollero* me daba buenos consejos –recuerda Miguel– La segunda vez si *van* a dejar a *sus mujeres*, ya no va a *ser igual* ese *pollero*. Estaba medio borracho, se *agüitó*, como que *estaban* saliendo sus lágrimas. “Ya mejor olvídate, ya *como quiera* ya pasó, piensa hacer algo, manda dinero a tu señora”. “El día que me agarren, ya ando entregado”. Ya *le* habían echado preso y los conocía aquí en Georgia. “No se me *agüite*, pónganse zapatos”. Fuimos al Wal-Mart, nos compraron camisa, pantalones. Ya desde esa vez me vino a dejar aquí el *vato*, ya no los encontró. Es más *chiquillo* que mi jefe. La señora hasta lloró. El mismo dijo [que] ya le había avisado a su señora que el día que no le hablara ya lo habían agarrado. *Le dieron chance*, ya les contó que ya estaba en *el bote*, la cosa es que ya no sabían nada de él. Todos los que son *coyotes* toman *a la droga a lo cabrón*, por eso no tienen miedo andar en la noche en el monte.

–¿Te ponemos despertador, Chico?

–Ya lo *poní*– Miguel se río.

–¿Cómo se dice?

–Ya lo puse, *isĩ arhikorhesĩndi* –(así se dice) le digo en purépecha.

–Tú sabes tarasco, Daví.

–*Jochka* (sí pues).

–¿Ya ves? –dice entre risas.

–*Iachka. Ji uekapiringa uandani sánderu peru sanititu, jo* (Ya pues. Yo quisiera hablar más pero un poco, sí).

–Ya no me responde, se tira a la cama a reír a carcajadas, parece que le estamos contando chistes, hasta manotazos da. Le pregunto a Miguel si lo dije mal.

–No, está bien –dice. Entonces me sale lo cruel y lo sigo “martirizando”:

–*Jucha pawani uandaaka puro purépecha jimbo* (Nosotros mañana hablaremos solamente en purépecha).

Ahora llora de la risa, como si le estuviéramos haciendo cosquillas, hasta Silvano que ya se había metido a su cuarto sale a ver qué pasa. De pronto Chico deja de reír y se queda súbitamente dormido, como un niño pequeño cuando se cansa de llorar.

5.6. Bolillos, mollos y mexicanos

A las seis se levantó Chico y se fue con don José. Nosotros nos volvimos a dormir pero no por mucho tiempo porque alguien llegó a tocar la puerta. Era “Satanás”. Yo le abrí pero me fui a meter al baño, traté de ponerme los lentes sin espejo pero no pude y tuve que salir a verme los ojos al retrovisor de la camioneta de Luis, al menos le saqué un provecho. Afuera me saludó un señor que, después supe, le dicen “El Zamora”.

–¿Ora no fueron a trabajar?

–No hubo *jale* –le respondí.

Se asomó Satanás y yo me metí al baño. Salí y seguían platicando afuera, no quise intervenir así que mejor me quedé a escribir en la mesa de la cocina. Después salió Silvano.

–Vino “Satanás” en la mañana, ¿*vea*? ¿Qué dijo?

–Nada, que si queríamos nos podíamos ir con otro. “El Cholomán” ya se fue. ¿A poco ya se está acabando?

–Se acaba hasta *el julio* –responde Miguel– Trabajo hay *a lo cabrón*, no *da abasto* la juguera, ya no saben ni qué hacer con tanta naranja.

Mientras desayunábamos Miguel contó su época de vacas gordas.

–Esa vez me dieron un paquetote, puros de a 20. Me dijeron: “No mandes tanto”. En Michigan sacaba mil doscientos a la semana, en ese *jale* me aliviané bien *chingón*. “¿Tú qué trabajas o qué, por qué mandas tanto?” *Un chingo* de preguntas, igual en México, *un chingo* de preguntas. Como quiera [a Yolanda] su mamá le ayuda, tienen tienda, le dan verdura, lo que necesite.

Miguel se levanta a echarle más agua a “los camarones”, como le dice él a los frijoles, de la misma manera que a los costales de naranja les dice “las computadoras”.

Yo también me levanto y me asomo por la puerta posterior del tráiler. Entonces reparo en que el tanque de gas es enorme, no es el cilindro que conocemos en México. En la parte posterior del terreno los vecinos han hecho una pequeña parcela y también se oyen sus guajolotes y sus gallos.

De pronto escuchamos una sirena.

—Ahí va el señor de la pistola —dijo Miguel.

A falta de trabajo, Silvano comentaba qué hacer.

—Yo voy a ir a la fresa, a ver qué *transa* porque con “Satanás” hasta el viernes o sábado. Son doce bloques, parece. Ya se está poniendo amarilla *la güey*. *Ta* lejos, es como una hora y media. Tardan un chingo *pa* llegar, y pagando *raite*. A ver qué sale, si no puro comer y dormir. Si no, le hablo también a don Cuco. Tiene *jale* a lo cabrón, *nomás* que es baratero. De menos cien *pesitos pal lonche* —dice Silvano aunque de nuevo se trata de dólares, no de pesos.

—*Pa* pescar es *nomás* con puro anzuelito, *tan* bien *chingones*, no tienen hueso casi. Bagras de esas bigotonas, yo sí conozco pero no tengo carro.

—Pescábamos, ¿sabes dónde?, en el corral, *pinches* mojarras. No, *ora* ya no, están *todo seco* los canales —dice Miguel.

—Son *cabrones*, lo sacuden y listo, son bien rápidos, trae a las hijas cargando.

—Va a estar *cabrón pa* llenar la *traila*.

—No, con la valencia va a estar de volada. Somos ocho, cuántos *putos* baños nos va a tocar, de a cómo nos va a tocar. A mí me va a tocar siete, diez, él nueve y yo ocho. Parece como melón.

—Así como andamos ahorita está *con madre*. Ya va a salir. Con eso *bástanos pa* nosotros —dice Miguel.

—*Ta* bien chingón.

Silvano se mete a su cuarto y, mientras se prepara para darse un baño, Miguel me dice:

—En estas *trailas* antes vivían *bolillos*.

Una vez que nos bañamos salimos a dar un paseo. Pasamos por los campos de beisbol. Había unos prisioneros del Estado arreglando las banquetas, Miguel me disuadió de tomarles una foto. Atravesamos por en medio del parque, estaba completamente vacío, era medio día y para la mayor parte de la gente era un día de trabajo, para Chico, sin ir muy lejos. Más adelante pasamos al lado de una escuela, había niños rubios, afroamericanos y mexicanos.

–*Bolillos, mollos* y mexicanos –dijo Miguel respectivamente. Más adelante estaba la casa donde vivieron cuando vino Tomás. Parecía abandonada, descolorida y llena de hojas secas; el sol había dejado poco del color verde que alguna vez tuvo. Después pasamos por la cara posterior del edificio neoclásico de la corte, donde Efrén estuvo cuatro días. Llegamos hasta el Meximarket y paramos a beber un refresco. Me sorprendió que hubiera Jarritos y bebí uno. Frente a nosotros pasó un tráiler lleno de naranjas. Quise tomarle una foto pero no me dio tiempo. Miguel me dijo que antes de que pasaran cinco minutos veríamos otro y así fue.



Tráiler de naranjas en Brevard Avenue

Volvimos a pasar por la corte y compramos tortillas en La Placita. A diferencia del Meximarket donde no me permitieron tomarle fotos a unas chamarras (después las tomé sin que se dieran cuenta), la chica de La Placita fue muy amable. Le tomé una foto a una con una Guadalupeana y las banderas de México y los Estados Unidos, la muchacha hasta me ofreció bajarla. “Qué amable –le dije– pero no es necesario”. Ya con las tortillas volvimos a “la casa”, como le dice Miguel. Un camión de tipo escolar repartía pizcadores. Miguel me dijo que eran contratados y residentes, que los *mojados* andaban en van.

En el tráiler estaba Silvano, quien ahora se quejaba del calor, pues no tenemos aire acondicionado, sin embargo apreciaba el hecho de no pagar renta pues no siempre es así.

–Aquí no pago nada de renta, con ventilador ya *como quiera* pero en California está más *chido* en los departamentos de dos pisos viven mexicanos y *bolillos* y *negros*. El único lugar donde pagué la renta fue en California, tranquilo con 4 o 6 *cabrones*. Uno me quería correr pero le dije: “yo no me voy a salir *nomás* por *tus huevos*” –dice Silvano y añade que en Nueva Jersey eran 20 en un departamento del que se salió porque

–Ya estaba *quemadísimo* –Alguien le avisó que pronto iba a llegar *la migra* y se fue.

–En Virginia sí estaba *pa* la chingada –dice Miguel– el baño estaba bien *jodido*, éramos como 50 *cabrones* *pa* un solo baño, andaba terminando de bañar[-me] como a las once de la noche. Ahorita *toy* feliz. Soy manzanero y naranjero a lo *cabrón*.

Apenas llegó, Chico encendió su radio, sonaba una canción de Espinoza Paz. Se quitó la ropa sucia y se metió a bañar. El baño es básico llegando del trabajo porque una gran cantidad de polvo le cae a los pizzadores; desprender las naranjas es como sacudirse el árbol encima.

Miguel y yo empezamos a comer, frijoles con huevos, tortillas, chiles jalapeños, salsa y agua de horchata.

En La Z escuché decir: “Yo soy tarasco, prójimo”. Se trataba de un tema de la Banda Limón, *un canción*, dijo Miguel.

–Maciza de puerco, uno noventa y nueve la *libra* –anuncian ahora en La Z, de nuevo con una medida inglesa.

–Van a hacer un *parqueadero* para la feria –comenta Miguel. Poco después vuelve a usar la misma palabra pero ahora a propósito de nosotros:

–Estamos *parqueados*.

Quiere decir que estamos parados pues no sabemos si mañana va a haber trabajo. Seguimos en las mismas, esperando que nos llame “Satanás”.

Durante nuestro paseo de hoy comentábamos que en este condado las autoridades se hacen de la vista gorda porque no hay americanos dispuestos a hacer este trabajo, como dijo Vicente Fox, “son trabajos que ni los negros quieren hacer”. Y es cierto, no he visto un solo afroamericano en este trabajo.

5.7. *Un susto en la 17*

Antes de meterme al baño le dije a Miguel:

–Ya son las cinco– Nos vestimos, hicimos los sándwiches, es más ni siquiera acabamos de hacerlos, Miguel cargó con un sándwich de mayonesa porque ya estaba pitando “El Chupacabras”, como le dicen a Fausto, nuestro nuevo *chivero*. Echamos a mi mochila latas de refresco, mi cámara y los guantes. Tomamos los costales y nos subimos a una van que se venía deshaciendo. Ahí vamos de nuevo, a otra huerta para hacer el mismo trabajo.

–No entienden los mexicanos –dice don José– cuándo *chingados* van a entender. Se pasaron dos años y ahí vengo detrás del *pinche coyote*. Me han agarrado caminando en el monte. “Tienes aquí tres veces, intentaste brincar tal día”. *Ta* en la computadora, no se borra, me deportaron. *Deportación*, es más, me dan cárcel. Me dieron diez años *pa* no regresar y cinco años si me agarran. No me agarraron *ahorita* que *brinqué*.

–*Somos bien necios* –dice Miguel– por lo mismo, por la necesidad; el hambre es *cabrona*. Va a ser el único país que nos *está* manteniendo, somos puros mexicanos *pesados*, no nos *rajamos*.

–Me tuvieron dos meses en el condado, dos meses en Atlanta, Georgia y hasta Tijuana. No *nomás* a mí, 150 cabrones, mujeres, todo parejo –dice don José.

La van termina de recoger a esta otra cuadrilla. Algunos viven del otro lado de la 17, unos más otros menos pero todos se tardaron. Tres pizcadores se subieron sin decir una palabra, Miguel me dijo que no sabían español, que hablaban mixteco. Era de noche y seguía siendo de noche una vez que Fausto recogió a todos.

–*Ta* cantando en *dialecto* –dijo Mateo, quien también vino con nosotros a esta otra huerta. Otro pizcador encendió un radio portátil y sintonizó La Z. Otros sacaban tortas de guisados. Paramos en la Cinco de Mayo, la tienda mexicana de los árabes. Compramos café con azúcar, crema y panes. Había cuernitos y estaban muy buenos. Regresamos a la van y de pronto, en la carretera había luces azules y rojas centellando.

Los pizcadores empezaron a bromear:

–*Es la migración*, ya salió gratis el pasaje a México.

Por un momento pensé que era cierto y se me hundió el estómago, incluso me llevé la mano al bolsillo para comprobar que traía la visa pero no, era un accidente, un tráiler de Walmart se había salido de la carretera, así como otro u otros vehículos, no vi bien porque rápidamente superamos el punto.

–Cada temporada veo uno, vi uno deshecho que se había peleado con su novia, *la tirada* era matarse, iba a 80 *millas*, *taban rebasándose* –dice don José.

Después del percance pasamos por la Orange Company y luego por una prisión. Finalmente Fausto se salió de la 17 y se metió por un camino de terracería. En esta huerta los canales eran más anchos, había mucha neblina, apenas empezaba a amanecer.

–Son *puros* michoacanos los más *pesados*, como éste, es dueño de las trailas, de todo – dijo Miguel mientras empezábamos a pizcar. Después de un rato teníamos los guantes empapados y las mangas también, hasta los codos. Como a las once por fin salió el sol, los árboles empezaron a vaporizar y nosotros nos fuimos secando poco a poco. Mateo platicaba con Miguel y conmigo.

–¿Cuándo te vas a la capital? –Me preguntó.

–El 29 –le respondí.

Después de un rato paramos para el almuerzo, regresamos a donde habíamos dejado la mochila y en la sudadera de Miguel vimos una araña anaranjada y peluda, como de terciopelo, horrible y hermosa a la vez. Mientras tanto sin que me diera cuenta, un mosco me había picado en una mano. Arañas, garzas, zopilotes, armadillos; hay mucha fauna silvestre aquí. Nos comimos los sándwiches con refrescos y seguimos pizcando hasta las cuatro de la tarde. Otra vez Mateo decía que lo estaba esperando su novia, que ya faltaba “*poquito*”. Ahora yo ya sabía que no era cierto, que era sólo por echar relajo.

–*Afiérrate* –dijo Miguel dándole ánimos.

–Ora sí *chiquitita*, *vente pa acá* –decía Mateo.

–Déjate caer, déjate caer –añadió Miguel.

Luego cambiamos de línea y entre los dos nos llevamos la escalera de madera, un poco menos pesada que la de fierro de la otra huerta pero menos segura.

–También hay de aluminio, esas escaleras *tan perronas* –dice Miguel. Claro, sí este trabajo lo hicieran americanos seguramente usaría escaleras ligeras de aluminio.

De pronto Miguel se cansó y yo le decía, “no desmayes, *homie*, no desmayes”. Seguimos y no paramos hasta las cinco. Entonces el *chivero* gritó: ¡Vámonos!

–En *Califas* puro campo, rábano, aguacate, fresa. Pero allá sí es puro agachado –dice Miguel, de la *chingada*. Un señor llegó *en* California, pensó que iba a poder trabajar. *La*

migración pensó que era jorobado, se quedó quebrado cuando pelearon con los de Quiroga¹⁰³ y *la migración* lo rodearon, todo, con el helicóptero, pensaron que traía armas, la segunda vez lo sacaron, que le habían puesto un fierro. Era de por allá por [la] sierra, hablaba tres idiomas inglés, *puré*, español. “Oye, ¿va a haber trabajo?” “Simón”, le dice, “pero tú, *cabrón*, cómo vas a trabajar, mírate tu espalda. Pero tengo *chamba* para ti”. Le compraron una bolsa, “tú vas a andar juntando la basura”. No la hacía [para] trabajar en el campo. Es vecino, es muy presumido el señor ¿*vea*? Ya después se *agüito* y se fue *pa* México.

Fausto estaba recogiendo las fichas mientras anotaba en un cuaderno el récord de cada pizcador. Miguel entregó nuestras fichas. Seis fichas, apuntó Fausto y tachó a Miguel por su apodo: “Tomás”. Se lo hice ver a Miguel y dijo:

–Ya *traigo* otro nombre, yo me llamo Armando Márquez, me van a querer chingar, yo por eso voy a trabajar con otro nombre– Una vez que todos nos subimos a la van, Fausto la encendió con un desarmador en vez de con una llave. De regreso éramos menos porque otros iban en otra van. Nos tocó un atardecer increíble mientras pasábamos por naranjales y naranjales, los tonos violetas se disolvían en grises a medida que nos acercábamos a Arcadía. Fausto repartió a los pizcadores no sin antes pasar por la Cinco de Mayo, donde compramos cigarrillos y papas a la francesa con chile. Chico ya había llegado y se bañó primero. Luego se bañó Miguel y por último yo.

Esa noche cenamos frijoles con chorizo y tortillas, muchas tortillas, así como refrescos, latas de sabor naranja, uva y Coca-Cola. Ya estábamos lavando los trastes cuando llegó don José, platicamos con él un rato y, una vez que se fue, los muchachos cayeron sobre sus camas, eso sí, mientras Chico permaneció despierto, La Z siguió sonando, una canción de Los Amos de Nuevo León que decía: “traigo ganas de pistear / yo me voy a ir a empedar / para sacarme una perra / que me vino a pagar mal”. Salí a fumar un cigarrillo y la luna seguía enorme, iban a ser las nueve de la noche. Terminé de escribir y me dispuse a descansar, había sido un día largo. Ya nos habíamos acostado cuando sonó mi teléfono. Era mi esposa y me dijo: “le voy a pasar a una personita”.

–Hola papá, estamos juntos con el corazón –No podía responderle a mi hijo, se me hacía un nudo en la garganta, esta vez la *emoción* fue más fuerte que cuando vi los trenes CSX, ahora

¹⁰³ Se refiere al conflicto Quiroga-Santa Fe mencionado anteriormente.

incluso había habido un cambio corporal pues no podía hablar (James, 1989: 143). Finalmente pude y le dije que ya faltaba poco tiempo.

5.8. *Los locos de América*

A las cinco sonó mi despertador. Nos alistamos y salimos rápido, no hicimos esperar a Fausto como los otros pizcadores que, tal parece, su despertador era el claxon de la camioneta. En la parada del cafecito Miguel compró también gorditas de pastor, y sí que estaban gorditas, eran más grandes que las de México. Esta vez los mixtecos no prendieron el radio pero Miguel le pidió una canción a Mateo y éste se puso a buscar temas en su teléfono. Cuando ya íbamos llegando, el parabrisas de la van se cayó y entre Fausto y el copiloto lo detenían con las manos para no perderlo.

–Ya avienta *a la chingada* esa madre –dijo Mateo.

Una hora después estábamos llegando a la huerta, seguramente ya estábamos en el siguiente condado, en Hardee. Esta vez no estaba nublado, así que nos aplicamos mientras bromeábamos acerca de la falsa boda de Mateo.

–No te vayas a mojar, *agarras* un resfriado y adiós novio –le dijo Miguel.

Mateo decía que su luna de miel iba a ser en Cancún, que iba a llevar “grupos *pesados*”, que iba a invitar a todo el mundo. Como la canción de La Z se me había quedado pegada se me ocurrió hacerle una broma a Miguel y le dije muy serio:

–¿Qué crees, *homie*?

–¿Qué? –me preguntó poniéndose serio él también.

–Traigo ganas de pistear.

Mateo conocía la canción y también a él le dio risa.

–Ya te *tas imponiendo pa* pizcar, *¿vea?* –Me dijo sonriente.

En ésas estábamos cuando repentinamente empezó a llover. La gente corría entre los naranjos y como no había ningún techo nos refugiamos en la van y ahí almorzamos. Mateo nos cambió algunos sándwiches por tacos. Junto a nosotros estaba un hombre rapado y con un gorro en forma de dedal. Un tipo raro que no hablaba nada con nadie y tenía cara de matón. Probablemente lo era, quizás estaba aquí escondiéndose, quién sabe, a lo mejor sólo era su apariencia y en el fondo era un buen hombre. Fausto pidió una pluma y yo le presté la mía, la usó

para registrar las fichas y me la regresó. La lluvia hizo que el trabajo se acabará más temprano y nos regresamos así, con el parabrasis sobrepuesto con *gaffer*. De nuevo, el *chivero* repartió pizcadores. Noté que los mixtecos no sólo no saludaban, tampoco se despedían, sólo se bajaban y ya. ¿Será que realmente no hablaban español? ¿De veras serían **monolingües**? Llegamos a Arcadia temprano, como a medio día, apenas llevábamos dos y medio baños cuando empezó a llover. Ese día Chico no fue, como si supiera que iba a caer un aguacero.

Apenas nos habíamos bañado cuando llegó “Satanás” con los cheques de la semana pasada y nos llevó a cambiarlos al Meximarket, de modo que se hizo en la tienda mexicana una fila de pizcadores. Les tomé una foto con el teléfono porque la vez pasada que saqué la Nikon me pidieron que no tomara fotos de unas playeras con estampados “mexicanos” que esta vez, aunque fuera de foco, sí conseguí retratar, chicas con sombreros de charro y senos enormes a punto de salirse del escote, cholos y guadalupanas.



Playeras en Meximarket

De nuevo elegí un Jarrito, ahora de guayaba. Chico trituraba unos cueritos de cerdo fritos y sabrosos pero duros como las piedras, sólo comí uno, pensé que podía romperme un diente con ellos. Las mordidas de Chico me recordaron al Mascarrocas de *La historia interminable* (Ende,

1979). Del Meximarket, “Satanás” nos llevó a La Placita, a esas horas no estaba la cajera bonita pero estaba otra chica no menos agradable. Miguel compró tortillas. “Satanás” nos llevó de regreso al tráiler, donde nos preparamos para lavar la ropa.

En el camino hacia la lavandería, pasando la avenida Hillsborough, nos encontramos con “El Maruchan”. A diferencia de nosotros, él dijo que no había buscado otro trabajo ahora que no nos ha llamado “Satanás”. Miguel le preguntó por qué.

–*¡Pa qué?* –respondió sin mucho afán, lo cual me sorprendió porque los demás pizzadores rápidamente buscaron otro *chivero* cuando “Satanás” dejó de llamarnos.

Más adelante vimos a un señor que, a pesar de ir en una bicicleta, llevaba botas tejanas, y a pesar de las botas, usaba una gorra de beisbolista. A esta curiosa combinación se sumaba un bigote delgadito, recortado con esmero. Miguel lo saludó y el señor se detuvo a conversar con nosotros. Mientras platicamos con él noté que le faltaban varios dientes. Decía que ahora estaba con otra señora, “una *molla*”, según él, “muy buena gente”. Después, en la lavandería, Miguel me dijo que con este señor fue con el que se peleó su papá porque les dijo “pinches indios”.

Nos volvimos a encontrar con “Satanás” y fue él quien nos trajo a la lavandería en su van blanca. Pusimos la ropa en las máquinas, depositamos las *coras*, como dicen ellos, y nos sentamos sobre las mesas donde se doblan las prendas. Después pasamos la ropa a la secadora y salimos al estacionamiento, ahí estaba “La Yujuyuju”, la mujer que vive enfrente de nosotros y de la que Chico dijo: “está loca” y, según Miguel, vive de una pensión del Estado. Ya es una mujer mayor, usa unos lentes de vidrios gruesos y una cinta en el cabello al estilo *hippie*. Y sí ha de estar loca porque se paró frente a unos mexicanos que estaban sentados en el suelo, se alzó la falda y les mostró los calzones. Nosotros nos mirábamos con caras de interrogación mientras ella se alejaba por el estacionamiento como si nada, dándole vueltas a un bastón; he aquí los locos de América, pensé. Regresamos a la lavandería, ahora había un americano rubio, alto y gordo, con un sombrero tejano de terciopelo verde y sin camisa pues se la había quitado para lavarla también. Pensé hablarle pero tenía cara de pocos amigos y mejor no lo hice. Salimos con la ropa limpia y compramos aguacates en el puesto de verduras que está a la entrada del mercado de pulgas.

Regresamos al tráiler y empezamos a cocinar. Repetí el guisado que tanto les gustó la vez pasada. Como no teníamos desinfectante sólo enjuagamos el cilantro, primero con agua del pozo y luego con la que bebemos, la de la llave de La Placita. Nos quedó bien, además, nos comimos

una chuleta cada quien, frijoles y decenas de tortillas. Quedamos más que satisfechos. Luego fumamos Marlboro blancos de 4.95 dólares mientras estuvimos platicando afuera.

–Va a venir la amnistía –dijo Silvano muy seguro y contó que en Nueva Jersey había trabajado en la construcción, en la basura y en un restaurante. Miguel contó que cuando vino Efrén por primera vez vendieron una vaca, la última que les quedaba de tres pues a la primera la atropellaron en la carretera y la segunda se empachó comiendo nopales, así que ésa era la última esperanza.

Silvano dijo que en la construcción “le *coyoteaba*” porque

–La carretilla pesaba un *chingo, la güey* –Quise grabarlo pero, apenas saqué el teléfono, se pusieron a jugar con quién y ya no hablaron más del tema. Tan pronto como guardé el celular volvieron al asunto, me sentí como la patrulla fronteriza, así que volví a mi técnica laboviana. Miguel dijo que los mexicanos no entienden y que seguirán pasando siempre. Silvano concluyó:

–Si deportaran a todos los mexicanos la fruta se iría *a la verga* –Después, cuando dijo que al presidente Obama no lo dejan hacer nada, irreverente, se refirió a él como “ese *güey*”.

5.9. Una peluquería improvisada

Al día siguiente repetimos la misma rutina: preparar el almuerzo y alistarnos para salir en cuanto Fausto tocara el claxon. Tan pronto como llegó nos subimos a su desvencijada camioneta con la mochila lista y “las computadoras” al hombro. Después recogimos o más bien despertamos al resto de la cuadrilla e hicimos la escala en la Cinco de Mayo por café y pan. Miguel ya se aficionó a los cuernitos y ahora les dice “los cuernudos”. Y es que no serán los de una *boulangerie* parisina pero tienen su encanto. Esta vez también llevamos unas barras rellenas de mermelada. Empezamos a pizcar como a las 7 de la mañana y trabajamos duro como hasta las 11 y media. Entonces nos almorzamos los tacos de huevo con chorizo que llevábamos. Regresamos a la labor y Miguel me preguntó qué trabajos eran los mejor pagados. Le dije que los cantantes, como Luis Miguel, ganaban mucho dinero, lo mismo que los actores de telenovelas. Fue lo primero que se me ocurrió. De pronto escuché un fuerte golpe en una tina. Miguel había azotado una naranja que se reventó dejando una mancha en el plástico negro de la tina.

–Espérate, *homie*, no hagas jugo –le dije– ¿por qué te enojas?

–Porque soy pobre –me acordé de Mike, el de Punta Gorda y le dije:

–Bueno, podría ser peor, podrías estar en la cárcel o enfermo.

Cuando regresamos, luego del indispensable regaderazo, me puse a escribir sobre la mesa y Chico se paró a un lado de mí a ver lo que escribía. Me preguntó si sabía escribir en purépecha. Le dije que sí pero como que no me creyó porque me volvió a preguntar si no era muy difícil. Le dije que era hasta más fácil que escribir en español pues no había c, k y q para el sonido /k/ sino sólo k. También le dije que había idiomas más difíciles, como el francés, donde *mucho*, /bo'ku/, se escribía *beaucoup* o agua, /o/, se escribía *eau*.

–¿Cómo se dice agua? –me preguntó.

–/o/ –le respondí y de nuevo empezó a reírse a carcajadas.

–¿Cómo?

–/o/ –le dije de nuevo, exagerando el redondeamiento, lo cual le daba todavía más risa.

Una vez más, las carcajadas de Chico hicieron salir a Silvano de su cuarto quien apareció con una sonrisa, sin embargo, su compañero de cuarto tampoco salió en esta ocasión.

Cuando Chico se cansó de reír encendió su radio y se puso a jugar con su celular como otras veces.

Esa noche sentí más frío, tanto que en la madrugada me levanté a ponerme las botas. Chico debe haberse dado cuenta porque al día siguiente me preguntó:

–¿Pasaste *con* frío anoche *vea*, *Daví*?

–Sí, *homie* –le respondí.

En la huerta, conforme avanzaba la mañana, el frío cada vez era más soportable y finalmente salió el sol. Fausto llegó hasta nosotros arriba de la *chiva*, levantó el *baño*, lo vació y volvió a dejarlo en el suelo, entonces lanzó una ficha azul (las de “Satanás” son amarillas y dicen “Diablo”) ¡tras!, sonó en el vacío de aquella gran tina. Al final, los pizcadores devuelven las fichas al *chivero* quien, cuaderno en mano, anota los baños que cada pizcador lleva.

Por la tarde, Miguel ya no quería terminar “la secundaria”. Dijimos que seis baños representarían la primaria y dos más, primero y segundo de secundaria. Una vez que lo logramos lo animé a terminar el “tercero de secundaria”. Chico llegó cuando estábamos en ello. Él ya no quería moverse, en vez de ayudarnos nos tomó una fotografía, luego se sentó a vernos mientras se comía una naranja. Finalmente lo logramos y salimos de la huerta satisfechos. El camino de regreso de nuevo fue un regalo; una puesta de sol increíble.

Paramos en la Cinco de Mayo y compramos mollejas empanizadas, sazonadas con romero y doradas en aceite. Se les podía agregar salsa Valentina o salsa Tabasco. Contrario a lo que pudiera pensarse, estaban muy buenas. Pero sólo fue una botana porque más tarde pediríamos pizzas de Domino's.

Como siempre, apenas llegamos, Chico encendió su radio. Miguel pidió las pizzas por teléfono. Nos comimos tres. Cuando estábamos terminándonos la última llegaron Silvano y Luis.

–¿No que Luis no manejaba? –le pregunté a Miguel al ver por la ventana que el oaxaqueño venía conduciendo.

–*Nomás* aquí –me respondió. Entraron con sus compras semanales y Silvano acomodó los víveres solo pues, como siempre, Luis se metió a su cuarto. Chico se acostó con su radio en la almohada y nosotros nos quedamos platicando con Silvano. Nos contó que la segunda vez que entró a los Estados Unidos lo hizo escondido debajo del asiento de un coche de modo que cuando bajó estaba tan entumido que no podía caminar. Miguel contó su propia experiencia. Dijo que en una ocasión pasó después de tres intentos. Cada vez quedaban menos, hasta que finalmente pasaron los más persistentes. También confirmó lo que había dicho Silvano, que los agentes de la patrulla fronteriza les decían: “más suerte para la próxima muchachos. Mañana nos vemos otra vez allá en el monte”. Y en efecto, al día siguiente lo intentan de nuevo. Sin embargo Tomás, después del segundo intento, decidió regresarse.

–Ya era mucho sufrimiento para él –dijo Miguel.

Como la vez pasada, estuvimos hablando de Obama y también de Bush, así como de las muchas religiones que hay en los Estados Unidos. Había una buena charla sobre la mesa y sin embargo ni a Luis ni a Chico les interesaba. Chico nos oía pero escuchaba su radio y jugaba con su teléfono, mientras que Luis veía canales latinos en su televisión. Miguel y yo seguimos fumando los Marlboro blancos, un cigarrillo, una Coca-Cola y otro Marlboro. Nos acostamos como a las diez, muy tarde para las costumbres de este tráiler. La temperatura había bajado notablemente pero yo aún no sabía que ésa sería la peor noche que habría de pasar en materia de frío. La cobija que hasta entonces me había servido muy bien ahora no me abrigaba nada. Estaba en posición fetal, los pies se me helaban, el plástico del colchón parecía estar mojado. No podía dormir. Como a las 5 también despertó Miguel y prendimos la estufa unos minutos, mientras tanto me puse otro par de calcetines encima de los que traía. Temí pescar un resfriado. Pero no, afortunadamente no nos enfermamos.

Como era domingo despertamos tarde, alrededor de las 9:00 de la mañana.

–Ándenle, ya no van a querer hacer nada –nos dijo Miguel. Yo empecé por tomar agua. Estaba tan fría que antes de beberla la pasé por la estufa unos segundos. Y como ya había salido el sol, me senté en la puerta del tráiler y puse los pies a asolear pero no se me calentaban, los seguía sintiendo adoloridos.

Pasó entonces la señora de los tamales en su camioneta Windstar. Le compramos tres, esta vez le habían quedado mejor. Preparé café y ése fue nuestro desayuno, un tamal y un café. Seguimos afuera tomando un sol que no sólo ya calentaba sino que ahora empezaba a volverse abrasador. Miguel habló por teléfono con “Satanás”. Éste le dijo que había ido a la huerta pero que lo llevaría a comprar víveres más tarde. Pensamos que sería hasta la tarde así que buscamos una actividad, se me ocurrió aceptar la oferta de Miguel y probar su talento como peluquero. Con un bolsa de basura improvisamos una bata de peluquería y a falta de sillón giratorio me senté sobre el retrete. Me pasó la máquina del número 5 y luego las tijeras. Silvano se asomó a nuestra improvisada peluquería, se rió y se fue. Miguel me dejó bastante bien, dijo que le corta el pelo a su papá y a todos sus hermanos.

–Quedaste al puro *putazo* –dijo.

Barrimos el baño, me bañé y fuimos con Satanás al *Save a Lot*.

En este supermercado había americanos güeros y morenos, muchos mexicanos y una que otra mexicana. “Satanás” no entró al súper, nos esperó en su camioneta. En el camino me llamó la atención que dijera: “*haiga* o no *haiga* trabajo”. Hicimos muy buenas compras, carnes, panes, jugos, leches, salchichas, queso.

De regreso, sobre la calle Hargrave, vimos un borracho tirado bajo la sombra de una palmera, cerca de las canchas de beisbol. “Satanás” dijo:

–Levántate que ahí viene la *polecía*.

Nos dejó en el tráiler y por primera vez me dirigió la palabra, pude ver entonces que tiene algunos dientes de platino y otros no los tiene.

–¿Qué le está pareciendo La Florida, don?

–Muy bien aunque pasé frío anoche.

–Así que se espantó con el frío *acá* el joven.

Mientras “Satanás” se alejaba, un señor pasó en una camioneta vendiendo pescado. Miguel le compró tres mojarras grandes y bonitas. Silvano también compró y las empezó a guisar

de inmediato. Nosotros ya teníamos un picadillo, así que las dejamos para después. Con jalapeños y tortillas, muchas tortillas, nos comimos nuestro guisado. Después salimos al *fleamarket*. Le tomé una fotografía a Miguel. Vimos lo mismo que la vez pasada, películas, discos, ropa, herramientas y también al segundo borracho del día. Éste caminaba dando tumbos, a un costado de la 17.



Miguel en el *fleamarket*

–El señor de la pistola se lo va a llevar –dijo Miguel. En el estacionamiento que está afuera de la tienda Huetamo vimos a la “Yujuyuju” bebiendo con unos mexicanos, sentados todos en el suelo. A uno de ellos incluso lo abrazaba. Entramos a la tienda, esta vez vi las películas con más calma: Pedro Infante, Tin Tan, Valentín Trujillo, los hermanos Almada, Luis de Alba, Alfonso Zayas, Sergio Goyri... Luego, también detenidamente, vi los discos, muchos de Los Bukis, Los Temerarios, Liberación, Rigo Tovar. El Tri, Charly Montana, Arjona, Yuri... En las paredes estaban extendidas las cobijas con San Judas Tadeo, la Virgen de Guadalupe, el Ángel de la Guarda, la bandera de México... También había botas, sombreros, guantes para pizar, cinturones, hebillas...

Afuera, con un pie recargado en un poste, Miguel observaba el horizonte. Me asomé al salón “El Mexicano”. Mesas de billar, una barra desierta, poca gente. Los propietarios eran dos

homosexuales y Miguel me dijo que por eso no le gustaba entrar ahí. Chico se comunicó a Santa Fe desde el teléfono público que estaba afuera del salón. En la puerta había un anuncio que decía: “Alejemos a los niños de las pandillas”. Cruzamos la carretera y entramos al Family Dollar, Miguel compró un marco para la foto que le traje del día del bautizo. Tenía sus dudas pero yo no, sabía que le quedaría y le quedó. Es la foto de toda la familia en Santa Fe, con el Tzirate de fondo, la que está al final del capítulo III.

En el Family Dollar, una muchacha afroamericana que trabajaba ahí me dijo:

–Excuse me, your bag has to be at the front.

–OK –respondí y simplemente me fui a la entrada y esperé ahí a Miguel. Pagó y salimos de la tienda. Aunque compró ahí su marco, Miguel dijo que en el Family Dollar vendían “puras chingaderas”. Después se puso a hablar por teléfono ahí mismo, afuera del Family Dollar, y colocó el marco que acababa de comprar encima de la caseta. Y habló y habló largos minutos, o así deben haberle parecido a aquel hombre que se sentó en el suelo a fumar y nunca pidió el teléfono, sólo esperó. Miguel incluso me pasó a Tomás y hablamos de su salud un par de minutos. El hombre en el suelo se prendió otro cigarrillo. Yo tomé una foto de los pósters que anunciaban bailes. Activé la grabadora de voz del teléfono y bromeando me acerqué a grabar a Miguel por unos segundos, me reí y me alejé pero ni así colgó. El hombre en el suelo terminaba su segundo pitillo. Chico y yo nos sentamos a platicar en la banqueta, me contó por qué huyó de la escuela, dijo que su maestro lo jalaba de los cabellos. Vimos a un señor vendiendo tamales en un carrito de supermercado, le compramos con la intención de tomarle una foto y sí se la tomamos pero no salió bien. Regresamos con tres tamales y Miguel seguía hablando. Llegó Mateo en una bicicleta y Miguel seguía hablando por teléfono. Contó que una vez, unos menores les abrieron el tráiler y les robaron una camioneta. Aunque la policía los arrestó, los volvieron a dejar libres por su corta edad. En su narración, Mateo dijo algo que me pareció interesante y me propuse escribirlo como lo venía haciendo con tantas expresiones y frases pero esta vez, cuando llegué al tráiler y saqué mi libreta no pude recordarlo.

Finalmente Miguel colgó y dejó el marco sobre la caseta, ninguno de los cuatro, ni Mateo ni nosotros, nos dimos cuenta. Para el hombre que aguardaba por el teléfono debe haber sido una especie de compensación por su larga y paciente espera o quizá él tampoco lo vio. De regreso pasamos por otra tienda y centro de envíos. En una pantalla estaba la transmisión del partido Tigres vs América por Univisión. Mis amigos compraron pantalones usados por dos y medio

dólares. “De trabajo” decía una hoja de papel encima de ellos. Afuera, en el sitio de taxis preguntamos por el costo de un viaje a Punta Gorda. Cuarenta dólares, me dijo un señor y me dio una tarjeta: *Randy’s Taxi. Con las mejores tarifas*. Era la mitad de lo que me había costado llegar.

Regresamos ya sin sol pero todavía con luz. En la esquina del árbol que, según Chico, parece tener “chichis”, había una pequeña fiesta con globos y regalos, parecía un cumpleaños. Ahí estaba don José comiendo en un plato desechable, sobre el cofre de un automóvil. Una vez en el tráiler nos pusimos a freír las mojarras. Nos las cenamos con tortillas, jitomate, cebolla y salsa. Hasta entonces Miguel se acordó que había dejado el marquito para la foto de su familia. Le propuse ir a buscarlo pero me dijo que ya era muy tarde. Ni modo, sólo le costó un dólar.

Le volví a tocar el tema de la escuela a Chico pues estaba muy interesado en los métodos de su profesor. Dijo que el maestro se llamaba Feliciano y añadió:

–Ese cabrón me *haciaba* llorar.

–¿Y por qué? –le preguntó Miguel sin dejar de sonreír.

–Me jalaba *los pelos*.

–¿Y por qué? –Insistió Miguel socarrón.

–Porque no le hacía caso.

Chico preparó su almuerzo para el día siguiente. Como usamos trozos de papel aluminio en vez de platos no lavamos trastes. También nosotros preparamos el almuerzo, sándwiches, *muffins*, refrescos y plátanos. Yo también intenté comunicarme con mi familia pero no los encontré, así que nos fuimos a acostar. Pero mi vibración llegó hasta México porque mi esposa me marcó a las diez. Para ella eran las nueve pero aquí ya todos los *homies* estaban acostados y las luces apagadas. Yo casi soñaba cuando sonó el timbre de mi teléfono.

5.10. “Satanás” era un buen hombre

A las cinco despertó Miguel, luego yo, nos vestimos, tomamos “las computadoras” y estuvimos listos antes de la seis. Finalmente regresábamos con “Satanás” y éste llegó como a las 6:10. Esta vez éramos quince en la camioneta. En La Placita no compramos panes porque ya llevábamos los *muffins* que habíamos comprado en el Save a Lot pero sí café y otros guantes porque nuestro vecino, el tipo rapado y con un gorro, el que vive en el siguiente tráiler con “El Zamora”, movió

los costales para acostarse en la camioneta de Fausto y con ello mis guantes se salieron del costal y se quedaron en aquella destartada van.

Mientras mezclábamos nuestros cafés, el salvadoreño dijo no tener para el suyo. Yo estuve a punto de invítárselo pero Miguel me dijo que era “*puro cotorreo*”.

Aunque llegamos a la huerta ya con luz, una luna menguante seguía brillando en el cielo. “Satanás” sorteó números para asignar diferentes secciones a los pizcadores. Yo mismo saqué de su gorra un 8. Así que Miguel y yo fuimos como jesucristos cargando la pesada escalera de hierro, hasta la posición número ocho.

Empezamos a pizar y de repente llegó hasta nosotros “Satanás”. Debe haberle dado ansiedad verme porque me pidió el costal y en un santiamén y sin guantes lo llenó de naranjas. Me dio una clase al tiempo que me contaba que pasó 12 años pizcando y que ya llevaba 6 de *chivero*. Me dijo que era de Querétaro y que no estudió, no porque le jalaran los pelos como a Chico sino porque le quedaba lejos la escuela, además llegó ya grande y los niños le hacían burla, así que mejor la dejó. Se fue a seguir levantando *baños* llenos de naranjas y después regresó con nosotros. De nuevo me pidió el costal y volvió a llenarlo mientras me explicaba que son siete palancas las que hay que operar en *la chiva* y que se necesita una licencia para manejarla, además de la de conducir, indispensable para poder llevar gente en la van. Don Rubén, como realmente se llama es una buena persona. Como los policías de la aduana, me preguntó que hacía yo en México. A estas alturas ya nada decía del tráiler o de que estuviera yo ahí, en la huerta. Creo que le caí bien porque estuvo un buen rato con nosotros. Después volvió a lo suyo y Miguel y yo seguimos hasta el primer *break* para una soda y un plátano. Continuamos quitándole el peso a los árboles hasta la hora del almuerzo, entonces comimos los sándwiches con los últimos refrescos y agua. “Satanás” nos echaba sus fichas amarillas en los *baños* que descargaba. Seguimos con la idea de que cada *baño* era un grado, de modo que Miguel ya iba en la preparatoria y no sabía qué carrera escoger, se preguntaba “¿abogado?, ¿agrónomo?” Seguimos en la labor hasta que la gente empezó a retirarse. Chico fue uno de ellos, erróneamente porque después lo regañaron. Silvano se tiró debajo de un árbol. Don Pedro se acostó también. Otros pizcadores y nosotros seguimos hasta que regresó “Satanás” y le dijo a Miguel que qué pasaba con el “Cholomán”. Miguel le respondió:

–Pues *regáñelo usted*, a mí ni me va a hacer caso.

Para nuestra buena suerte, nosotros seguíamos afanados, *afierrados*, como decía Miguel. Llenamos nueve baños, bastante bien. Es más, dejamos empezado un décimo. Ahora sí, ya era justo salir, tomé algunas fotos de los pizcadores al atardecer.



Don Wence

De regreso, ver tanto espacio me hizo pensar en la inmensidad de los Estados Unidos y vino a mi mente aquella canción de King Crimson que dice “*she sleeps in a chair / in her sad America*”.¹⁰⁴ De pronto, después de los naranjales y las vacas ya estaba a la vista el único semáforo que me dijo el piloto de aquel Greyhound, bueno, de hecho eran varios aparatos los que colgaban sobre la carretera, pero se trataba de un solo crucero, entre el Burger King –al que nunca fuimos– y la gasolinera CITGO. Paramos en la Cinco de Mayo y de nuevo compramos mollejas, eran correosas pero sabrosas. En el camino, Luis venía molestando al salvadoreño, me sorprendía que éste no le pusiera un *hasta aquí* o como dirían ellos, un *chingadazo*. Que si su teléfono era *chafa*, que si lo había comprado en las pulgas. Al llegar, Miguel le dijo a Chico lo que nos había dicho “Satanás” y éste se enoja y le gritó:

–¡Yo no le puedo *chingar* como tú le *chingas*!

Le pedimos su mica y su tarjeta de seguridad social, esta última ya la tenía rota. Su hermano tenía razón al regañarlo. Ya caminando hacia la carretera 17, Miguel me dijo que Chico

¹⁰⁴ “Mate Kudasai”.

se comportaba como un niño, que no dimensionaba donde estaba parado y que eso de haber dejado su pasaporte en la mochila que se llevó Joel realmente lo había hecho enojar. Tenía razón, él que se ha jugado la vida pasando de *mojado* sabe y aprecia lo que es estar acá, pero Chico no. Miguel tiene la hipótesis de que el radio prendido todo el día no lo deja pensar. Llegamos hasta la caseta donde Miguel olvidó el marquito para la foto de su familia. Obviamente, un día después, ya no estaba, así que entramos al *Familly Dollar* por otro igual.

Después paramos en otra tienda similar a la Huetamo, botas, sombreros, hebillas, discos de los Bukis y ese tipo de grupos, envíos, fax y fotocopias, lo que necesitábamos.

Le di a la chica la tarjeta de Chico en dos partes y me preguntó.

–¿No quiere que la pegue con *tape*?

–Sí, por favor, estaría muy bien.

Ni siquiera le puso cinta, la pegó de tal modo que ya no se veía rota. Le di las gracias y me despedí de ella.

De regreso vimos cómo soltaban desde lo alto a un grupo de personas sujetas alrededor de un gran cilindro. Le dije a Miguel que los escucharíamos gritar pero no, éstos no gritaron como los de Chapultepec. Ya están funcionando los juegos de la feria, *las atracciones*, como les dicen aquí.

Regresamos al tráiler y tomamos un baño. Silvano estaba cocinando carne de cerdo. Cuando Miguel salió del baño entré yo. Al salir, vi que Silvano estaba destazando un armadillo, con dotes de carnicero le quitaba rápidamente el caparazón. Así que era cierto, yo había oído algo de un armadillo pero pensé que era una manera de llamarle al cerdo que estaba cocinando, así como Miguel le decía “camarones” a los frijoles o “computadoras” a los costales. Curiosos, los tres veíamos como lo hacía, al final dejó los trozos limpios de garras, cola y piel en el refrigerador.

–¿Los trajiste guantes, Daví? –me preguntó Chico y mientras le contestaba escribí su pregunta, pues me había parecido un **punto rico**, entonces sonó un teléfono.

Miguel habló con Catalina en purépecha, ¿qué podría ser?, ¿por qué habría llamado a estas horas?, acabábamos de acostarnos. No entendí que decía, sólo los **préstamos banco, siete mil, catorce mil, veinte mil pesos** y el *OK* del inglés.

Se le acabó el crédito y le ofrecí mi teléfono. Miguel dijo que en Santa Fe un hermano de Catalina quería vender a escondidas un terreno que le toca a ella y que hasta le pegó por eso. De

nuevo habló a Michoacán y me pasó a mi compadre Gilberto. Éste hablaba despacio, como si estuviera borracho. Hablábamos en español y él se tomaba su tiempo para contestarme, no parecía preocupado por los costos de las llamadas ni por la hora.

Al día siguiente, la luz del sol empezaba a iluminar la huerta cuando llegamos. Como otras veces, los pizcadores estaban de buen humor, a veces trabajan en silencio, cuando está nublado o lluvioso pero hoy había alboroto; los pizcadores se gritaban de árbol a árbol:

–¡Échamela!

–¿Tú échamela, pero como Dios la trajo al mundo!

–¡Ora desgraciado!

–Cállate el hocico tú, “Matasiete”.

–Sí, tú, *pinche* bigotes de ratón.

–Tú cállate *pendejo*.

A pesar de los insultos, nadie parecía molestarse. Luego del almuerzo, “Satanás” pasó junto a nosotros levantando *baños* llenos y dejándolos vacíos, salvo por su ficha.

Cuando le pregunté quiénes eran los que se habían estado gritando, Miguel me dijo que era otra cuadrilla, como que no quiso comprometerse, pero yo distinguí a Mateo, a Silvano, a don José y a Luis.

Ya en la van, uno de los nuevos pizcadores dijo que se había lastimado un ojo. “Satanás” escuchó, le pasó de la guantera unas gotas y le dijo que se las pusiera:

–*Lléveselas* y ya mañana me las *trae*.

De regreso faltaban Pedro y don Wence, los señores de más edad y corpulencia. Me conmovió el más viejo de los dos, don Wence, debe tener unos 60 años auestas. Es de Guanajuato, apenas hace tres baños en todo el día. Miguel dice que ya está muy trabajado pero que tiene esposa e hijos en México y quiere que uno de ellos *salga algo*, al parecer una muchacha es la esperanza. “Satanás” le ha dicho a Miguel:

–*Ira, nomás* tres fichas, *pinche* viejo. *La problema* es de él, si se llena o no se llena, aquí no es obligatorio pero, unos nueve [*baños*].

Para mi sorpresa, de regreso en la Cinco de Mayo, Miguel compró un *six* de coronitas, lo que nunca. Cenamos un caldo de pollo con tortillas y las cervezas. Miguel me dijo que se ha “topado” a don Wence en el *blueberry* en Nueva York y en Michigan en la manzana.

Esa noche ya no pasamos tanto frío, bueno, si a eso se le podía llamar frío cuando el resto del país estaba bajo la nieve. Ahora caía un aguacero impresionante.

Silvano se quejaba:

–El *pinche baño*. Es bien *pinche poquito*. Su *pinche madre*. Esos *cabrones*, ni *madres* nos están *chingando* a nosotros.

–Ya no les funciona bien *el mente* –dijo Miguel.

–A la gente a qué *putas* horas, seis, y ¿cuándo hay que empezar? *Uta madre* –decía Silvano. Después se serenó y cambió de tema, hablaba ahora de unas tortillas grandes.

–*Tortillotas*, yo me *chingo* dos.

Salimos con tiempo nublado. Paramos en la Cinco de Mayo por café y pan. Tomamos la carretera 17 y llegamos a la huerta. Los árboles estaban empapados. Miguel les tumbaba miles de gotas a escalerazos pero, de todos modos, a las nueve de la mañana ya estábamos hechos una sopa; los guantes, las mangas... Le dije a Miguel que mientras no nos mojaramos la espalda nos salvaríamos de un resfriado. Una camioneta lonchera, así la llamó Miguel, trató de pasar el canal de riego y se atascó en el lodo. Satanás pasó arriba de su *chiva*, conducía con una mano, la otra la llevaba en el bolsillo de su chamarra. No mostró ninguna misericordia por el vehículo atascado. Al medio día seguía sin salir el sol. Por fin salió como a las dos y rápidamente los árboles se secaron; era posible ver el vapor que salía de ellos. Pusimos las sudaderas al sol y seguimos pizcando en camisetas. Satanás nos sacó temprano de la huerta. Como a las tres empezó a pitar. Casi fuimos los últimos, atrás de nosotros venía don Wence.

–*No working tomorrow*, anunció Miguel.

Poco antes de llegar, al cruce con la ruta 70, en el único semáforo que detiene el tránsito de la 17, un anciano invadió nuestro carril haciendo que “Satanás” frenara bruscamente y todos nos inclináramos involuntariamente hacia adelante. Satanás le tocó el claxon mientras nosotros rebotábamos en los respaldos. El automóvil se quedó parado y no avanzaba ni daba la vuelta, los pizcadores empezaron a bromear.

–Se murió del susto –dijo alguien.

Sin embargo, “Satanás” mostró prudencia y no pitó una segunda vez. Finalmente, aunque estaba prohibida, el anciano se dio la vuelta en u. Esta vez no nos bajamos en la tienda, llegamos

a asolear todo lo mojado, botas, guantes y ropa. Chico puso el 105.3, La Z. Sonaba la banda sinaloense de Roberto Tapia:

Cuando comienza un amor / andas todo ilusionado / pero cuando se termina / acabas todo *agüitado* / así son los desamores / siempre terminas llorando / por eso quiero tomar / no me importa lo que digan / quiero arrancarme del alma / la que destrozó mi vida / y no voy a descansar / hasta verla de rodillas...

Por la calle pasó un coche con un auto-estéreo a todo volumen, “un loquito”, como diría Guadalupe Hernández. Silvano contó haber visto algo así:

–Una *troca*, nomás el *puto* sonido era de 14 mil *varos*, *poca madre* la *troca*, *pinche* sonidazo. –Retumbaba el *hijo de su puta madre*.

5.11. La musiquería

Me despertó el radio de Chico a pesar de que lo tenía a muy poco volumen. Pero apenas me levanté, le subió considerablemente. Miguel también estaba despierto, decía que se regresó a Santa Fe a fines de diciembre, o sea que cuando nos encontramos por allá en diciembre del 2009 no tenía ni un mes de haber vuelto a Michoacán y apenas medio año después se volvió a ir. Ahora lleva ya 5 meses aquí en Florida.

Su estancia anterior en los Estados Unidos fue de 3 años. Antes de lo cual vivió como siete meses en Michoacán. En ese tiempo se *juntó* con Yolanda, así dijo él. Y antes de su unión con ella y el nacimiento de “Kilo”, ya había pasado 5 años en los Estados Unidos.

Sorpresivamente, Fausto vino a buscarnos, pero ya tarde, casi a las nueve, además, no teníamos preparado el *lunch* ni plan de ir con él, así que no fuimos, nos quedamos oyendo La Z, Chico por gusto y yo por curiosidad pues solía anotar detalles como éste que dijo una locutora:

–Mientras *puédamos*.

O éste otro dicho por un doctor:

–Siempre y cuando usted *está* dispuesto a bajar de peso.

Como no acudimos al llamado de Fausto, nos fuimos a lavar. Miguel y Chico tomaron sopas Maruchan a manera de desayuno, yo solamente un café. Caminamos hacia la lavandería y en la licorería de al lado compré unos *minicakes*, eran seis panquecitos con pasas. La bolsa tenía triángulos verdes y rojos. Los pagué en inglés a un muchacho que me cobró en inglés. Cuando

regresé a la lavandería había una pareja de americanos sobre los cincuenta años. Dije “*good morning*” a uno de ellos.

–*Hi*, me respondió.

–*Are you from here, Arcadia?*

–*No, Indiana* –Estaba aquí por la feria del condado. Le pregunté si esto días de feria eran buenos para él.

–*Not too much* –dijo.

–*Who come more to the atracciones, americans or mexicans?*

–*Both, some days more americans some days more mexicans.*

Alguien lo llamó desde afuera y se acabó nuestra charla. Llegaron a lavar más personas, más mexicanos y una pareja quizá mexicano-americana con un bebé. Ella era más alta que él. Él llevaba al niño. Después llegaron dos jóvenes con apariencia de *cholos*, uno de ellos llevaba un rosario en el cuello, un objeto religioso que seguramente no sabe usar pero que se ha vuelto un símbolo, algunos llegan a tatuárselo en el cuello y el pecho.

Afuera de los baños pasó una araña patona bastante grande, con mucha personalidad, tanta que le abrí la puerta para que saliera, y lo hizo. Un señor nos dio volantes del Dios Pentecostal mientras una muchacha se metía con su perro al baño. Sacamos la ropa de las secadoras. A mi pantalón de mezclilla le faltaba un poco y lo metimos de nuevo. La muchacha del perro salió después de un buen rato, Miguel insinuó que había hecho porquerías con el perro ahí adentro. De regreso vimos pasar el camión de la basura. También vimos una ardilla; hay una gran cantidad de fauna aquí, no me extrañaría ver un zorrillo.

Una vez que llegamos quise entrar al baño pero alguien se estaba bañando, a la inversa, el otro día salí del baño y Silvano estaba parado afuera con su toalla al hombro. Fue mínimo, creo que no les he dado mayor molestia pero ya es hora de que me marche.

–¿A dónde fuiste? Le preguntamos a Chico.

–A la *musiquería* –dijo.

Chico pensaba comprar una trompeta y que yo la llevara a Michoacán, lo convencimos de que no era una buena idea y fuimos todos al centro, seguíamos queriendo comprar un espejo pero llegamos tarde, la mayoría de las tiendas de antigüedades estaban cerradas o estaban cerrando, y eso que apenas eran las cinco. Fuimos a la Lázaro Cárdenas y nos tomamos unos jarritos. Miguel y Chico los destaparon con las muelas y por si eso fuera poco, Chico volvió a comprar cueritos

duros y a triturarlos a mordidas. Mientras dábamos unos pasos por ahí, un afroamericano hurgaba en un bote de basura. En el camino de regreso, de nuevo vimos las camionetas a la venta, las cuales por un instante fueron ensombrecidas por una parvada de pájaros que pasó encima de ellas y se alejó más allá de las vías del tren y del río Peace. Vi La Placita por última vez y sentí cierta nostalgia. No entramos, cometimos el error de acordarnos de comprar cigarros cuando la habíamos dejado atrás. Más adelante había un K y se nos ocurrió comprarlos ahí, mala idea, eran más caros, 6.90 dólares, hasta me regresé a pedir una aclaración pero la jovencita de ojos azules era bastante antipática, se veía que detestaba su trabajo y se limitó a señalarme los precios con el índice. En el tráiler comimos caldo de pollo, huevos cocidos y queso con fruta como postre, muy franceses. Jugué conquián con Miguel y Silvano y perdí dos dólares.

Después llegó Chico como bandido, con un DVD en una bolsa de plástico negro, dijo que se lo había comprado a “El Maruchan”. Lo estrenamos con un *thriller*, *El Despertar del Diablo*. Silvano ya la había visto y adelantaba todo lo que iba a suceder. Acabada la película nos fuimos a dormir.

Era mi último día en Arcadia. Empecé por tomar agua e ir al baño. Cuando los *homies* despertaron pusimos a hervir las papás que habíamos comprado en el *Save a Lot*. Son diferentes a las de México, aquí tiene la cascara rasposa, café y más gruesa. Me di un baño, empaqué y almorzamos unos tacos de chorizo con papás.

–Bien *perrón* –dijo Miguel cerrando su puño derecho como suele hacerlo cuando quiere poner énfasis. Bebimos jugo. No quise tomar café para no necesitar un baño y de todos modos tuve que buscar uno en Port Charlotte. El sol brillaba en el cielo y mi toalla no tardó en secarse. La empaqué y me despedí de Silvano y Luis aunque Miguel me decía que no les tocara pues no habían salido de su cuarto. Entonces vi que en la pared tenían la bandera de México y una Virgen de Guadalupe. Nos tomamos la foto del recuerdo con el disparador automático de la cámara.



Homies

Caminamos hasta el sitio de Randy, ellos muy ligeros, yo con mi maleta y mi mochila. Hacía frío, yo llevaba suéter y chamarra y ellos sólo las playeras, así que le presté mi chamarra al más friolento. Contrario a lo que siempre habíamos visto, esta vez no había ni un solo taxi. Afortunadamente, salí con tiempo de sobra así que nos sentamos en la banquita de afuera a esperar. Miguel me sugirió que preguntara en la tienda del fondo, donde compraron los pantalones usados. No sabían nada. Después de un rato, un señor llegó a sentarse en las sillas que estaban a un costado del salón de karate. Le pregunté en español si quería un taxi, me dijo que no. “Pues yo sí”, le respondí. “Ah sí, pues ahora lo llamamos”. Así que mi hipótesis resultó cierta, ese señor tenía algo que ver con el sitio. Sacó su celular y se comunicó con alguien. Minutos después llegó una mujer en una camioneta. Abracé a mis amigos, Miguel me devolvió mi chamarra y nos despedimos. “Allá nos vemos en México o en Santa Fe”, dijeron ellos. “O acá otra vez”, aventuré.

5.12. Sugar or cream?

No me sorprendió que una mujer fuera taxista sino la mujer en sí. Estaba sentada ahí frente al volante con unas botas hasta la rodilla, mallas, un suéter con peluche en las mangas y un gran

anillo morado de plástico en una de sus manos. Era grande y obesa. Me subí al taxi y a medida que hablaba con ella y empezábamos a avanzar, mis amigos se hacían más pequeños parados ahí en la banqueta. Alcancé a ver que empezaban a caminar cuando ya nos alejábamos.

Me dijo que se llamaba María Medina y que era de Matamoros pero un tipo se la trajo para acá a los catorce años. Tiene tres hijos, uno de ellos en España. Me comentó que Arcadia era un pueblo de mexicanos, que la población americana era la minoría (como veremos más adelante, esto no es cierto pero la tendencia sí es hacia un crecimiento del segmento latino y un decremento del “blanco”, como lo llaman los propios estadounidenses). Según ella, Arcadia no ha cambiado mucho desde que llegó hace 30 años, solo por la ampliación de la carretera 17. “El campo es lo que lo sostiene, la naranja, el jitomate”. También me contó la historia obscura de Arcadia, algo que no sabía, que existe un árbol donde colgaban a los negros, porque, según ella, hubo Kukux Klan en Arcadia. “Aquí *la migración* no entra, por eso quitaron la estación de Greyhound de aquí porque *migración* revisaba a los pasajeros”. Llegamos a Punta Gorda pero María no encontraba la gasolinera, yo le aseguré que era una Pilot pero ella no me creía. De modo que dejamos atrás Punta Gorda y me llevó hasta Port Charlotte. Le dije que yo solamente tenía los cuarenta dólares acordados y que no podía pagar más. Me dijo que no había problema y regresamos a Punta Gorda pero esta vez tampoco encontramos la Pilot, así que pasamos por tercera vez encima de la desembocadura del río Peace. Me empezaba a angustiar que se me acabara el tiempo en este bello paseo por encima del Collier Brigde y opté por dejar que María me llevara a donde ella quería, a fin de cuentas, el Greyhound tenía que pasar por Port Charlotte antes de llegar a Punta Gorda y aún tenía tiempo. Ella triunfal, me dijo: Ahí está la gasolinera y el Burger King.

–De acuerdo –le dije– pero no es este Burger King.

Nos despedimos, seguramente se fue con la idea de que yo estaba equivocado pero no, yo tenía razón, más tarde, cuando llegué a Punta Gorda y vi la Pilot y el Burger King pensé, “ojalá María vea que sí existe este punto”. Una vez en el Greyhound, pasaría por encima del puente una cuarta vez.

Donde me dejó María había una tienda, el hombre detrás del mostrador parecía enfadado y sufría vitiligo pero me dio buenas noticias, el autobús pasaría por ahí a las 12:50. Eran las 12:43, justo a tiempo. Afuera, en la banqueta, estaba sentada una chica rubia con los dientes separados. Le pregunté si esperaba el Greyhound, me dijo que no pero que sí, que a esa hora pasaba. Poco después llegaron en un auto una mujer y una chica, al parecer eran madre e hija. La

chica tenía el cabello pintado de rojo y un busto grande y hermoso. Me preguntó por el Greyhound. Le dije lo que había oído, que estaba a punto de llegar uno.

Y en efecto, llegó un autobús pero no iba a Miami sino a Tallahassee, la capital del Estado. El hombre que lo conducía, otro afroamericano en la nómina de Greyhound, me dijo que el que iba a Miami pasaría por ahí a las 13:45. Bueno, tenía una hora y como necesitaba un baño me atravesé al del Burger King.

Regresé a la parada del autobús mucho más tranquilo, ahí seguían la chica y la señora a bordo del automóvil. Después llegó un muchacho con una camiseta que decía ALIVE. Me dijo que iba a Fort Lauderdale a encontrarse con unos amigos y que era de New Jersey, yo le dije que era de la Ciudad de México, lo cual le sorprendió mucho. Entré a la tienda del hombre molesto. Afortunadamente, el café y las donas estaban aparte y aunque no había nadie ahí, pronto apareció un muchacho afroamericano con los dientes llenos de *brackets*. Pedí un café y me disponía a pagar cuando me dijo algo que me sonó así:

–/ju'gokri/.

–*Excuse me* –dije.

–/ju'gokri/ repitió él. Me dio vergüenza pero, por segunda vez dije:

–*Excuse me* –Antes de que lo repitiera una tercera vez comprendí: *Sugar or cream?* Así es, hay español cortado, purépecha cortado, inglés cortado y por supuesto café cortado.

–*Oh, no, just coffee* –sonreí al fin.

–*Black coffee?*

–*Yes, black coffee.*

Me acordé de lo que decía Silvano, en esos momentos te quedas pensando y a veces respondes sí o no con la esperanza de atinar, y puede funcionar pero también puede suceder que niegues cuando deberías haber afirmado, o peor aún, a veces un *sí* o un *no*, cuando lo que nuestro interlocutor espera no es una afirmación ni una negación sino otra clase de palabra, sólo sirve para exhibir que uno no conoce la lengua.

Nuestro autobús llegó puntual. Algunas personas bajaron antes de que subiéramos nosotros, la chica que esperaba en el auto, el muchacho de Nueva Jersey y yo. Ella presentó su boleto; nosotros no teníamos. El operador nos pidió nuestras identificaciones y nos dijo que nos las devolvería al llegar a Fort Myers, una vez que compráramos los boletos. Él presentó una credencial y yo mi pasaporte. Bueno, aquí iba de nuevo en el Greyhound. Una vez más, el día

estaba soleado. A ambos lados de la carretera podían verse muchas coníferas. Diminutos aviones trazaban líneas blancas en el cielo azul.

Al llegar a Fort Lauderdale me despedí del muchacho de Nueva Jersey, a la otra chica ya no la vi más. Una afroamericana de cabello alaciado y teñido de rubio que viajaba en shorts se fue en un taxi y sólo quedamos unos cuantos pasajeros camino a Miami West, dos hombres, una chica delgadita, y yo. Le marqué a James pero no me contestaba, así que le dejé un mensaje mientras seguíamos cruzando Miami. El atardecer era increíble, entre los tonos naranjas del sol que se iba vi una franja verde, ¿sería el *rayo verde*? Al llegar a la estación donde empezó mi viaje, la gente desapareció rápidamente; la chica delgadita que venía junto a mí se fue con su novio en una motocicleta, a otros los recogieron en un coche. Volví a llamar a James, esta vez a su casa pero tampoco me contestó, también dejé un mensaje. En la televisión me enteré de que había una revuelta en Egipto y caí en la cuenta de que no había tenido noticias del exterior durante todo el tiempo que estuve en Arcadia. Una afroamericana observaba la pantalla con una gran bolsa de plástico junto a sus pies. Una pareja, quizás un matrimonio, parecía a la espera de alguien. Ella descubrió que en el pizarrón de salidas y llegadas había una llegada a las 41 horas, en vez de a las 14, se lo señaló a él pero yo también lo vi y sin una palabra los tres compartimos el mensaje.

5.13. *Un peruano en Miami*

Volví a llamar a James y por fin me contestó. Se disculpó por no haber respondido antes y me dijo que estaría ahí en 10 minutos. Entonces llegó a la estación una chica con una gran mochila y poco después un coche verde, salí pensando que podía ser James y efectivamente, era él en un auto Saturno, una marca nueva para mí. Echamos mi maleta a la cajuela y yo me acomodé en su coche como copiloto. James había llegado a México procedente del Perú a principios de los noventa, con su primera esposa y dos hijos. Estuvo trabajando como periodista y también como músico, tocando el cajón, por esto conoció a mi hermano, quien tocaba la guitarra con él y nos puso en contacto. Por el camino me contó cómo fue que su estancia en México terminó repentinamente porque lo amenazaron de muerte.

–Resulta *de que* trabajaba en una revista– dijo para empezar y me platicó que su jefe se había ido de viaje y le dejó la responsabilidad de hacer una portada, él armó un montaje donde el

entonces presidente, Salinas, aparecía como un domador de circo. A éste no le gustó nada verse así (había cierto énfasis en su grandes orejas) y la edición fue retirada, a él lo despidieron al poco tiempo, interpuso una demanda por el despido pero, durante el proceso, empezó a recibir las primeras amenazas, así que decidió irse a los Estados Unidos. Para su mala suerte le negaron la visa pero, como ya estaba resuelto, se puso en manos de un *pollero*, él, su esposa y sus dos hijos. Su relato se interrumpió porque después de un rato en el tráfico de Miami llegamos a su casa en Cutler Bay.

Era un departamento pequeño pero de dos niveles. Al entrar, a mano izquierda estaba la cocina, derecho había un pasillo hacia el comedor, la sala y un pequeño jardín trasero al fondo. A la derecha un medio baño y la escalera hacia las recámaras con sus respectivos baños. Estaban en casa su nueva esposa Ninorka, una joven venezolana; su suegra; su hijo Tomasito y un primo de éste. Me invitaron a la mesa, tenían unas *baguettes* delgadas pero deliciosas, crujientes pero con un migajón suve y fresco; pan del día. Lo partieron en varias secciones y luego éstas horizontalmente para que nos hiciéramos tortas de jamón, queso, aguacate, jitomate y un aderezó elaborado por la suegra de James. Era una abuelita joven y seguramente involucrada con algún tipo de evangelismo porque me preguntó:

–¿Tú crees en la Biblia? –Evidentemente, para ella la Biblia era más que literatura, no así para mí pero no era una buena idea enfrascarnos en el asunto así que sólo dije:

–Bueno, la he leído. James me había destapado una cerveza Tecate pero yo comía una de aquellas tortas y no le había tomado, lo cual llamó la atención de la señora, quien comentó:

–Primero se toma lo que se necesita y después lo que te gusta– en alusión a que seguramente yo venía del viaje más hambriento que sediento.

La suegra de James se fue con los dos niños y nos quedamos platicando un momento los tres pero pronto Ninorka se despidió porque al día siguiente, un sábado, tenía clases. Desde mi teléfono, llamé a mi hermano y lo enlacé con su viejo amigo, hablaron unos minutos y se cortó la comunicación pero no la restablecimos porque ya se estaban despidiendo. Una vez que nos quedamos solos, James me terminó de contar su historia.

La cita fue en un hotel de Nogales. Ahí los fue a buscar un niño. A James le sorprendió mucho que fuera por ellos un niño. Les dijo que lo siguieran, caminaron un par de calles y de pronto el chico se metió entre la cerca fronteriza y unos arbustos, ellos fueron detrás de él. Del otro lado, les dijo que cruzaran la avenida y se metieran a un Burger King que estaba enfrente.

Así lo hicieron. Me dijo que todo el tiempo sudaba frío y que atravesar ese trecho le pareció una eternidad. Entonces llegó un hombre que se los llevó en un coche a una especie de albergue, ahí les dieron bebidas, alimentos y al otro día viajaron hasta Miami. De modo que prácticamente llegaron con lo que traían puesto. Una vez en los Estados Unidos, James pidió asilo argumentando que en México lo habían amenazado de muerte pero se lo negaron, le sugirieron que regresara a Perú, a su país. Pero él no quería volver a Perú, así que empezó a echar mano del paso del tiempo, solicitaba otra entrevista y obtenía la misma respuesta pero no se iba. Y en efecto el tiempo pasó, su esposa le pidió el divorcio, lo cual entorpeció más el proceso de legalización, los niños crecieron y el mayor decidió que no quería estar ni con su madre ni con su padre y sin proponérselo se volvería la pieza clave. Pese a no haber nacido en los Estados Unidos, se enroló en la marina, donde lo aceptaron por error pues su situación era irregular pero, al parecer, su nombre y apellido le ayudaron: Brian Boyle. Lo mandaron a Alemania y a Kosovo. Al regresar, lo esperaba un juicio y uno de los jueces dijo que no porque “el muchachito” se había colado a la Marina iba a obtener la residencia. Sin embargo, otro juez dijo:

–No es un “muchachito”, es un veterano y una persona que arriesga su vida por el país merece la residencia.

Así pues, con un hijo nacionalizado estadounidense y ahora con uno nacido en los Estados Unidos, tal parece que falta poco tiempo para que su situación se regularice.

James resultó un melómano, apasionado del flamenco y fanático de Carlos Santana, así que charlando, escuchando música y tomando cerveza nos dieron las tres de la mañana. Me quedé en el cuarto de Tomasito y por primera vez en semanas dormí un poco más cómodo y eso que solamente me acosté encima de la colcha, no le iba a deshacer su cama a ese niño.

Al otro día me di un baño y tuve cuidado de dejar la bañera del pequeño tal como la había encontrado. James me tocó la puerta y cuando bajé ya tenía listo el desayuno, lo tomamos y seguimos charlando. Entonces llamó Ninorka, su clase había terminado e iría con nosotros. Tan pronto llegó salimos y apenas un par de calles después ya estábamos en el Toys R Us. Encontré el juguete que quería mi hijo, esta vez se trataba de un cambio de vías GeoTrax. De ahí nos pasamos a un centro comercial. Comparado con Perisur me pareció pequeño; tiene más mercancías el Palacio de Hierro de Durango en la colonia Roma, pero conseguí unos jeans para mi hijo y me tomé un café cubano; un expreso con azúcar. No encontré nada que realmente me gustara y nos

pasamos a tienda de enfrente. Se llamaba *Target*. Ahí di con una pijama para mi esposa y una camiseta para Josemi.

–Listo, ya puedes llegar a tu casa –dijo Ninorka, bromeando. El resto de mi tiempo en Miami se nos fue en recorrer la distancia entre Cutler Bay y el aeropuerto, pero mis amigos fueron muy amables y tomaron el viejo camino de Cutler, con la mejor vista, la playa a lo lejos, más allá de las casas lujosas, muchas de ellas de celebridades como Ricky Martin, Alejandro Sanz o Shakira, así como los clubes de yates y de golf. También pasamos por *Coral Gables* y *Ocean Drive*, la zona turística, donde están las tiendas y los restaurantes, Kent me había recomendado varios y también me había dicho que ahí podía comprar camisas “muy bonitas” pero ya no había tiempo para más compras, lástima. De pronto ya estábamos tomando el camino hacia el aeropuerto y en el aeropuerto mismo. Nos despedimos en la avenida, no tenía caso que mis amigos entraran a la terminal.

Desde la ventanilla del avión el atardecer era espectacular, como lo fueron otros durante mi estancia en La Florida, pero éste tenía la particularidad de parecer interminable porque estábamos recuperando una hora de diferencia.

5.14. Conclusión

Al día siguiente, cuando deshice mi maleta, los olores de aquel tráiler de Arcadia invadieron mi sala; el aceite con el que cocinamos las mojarras, el azufre del agua de la llave, la naranja en nuestros guantes, en nuestra ropa; fue como si me hubiera traído un pedazo de aquella atmósfera y ahora flotara en mi casa. Y en efecto, traía eso y más, traía datos, fotos, videos y mi propia apreciación de un fenómeno hasta ahora tratado por otros autores a partir de los testimonios de los migrantes (Gamio, 1969; Durand, 1996; Rodríguez, 2010), yo en cambio, lo había visto con mis propios ojos, había sentido el frío de aquella noche de enero en mis propios huesos y había escuchado todo esto con mis propios oídos; sólo me faltó recibir un cheque y hacer un envío, pero no llegué a tener una *mica chueca*.

Así que no es el inglés el idioma que se necesita para desenvolverse en los Estados Unidos, por lo menos no en las huertas, como esta de naranja, el **código** indispensable es el español.

VI. ANÁLISIS SEMIÓTICO DE ARCADIA

6.0. Introducción

Como en la primera parte, de nuevo haré aquí un análisis de lo que ya se habrá podido entrever en el capítulo anterior pero conviene explicitar ahora pues, como dijo Sperb (citado por Leeds-Hurwitz, 1993: 46), “el conocimiento cultural más interesante es el conocimiento tácito –es decir, aquel que no se ha hecho explícito”. Por ello ahondaré en la **ecología**, los espacios y los **códigos** que intervienen en este ambiente en el que están en contacto el inglés, diferentes variedades del español y diferentes personas, de México y Centroamérica. Y, de nuevo, me ocuparé también de los lenguajes no verbales, particularmente de los **códigos** considerados en la primera parte, la comida, el vestido, los objetos y el bien vivir o *kaxumbikua*.

6.1. La ecología

Arcadia es una pequeña ciudad de 7,621 habitantes, de los cuales, según el censo del 2012, el 33% eran latinos.¹⁰⁵ Considerando que hay muchos ilegales, este porcentaje debe ser aún mayor. Además, hay una población flotante que se va antes del verano, cuando la cosecha de la naranja termina. De modo que toda cifra hay que tomarla con reservas pero, a grandes rasgos, el número de habitantes de Arcadia y Santa Fe es similar y ambas son comunidades al borde de una carretera, la diferencia entre el estatus de ciudad que tiene una y el de pueblo que tiene la otra no obedecen al número de habitantes sino a la mayor cantidad de servicios e infraestructura con los que cuenta la primera. Además de los cítricos; naranja, toronja y mandarina, se cultiva en Arcadia

¹⁰⁵ <http://quickfacts.census.gov/qfd/states/12/1201750.html>

fresa, caña de azúcar, jitomate y apio, lo cual hace que la agricultura sea la principal ocupación de su gente.

En cuanto al género de la población latina de Arcadia, si bien, todos los pizcadores eran hombres y constituyen la mayoría, también hay personas del sexo femenino, esposas de residentes, cajeras, como las muchachas que cobraban en La Placita y en otras tiendas mexicanas, incluso esposas e hijas de pizcadores, como las que vi en la lavandería; otras pueden ser taxistas, como María Medina, la mujer que me llevó a Port Charlotte; otras no estaban a la vista pero seguramente son muchas más.

Como Santa Fe, Arcadia también tiene sus propias festividades, una feria ganadera en la que se puede comprar vacas o caballos, así como rodeos y desfiles. El pueblo tiene un estilo muy americano, especialmente en el centro. Durante las fiestas, la gente se viste a la usanza del siglo XIX (la fundación del pueblo data de 1886); los hombres con chalecos y sombreros y las mujeres con vestidos largos y gorros; al estilo de los pioneros. El centro histórico, sobre Oak Street, la calle principal, también es muy americano. Sin embargo, los habitantes originarios también fueron migrantes, estadounidenses de otros Estados, ingleses, alemanes, irlandeses, escoceses, italianos y franceses.¹⁰⁶ Hay tiendas de antigüedades, restaurantes, una peluquería y una fuente de sodas en la que, uno de los dos días que fuimos, un grupo de ancianos rubios saboreaba helados y malteadas mientras nosotros pasábamos por afuera.

Quién sabe si a un trío de pizcadores como nosotros nos hubieran servido, según María Medina, quien ha vivido aquí 30 años, Arcadia fue un pueblo racista, en el que llegó a haber presencia del Ku Klux Klan, el cual, según ella, colgó a más de un afroamericano en un árbol que a la fecha existe.¹⁰⁷ Una sola fuente no basta para afirmar que esto fue cierto pero bien podría serlo porque, por lo menos en el Estado, la presencia de este grupo homofóbico sí está documentada, como lo muestra el libro de Newton (2001), *The Invisible Empire: The Ku Klux Klan in Florida*. Hoy en día, la población afroamericana representa el 24.6%.¹⁰⁸

Tienen presencia en Arcadia las principales franquicias americanas: Burger King, Domino's, Dunkin Donuts, KFC, Little Caesar's, McDonald's, Pizza Hut, Subway, Walmart, Taco Bell, Sears, Radio Shack, Fedex, Save a Lot, Family Dollar y UPS. A diferencia de Santa

¹⁰⁶ <http://www.city-data.com/races/races-Arcadia-Florida.html>

¹⁰⁷ Según Davis (2010: 97), el miedo y la necesidad de tener a quien despreciar para sentirse superior están, entre las raíces del fanatismo.

¹⁰⁸ <http://www.city-data.com/city/Arcadia-Florida.html>

Fe, donde no hay bancos, en Arcadia hay cinco. También hay un aeropuerto municipal y una vía férrea.

Existen en Arcadia ocho escuelas, seis públicas y dos privadas. Entre las públicas hay tres primarias o *elementary schools* y una secundaria o *middle school*: la West Elementary School, con 319 alumnos; la Memorial Elementary School, con 407 y la DeSoto Middle School con 1001. En cuanto a las preparatorias, está el Carlstrom Center, con 97 alumnos, el Joshua Creek Center, con 101 y la DeSoto County High School con 640.¹⁰⁹ Cuando pasamos por la reja de la West Elementary School Miguel dijo: “*bolillos, mollos y mexicanos*” en alusión a que ahí se veían claramente representados los tres grupos mayoritarios, según los propios estadounidenses: “blancos, negros e hispanos”. Las escuelas privadas, muy pequeñas por cierto, eran la Arcadia Girls Academy, con 17 chicas, y la Heritage Baptist Academy, con 26 alumnos. Como pudimos ver en el caso de Romario Dimas, la escuela pública en los Estados Unidos sí hace **bilingües** a los hijos de los migrantes, no como en Santa Fe, donde Chico, por ejemplo, no llegó a adquirir el español, más bien fue maltratado por su profesor.

En materia de religión, a diferencia de Santa Fe, donde todo el pueblo es católico y solamente hay un templo, aquí el 48% de la gente es bautista, el 17% metodista, el 8% católica y el 27% se adhiere a otras no especificadas.¹¹⁰ Chico y yo nos metimos a una iglesia bautista y el pastor que estaba hablando lo hacía en español, así como el hombre que nos saludó en la puerta. Solamente había en aquel templo un hombre con facha de estadounidense, en shorts, con su biblia sobre las rodillas y una cabellera rubia y despeinada. Otra iglesia hispanohablante era la de Hillsborough, cuya marquesina decía “Todos son bienvenidos” y los días de los oficios estaban también en español. Evidentemente, estas iglesias saben que si trabajan en ello pueden ganar fieles entre los migrantes mexicanos. Desde luego, en las iglesias del centro, donde la mayoría es americana, el culto sí es en inglés. Y es que Arcadia no es homogénea, la Arcadia estadounidense es una y la Arcadia mexicana es otra; mientras que un estadounidense “blanco” asiste a una iglesia metodista y después almuerza en Burger King, un migrante mexicano puede ir a una iglesia católica y almorzar en La Placita. Y qué decir de los afroamericanos, seguramente no se identifican ni con uno ni con otro grupo. ¿Y los árabes de la tienda Cinco de Mayo? Es decir, pese a ser una ciudad pequeña, Arcadia es una comunidad compleja, *barroca*, diría Kurnitzky

¹⁰⁹ *Ibidem.*

¹¹⁰ *Ibidem.*

(1994: 73), donde coexisten grupos diversos; otra gran diferencia respecto a Santa Fe, donde hay un solo grupo étnico.

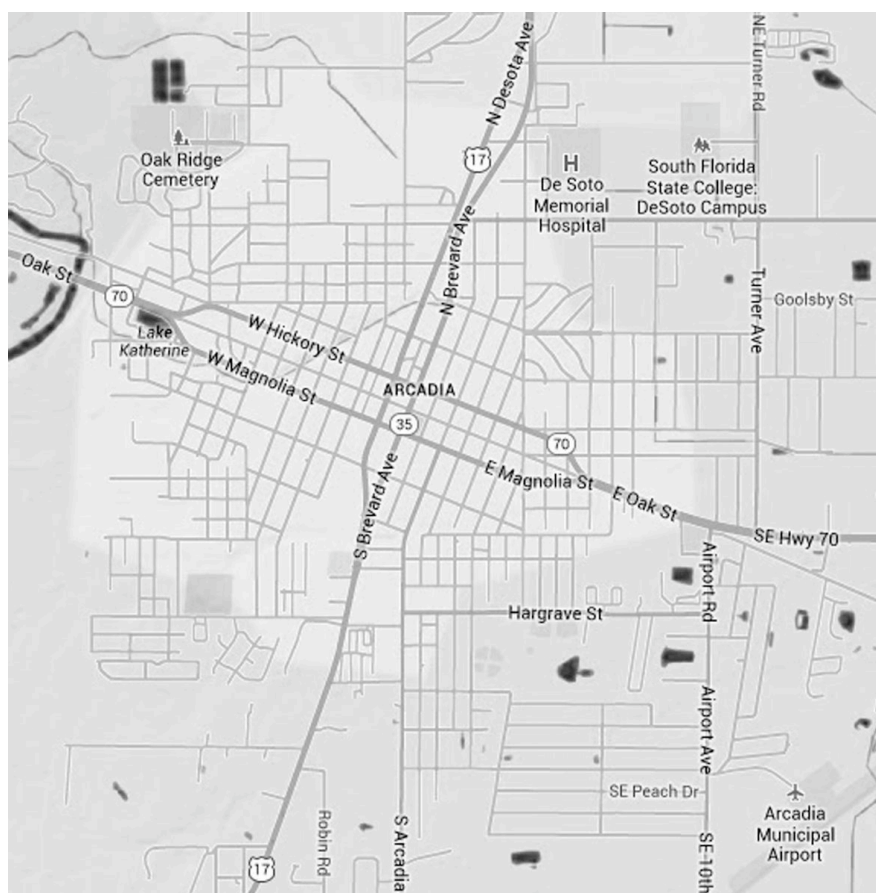
La mayoría de las construcciones son de una o dos plantas, solamente la torre de la Heritage Baptist Church de Polk Avenue sobresale en el horizonte. La única construcción monumental es la corte, el centro administrativo del Condado DeSoto, una bella muestra de arquitectura neoclásica estadounidense.



La Corte de Arcadia

La imponente arquitectura de este edificio tiene una función pragmática: mostrar a propios y extraños el poder de las instituciones. Para los estadounidenses representa aquello en lo que creen, la ley, el orden, el Estado. Aunque también ha habido estadounidenses desencantados de su propia sociedad, *hippies* o *beatniks* para los que todo esto es mera hipocresía, como Abbie Hoffman, por poner un ejemplo. Para los migrantes es la cárcel, el lugar en el que pueden encerrarlos si se portan mal, como le sucedió a Efrén. Les infunde respeto porque saben que llegar ahí siendo indocumentados es el camino directo hacia la deportación. Para entrar y salir de este edificio sin temor, porque es necesario hacer un trámite, por ejemplo, hay que ser residente, hablar inglés, acatar las reglas, alinearse, como dijo Luis Sereno, “hacerse medio gringo”.

Del otro lado de la carretera 17, sobre la ruta 70 se encuentra una zona donde hay más casas que tráilers, aquí viven los agricultores americanos ya sean ganaderos, criadores de caballos, de ganado vacuno o de vegetales y frutas, así como uno que otro mexicano residente, como Salvador Medina, el dueño de nuestro tráiler y jefe de “Satanás”. Además de la agricultura, la cual ocupa a más del 17% de la población, la construcción y el mantenimiento de casas y edificios es la segunda ocupación más común, un 5.5%. El resto se reparte en una gran variedad de ocupaciones como cocineros, carpinteros, maestras, banqueros, comerciantes, policías, personal administrativo, estudiantes, amas de casa y un largo etcétera. Más abajo, hacia el sur, hay terrenos donde gente de otros Estados, sobre todo ancianos, vienen en modernas y confortables casas rodantes a pasar los días más duros del invierno en el Estado menos frío del país, el llamado Sunshine State.



Mapa 6.1. Arcadia¹¹¹

¹¹¹ Modificado a partir de un mapa de Google.

Nosotros estábamos de ese lado de la 17, un poco más al sur, a dos calles de Hargrave Street, en una zona donde, como dijo Miguel, “antes vivían *bolillos*” pero ahora viven cada vez más mexicanos, más pizzadores; los pocos estadounidenses que quedan en esta parte lucen desaliñados, sus tráileres o sus casas descuidadas, algunas con autos descompuestos oxidándose afuera. Hay cierta melancolía en esta parte del pueblo, en parte es la nostalgia de los mexicanos que viven alejados de sus familias y en parte la tristeza de estos americanos pobres, porque los hay, a pesar de ser un país rico, hay estadounidenses pobres; en el centro vimos a un afroamericano que hurgaba en los botes de basura.

Arcadia es un **no lugar** (Augé, 1994: 41) para la gente que vive aquí por temporadas, un lugar de tránsito, un sitio en el que se pueden pasar incluso años pero no llega a ser un *lugar antropológico* (Augé, 1994: 49), es decir, el lugar de Miguel y Chico está en Michoacán no en Arcadia. Los migrantes vive añorando a la esposa, a los padres o a los hijos. Habrá excepciones pero la gran mayoría de los pizzadores no compra el periódico, el Arcadian, no se aficiona al fútbol americano, no sabe de los DeSoto Bulldogs, por ejemplo, el equipo de la preparatoria del Condado.

Hay quienes más que integrarse se distinguen, plantan un maguey o un nopal en el jardín, plantas *emblemáticas* de México (Sebeok, 1996: 50), sobre todo el nopal, el cual de hecho está en el escudo nacional, pero Miguel y Chico no echan raíces aquí, para ellos, su lugar antropológico es Santa Fe, allá está su familia, su casa y sus fiestas, aquí sólo se trata de un lugar de trabajo, por eso su fachada era tan impersonal. Además, la condición ilegal de muchos migrantes contribuye a que, aunque quieran, no puedan integrarse a la cultura y la sociedad estadounidense y más bien vivan escondidos, encerrados en ellos mismos. Como dijo Miguel refiriéndose a México: “allá es *mi tierra*”. No dijo “mi patria” ni “mi país” sino “*mi tierra*”, esa tierra que él y su padre han sembrado, la tierra con la que hacen los jarros, la tierra sobre la que construyen sus casas, la tierra donde sepultan a sus muertos.



El tráiler de Miguel y Chico

6.2. Los espacios

6.2.1. El tráiler

El espacio de mayor intimidad para los pizcadores es el tráiler donde duermen, se bañan, cocinan, comen, juegan, etcétera. En este caso, como en el de muchos migrantes, se trata de una casa rodante. El tráiler de Miguel y Chico tenía aproximadamente 3 por 12 metros, unos 36 metros cuadrados divididos en una recámara al fondo, la cual ocuparon los primeros en llegar, Silvano y Luis, un baño que Miguel y Chico compartían con ellos y una cocina, el resto era un solo espacio conformado por el comedor y nuestra “recámara”, que más bien era la sala. Del lado que el tráiler se engancha a un vehículo, entre las camas de Miguel y Chico, había una ventana donde, a manera de cortina, los michoacanos colgaron un calendario con la foto de una muchacha desnuda. Nada mal, esperaba menos, mucho menos; Joaquín Márquez me había dicho en Morelia que a

unos purépechas de Ocumicho¹¹² que estaban en Meca, California, ya los querían desalojar porque vivían amontonados en un departamento.

Estacionado ahí, en el número 1411, el cual estaba al frente, a un lado de la ventana, el tráiler contaba con gas, electricidad, drenaje y agua potable, bueno, no muy potable que digamos pues era agua de pozo y tenía un tufillo a azufre, en cambio en Santa Fe, el agua no huele a nada, diríase que es más potable y sin embargo, paradójicamente, allá no tienen ni la grifería, es más, en Santa Fe ni siquiera se contempla un espacio para el baño, aquí en cambio tenían tina, regadera, retrete con el sistema hidráulico funcionando y lavabo, sólo les hacía falta un espejo, o tal vez sólo a mí me hizo falta para quitarme y ponerme los lentes de contacto. En la cocina había estufa, licuadora, fregadero y un refrigerador oxidado donde los víveres estaban acomodados en dos secciones, los alimentos de Silvano y Luis en un nivel y los de Miguel y Chico en otro. Estos últimos compartían todo el mobiliario por turnos con Luis y Silvano, lo mismo que el baño. A cada pequeño grupo correspondía la limpieza de la cocina, el baño y las áreas comunes después de haber hecho uso de ellas.

Sin embargo, pese a tener más servicios que sus casas de Santa Fe, ésta era una casa rodante, de madera y lámina; un huracán, algo bastante común por aquí, podía voltearla fácilmente, en cambio en Santa Fe, sus nuevas casas son de cemento y ladrillo, con menos servicios pero más sólidas y fijas, todo un **anclaje**.

Miguel y Chico tuvieron mucha suerte con este tráiler y estos vecinos, en otros casos los migrantes tienen que pagar renta, ellos en cambio no pagan nada. Como dijo Miguel, “en Virginia sí estaba *pa la* chingada, el baño estaba bien jodido, éramos como cincuenta cabrones *pa* un solo baño”. Y si bien, Luis era bastante huraño, él y Silvano eran muchachos sanos; en Santa Fe, Efrén me dijo que no es raro encontrarse con pizcadores borrachos, “coqueros”¹¹³ y por lo tanto, a menudo también pendencieros.

Además de ser un espacio físico, el tráiler es un *espacio social* (Lefebvre, 1991: 26), es decir, se trata de un producto de la sociedad que lo habita. Aquí adentro se habla español y se ponen en práctica otras manifestaciones culturales propias de quienes viven en el tráiler, una de ellas, quizá la más simbólica, es la comida que comen. De la puerta hacia adentro suelen darse

¹¹² Pese a ser famoso por sus diablos de barro (Arriaga, 1991), un ejemplo de *tradición e innovación* (Leeds-Hurwitz, 1993: 143), Ocumicho también es un pueblo de migrantes.

¹¹³ Cocainómanos, particularmente los que la fuman en la modalidad conocida como *pedra*.

expresiones de **identidad** que no se dan en el exterior, como la bandera de México y la Virgen de Guadalupe que Luis y Silvano tenían colgadas en su recámara y sólo pude ver el día que me asomé a su cuarto para despedirme de ellos. En cambio, nuestros vecinos de atrás, seguramente estadounidenses, tenían la bandera de los Estados Unidos afuera, a la vista. El tráiler se vuelve así *un lugar* dentro del **no lugar** que puede ser Arcadia para los migrantes.

Mientras permanecen aquí, el tráiler es para ellos lo más parecido a una casa. De hecho, Miguel llegó a referirse al éste como “la casa”, también Silvano. La gran diferencia para Miguel y Chico es que en esta “casa” no se habla purépecha como en la de ellos, el **código** de comunicación entre los cinco habitantes de este tráiler fue el español porque había gente de cuatro diferentes Estados, Luis, de Oaxaca, aunque casi no hablaba con nosotros; Miguel y Chico de Michoacán; Silvano del Estado de México y yo mismo, del Distrito Federal, pues a pesar de que traté de mantener siempre un bajo perfil, a fin de cuentas era otro sujeto interactuando con ellos.

No fue nuestro caso pero el tráiler también es para algunos migrantes un refugio, un escondite, como dijo Gilberto, “el domingo puedes salir a comprar tu *lonche* pero de volada porque hay *migración*”. A su vez, como si hubiera leído a Hall (2001: 18) quien dice que ni siquiera los funcionarios del gobierno pueden penetrar en el espacio de un hombre, Miguel dijo categórico: “un *migración*¹¹⁴ no puede entrar en una *casa hogar* mientras *que no haces nada*”. Después de más de diez años de bracero, Miguel conoce sus derechos y las reglas del juego institucional; a pesar de todo, el Estado tiene sus límites; todos los casos de deportación tiene que ver con el hecho de haber violado alguna regla, como pasarse un alto, exceder el límite de velocidad, pelear, emborracharse o la clásica combinación que llevó a Toño y Nelson de vuelta a Santa Fe: conducir sin licencia y en estado de ebriedad; es decir, a nadie lo deportan por estar en su tráiler, a menos que haya una orden, como dijo Silvano a propósito de un departamento en el que estuvo en Nueva Jersey pero del que se salió porque “ya estaba quemadísimo”, es decir, ya tenía varias denuncias.

Para Luis, el espacio en el que está estacionado el tráiler es también el escaparate para su camioneta, la cual, aparcada siempre ahí, más que una herramienta de trabajo o un medio de transporte, es un objeto simbólico (Eco, 2000: 52).

¹¹⁴ En estos dos últimos casos, la palabra *migración* quiere decir *agentes de migración*.



Chico en el interior del tráiler

6.2.2 Las huertas

En las huertas conviven los habitantes de diferentes tráileres, lo cual hace más amplio el espectro de hablantes y de **dialectos**; si en nuestro tráiler no había gente de Centroamérica, en la huerta sí, “El Maruchan”, por ejemplo. En la segunda huerta, cuando trabajamos con Fausto, convivimos con tres mixtecos que no hablaban con nadie, como Chico, contestaban con sonrisas, era obvio que no confiaban en su español o tal vez eran incluso **monolingües**. En este caso, más que de otro **dialecto** se trataba de otro **código**, el de la **gestualidad**. Pero la gran mayoría de los hispanohablantes, así como los indígenas que hablan español, son parlanchines y bromistas, como Mateo, Silvano y Miguel, de modo que, para jóvenes como Chico o estos mixtecos, la huerta es un espacio en el que pueden aprender o mejorar su español. Entre los pizcadores y con los *chiveros* que recogen los *baños*, el español es la lengua de comunicación, no es necesario saber inglés para trabajar en una huerta de naranja como ésta. Sin embargo tampoco es un espacio donde se hable exclusivamente español, muy cerca de ahí, en las oficinas, usualmente a la entrada, donde solamente entran los *chiveros* como “Satanás” y Fausto, el resto de la cadena la integran estadounidenses, a partir de los conductores de los tráileres de carga. Como dijo Miguel, “los meros son unos bolillos” y entre éstos y los compradores de su producción, la lengua de los negocios obviamente es el inglés.

El éxito de una huerta depende tanto de los hombres de negocios americanos, aquellos que cuando van, según Miguel, ni siquiera se bajan de las camionetas para no ensuciarse los zapatos, como de los migrantes, aquellos que arruinan su ropa haciendo el trabajo sucio. En su película *Un día sin mexicanos*, Sergio Arau (2004) reinventa la icónica imagen (Sebeok, 1996: 45)¹¹⁵ que Joseph Rosenthal captara en Iwo Jima en 1945, cuando en plena batalla un grupo de soldados iza la bandera de los Estados Unidos, sólo que, en su composición, el campo de batalla es la huerta, la bandera es la escalera y los soldados son los mexicanos, la parte dinámica y humana no sólo de la economía estadounidense, también de la mexicana, porque estos nuevos héroes lo son por partida doble; aquí, donde levantan las cosechas, y allá en México, donde sostienen a sus familias.



Fotograma de la película *Un día sin mexicanos*

Además de los dueños, los chiveros y los pizcadores, también puede haber otras personas en las huertas, por parte de los propietarios puede tratarse de fumigadores, por ejemplo. Por parte de los migrantes pueden ser amigos de ellos, como el hombre de aquella camioneta que Miguel

¹¹⁵ Sebeok pone como ejemplo de imagen icónica a la Gioconda de Leonardo, la cual ha sido reproducida y reinventada innumerables veces.

llamó “lonchera” y vendía refrescos y sándwiches; yo mismo, un antropólogo en el papel de naranjero.

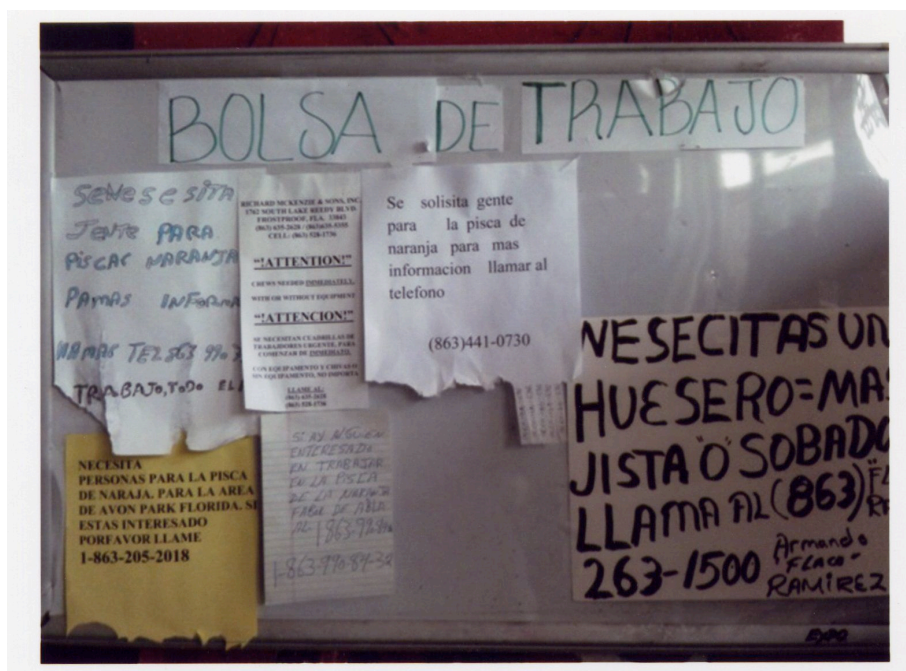
A lo largo del día, si los pizcadores así lo desean, pueden conversar entre ellos, llevar radios de baterías o cantar. Se podría decir que a pesar de estar dentro de la huerta son bastante libres. Algunos incluso llegan a abusar de esa libertad, como Silvano, quien cazó un armadillo, a pesar de que la cacería y la pesca está prohibidas explícitamente pues en las entradas hay letreros que así lo advierten. Nosotros almorzábamos al medio día, “un *break*”, decía Miguel, pero cada quien puede comerse lo que haya llevado a la hora que quiera, algunos lo hace en la van, como los muchachos de Fausto, pero todos llevan su comida, lo que prepararon en su tráiler o lo que compraron en las tiendas mexicanas, por eso creo que al hombre de la camioneta lonchera no le iba muy bien, amén de haberse atascado en el lodo.

6.2.3. *Las tiendas mexicanas*

Las tiendas mexicanas son un espacio más de interacción para los migrantes, en ellas se habla español y pueden coincidir pizcadores de diferentes tráileres, de diferentes huertas y de diferentes barrios de Arcadia pues, los mixtecos, por ejemplo, vivían al norte, del otro lado de la 17, por donde entrenan los DeSoto Bulldogs. Además, a veces también los estadounidenses compran en ellas, no son exclusivamente para mexicanos.

Nosotros éramos clientes de La Placita, aunque también frecuentábamos el Meximarket, pero había muchas tiendas mexicanas en Arcadia, estaba también la Cinco de Mayo que, curiosamente, era propiedad de unos árabes, o sea que una tienda mexicana no necesariamente tiene que ser *de* mexicanos sino más bien *para* mexicanos. La Cinco de Mayo era muy similar a La Placita, vendían casi lo mismo, bebidas, comida, tarjetas telefónicas, guantes y papel para fumar, algo que no había en La Placita. Meximarket era similar a las anteriores pero además aceptaban los cheques de los pizcadores, de modo que para ellos también era como un banco. La Huetamo no tenía comida pero se especializaba más en objetos; ropa, calzado y cobijas con estampados como la bandera de México o la Virgen de Guadalupe, así como discos y películas, lo que Hirsch (citado por Leeds-Hurwitz, 1993: 81) llama *productos culturales*. La Lázaro Cárdenas, era la más grande, de hecho más bien era un minisúper y estaba en el centro de la ciudad, en la parte más americana de Arcadia. Y aunque éstas no las visitamos, Miguel también mencionó La Tapatía, La Costeña y El Charro de México.

Hasta que estuve en estas tiendas comprendí por qué en Michoacán tanto Joaquín como Pedro, Lourdes y los hijos de Tomás hablaban de las tiendas mexicanas como espacios donde se practicaba el español, efectivamente, son lugares donde todas las interacciones se desarrollan en esta lengua, son, como suele decirse, un rincón de México en los Estados Unidos. En estas tiendas no sólo se puede comprar objetos necesarios para el trabajo, como un par de guantes o un costal de pizcador, también se puede encontrar objetos simbólicos, es decir, aquellos que *comunican* o pueden *ser interpretados* (Leeds-Hurwitz, 1993: 131-135), como un cinturón piteado, por ejemplo, cuyo material (cuero y fibra de maguey), técnica (artesanal) y diseños (flores, grecas y símbolos prehispánicos) son muy mexicanos y suelen ser usados por los charros. Así pues, uno se siente en México en estas tiendas, escuchando español, con todos esos objetos a la vista y sobre todo con esos aromas a tamales, tortillas y carnitas pues incluso es posible comer en algunos de ellos, como en el Meximarket, donde había mesas, o en La Placita, donde había una barra y unos bancos. Es más, hasta se puede encontrar trabajo en estos reductos, pues suele haber en las tiendas mexicanas pizarrones como éste:



Bolsa de trabajo en el Meximarket

Así pues, en estas tiendas los mexicanos se sienten como en casa porque no sólo encuentran lo que necesitan para trabajar sino también la comida que les gusta, la ropa y hasta la música con la que se identifican. No se diga en una tienda como La Placita, la cual es además, toda una propuesta arquitectónica; con su portal, sus arcos, su techo de tejas y sus faroles; irónicamente, es una construcción que quizás encajaría más en Santa Fe que en Arcadia. Como lo ha mostrado Hirai (2009: 283) en el caso de los migrantes de Jalostotitlán, Jalisco, en Anaheim, California, los propietarios de estas tiendas hacen todo lo posible para que sus clientes se sientan como si estuvieran en casa, con las mercancías, la decoración, el idioma y la música “les permiten regresar a sus terruños de México de manera simbólica”. Y en este afán, no sólo modifican el paisaje de sus propias comunidades sino también el de los lugares de destino y así es posible ver en Anaheim letreros en español y charros a caballo (Hirai, 2009: 281), o tiendas como La Placita en Arcadia. Curiosamente, ninguna de ellas aparece en las páginas que consulté sobre Arcadia.

Mención aparte merecen los nombres de estas tiendas, casi todos en español; frente a un Seven Eleven o un Family Dollar, las tiendas mexicanas se llaman La Placita, La Huetamo, La Lázaro Cárdenas, La Cinco de Mayo, Meximarket, La Tapatía, La Costeña y El Charro de México. Estos nombres, más allá de las referencias geográficas o históricas que hacen, como La Tapatía o La Cinco de Mayo, constituyen dos **códigos** (Eco, 2000: 98), en primer lugar, por el nombre en sí y en segundo por estar en español en una ciudad donde el inglés es la lengua “oficial”. Sólo en Meximarket se mezclan las dos lenguas pero, en general, lejos de esconderse detrás de un rótulo en inglés, estas tiendas parecen enviar un mensaje de identidad a los cuatro vientos: “Aquí estamos, somos mexicanos y hablamos español”.



La Placita

6.2.4. *Las lavanderías*

Sin ser tiendas ni ser mexicanas, las lavanderías, como la Laundryland, constituyen otro espacio en el que los migrantes conviven, charlan y bromean mientras las máquinas lavan sus prendas pues aquí hasta “Satanás” lavaba su ropa. Por lo tanto, además del inglés, el español también puede escucharse en estos espacios. En las lavanderías, los mexicanos y los norteamericanos, ya sean rubios o morenos, coinciden más que en las tiendas mexicanas pero no necesariamente interactúan, más bien unos y otros lavan su ropa sin dirigirse la palabra. De cualquier manera, en una lavandería es posible ver lo compleja que es la sociedad de Arcadia. Letreros como éste son la prueba de que los dueños de las lavanderías están conscientes de que sus clientes son en gran número mexicanos, por eso no sólo los ponen en inglés, también en español, aunque este español sólo sea un **calco**; la traducción palabra por palabra del mensaje en inglés.



Mensajes **calcados**

Una traducción más o menos decorosa del mensaje de la derecha podría ser: “Para su protección y seguridad, todas las máquinas está equipadas con cámaras de seguridad las 24 horas. El dinero es retirado diariamente”.

6.3. Los códigos verbales

A diferencia de Santa Fe, donde el purépecha es por su uso la primera lengua, aquí el primer **código** fue el español, no en toda Arcadia, desde luego, sino entre los migrantes que se encuentran trabajando en ella y que constituyen la **comunidad de habla** que nos interesa. En segundo lugar queda para ellos el inglés y en un tercero, para Miguel y Chico, el purépecha, casi un **código** secreto aquí, lo mismo que el mixteco para los muchachos del otro lado de la 17. Por lo tanto, en ese orden serán presentados a continuación.

6.3.1. El español

En los últimos años, los mexicanos y otros hispanohablantes han extendido el uso del español en Arcadia y en general en La Florida, no se diga en Miami, donde hay una gran cantidad de

cubanos.¹¹⁶ Si consideramos que La Florida fue descubierta y llamada así por Juan Ponce de León un día de Pascua Florida de 1513 (Vega, 2001: 121), que el conquistador Hernando de Soto la declaró posesión de Carlos V en 1539, apenas tres años antes de morir en plena campaña (Barnett, 2007: 5), y que perteneció a España hasta 1821, entonces el español está recuperado su antiguo territorio. Sin embargo, esto sólo es una ilusión porque, a pesar de haber sido parte del Virreinato de la Nueva España, en la práctica, La Florida siguió siendo de los indios móviles, apalaches, calusas, y timucuanos (Krickeberg, 1946) hasta que los Estados Unidos la ganaron a España y fue realmente colonizada; en otras palabras, durante los casi tres siglos que España “la tuvo” no se habló en La Florida el español, en cambio, en el siglo XIX, los Estados Unidos sí impusieron en ella la lengua inglesa.

Además de ser un espacio donde el inglés y el español están en **contacto**, Arcadia es, en términos de Tuten (2007: 186), una *alberca* o, según Mufwene (2001: 4), una **arena** donde *compiten* los dialectos de migrantes diversos, no sólo de los diferentes Estados de México (los hay de Guerrero, del Estado de México, de Oaxaca, por supuesto de Michoacán y un largo etcétera) sino también de Centroamérica, por lo tanto, hay una mezcla de dialectos españoles, en otras palabras, se podría hablar de que se están dando las condiciones para un proceso de **koineización** (Tuten, 2007: 185), es decir, la mezcla, nivelación y simplificación que se desarrolla como resultado de un rápido movimiento de hablantes de diferentes dialectos en una nueva comunidad (Llamas, Mullany y Stockwell, 2007: 218). Por ejemplo, el español de “El Maruchan”, el salvadoreño, tenía rasgos de afroandaluz caribeño (García de León, 2002), con pérdida de oclusivas intervocálicas y fricativas ante oclusivas, es decir, él diría *pehcao* en vez de *pescado*, como en Cuba, en Veracruz o en la Costa Chica de Guerrero (Chávez, en prensa); cuando le preguntamos porque no había ido con otro *chivero* nos respondió, como diría Miguel, en un español *cortado*: “¿pa qué?” En cambio “Panchito”, el guerrerense, no tenía en su español rasgos de habla costeña, más bien se notaba que no era hablante nativo del español, acaso fuese nahua porque lo de él parecía una **interlengua**; un día, mientras platicaba con Miguel lo escuché hablar de este modo: “El que iba llevando *carro* era *otra*, la policía le preguntó. Le dijo que era él. Entonces *su* carro se *acabó* la gas y ahí les llegó *la migración*”.

¹¹⁶ Según el censo del 2010 había 1,785,547 cubano-estadounidenses en Miami.

En el caso de Miguel, la palabra *perrón*, que aquí usa frecuentemente (“huele *perrón*”, “esas escaleras *tan perronas*”), es muy de Monterrey, es una especie de “neoleonismo”, por llamarlo de alguna manera, es decir, Miguel ya tomó elementos de otros dialectos. Y así, cada hablante construye su propio **ideolecto** tomando y rechazando palabras y expresiones de los diferentes **dialectos** que se oyen aquí, eso que Tuten (2007: 186) llama *la mezcla* y en donde tienen cabida las variedades de los locutores de La Z, tan abiertos a **préstamos** y **calcos** del inglés, o inclusive el español de los estadounidenses, como el de los dueños de las lavanderías, quienes ponen letreros como éste, donde la palabra *tapete* se pierde ante el *falso amigo*¹¹⁷ *carpeta* (*carpet*). Y por increíble que parezca, incluso éstos últimos pueden llegar a influir en los hispanohablantes, sobre todo en aquellos que, como Chico, originalmente son hablantes de lenguas indígenas, tienen dudas al hablar español y son susceptibles de ver a **líderes lingüísticos** no sólo en los locutores de La Z, también en los americanos que hablan español, aun cuando éste diste mucho del **estándar**, es decir, pueden llegar a creer que *cobija* se escribe con *v*.



Mensaje en la lavandería

¹¹⁷ Los *falsos amigos* son palabras de diferentes lenguas que se parecen mucho pero no significan lo mismo.

Miguel

Cuando un indígena como Miguel cierra la llave de su lengua nativa, necesariamente se abre otro canal de comunicación y, en este caso, dicho canal es el español. En Arcadia, Miguel echa a andar su **bilinüismo** como no lo hace en Santa Fe y expande su español al escuchar otros **dialectos** españoles, incluso el de Silvano, rico en groserías y obscenidades, porque, como lo han señalado Andersson y Trudgill (1990: 41) lejos de reducir el vocabulario, las groserías también lo expanden. Cada temporada que pasa aquí, Miguel perfecciona y enriquece su español; ya casi no aparecen en su habla los fenómenos que vimos en sus padres, ahora las **simplificaciones** y creaciones de su hermano menor, como “ya lo *poní*” o “la *musiquería*”, le hacen gracia. Y sin embargo, aún incurre en una que otra, como ésta: “ya no les funciona bien *el mente*”. Todavía tiene problemas con las preposiciones, como en este ejemplo, donde no uso la preposición *a*: “[a] otros camaradas les están dando hasta 10 años”. O aún le fallan las conjugaciones, como en este caso: “ahí nos *encontré* un señor”.

Su español se ensancha aquí y también funciona en más **registros**, tanto formales, como informales, como cuando, a propósito de Chico, le dijo en la huerta a “Satanás”: “*Regáñelo usted, a mí ni me va a hacer caso*”. O del lado informal, como cuando dijo en el tráiler: “de la *chingada*, no salía para más”. Miguel no suele recurrir al lenguaje rudo tanto como Silvano, su **estilo** no está basado en groserías, las suyas parecen pocas ante las del mexiquense. Es más, cuando Miguel jugó con Silvano y éste perdía y arrojaba sus cartas sobre la mesa con expresiones como “*valió verga*”, Miguel, muy tranquilo, repartía otra mano diciendo: “A ver qué Dios dice”.

Por lo mismo, su manejo de las palabrotas aún no es tan preciso como el de Silvano, en dos ocasiones me dio la impresión de que había querido decir otra cosa y no lo que realmente dijo. La primera fue cuando terminó de cortarme el pelo: “*quedaste al puro putazo*”. Yo tuve una *actitud convergente* (Llamas, Mullany y Stockwell, 2007: 205) y lo interpreté como algo positivo, como *al puro tiro*, pero pensé que alguien con un *actitud divergente* podría interpretar la expresión de Miguel como algo ofensivo, como si ahora la persona tuviera aspecto de homosexual, por ejemplo, algo que en este ambiente de machos mal hablados sería toda una desventaja. La otra fue cuando platicó que, una vez que cruzó la frontera, dijo: “*ya valió madres, ya estoy acá de este lado*”, siendo que *valió madres*, es más apropiado para fracasos que para triunfos, como en este caso, donde tal vez una expresión como *ya chingué* hubiera sido más precisa.

Chico

Comparado con el de Miguel, quien ya ha vivido años en este tipo de **ecologías**, el **bilingüismo** de Chico es aún incipiente. Chico está más cerca del español de su mamá que del de su hermano Miguel pero, aunque todavía dice oraciones como “pasaste *con* frío anoche *vea Daví*” o “ahí le *quepen* catorce gentes”, se encuentra en plena transición de una **interlengua**, como la de Catalina, a un español de mexicano en los Estados Unidos. Cuando habló de su profesor, Chico dijo: “ese cabrón me *haciaba* llorar” pero en esa misma conversación, cuando Miguel le preguntó por qué su maestro le jalaba los pelos, también dijo: “porque no le *hacía* caso”, lo cual habla de dinamismo, es decir, su **interlengua** no está fosilizada como la de sus padres, él todavía está aprendiendo y por eso a veces dice *hacía* y a veces *haciaba*. Bien dijo doña Cata que acá iba a aprender español, por paradójico que a simple vista parezca.

A menudo Chico me respondía sólo con sonrisas o movimientos de cabeza, algo que en términos de Eco (2000: 213) podría interpretarse como *hipocodificación*, es decir, “la operación por la que, a falta de reglas más precisas, se admiten provisionalmente porciones macroscópicas de ciertos textos como unidades pertinentes de un código en formación”.¹¹⁸ Y es que, como dijo Sapir (citado por Davis, 2010: 21), “respondemos a los gestos con especial viveza y se podría decir que conforme a un código que no está escrito en ninguna parte, que nadie conoce pero que todos comprendemos.”

Quizá Chico sí tenía una respuesta verbal pero no se atrevía a decirla por **inseguridad lingüística** y este temor a equivocarse acaso actuaba como un freno que lo detenía cuando estaba a punto de decir algo; como cuando nos avisó que ya había puesto su despertador: “ya lo poní”, a Miguel le dio risa y Chico preguntó: “¿cómo se dice?” En este caso fue una **simplificación** pero cuando le preguntamos a dónde había ido y él respondió: “A la *musiquería*” se trató más bien de un ejemplo de aquello que Le Page y Tabouret-Keller (1985: 11) llamaron “la creatividad de los hablantes”. Se puede decir que Chico inventó esta palabra porque no se la oyó a nadie y si bien, al principio nos dio risa, después me pareció muy práctica, mucho más económica que decir: *tienda de instrumentos musicales*. Además, vale la pena destacar que funcionó, que pragmáticamente fue útil, pues comprendimos de qué hablaba. De hecho, hace sistema con palabras como *panadería* o *tlapalería*, sin embargo, difícilmente el diccionario o la Academia de la Lengua la aceptarían

¹¹⁸ A la inversa, las unidades cargadas de connotaciones, como las fórmulas de cortesía, son ejemplos de *hipercodificación* (Eco, 2000: 211).

pues se trata del tipo de *creatividad que cambia las reglas* (Eco, 2000: 284) y esto no le agrada a las academias.

“Satanás”

Quién sabe si “Satanás” era de origen indígena, tal vez era otomí, siendo de Querétaro... no llegué a preguntárselo pero coincidía con Miguel y Chico en la escasa instrucción y en las mismas **simplificaciones**: “*la problema* es de él si se llena o no se llena”. Lo que sí alcancé a ver fue su libreta y como Fausto, anotaba las fichas de sus muchachos y escribía sus nombres tal como le sonaban: *Silbano, Reyez, Tomas*. Entre lo poco que dijo mencionó que no estudió porque llegó ya grande a la primaria y los niños le hacían burla, además, le quedaba muy lejos, así que decidió dejarla.

Mateo

A diferencia de “Satanás”, a Mateo no le escuché **interferencias** ni **simplificaciones** por lo que dudo mucho que tuviera por primera lengua un idioma indígena. Lo que sí caracterizaba su **estilo** eran sus reducciones, su “español cortado”, como le llama Miguel y del cual conservo este ejemplo : “Ya te *tas imponiendo pa* pizcar, *¿vea?*” donde redujo el inicio del verbo *estar*, el final de la preposición *para* y eliminó la vibrante y las oclusivas de *verdad*. Diríase que se podría entender con Eduardo, el cubano de Miami, pero los de Mateo eran fenómenos más fonológicos que dialectales, es decir su **estilo** no tiene que ver con determinada región sino con un habla muy relajada, en la que se deja actuar libremente a los fonemas; influir los unos en los otros. Lo que sí podría afirmar es que no venía de una ciudad sino del campo porque su perífrasis verbal *estar impuesto* por *acostumbrarse*, es característica de hablas rurales. Otra característica de Mateo era su timbre de voz, alto y agudo, el ideal para cantar décimas. Sin embargo, lo que más lo caracterizaba era su buen humor, más que su origen o su ropa, si algo lo identificaba era que siempre se estaba riendo o haciendo reír a los demás. Quién sabe si se llamaba realmente así o este nombre sólo era su apodo, no supe mucho de él, sólo que era de Querétaro, como “Satanás” pero, con lo poco que le escuché me di cuenta de que el **estilo** jugaba un papel importante en la formación de su **identidad** (Bell, 2007: 99). Cuando a Fausto le dijo: “ya avienta *a la chingada esa madre*”, echó mano del lenguaje rudo, como Silvano, pero lo decía sonriendo, no lo decía enfadado ni llegaba a las obscenidades de éste.

Silvano

Alias “El Matasiete”, Silvano resultó el más grosero de todos los pizcadores. Para él cualquier cosa era adjetivable con groserías, el banco podía ser “el *puto* banco”, lo mismo que el “puto frío”, “la puta nieve” o lo “doscientos putos pesos” que en realidad eran 200 dólares. Igualmente, la fruta podía ser “la *güey*”: ya se está poniendo amarilla la *güey*”. Ni que decir de las personas, una sexoservidora para él era “la *culera*”, lo cual además llevaba cierta misoginia. En un continuo de lo coloquial a lo vulgar y de ahí a lo obsceno (Andersson y Trudgill, 1990: 69) sus comentarios casi siempre iban de lo vulgar a lo obsceno, como su descripción de una camioneta: “*pinche* sonidazo, retumbaba el *hijo de su puta madre*” o su respuesta ante el riesgo del SIDA: “me vale *verga*, me pongo un gorro” o lo que, según él, pasaría si deportaran a todos los mexicanos: “la fruta se iría a la *verga*”. Lejos de la cortesía, lo que da forma a su **identidad** es este lenguaje rudo. La razón de ser de este tipo de **registro** es meramente pragmática, se busca impresionar, como dijo Manuel Sánchez cuando lo llevaron a la Jefatura (Lewis, 1965: 370): “...por dentro me brincaba el corazón. Pero dije: “Pos pa’ que éstos vean que soy muy toro.” Y estaba uno sentado en el suelo, y ¡pras!, le doy una patada por las nalgas.

–Hágase pa’llá, ¡hijo de la chingada!”

La radio y la televisión

Aunque Chico dijo “necesitamos un televisión”, él y Miguel sí tenían el aparato, en éste conectamos el DVD que Chico le compró a “El Maruchan”, lo que no tenían era antena o cable para recibir la señal. Silvano y Luis sí tenían ambas cosas pero no las compartían, además veían El Chavo del Ocho, no tenían interés por buscar canales en inglés o tratar de aprender la lengua; buscaban señales de México o latinas, como Univisión. En cuanto a la radio, su efecto es muy interesante. Más que algún tipo de **estándar**, como cabría esperar de una radiodifusora, el español que escuchábamos era un español local. Por lo tanto, los mismos fenómenos que se pueden encontrar en la gente, en las tiendas mexicanas o en las huertas, se podían escuchar en la radio: “si estás en busca de *aseguro*... ven por tu *aseguro*... *estoy localizado* en Wuachula... *yo les llamo pa atrás* lo más pronto posible”. Sin embargo, al escuchar estos **calcos** del inglés en el radio, la gente los da por buenos y el español de esta parte de La Florida los termina por incorporar.

Si bien, en este ejemplo se trataba de un anuncio, por lo menos en La Z (105.3), también los locutores hablan de esta manera, es decir, si alguien pusiera en duda el origen de esta señal,

pronto comprobaría que no se trata de una repetición de la emisión que se hace en la Ciudad de México sino de una hecha en el vecino condado de Sarasota, con gente de esta zona. En otras palabras, La Z no expande *normas generales* sino *hablas de carácter más local*, justo a la inversa de lo que cabría esperar de un medio masivo de comunicación (Martín, 2006: 10). La Z es más bien un reflejo del español que se habla en esta **ecología**; si tuviera una línea normativa sonaría falsa y la gente no se identificaría con ella. Más bien, como dijo Eco (2012: 65), “no es cierto que los medios de masa sean conservadores desde el punto de vista del estilo y de la cultura. Como constituyentes de un conjunto de nuevos lenguajes, han introducido nuevos modos de hablar, nuevos giros, nuevos esquemas perceptivos”; son **líderes lingüísticos**.

Otra característica del español en la radio es el uso de las medidas inglesas: “¿Están cansados de esas *libritas* de más?”, “la temperatura: *sesenta* grados”, “maciza de puerco, uno noventa y nueve *la libra*”. Esto es inevitable porque aquí el termómetro y la báscula están en grados Fahrenheit y en libras, respectivamente, sería muy complicado convertir a grados centígrados y a kilogramos todas las medidas, como se hace en la traducción de una película, por ejemplo, aunque tampoco es imposible, tal vez un grupo más celoso de su lengua si lo haría, como los catalanes.

En La Z se percibe una suerte de negociación entre estas lenguas en **contacto** porque, si bien, como pregonan en sus cortinillas, “se habla español”, este español tiene que ceder en algunos campos como éste de las medidas. No escuché otras estaciones en inglés como Newsradio (1480 AM) o The Bull (106.9 FM), las cuales podían captarse en Arcadia, pero no creo que al inglés le suceda lo mismo porque, en este **contacto** de lenguas, el inglés es la lengua de mayor **prestigio**; para los norteamericanos no hay utilidad en adoptar **préstamos** del español.

6.3.2. *El inglés*

Si bien el inglés es el **código** de comunicación entre la población americana de Arcadia, la creciente cantidad de migrantes que no buscan integrarse ni aprender inglés hace que éste vaya perdiendo terreno no sólo aquí, en toda La Florida, donde la población “hispana”, como la llaman los estadounidenses, ha crecido en los últimos años. En el centro de Arcadia, en la Arcadia estadounidense, los norteamericanos hablan inglés en la casa y en la calle; con el peluquero, con el mesero y con el tendero, pero en barrios como el nuestro el **código** de comunicación es el español. Sin embargo, los **contactos** se dan, a pesar de haber una brecha entre estadounidenses y

mexicanos, los cuales no suelen ser muy bien vistos o mejor dicho ni siquiera vistos por los americanos, como me dijo Samuel en Dallas: “no nos quieren pero nos necesitan”. De cualquier manera, con o sin rechazo, en esta pequeña ciudad el inglés y el español están en **contacto** y, como en el **contacto** de lenguas éstas nunca están en igualdad de condiciones (Chávez, 2006: 87), aquí la influencia del español, la lengua de los invisibles, es mínima en el inglés de los estadounidenses.

A la inversa, el inglés sí influye en el español de los mexicanos y esto es evidente en fenómenos de desplazamiento como el del verbo *regresar*, el cual suele ser reemplazado por el **calco** *ir para atrás* (*to go back*): como dijeron en La Z: “yo les llamo *pa atrás* lo más pronto posible”.¹¹⁹ Lo mismo puede decirse de la conjunción adversativa *sino*, la cual pierde terreno ante el **calco** de la conjunción inglesa *but*, como en este otro ejemplo de La Z: “no sólo para los adultos *pero* los niños, que vengan a conocer al único y verdadero Dios”. *Camioneta* también es desplazada por *troca*. En la **arena** que surge en esta **ecología**, son varios los **préstamos** del inglés que están ganando la competencia. Algunos pasan ilesos, sin sufrir adaptaciones a la fonética del español, es decir, la gente aquí los usa con una pronunciación más cercana a la de los estadounidenses, no como en la Ciudad de México, donde también llegan a aparecer pero los hispanohablantes dirían *van* y *bus* no /bas/, ni /ben/, como lo hace Miguel, mucho menos /'kora/ (*quarter*) la cual no se usa en el español de México. Otras al contrario, sí son adaptadas al español, como *laquear* (*to lock up*) y *testear* (*to test*), ‘cerrar con llave’ y ‘probar’, respectivamente.

Este desbalance tiene que ver con las **actitudes** de las personas, a diferencia de los estadounidenses, quienes toman pocos elementos del español porque no tienen aspiraciones mexicanas,¹²⁰ los mexicanos, que sí las tienen hacia la cultura estadounidense, siempre han adoptado más léxico, expresiones o simplemente la pronunciación relajada del inglés de los americanos. Desde los años treinta, grupos de jóvenes mexicanos llevaron esto a tal extremo que se empezó a hablar de *espanglish*.¹²¹ En su primera película, *Hotel de Verano* (Cardona, 1943), Germán Valdés, ofrece una muestra del lenguaje de aquellos jóvenes. Ataviado con el famoso *zoot suit* o traje de pachuco, zapatos blancos y un sombrero con dos plumas, caracteriza a un

¹¹⁹ Este **calco** está muy extendido y ya ha sido mencionado por autores como Stern y Otheguy (2011: 10).

¹²⁰ Como lo muestra Criado (2004: 125), la sociedad estadounidense suele desvalorizar, estigmatizar e incluso ver a los hispanohablantes como una amenaza, como un “adversario a doblegar”.

¹²¹ Sobre *espanglish* véase Stern y Otheguy (2011) y Stavans (2003), entre otros.

joven que llega de los Estados Unidos, según él, de “*Los Angeles*”, de “*Sara Moroca*” y le pregunta a Marcelo (Marcelo Chávez) que si no tiene una *mecha (match)*, un cerillo. Marcelo muestra rechazo al pachuco y a su lenguaje, ambos estigmatizados en México: “¿Tiene anginas?, le pregunta, “¿No puede hablar?” Y ante su constante movimiento añade: “¿Tiene reumas?” A lo que Tin Tan pregunta a su vez:

–¿Por qué?

–De su brinquito ese que trae.

–Es el estilacho.

–Ah, ¿también?– le pregunta Marcelo rechazando igualmente la **gestualidad** del pachuco.¹²² Finalmente Tin Tan va al grano y le pregunta si conoce a un primo suyo al que le lleva una guitarra:

–Es un *relativo* mío.

–*Relative*, ah, su primo, dice usted. ¿Para qué lo quiere?

–Le traigo esta lira... A mí me *laika* mucho pues el sonido de la lira, ése– dice Tin Tan usando el verbo *to like* por *gustar*. Marcelo toma entonces la guitarra y Tin Tan canta una canción.

Sin embargo, en Arcadia nunca escuché a nadie que hablara un lenguaje lo suficientemente mezclado como para considerarlo *espanglish*. Además, los lenguajes cambian con el tiempo y de esta película han pasado ya setenta años. No obstante, palabras usadas por Tin Tan en esta secuencia, como *vato* y *Califas*, aparecieron en el lenguaje de Miguel: “el *vato* no sabía”, “en *Califas* puro campo”.

Y como a fin de cuentas lo que está en **contacto**, más que lenguas, son personas (Weinreich, 1953), a pesar de haber mucha distancia entre ellas, también se dan casos de mestizaje, Robert, el americano que nos vendió las tazas, dijo que tenía nietos mexicanoamericanos, aunque no llegué a saber si el mexicano o mexicana era su yerno o su nuera.

Nunca escuché a Miguel platicar con alguien en inglés, solamente le oí decir dos cosas, la primera, a través de la ventana, a una muchacha que fue a ofrecer sexoservicio a nuestro tráiler: “*No get a money*”, le dijo, y la segunda: “*No working tomorrow*”, ahí mismo en el tráiler, después

¹²² Misma que podría proceder de los afroamericanos, los cuales, según Davis (2010: 167), “son más rápidos, más sutiles y más sensibles a matices no verbales.”

de hablar por teléfono con “Satanás”, para avisarnos que no habría trabajo. En ambos casos, sus expresiones funcionaron, la muchacha se fue y nosotros entendimos que no trabajaríamos al día siguiente.

También Chico utilizó una expresión en inglés: “*tomorrow morning*”, cuando se despidió de “Satanás” luego de haber ido por la ropa que había olvidado en la van. Cabe suponer que si apenas está adquiriendo el español aún no está en condiciones de aprender el inglés pero no necesariamente esto es así, podría suceder que, dependiendo de los espacios, los interlocutores y los **contextos**, desarrollara más, e incluso más rápido, el inglés que el español pero, por el momento, Chico se encuentra inmerso en una **ecología** hispanohablante donde este tipo de expresiones son muy aisladas.

Además de las vulgaridades y obscenidades que nutrían su **estilo**, Silvano también recurría a los **préstamos** del inglés para la construcción de su discurso y su **identidad**: “llegaba yo bien *full*”, “y pagando *raite*”, “el domingo en la noche le dije *bye*”, “mañana van a *testear*”. Sin embargo, tampoco él hablaba inglés.

6.3.3. *El purépecha*

En tercer lugar queda aquí el purépecha, limitado a los momentos en que Miguel y Chico están solos y a las llamadas telefónicas que hacen a Santa Fe. Lo más simbólico en este caso no es el uso sino el no uso de la lengua como una forma de cortesía con el resto de los pizcadores. Miguel y Chico se reservan el purépecha para hablar por teléfono con su familia, o entre ellos, siempre y cuando estén solos, porque, al igual que José, el hijo de doña Graciela, Miguel también dice: “la gente piensa que estamos hablando de ellos, por eso aquí no hablamos *tarasco*, por eso hablamos *puro* español”. Sin embargo, en otras partes de los Estados Unidos donde hay más purépechas éstos sí utilizan la lengua, como en Carolina del Norte, donde, según Lourdes, convive gente de Tziróndaro y Santa Fe, lo que da por resultado un **contacto** de **dialectos**. En mi estudio sobre la variación de la lengua purépecha (Chávez, 2004), en todos los casos, Tziróndaro y Santa Fe solían agruparse en una misma **isoglosa**,¹²³ es decir, la distancia dialectal entre estas comunidades es mínima. De este modo, en Carolina del Norte se da la convivencia de diferentes variedades de

¹²³ Una **isoglosa** es la línea que se traza en un mapa para agrupar variedades similares (Chambers y Trudgill, 1998: 89).

purépecha y el contacto entre éstas llega a ser más estrecho incluso que en México, es decir, la gente de dos comunidades vecinas en Michoacán forma allá una sola **comunidad de habla**.

6.4. *Los códigos no verbales*

6.4.1. *La comida*

Aunque había Burger King, McDonald's e incluso Taco Bell, nunca fuimos a uno de estos restaurantes. Yo no lo hubiera propuesto pues mi intención era ver las costumbres de ellos, no las mías, sin embargo, un día Miguel encargó pizzas de Domino's. Primero me sorprendió que las llevaran en un coche grande, un Grand Marquis, como el taxi que me trajo, y no en una pequeña moto como en México, vaya desperdicio de gasolina. Sobre el toldo del auto el conductor sólo ponía un pequeño anuncio luminoso, como los de los taxis. En segundo lugar, a diferencia del Burger King, cuyas hamburguesas en Punta Gorda sabían igual que las de México, las pizza del Domino's de aquí eran mucho más saladas que las de allá. El resto del tiempo comíamos con tortillas, muchas tortillas, así fueran mojarras, frijoles, chorizo, huevos, sopa de fideos, piernas de pollo o el alambre que yo preparaba, siempre acompañábamos los guisados con grandes cantidades de tortillas, así como también de chiles jalapeños. También comprábamos pan, tamales, mollejas empanizadas y los cueritos durísimos que Chico trituraba sonoramente.

Como me dijeron algunos purépechas en Santa Fe, la gente que reside en los Estados Unidos busca la manera de hacer platillos purépechas o por lo menos mexicanos, pues no siempre es fácil conseguir los ingredientes necesarios por allá. Lourdes dijo: “allá me piden que hagamos *churipo*, el atole. Hay que hacerlos para que no pierdan su raíz”, en tanto que doña Graciela incluso le pidió las hojas de maíz a un moreno a fin de poder hacer sus tamales. Esto se debe a que, como lo señala Kalcik (citado por Leeds-Hurwitz, 1993: 97), las comidas son particularmente resistentes al cambio debido a que fueron las manifestaciones culturales más tempranas. Sin embargo, la siguiente generación puede aficionarse a la comida norteamericana, como fue el caso de José, quien en Santa Fe añoraba las hamburguesas de McDonald's. Pero el caso de Miguel y Chico es diferente, ellos no son trabajadores residentes sino temporales, de La Florida habrían de moverse a Michigan y además no tienen a su mamá ni a su esposa, la comida que ellos comen es la que ellos mismos pueden comprar y preparar.

Lo que aquí se estila, y así lo hacían también Silvano y Luis, es lo que en México se conoce como *hacer el súper* y aquí se llama comprar el *lonche*. Los productos que comprábamos son los que se pueden encontrar en el Wal-Mart o en el Save a Lot y representan el grueso de lo que habrán de comer durante ese periodo, carne, fruta, jugos, refrescos, pan; todo industrializado. Estas compras, a diferencia de las que su mamá o Yolanda hacen cada día en Santa Fe, suelen ser semanales, es decir, Miguel y Chico no hacen compras grandes todos los días, algo que Lewis (1965: XVI) identificó como una característica de la *cultura de la pobreza*: “los productos alimenticios se compran cada día y en pequeñas cantidades, a medida que se necesitan”. Sin embargo, y tal vez esto podría ser una reminiscencia de la cultura de la pobreza, casi a diario, Miguel y Chico sí hacían pequeñas compras en las tiendas mexicanas, pero éstas eran las más simbólicas: los chiles, las tortillas, el pan de dulce o los refrescos mexicanos, como los Jarritos, pues no es lo mismo tomar una Coca-Cola que un Jarrito, “la gente no bebe sólo para calmar su sed sino para manifestar una imagen pública” (Leeds-Hurwitz, 1993: 87). De manera informal, también es posible conseguir aguacates en el *fleamarket* y tamales con vendedores ambulantes, como la señora de la camioneta Windstar. Por otro lado, ellos dicen que sí pero yo pienso que en Santa Fe no comen tanto como aquí.

Algo en lo que coincidieron tanto Catalina en Santa Fe como Chico y Miguel en Arcadia y James en Miami fue en ofrecerme algo que comer cuando llegué a sus respectivas casas. Como ya se ha mencionado antes, este gesto parece tener un significado universal de amistad (Leeds-Hurwitz, 1993: 83). De este modo, la comida se vuelve un **código** y ofrecerla al que llega significa darle la bienvenida. A la inversa, no ofrecerla en estos casos podría significar que el recién llegado no es grato.

6.4.2. *El vestido*

El vestido no es sólo una protección ante las inclemencias o una marca de identidad, como en el caso de Catalina, también es una forma de comunicación, un *lenguaje simbólico*, diría Roberts (citada por Leeds-Hurwitz, 1993: 122), y aquí, consciente o inconscientemente, los mexicanos lo explotan todo el tiempo. Chico, por ejemplo, es mucho más dado a usar el vestido como un lenguaje, quizás por su juventud, por ser su primer viaje o porque no se siente seguro al hablar español. El uso de playeras con estampados altamente simbólicos como la Virgen de Guadalupe,

los pantalones muy amplios o el paliacate hasta los ojos,¹²⁴ se vuelve de este modo un **código** con el que los más jóvenes parecen decir desafiantes: “Sí soy mexicano y qué”. Sin embargo, además de los **códigos**, también son importantes los contextos pues, en un **contexto** de polarización, usar atuendos y prendas con los que buscan llamar la atención puede ser un arma de dos filos. Swidler (2001: 171) pone como ejemplo el uso del gorro frigio durante la Revolución Francesa, lo cual podía ser de vida o muerte. De manera similar, aquí, en los Estados Unidos, un **contexto** de constantes deportaciones podría hacer peligroso el uso de aquellas prendas que constituyan un **código** e incluso inhibirlo.

Afortunadamente para Miguel, Chico y los demás pizcadores, no suele haber deportaciones en Arcadia y, como los domingos no hay trabajo, los migrantes se ponen sus mejores prendas. Chico usa entonces este tipo de ropa, sin llegar a un estilo cholo ostentoso como el de los muchachos que vi en Dallas,¹²⁵ los cuales, como los personajes de la Comedia Italiana, *pregonaban* (Barthes, 1981: 16) su papel con esos atuendos y esas actitudes, o los que aquí entraron a la lavandería, o el jovencito que a mi llegada a Arcadia pasó junto a mí con aquel peinado de cuernitos, la playera con La Guadalupana, los pantalones enormes y los aretes en las orejas y las cejas, un estilo que más bien parecía un *muestrario de signos* (Sebeok, 1996: 11) o un *despliegue de símbolos* (Leeds-Hurwitz, 1993: 34).

¹²⁴ Esta prenda ha sido adoptada incluso por los norteamericanos, Axel Rose, el vocalista del famoso grupo de rock Guns n’ Roses, solía usar el paliacate en la cabeza de este modo, lo mismo que Bret Michaels, el vocalista de Poison, otro famoso grupo de los noventas.

¹²⁵ Vestir al estilo cholo es, en términos de Hebdige (citado por Leeds-Hurwitz, 1993: 119), una “semiosis autoconciente”, como lo era en su momento el estilo *punk*, es decir, el vestido se vuelve el medio de expresión de una subcultura en franca oposición al resto de la sociedad o a los valores de ésta.



Chico con el paliacate al estilo cholo

De hecho, todo atuendo dice algo y no sólo los mexicanos recurren al vestido como un lenguaje, también los americanos y no se diga los afroamericanos, como aquel señor que pasó por el mercado de pulgas pedaleando un triciclo, ataviado con un traje blanco y zapatos amarillos, como un dandy congoleño de esos que visten trajes rosas o naranja y en la oscuridad de la pobreza africana semejan estallidos de color (Muñoz, 2010: 74); algo parecido al desconcertante efecto que producen los colores eléctricos de los *saris* que visten las mujeres en la India (Bourdain, 2007).

Ahora bien, todos los **códigos** cambian con el tiempo (Leeds-Hurwitz, 1993: 64) y el vestido no es la excepción. Una buena prueba de ello es que, a pesar de ser poca la diferencia de edades entre Chico y Miguel, este último no busca llamar la atención como lo hace su hermano menor, él trata de ser más neutral con playeras y jeans, aunque su cabeza rapada no le ayuda mucho en ello.¹²⁶ “Satanás”, quien ya tiene muchos años en los Estados Unidos, es residente y no anda en busca de **identidad**, vestía de una manera aún más neutral: chamarra de mezclilla; jeans; botas mineras y nada de playeras con la Virgen de Guadalupe, sombreros ni paliacates en la cabeza como los más jóvenes, él usaba una gorra de beisbolista, un objeto del que muchos migrantes se han *apropiado* (Leeds-Hurwitz, 1993: 168); si con su forma de vestir “Satanás” quería decir algo eso era: “yo estoy trabajando, a mí no me molesten”.

¹²⁶ Como lo ha señalado Barthes (1981: 55), el corte de pelo puede implicar un modo particular de existencia.

En cambio don José, el más bajito de todos, a pesar de usar la gorra de beisbolista no lograba producir con ella el mismo discurso que “Satanás”. A diferencia de éste, quien llevaba el cabello recortado, a don José se le salían por debajo de la gorra mechones de cabellos lacios y largos, además, usaba la visera plana, es decir, no le daba la curvatura que le dan los americanos. A pesar de que era de Hidalgo, de Tenango del Aire, se expresaba de los mexicanos como si él no lo fuera: “no entienden los mexicanos, cuándo *chingados* van a entender”. Este discurso resultaba cómico al lado del que su apariencia comunicaba pues, como le gritaron en la huerta: “Sí, tú, *pinche* bigotes de ratón”, don José, en efecto, tenía cara de roedor, era una especie de Speedy González pues, además de su aspecto, parecía gustarle el juego del gato y el ratón pues, a pesar de que ya lo habían deportado y sabía que si lo arrestaban de nuevo lo llevarían directamente a la cárcel, se volvió a internar en los Estados Unidos.

6.4.3. *Los objetos*

Como lo señalara Leeds-Hurwitz (1993: 148), los objetos no están solos con sus significados a la vista de cualquiera, es necesario vincularlos con las personas que los usan y con el uso que les dan para comprender su verdadero sentido. También llamados *cultura material* por Bronner (citado por Leeds-Hurwitz, 1993: 80), los objetos que he considerado aquí son básicamente cosas que se usan en la vida cotidiana pero que han sido investidas con cierta carga semiótica. Con el término *productos culturales*, Hirsch (citado por Leeds-Hurwitz, 1993: 81) distingue las películas y los discos, pues en efecto son mucho más que el CD o el DVD en el que están grabados, pero aquí se agruparan junto con las cosas, como una cobija, y de unos y otros nos ocuparemos enseguida.¹²⁷

En este tipo de migración por temporadas es común que la gente se mueva de un Estado a otro dentro de los Estados Unidos, de La Florida a Michigan, por ejemplo, como habrían de hacerlo Miguel y Chico una vez que yo me fui. En esos trances es difícil llevar cosas, muy pocos objetos viajan con los migrantes y no necesariamente los más pequeños o llevaderos sino los más simbólicos. Cuando se fueron a Michigan dejaron todos los enseres de la cocina, por ejemplo; no podían llevarse los cuchillos, las sartenes ni las ollas, tal vez ni siquiera las tazas que le compramos a Robert, pero seguramente sí se llevaron el retrato de la familia que yo les llevé,

¹²⁷ En este rubro Hirsch también considera los libros pero yo no vi ninguno en venta, ni en las tiendas mexicanas ni en el mercado de pulgas, así como tampoco vi a nadie leyendo.

aunque es probable que hayan dejado el marquito que Miguel le compró en el Family Dollar. Si tuvieran la Toyota de Gilberto tal vez cargarían con más cosas pero no pueden traerla, sería más fácil comprar una aquí. En cambio Luis, que sí la tiene, no puede conducirla porque, sin licencia, corre el riesgo de que lo detenga la policía y hasta lo deporten; su camioneta estacionada es como las casas sin baño de Santa Fe, más ostentación que servicio o beneficio, (Eco, 1978: 336). O como diría Gell (citado por Leeds-Hurwitz, 1993: 142), Luis es un *consumista eventurero* para quien “no es el uso de los objetos lo que indica estatus, como uno podría pensar, sino la mera posesión de los mismos”. Amén de que el automóvil es un objeto simbólico por excelencia y no sólo en los Estados Unidos, donde es de hecho un objeto de culto, también en Europa, véase si no el ensayo de Roland Barthes (1981: 154), *El nuevo Citroën*, donde compara el automóvil con las catedrales góticas.

Yo me preguntaba: ¿a quién trata de presumirle Luis su camioneta? A otros pizcadores, desde luego, como al salvadoreño, a quien Luis había hecho objeto de sus burlas, a quien le presumía su teléfono celular al mismo tiempo que descalificaba el de éste diciéndole que lo había comprado en las pulgas; de nuevo, la necesidad de tener a quien despreciar para sentirse superior (Davis, 2010: 97) ahora entre un mexicano y un centroamericano. Aunque “El Maruchan” era más alto que Luis, no le decía nada. Tal vez el salvadoreño evitaba el conflicto porque se sabía solo, a diferencia de otros pizcadores, él no tenía un hermano, ni un paisano.

Todo lo contrario pasaba con la van de “Satanás”, la cual era para él su objeto máspreciado, pero no porque la usara para *comunicar* sino porque, en su caso, sí se trataba de un objeto *funcional*, nada menos que uno de sus principales instrumentos de trabajo, el otro era la *chiva* con la que levantaba los *baños*. Y a diferencia de Fausto, cuya van era una carcacha, la de “Satanás” estaba en perfectas condiciones.



La van de “Satanás” afuera de la tienda “Cinco de Mayo”

Hay objetos que tienen un *significado transparente*, como las banderas (Leeds-Hurwitz, 1993: 118),¹²⁸ y desde luego la bandera de México lo tiene como símbolo de mexicanidad pero no es el único, también la Virgen de Guadalupe puede tenerlo, ambos son objetos emblemáticos, dos símbolos de México, uno oficial, reconocido internacionalmente, y otro no oficial pero que casi tiene el mismo significado, casi es otra bandera, de hecho fue una bandera cuando el cura Hidalgo la tomó como estandarte de la Independencia en 1810. Por eso la cobija de Chico con la bandera de México de un lado y la Virgen de Guadalupe del otro habría de ser el más emblemático de los objetos que pude ver y por lo mismo, muy probablemente Chico no la dejó en Arcadia cuando se fueron a Míchigan.

Ahora bien, un mismo objeto puede tener significados distintos para diferentes personas; el teléfono celular, tan importante para Miguel como medio de comunicación, para Chico era literalmente un juguete; solía utilizarlo más como videojuego que como teléfono, lo cual no quiere decir que no lo usara también para hablar o enviar un mensaje, como cuando se preocupó por nosotros y nos escribió: “*ya bencanse*”, mostrando de paso, y por escrito, algo que en Miguel ya no se nota tanto, la **interferencia** del purépecha en su español, en este caso, una subdiferenciación de fonemas (Weinreich, 1953: 50). Lévi-Strauss (citado por Eco 1978: 403) ya había señalado que el mismo utensilio puede servir para distintos fines en diferentes sociedades,

¹²⁸ Sobre banderas, desde el punto de vista semiótico, véase Weitman (1973) “National flags: a sociological overview”.

pero aquí vemos que también puede servir para distintos fines entre individuos de una misma sociedad.

Otro ejemplo de lo anterior son los documentos. Para Chico, su pasaporte y su visa, los cuales dejó en su mochila cuando se la prestó a Joel, evidentemente no fueron sus objetos más valiosos, para él resultaron más preciados los discos que trajo de Michoacán y el radio que consiguió aquí. La visa y el pasaporte, “ese objeto que contiene la identidad” (Hoffmann-Axthelm, 1992: 199), aquello que miles de migrantes quisieran tener y no tienen, irónicamente, no fue importante para Chico, lo cual es un reflejo de que su **identidad** no está dada ni por el pasaporte ni por el Estado Mexicano ni por los Estados Unidos, su **identidad** es algo que él mismo se está forjando aquí.

Para Chico, más que la alfarería, a la que le dedicaba la mayor parte del tiempo, su vida en Santa Fe era la música. A pesar de que tocaba pocas horas, era lo que realmente le gustaba hacer. Tomás le decía que no viniera porque ya estaba tocando pero se vino y acá en Arcadia, aunque de otra forma, sigue siendo su vida, aunque, por el momento no tiene instrumento que tocar ni grupo con quien ensayar, por eso sus discos y su radio eran sus objetos más preciados. Y es que la música es para muchos migrantes, no sólo para Chico, algo con lo que forjan sus **identidades**, las letras de las canciones llegan a ser su filosofía de vida, a menudo machista, como en “Me duele”, una canción de Roberto Tapia que escuchábamos en La Z: “...quiero arrancarme del alma / la que destrozó mi vida / y no voy a descansar / hasta verla de rodillas...” La vulnerabilidad emocional del varón de la que hablaba Giddens (1998: 64) es patente en estos machos de grupos y bandas en los que todos los integrantes se visten igual, todos usan sombrero, todos son obesos y, según ellos mismos, fácilmente les destroza la vida una mujer, como en “Traigo ganas de pistear”, una canción de Los Amos de Nuevo León que también escuchábamos en La Z: “traigo ganas de pistear / yo me voy a ir a empedar / para sacarme una perra / que me vino a pagar mal”. Y como se podrá suponer, los migrantes también ven a **líderes lingüísticos** en estos cantantes.

6.4.4. *El bien vivir*

Miguel

A pesar de que le dicen “Tomás”, por su papá, y de que él mismo dijo: “ya traigo otro nombre, yo me llamo Armando Márquez”, como decía su *mica chueca*, Miguel tiene una **identidad** bien

construida, se asume mexicano, michoacano, purépecha y, en sus propias palabras, “manzanero y naranjero a lo cabrón”. A diferencia de Pedro, quien sí se asumió *hispano*, Miguel no se asumió ni *hispano* ni *latino*, este **código** de reciente cuño (Swidler, 2001: 168) no llega a definirlo.

Como diría Giddens (1998: 89), es “lo que una persona quiere [lo que] ayuda a definir quién es esa persona” y Miguel es una persona que quiere salir adelante, que quiere conocer otro tipo de gente y otras comidas pero cuyo objetivo final es terminar su casa en Santa Fe. Habría que añadir que, además de trabajador y responsable, es solidario y digno de confianza; su solidaridad es, en términos de Komter (2005: 146), una *solidaridad familiar*, para con la red de familiares y parientes cercanos; cuando Gilberto necesitó dinero fue Miguel quien le compró su camioneta Toyota a pesar de que, en ese momento, a él en Arcadia de nada le servía tener un vehículo estacionado en Santa Fe. Su *confiabilidad* permite, como dice Putnam (1994: 212), que el grupo pueda “lograr mucho más en comparación a un grupo donde no existe la confiabilidad”. En este momento, Miguel representa un pilar no sólo para Yolanda y su hijo “Kilo” sino para toda la familia.

A diferencia de sus hermanos, Miguel no suele meterse en problemas, como lo hizo Efrén aquí en Arcadia, o Gilberto y Abelardo allá en Santa Fe. Cuando le pregunté quienes eran los que se habían estado insultando en la huerta no me respondió en honor a la verdad sino con cuidado de no comprometerse. Es cauteloso y por lo tanto no bebe, en el bautizo de su sobrino estuvo tomando cerveza pero, acá en La Florida, mientras yo estuve con ellos, solo una vez compró un *six*, y eso de Coronitas, las botellas de 210 mililitros, y aunque dijo que “andaría quemando llanta” con una camioneta de las que vendían en la 17, realmente no me lo imagino haciendo escándalo. También dijo que a la camioneta *subiría* “tres morras” pero lo decía en un tiempo hipotético, en cambio, cuando dice que *habla* con su esposa todos los domingos, lo hace en un tiempo habitual. Su verdadero discurso es el trabajo: “hay que salir para conocer otro tipo de gente, otras comidas, salir adelante”, “echándole ganas, no me importa si está lloviendo”, “ni me agüito”, “somos puros mexicanos *pesados*, no nos rajamos”, “*michoacanos* son más *cabrones*”, “mientras que *estoy* bueno y sano no pido más a nadie”. Éstas fueron algunas de sus expresiones en este sentido, las cuales siempre iban acompañadas de su característico **gesto** de cerrar el puño y sacudirlo como una sonaja a la altura de su hombro, lo cual ejemplifica que la comunicación no verbal es inseparable de la verbal (Davis, 2010: 19). Pero, a diferencia del **gesto** napolitano

consistente en pasar rápidamente el dorso de la mano bajo el mentón (Eco, 2000: 261), el **gesto** de Miguel es más fácil de traducir y significa algo así como “tengo la fuerza necesaria”.

Sus vecinos en Santa Fe se admiran de que tan joven esté construyendo una casa pero, si lo vieran aquí, no les sorprendería tanto; trabaja mucho, gasta poco y envía lo más que puede. Dada su juventud, seguramente no piensa en actuar conforme a la *kaxumbikua*, como lo hacen los purépechas que aspiran a un cargo, pero en la práctica se comporta como un señor purépecha de más edad. Además, la mayor parte del tiempo está de buen humor, suele decir con una sonrisa “ahí vamos, al pasito duranguense” al tiempo que realmente hace un paso de baile. Es más, tiene la salud mental de reírse de sí mismo; en vez de decir que iba a echarle más agua a los frijoles decía que le iba a echar más agua “a los camarones”, y a los costales para pizar los llamaba “las computadoras”. “Yo nunca me agüito”, decía, y en efecto, solamente una vez lo vi desesperarse, solamente una vez renegó de su “pobreza”, si a ganar en dólares se le puede llamar pobreza, cuando en la huerta de la Orange Company azotó aquella naranja contra la tina.

Otro aspecto en el que, consciente o inconscientemente, observa el bien vivir es la fidelidad. Si tomamos en cuenta el contexto en el que se encuentra él y miles de mexicanos, hombres jóvenes, solteros o casados pero lejos de sus esposas o sus novias, el riesgo de involucrarse con prostitutas y lo que esto puede llegar a implicar en términos de salud (Hirsch y otras, 2006: 99), la expresión de Miguel en inglés, “*no get a money*” fue mucho más que un simple “no, gracias”. Y no es que se hubiera detenido porque estaba yo ahí, es algo que tanto él como sus hermanos tienen claro, no se involucran con sexoservidoras. Según Tomás, cuando se fue, por lo mucho que lo perturbaba esto, dijo que sus hijos le dijeron: “*Pa* qué te vas, nosotros no vamos a hacer chingaderas”, es decir, iban a observar un buen comportamiento. Como lo mencionan Hirsch y sus colegas (2006: 115), no todos los hombres que pasan largas temporadas trabajando en los Estados Unidos tiene sexo mientras están lejos de su casa, pensar así es una generalización y las generalizaciones ocultan los detalles.

Un sentido que no tenía el antiguo concepto de *kaxumbikua* pero podría estarse desarrollado a consecuencia de la migración es *mantenerse en contacto*. Cuando Gilberto me dijo que había visitado a unos primos en los Estados Unidos y éstos se habían dado al alcohol y la mala vida, también añadió que ya no hablaban a Santa Fe. A pesar de que, como dice Davis (2010: 13), por teléfono no se puede estar seguro de lo que realmente quiere decir la otra persona, pues no se le puede ver a los ojos, la telefonía, fija o móvil, es en estas circunstancias el único

recurso para comunicarse, es lo que mantiene a Miguel y a Yolanda, y a miles de migrantes, comunicados con sus familias en Santa Fe, Oaxaca, Guerrero o El Salvador.

El teléfono es la principal y de hecho la única fuente de comunicación con la familia,¹²⁹ no sólo fluye por su cable o su señal el lenguaje sino también los sentimientos; si para mí, escuchar a mi hijo por teléfono resultó la más intensa de las *emociones*,¹³⁰ la que me produjo un nudo en la garganta, qué no sería para Miguel una llamada cuando ya lleva meses sin ver a su hijo. De ahí que diga “yo todos los domingos hablo con mi esposa”. Y en efecto hablaba horas con Yolanda, no sólo para confirmar envíos o girar instrucciones sino para mantener vivo su romance, porque su relación es bastante romántica, no digamos en el sentido decimonónico del término sino incluso en su sentido medieval; Miguel es como el caballero que va a vivir una odisea mientras su dama es la heroína “pasiva” que lo espera (Giddens, 1992: 51). Sin embargo este amor romántico también ha sido *pasional*, tanto que ya tienen un hijo. Aunque no se habían casado cuando llevé a cabo mi trabajo de campo, el niño, como diría Erickson (2006: 129), legitima su condición de esposos en la comunidad.

Por otro lado, el suyo también es un *amor de compañerismo*, (Erickson, 2006: 119; Hirsch y otras, 2006: 103) y, de acuerdo con Giddens (1992: 63), también tiene rasgos de amor *confluyente*, es decir, es más activo; Yolanda no se limita a tejer mientras espera a Miguel, por eso, más arriba, puse entre comillas la palabra *pasiva*, porque es ella la que ejecuta los planes de ambos con el dinero que él manda, y también puede ser ella quien tome el teléfono y lo llame a él, por eso, aunque las llamadas largas se suelen hacer con tarjetas desde teléfonos fijos, el teléfono celular se vuelve tan importante, sólo con éste es posible recibir una llamada de México en cualquier momento, amén de las fotos, videos y todo lo que puede tenerse y hacerse ahora con un teléfono celular.

En cuanto a los roles, las circunstancias en las que se encuentra, trabajando a una gran distancia, generan una contradicción: Miguel es para su mujer y su hijo un proveedor pero al mismo tiempo un padre y esposo ausente o semiausente, algo difícil de explicar sobre todo a un niño, el cual puede sentirse abandonado a pesar de que su padre está trabajando para mantenerlo.

¹²⁹ Desde luego que también existe la videoconferencia por medio de aplicaciones como Skype pero yo no conocí a nadie que usara estos recursos.

¹³⁰ Según Bedford (1989: 282), “una experiencia de un tipo especial que abarca un sentimiento”.

Miguel me dijo que “Kilo” le decía que era su hermano, no su papá, algo que a él le daba risa pero en el fondo tal vez le dolía.

Además de este rol que juega con su familia, como individuo juega para sí mismo el rol de amo de casa. Afortunadamente no tiene problemas con lavar los trastes, barrer el tráiler, o hacer las compras. Tampoco tiene problemas con lavar la ropa, lo cual se hace muy fácilmente en las máquinas tragamonedas. Pero más allá de las labores tradicionales de uno o de otro sexo, Miguel es aquí el responsable de su hermano menor, juega el rol de autoridad en este fragmento de la familia Morales.



Miguel llamando a Santa Fe

No obstante, Miguel de ninguna manera es un santo, tiene sus claroscuros y los dejó ver cuando se sumó a las burlas y chistes que los pizcadores solían hacer a las costillas del salvadoreño; un día dijo que “El Maruchan” era tres veces *mojado*, en alusión a que había pasado ilegalmente tres fronteras, la de Guatemala, la de México y la de los Estados Unidos “ya ni nombre tiene”, añadió burlón. El salvadoreño, como otras veces, se quedó callado.

Chico

A diferencia de Miguel, Chico, alias “El Cholomán”, es un muchacho soltero, no tiene hijos y por lo tanto tiene menos responsabilidades que su hermano, lo cual se reflejó en sus primeros envíos;

mientras Miguel le mandaba 800 dólares a Yolanda, Chico le mandaba 300 a sus papás. Su respuesta cuando Miguel lo regañó de parte de “Satanás” porque se salió de la huerta antes de tiempo fue: “Yo no le puedo chingar como tú le chingas”, la cual podría interpretarse como “yo no tengo *necesidad* de chingarle como tú le chingas”. Y si Miguel no actúa con la *kaxumbikua* en mente, Chico menos, lo cual tampoco significa que se porte mal o, como diría Tomás, que haga “chingaderas”; el bien vivir está en él, aun cuando quizá ni siquiera lo llame por su nombre; es algo que le han inculcado sus padres simplemente con el ejemplo.

Se podría decir que, como Pedro, el de Tziróndaro, Chico vino nada más por venir, porque ya tenía edad suficiente, no tanto por necesidad o por convicción. Aunque es capaz de prepararse sus sandwiches, no cocina como Miguel o Silvano; antes de venir, Chico seguía viviendo con sus papás y Catalina le preparaba todos sus alimentos. Por eso Chico no tiene un discurso tan claro como Miguel, porque, como su español, su **identidad** está en construcción, por eso quiso entrar a la iglesia evangelista, porque se encuentra en un periodo de búsqueda por el que ya pasó Miguel, quien confesó haber “andado” con los evangelistas, aunque sólo para ver a las muchachas. Más bien lo que caracteriza a Chico por ahora es el silencio porque, si bien está escuchando música la mayor parte del tiempo, los que hablan son los cantantes o los locutores, él permanece callado, como si la música lo enmudciera, su hermano incluso tiene la hipótesis de que el radio encendido todo el tiempo no lo deja pensar, algo que Eco (2012: 291) ya había mencionado: “...la música ya no se consume como música sino como «rumor». Este rumor se ha hecho hasta tal punto indispensable que sólo dentro de algunas generaciones será posible percatarse del efecto de semejante práctica sobre la estructura nerviosa de la humanidad”.

Silvano

Si bien, el concepto de *kaxumbikua* es propio de los purépechas, las personas de otras culturas pueden tener o no comportamientos identificables como bien vivir. Silvano, por ejemplo, no era purépecha ni indígena pero se daba a respetar, en parte por su estilo rudo y en parte porque no se metía en lo que no le importaba; no dijo nada cuando yo llegué a su tráiler, por ejemplo. “El Matasiete”, como le decían todos, sólo tenía en Toluca a su mamá pero ésta vivía con su padrastro, así que no sentía mucha obligación con los envíos ni con las llamadas y cuando más ganó, según él cuando trabajó en un restaurante, lejos de destruirse con prostitutas, drogas y alcohol, más bien se construyó una imagen de hombre fuerte pues dijo que se daba el lujo de

pagarse un gimnasio. Quizá por no tener una familia como la de Miguel y Chico, Silvano no tenía planes de regresar a México.

Yo no vi en él ninguna conducta homosexual pero su relación con Luis fácilmente se prestaba a malas interpretaciones; al parecer, Silvano tenía algún tipo de trato con el oaxaqueño, su compañero de cuarto, porque éste no cocinaba ni hacía los quehaceres, siempre se sentaba a comer lo que Silvano había preparado y al terminar dejaba su plato sobre la mesa; eran como una pareja tradicional pero con los roles cambiados, Silvano, el hombre fuerte, era entonces como la esposa y Luis, el más débil, jugaba el papel de esposo, sólo le faltaba hacerse del rogar, como Pedro, el de Tziróndaro.

“Satanás”

Quien sí observaba una especie de bien vivir era “Satanás”. Todos hablábamos de “Satanás” pero nadie le decía así en su cara porque don Rubén, como realmente se llama, gozaba del respeto de todos los pizcadores. De unos cincuenta años, robusto y muy serio, nunca lo vi reír ni mucho menos llorar, “Satanás” no sólo era un hombre de pocas palabras, sino también de escasa **gestualidad**; cuando me dijo que no podía quedarme en el tráiler no supe interpretar si me lo decía en serio o en broma pues nada se había movido en su cara más que sus labios, tampoco sus manos, las cuales, solía tener ocultas en los bolsillos de su chamarra. Esto no quiere decir que fuera mal encarado como aquel pizcador del gorro que trabajaba con Fausto, “Satanás” simplemente era callado. Cuando, al final de mi viaje, por fin platicó conmigo al mismo tiempo que me daba una demostración de cómo pizcar a gran velocidad, me habló con un **registro** formal: “¿Qué le está pareciendo La Florida, don?” Así lo hacía con algunos pizcadores, como aquel muchacho al que le prestó sus gotas para los ojos: “Lléveselas y ya mañana me las trae.” No así con Miguel, a quien le hablaba *de tú* y quien lo describió en estos términos: “llegó *en* el tomate y fue el más cabrón. Y de ahí ya no se borró el nombre “Satanás”. Tiene otro nombre, Rubén”.

Es residente y, según Miguel, ya tiene más de 25 años en los Estados Unidos, o sea que a él ya lo cuentan en el censo de aquí, no en el de México. “Yo tengo un chingo de *power*”, decía de sí mismo y en efecto era un hombre fuerte y duro pero de buen corazón; un especie de cordero con piel de lobo pues no sólo hacía envíos y se comunicaba a Querétaro, donde tenía a su esposa y a sus hijos, a los que visita una vez cada dos años, a pesar de jugar el rol de jefe o capataz, era

camarada, se le podía pedir un favor, a mí me lo hizo al dejarme vivir en el tráiler y participar en la pizca, ayudó a Efrén cuando lo encerraron en La Corte, le prestó sus gotas a un pizcador, sin embargo, a aquel hombre de la camioneta lonchera que se atascó en la huerta no quiso ayudarlo.

“El Maruchan”

Con este pizcador se vuelve pertinente la cuestión de qué tanto se puede diluir una **identidad** en circunstancias como éstas en las que se es un “clandestino”, como dijo Manu Chao (1998), un “fantasma en la ciudad”. El apodo, “El Maruchan”, también puede influir en la construcción o en este caso en la destrucción de una **identidad**. Otro factor en el caso de este centroamericano puede ser el país de origen; no hay mucho de donde afianzarse cuando se procede de un país pequeño y pobre como El Salvador. En palabras de Rivas (2012: 230), un antropólogo de dicha nación, “el salvadoreño de hoy se avergüenza de sentirse en público y hasta en su propio país salvadoreño; pero en su interioridad se siente cien por ciento salvadoreño donde sea”. Como diría Kellner (1992: 143), “desde una perspectiva postmoderna [...] la identidad se vuelve más y más inestable, más y más frágil”. Más bien parecía que “El Maruchan” explotaba esta fragilidad a su favor; haciendo el papel de víctima buscaba causar lástima para hacerse invitar un café, por ejemplo. Al principio yo creí que era cierto, que tal vez sí quería que le invitaran el café porque no tenía dinero para comprarlo pero Miguel me dijo que era “puro cotorreo”. Sin embargo, esta actitud ya se había apoderado de él, ya estaba como resignado, quizá por eso cuando le preguntamos porque no había ido con otro *chivero* durante el tiempo que “Satanás” no nos llamaba respondió sin mucho afán: “¿pa qué?” Al parecer, no había en él algo como la honorabilidad propia del bien vivir purépecha.

6.5. Conclusión

A manera de conclusión, provisionalmente, se puede decir que en este tipo de migración temporal, trabajando en el campo, con jefes y compañeros hispanohablantes, jóvenes indígenas como Miguel y Chico viven un auténtico proceso de inmersión; estar aquí es para ellos como un curso intensivo de español y esto es conveniente, las “connotaciones negativas” del **bilingüismo** fueron, como dicen Appel y Muysken (1996: 151) “una expresión del etnocentrismo occidental” y quedaron ya para la historia. Por el contrario, el **bilingüismo** los hace ampliar sus horizontes

(Appel y Muysken, 1996: 152; Weinreich, 1953: 155), se dan cuenta de que pueden desempeñar otros trabajos además de ser alfareros. El **bilingüismo** también los hace menos vulnerables ante cualquier intento de **discriminación** y contribuye a la construcción de una **identidad** más sólida (Bell, 2007: 99) porque, superada la etapa de las **inseguridades lingüísticas**, se superan también las inseguridades sociales. De una *identidad grupal* en Santa Fe (Appel y Muysken 1996: 24), Miguel y Chico pasan en los Estados Unidos a **identidades** más personales que en gran medida se construyen por medio del lenguaje (Dyer, 2007: 101), ya no se trata de los purépechas en general sino de individuos, de **identidades** purépechas sí, pero modernas, construidas con elementos de aquí y de allá.

Otras esferas culturales que se expanden con este tipo de migración son por ejemplo las relativas a los roles o papeles que en Santa Fe suelen ser rígidos y aquí se vuelven flexibles; de ser los comensales de sus madres y sus esposas, los purépechas pasan aquí a ser sus propios cocineros y esto no es poca cosa, les demuestra que pueden cruzar muchos tipos de fronteras, no sólo entre los países sino también entre los géneros; que pueden ir más allá de sus propios límites.

Como quedó demostrado, el campo estadounidense es, por lo menos aquí en La Florida y tratándose de migrantes temporales, una **ecología** hispanohablante, una **arena** en la que compiten los dialectos de mexicanos y centroamericanos. En menor medida se da también el **contacto** entre el inglés y el español, así como el mestizaje, cultural y étnico, pero este estudio se ha centrado solamente en la migración temporal, historias como la de Nelson y su novia estadounidense implicarían un trabajo aparte.

Finalmente, otros lenguajes como la comida, el vestido y los objetos cobran en este **contexto** una importancia que no tenían en los lugares de origen de los migrantes, tanto que ha surgido un importante comercio dedicado a ofrecer los elementos necesarios para preparar platillos típicos de México, las llamadas *tiendas mexicanas*; lo que algunos autores han denominado el *mercado de la nostalgia* (Hirai, 2009: 270). De la mano de la comida van el vestido y los objetos, muy cargados también de significado. Las camisetas con estampados emblemáticos como la Virgen de Guadalupe, guerreros aztecas, cholos y chicas semidesnudas envueltas en sarapes, lo mismo que cobijas con la bandera de México, suelen estar a la venta en estas tiendas, lo mismo que un gran número de discos de música ranchera o de banda. Sin embargo, no todos los migrantes recurren a estos lenguajes, los más cautos optan por prendas más

americanas, que no llamen tanto la atención, mientras que los más arriesgados, sobre todo los jóvenes, añaden además aretes, tatuajes y estrambóticos cortes de pelo.

Por último, la noción de bien vivir propia de los purépechas juega en estas circunstancias un papel de enorme importancia pues, a grandes rasgos implica portarse bien y eso es justo lo que los estadounidenses esperan de un migrante, que si ya se metió ilegalmente, por lo menos no haga desmanes. Aquellos que fueron educados de este modo tienen una ventaja sobre aquellos que no lo fueron pues la piensan dos veces antes de darse al alcohol, contratar prostitutas, ser pendencieros o incomunicarse pues, al parecer, un nuevo aspecto del bien vivir consiste justo en mantenerse en contacto, llamar regularmente a la familia, a la madre o a la esposa. De modo que el concepto de *kaxumbikua* purépecha no sólo es vigente e importante sino también dinámico pues se está adecuando a la nueva realidad de los purépechas, la cual implica largos periodos fuera de la comunidad e incluso cambios de residencia, pero eso ya es materia para otra tesis, aquí solamente pude ocuparme de la migración temporal.

VII. CONCLUSIONES

7.0. Introducción

Cuando pensaba que el trabajo de campo había terminado y tenía toda la información necesaria para proceder a su análisis, Tomás y Catalina finalmente cumplieron su palabra y vinieron a visitarme a la Ciudad de México, con lo que un nuevo escenario que no tenía contemplado surgió repentinamente. Por un momento pensé dedicarle otro capítulo a su incursión en la ciudad pues luego vendrían dos de sus hijos, y por más días, pero ya no había tiempo ni espacio así que solamente lo mencionaré a continuación y como parte de las conclusiones porque este viaje ilustra muy bien lo vertiginoso de los cambios en esta familia y en la etnia en general, lo cual ya es una conclusión: estos procesos migratorios se están dando a gran prisa.

7.1. La familia Morales en la Ciudad de México

El Distrito Federal siempre ha sido un foco de atracción para los habitantes del resto del país, del norte y del sur, ricos y pobres, indígenas y mestizos; en Bella Vista, la emblemática vecindad de *Los hijos de Sánchez*, se podía encontrar inquilinos provenientes “de veinticuatro de las treinta y dos entidades que integran la nación mexicana” (Lewis, 1964: XXIV). Según Bonfil (1994: 88), “la ciudad de México es la localidad con mayor número de hablantes de lenguas aborígenes en todo el hemisferio”. En la colonia Moctezuma, en la calle Oriente 156, donde ha estado la casa de mis padres desde 1969, siempre ha habido vecinos de diferentes estados, de Guerrero, de Oaxaca, de Hidalgo... mi propia familia venía de Michoacán. Y hasta ahí, hasta esa casa, habrían de llegar, primero Tomás, Catalina y Efrén, y después Gilberto y Lupe, cinco miembros de la familia eje.

Tomás me llamó un día antes, me dijo que él y Catalina llegarían a la terminal Observatorio y que fuera a recogerlos. Sonaba imperativo pero, a estas alturas, yo ya sabía reconocer **puntos ricos** e interpreté su mensaje no como algo autoritario sino como el resultado de su limitado repertorio de **registros** pues, a pesar del código verbal, o sea el español, su tono de voz, en sí mismo otro **código**, no era golpeado ni mucho menos sino suave, como siempre. Así pues, hice lo que me pedía; de cualquier modo, era mi tiempo de corresponder a sus atenciones.

Para mi sorpresa también venía Efrén y traían ocho cajas de huevo llenas de loza. A pesar de que llevaba una Liberty cuya cajuela es bastante amplia, no lograba acomodarlos ni a ellos ni su carga. Finalmente, aplastados por sus propias cajas, entraron en la Jeep y pudimos salir de la estación. Me preocupaba que nos fuera a detener la policía por lo retacado de la camioneta, además, ¿cómo le íbamos a hacer para vender tanta mercancía? En el camino, mientras recorríamos el Viaducto, Efrén me preguntó por Sue Meneses pero con artículo masculino, “el Sue”, tal como lo habían hecho Miguel y Chico cuando nos encontramos en la Florida, lo cual mostraba que esta indiferenciación del género está presente en toda la familia.

Como yo no tenía espacio en mi casa pensé hospedarlos en la que fue mi habitación mientras viví en la casa de mis padres, así que les llamé, les pedí permiso y estuvieron de acuerdo; además no iban a estar, se iban a Morelia, a la casa de mi hermana Lucía, donde arrancó mi investigación, así que todo se acomodaba favorablemente. Más que una visita o un paseo, la idea de mis amigos era vender los jarros en los mercados de la colonia Moctezuma, como lo hicieron cuando vinieron hace diez años. Sin embargo, ese día ya era demasiado tarde así que nada más los invité a cenar tacos de suadero con “Los güeros de la Moctezuma”, el equivalente en este barrio a las famosas “Carnitas Carmelo” de Quiroga. Una vez que cenamos volvimos a la casa, terminé de acomodarlos y los dejé solos para que descansaran.

Al día siguiente regresé con tamales y atole para desayunar y los llevé al mercado “20 de abril” con las primeras tres cajas. La mamá de una amiga que tiene un par de locales en dicho mercado nos dijo que podíamos tender el puesto ahí, en la banqueta, incluso nos regaló un plástico para ponerlo a manera de base y compró los primeros jarros. Ya instalados, la gente que entraba o salía del mercado se acercaba a ver la loza y decía cosas como: “mira, qué bonitos jarros, para tu café”, sin embargo, no compraban, llevaban una sola pieza o apenas un par de miniaturas. Catalina, en cambio, era optimista y ofrecía atados de media docena de jarros. Yo trataba de ayudar haciendo de palero pero mis elogios no servían de mucho así que los dejé

instalados ahí y regresé a la casa de mis papás a tratar de trabajar un rato con los datos recopilados en La Florida. No pude, me distraía pensando que Efrén y sus papás, sus “jefas” como él les dijo, estaban a una cuantas calles, a menos de un kilómetro, y que tal vez sería mejor regresar con ellos y observar cómo les estaba yendo en esta nueva **ecología**.



Efrén, Tomás y Catalina en la colonia Moctezuma

Me fui acercando sin que se dieran cuenta y pronto noté que aquel Efrén que en Santa Fe solía apoderarse de la conversación e incluso nos cambiaba el tema para hacer alarde de sus hazañas en los Estados Unidos, ahora estaba callado, muy serio, con los brazos cruzados, al margen del comercio, el cual era practicado por Tomás y Catalina, sobre todo por ella. Se veía triste, quien llegara al mercado y lo viera parado ahí, con esa franela roja con la que sacudió los jarros puesta sobre el hombro, pensaría que era eso, un “franelero”, un “viene viene”, pero no que venía con los alfareros ni que él era un alfarero y menos que conocía varios Estados de Norteamérica. Ésa era su nostalgia, saber que Miguel y Chico habían logrado pasar y estaban

ganando en dólares, mientras que él, en cambio, por haber hablado de más, por no haber hecho caso del consejo que le dieron, no había podido cruzar la frontera y ahora se tenía que conformar con acompañar a sus padres a la Ciudad de México a tratar de vender loza. Para él que presumía conocer California, Washington, Michigan, Detroit, Georgia, Atlanta, Florida y Carolina del Norte, este viaje era menos que un premio de consolación y no alcanzaba a entusiasmarlo. De cualquier modo, como dijo Mike en Fort Myers, podría haber sido peor; aun cuando ya no volviera a ir, corrió con suerte pues sus años de bracero le alcanzaron para terminar una casa en Santa Fe. Además, nunca fue deportado, como Toño o Nelson. A diferencia de ellos, a él le queda la esperanza de que, terminado su castigo, las autoridades migratorias le concedan una visa.

En este **contexto**, en esta **ecología**, aquel tipo duro y fuerte que desde niño iba al cerro por la leña para la cocina y el horno de cerámica, el mayor, el que, como dijo su papá, estaba “muy cimarrón”, ahora era otra persona. Efrén fue el primer miembro de la familia que se fue a los Estados Unidos, a California, y, a pesar de haberse ido solo, algo que nadie en su familia había hecho antes, aguantó 5 años sin regresar y, además, fue él quien motivó a sus hermanos y a Tomás para que siguieran sus pasos, él fue el pionero, el que asumió el reto más grande de todos, haber ido solo, ilegalmente, caminando detrás de un *coyote*, algo que pudo haberle costado incluso la vida, y a pesar de todo, aquí se veía espantado, como un tigre en un zoológico.

En Santa Fe, haciendo gala de su habla **vernácula**, Efrén me dijo acerca de los migrantes: “si no *chupan* ni pelean, no hay *pedo*” pero en La Florida Miguel me dijo que Efrén no sólo bebió, también peleó y por eso lo echaron preso. Cuando Miguel describió a su hermano lo hizo en términos aristotélicos:¹³¹ “ahí está Efrén, es de *sangre caliente*, en Nueva York le cantó un tiro a uno, le rompió una silla en la cabeza”. Sin embargo, a pesar de su fortaleza física, en otros sentidos Efrén es un hombre débil; cuando lo conocí, antes de su primer viaje a los Estados Unidos, su mamá me contó muy preocupada que una muchacha le había hecho brujería porque, a pesar de que lo llevaron con un médico a Quiroga y clínicamente no estaba enfermo, él se sentía mal y la muchacha se jactaba de que lo tenía sometido. Ésa ha sido siempre su debilidad, no física sino espiritual, él no tiene un espíritu tan fuerte como el de Miguel, quien en la Florida me dijo: “Yo no me agüito nunca, carnal”. Por eso era tan importante ir a los Estados Unidos, porque los migrantes suelen contar versiones muy diferentes de los hechos reales y ésta es otra conclusión:

¹³¹ Aristóteles definió la cólera como “el deseo de venganza, el hecho de que hierva la sangre y se caliente” (Calhoun y Solomon, 1989: 58).

no basta con entrevistar migrantes, el investigador debe ir a ver con sus propios ojos en qué condiciones viven estas personas. Pero antes de enfrascarnos en las conclusiones, terminemos primero con la incursión de estos purépechas en el Distrito Federal.

Al otro día cambiamos de plaza, decidimos probar suerte en el Mercado Moctezuma. Mientras estábamos tendidos ahí, Miguel me llamó por teléfono desde Míchigan, pues él y Chico habían dejado ya La Florida para irse a la manzana. Después de intercambiar saludos me preguntó cómo habían llegado sus papás. Le dije que todo iba bien, que estábamos vendiendo en un mercado. A su vez, él me dijo que se comunicaría a Santa Fe para avisarle a sus hermanos. De modo que, como ni Tomás, Catalina ni Efrén traían celular, la comunicación se había triangulado de la Ciudad de México, donde estábamos nosotros, hasta Míchigan, ya casi en Canadá, y de ahí a Santa Fe, donde estaba Gilberto. Y por eso, porque este tipo de acrobacias comunicativas suceden no sólo a esta familia sino a muchos purépechas, me pareció importante no dejar de mencionar las peripecias de mis amigos en la Ciudad de México, lo cual también constituye una conclusión: la migración de los purépechas no sólo es hacia los Estados Unidos, también hacia el Distrito Federal y Guadalajara (Bayona, 2006; Ambriz, 2011).

Por la tarde, luego de una modesta venta y unas quesadillas ahí mismo, en el mercado, regresamos a la casa de mis papás y acordamos que, como al día siguiente era sábado, probaríamos suerte en el tianguis de la primera sección, pues la colonia Moctezuma consta de dos secciones. Fuimos a la panadería, a unas cuantas cuadras y compramos pan y leche para merendar. Les expliqué cómo encender el bóiler para que, si querían, se dieran un baño y de nuevo los dejé solos.

El sábado regresé por ellos y los llevé al tianguis. Aquí, a diferencia de los mercados, fue necesario pagar una pequeña cuota para instalarse en el lugar de algún comerciante que no llegara, por lo que también tuvieron que esperar un rato. Pero una vez que el espacio estuvo listo, entre un puesto de cubetas y jícaras de plástico y otro de objetos usados, instalaron su puesto y empezaron a vender. Aquí la cosa iba un poco mejor así que los dejé solos pues, además, ese día tenía un compromiso. Cuando regresé, al final de la jornada, varios perros recorrían las calles ya sin gente en busca de algo que comer, entre las grandes cantidades de basura que habían en el suelo y los puestos que aún quedaban o estaban siendo desmontados. Algunos comerciantes ataban sus tubos y plegaban sus toldos mientras otros empacaban sus mercancías. Mis amigos seguían ahí pero ya también habían guardado su artesanía y esperaban sentados en la banqueta.

De las tres cajas que habíamos estado moviendo ya sólo quedaba una pero en el patio de la casa todavía tenían otras cinco. Esta vez no estaba resultando tan o fácil como la primera vez que vinieron hace ya más de diez años.

Por la tarde hicimos un recorrido por las casas de algunos vecinos, amigos y parientes y logramos vender otros tantos jarros pero aún era mucha la mercancía que quedaba. Tomás decidió entonces que dejaría las cajas y que mi compradre Gilberto vendría por ellas después para tratar de vender las piezas en Iztapalapa, donde vivían los papás de Joel, el marido de Lupe, y donde también habían vendido ya en otro momento. Y como la vez pasada su viaje fue igualmente de negocios y no conocieron nada, esta vez los llevé a dar un paseo aunque fuera de noche. Pasamos por el Zócalo, la Torre Latinoamericana, Bellas Artes, el Monumento a la Revolución, el Paseo de la Reforma, el Ángel de la Independencia y Chapultepec. Al otro día regresé por ellos para llevarlos a la terminal Observatorio y ya, eso fue todo.

Algunas semanas después, mi compadre Gilberto me llamó para decirme que iría a recoger las cajas pero, a diferencia de Tomás, no me pidió que fuera a la estación de autobuses pues dijo que llegarían a la casa de los papás de Joel en Iztapalapa, ya que también venía éste, Lupe, Liz y por supuesto el bebé. Como las cajas seguían en la Moctezuma me desplazé para allá y me encontré con ellos en el metro Balbuena, donde acordamos. Joel se había quedado en Iztapalapa y sólo venían mis compadres, el ahijado y Lupe. Los llevé a la casa de mis padres y como ahora sí estaban, mi mamá les ofreció un pozole estilo Jalisco, tostadas con crema y refrescos. Al ver a Lupe tomando una bebida gaseosa me acordé de su sonoro eructo en Santa Fe y me intrigó que pasaría aquí, en un **contexto** distinto. Pero esta vez ni Lupe ni nadie eructó sonoramente. Sin embargo, al darle a mi mamá las gracias por la comida se generó un **punto rico** cuando Lupe usó con ella el *tuteo* (Orozco, 2006: 134). Yo no lo interpreté como una falta de respeto sino más bien, como en el caso del aparente autoritarismo de Tomás, como una evidencia de lo limitado del repertorio de **registros** de Lupe en español, sin embargo, por el movimiento que hizo con las cejas, noté que a mi mamá sí le resultó inusual pues, a sus setenta y tantos años está acostumbrada a que toda la gente le hable *de usted*.

Después de la comida cargamos las cajas en la camioneta y, menos apretados que la primera vez, nos fuimos a Iztapalapa, donde pensaban vender la mercancía. Curiosamente, la barda exterior del predio donde se encontraba la casa de los papás de Joel estaba pintada como la

mayoría de las casas en el primer cuadro de Santa Fe, es decir, de rojo abajo, aproximadamente a un metro de altura, y de blanco arriba. Se trataba de un terreno en proceso de gestión, como rezaba una manta colgada en la entrada. En el interior, las casas eran muy pobres, de madera, cartón y lámina, con los tinacos, los tanques de gas y los tendederos a la vista. Joel salió a recibirnos y sin mayor preámbulo tomé una foto con el iPhone. Aparentemente, Gilberto sólo se volteó en el momento justo en que oprimí el disparador, sin embargo, después de haber leído a Davis (1976), no tuve dudas al interpretar el repentino movimiento de su cuerpo: como a Efrén, a Gilberto también le daba vergüenza estar en el Distrito Federal en esas circunstancias, él que en Santa Fe me había dicho muy orgulloso que en los Estados Unidos manejaba montacargas ahora estaba en una vecindad de Iztapalapa. En su caso no fue por hablar de más ante el cónsul, como le sucedió a Efrén, sino por la trifulca que protagonizó en Santa Fe y por la que tuvo que estarse reportando con las autoridades de Pátzcuaro cada semana durante seis meses.



Joel y Gilberto en Iztapalapa

Antes de regresar a Santa Fe, una vez que vendieron toda la loza, volví a ver a Lupe y a mis compadres. La experiencia con Joel y sus papás había resultado desastrosa y por fin Lupe

decidió separarse definitivamente de este hombre, el cual se quedaba en Iztapalapa mientras que ella volvía a Michoacán. Mi esposa y yo los invitamos a desayunar a nuestro departamento y posteriormente, a petición de nuestra comadre Liz, los llevé a La Villa. Fue entonces cuando Gilberto me dijo que Abelardo y Jenny ya estaban esperando un bebé y que Chico había regresado de los Estados Unidos y estaba quitando el techo de tejas de “La casa de abajo” para hacer uno de cemento. Iban demasiado rápido; yo me tardaba más en describir los acontecimientos que ellos en vivirlos. Finalmente los llevé a la estación de autobuses y regresé a mi casa angustiado; mis amigos purépechas me habían hecho sentir que el tiempo estaba transcurriendo a una velocidad tal que era imposible tratar de dar cuenta de su realidad; cuando yo terminaba la descripción de una casa ellos ya la estaban cambiando. Como ya lo dije más arriba este dinamismo es otra conclusión pero, ahora sí, antes de que hagan otro cambio, vayamos propiamente a las conclusiones finales.

7.2. Hay muchos tipos de migración

Una de las primeras cosas que me quedaron claras aun antes de ir a los Estados Unidos fue que hay muchos tipos de migración. No digamos entre la gente de Morelia o Pátzcuaro y la de los pueblos purépechas, incluso tratándose de estos últimos, no es lo mismo Tziróndaro que Santa Fe; cambian los destinos, los trabajos, los periodos y un largo etcétera. Incluso al interior de una sola comunidad, como fue el caso de Santa Fe, se presentan diferentes tipos de migración, la familia de Lourdes se volvió una familia americana, ahora ellos son residentes y sus hijos ciudadanos; mientras que la familia Morales resultó un claro ejemplo de migrantes que van y vienen pero un día dejarán de hacerlo y regresarán a disfrutar la casa que están construyendo en el pueblo. Otros como doña Graciela ya la están disfrutando pero no iban y venían sino que permanecieron ausentes muchos años. Otros más ya habían hecho la vida allá, como Nelson, quien incluso tenía mujer e hijo americanos pero, de repente, el sueño terminó cuando lo deportaron. De todas estas variantes, a mí solamente me fue posible conocer a mayor profundidad una, el caso de aquellos que van y vienen.

Sin embargo, al mismo tiempo, sea del tipo que sea, la migración tiene consecuencias similares en todas las comunidades purépechas, una de ellas es el abandono del campo. La agricultura de autoconsumo, una práctica tan antigua como la etnia misma, hoy en día se está

perdiendo. Santa Fe no fue el caso pero, otra actividad que también se está perdiendo es la hechura de artesanías, Tziróndaro es un buen ejemplo de ello; actualmente, ya casi nadie hace los petates por los que antes era conocida esta comunidad, todavía en los noventa, cuando viví en Tziróndaro, quedaban varios artesanos que los elaboraban, mi amigo Pedro era uno de ellos pero, una vez que fue migrante, a pesar de haber regresado, ya no volvió a dedicarse a esta ocupación, ni a la pesca, otra actividad que solía practicar.

Antes de continuar, es importante decir que las consecuencias de la migración no son ni buenas ni malas, simplemente son. El hecho de que la gente ya no haga artesanías, por ejemplo, desde un punto de vista romántico, puede verse con nostalgia, como una pérdida, pero, desde otra óptica no lo es, al contrario, algún día la gente iba a renunciar a un trabajo que siempre fue mal pagado. Pretender que los purépechas debieran perdurar con la imagen que se formó de ellos en un momento dado es un *mito* (Barthes, 1981: 253).

7.3. La migración produce cambios

La hipótesis de que la migración se traduciría en cambios efectivamente se verificó. Sin embargo éstos no resultaron exactamente como se esperaba. El más representativo de esto fue el que tiene que ver con los lenguajes verbales pues cabía esperar que, al estar en un país cuya lengua mayoritaria es el inglés, los migrantes se harían de cierto grado de **bilingüismo** en esta lengua pero no siempre es así. Sólo los migrantes que se quedan allá, por mucho tiempo y en **contextos** angloparlantes, como las hijas de doña Graciela, empleadas en restaurantes Mc Donald's, o los hijos de Lourdes, estudiantes en la escuela pública, adquieren una verdadera competencia en la lengua inglesa. Y en estos casos sucede algo sorprendente, la lengua española pasa a un tercer plano e incluso llega a perderse, como está sucediendo con los hijos de Lourdes quienes son **bilingües** en purépecha e inglés. En cambio, los migrantes que trabajan en las plantaciones, como fue el caso de Miguel y Chico, más bien viven un auténtico proceso de inmersión en la lengua española, pues en estos **contextos**, donde todos los pizcadores y los *chiveros* son mexicanos o centroamericanos, el **código** de comunicación es el español.

Sin embargo, a pesar de esta intensa hispanización, la **identidad** purépecha es muy resistente; los purépechas pueden ocultar su lengua en los Estados Unidos si están rodeados de hispanohablantes, como fue el caso de Miguel y Chico, pero no la abandonan, al contrario,

cuando regresan a sus comunidades vuelve a usarla y se mofan de aquellos que fingen haberla olvidado. Por lo menos Santa Fe y Tziróndaro, las comunidades observadas, siguen siendo reductos de la lengua purépecha, a pesar de la enorme cantidad de migrantes que expulsan. Y si la lengua española adquirida por los migrantes no desplaza al purépecha en las comunidades, la lengua inglesa menos, su influencia se reduce a nombres propios y unos cuantos **préstamos**, como *wachari*, del verbo *to watch*, el cual, según Amaruc, es un **préstamo** ya integrado al purépecha.

Otro gran cambio que ha producido el hecho de migrar tiene que ver con la casa habitación. En primer lugar, porque, como dijo César, es la evidencia de una economía más estable pero, además, representa un lenguaje no verbal; se ha vuelto un nuevo *código arquitectónico* (Eco, 1978: 358), si antes la casa de adobes, tejas, puerta de madera y sin ventanas al exterior expresaba cierto hermetismo, el nuevo código arquitectónico, con nuevos diseños, materiales y ventanas hacia fuera, tiene una función no sólo funcional, valga la redundancia, sino semiótica, incluso más semiótica que funcional; la gente lo usa para gritar a los cuatro vientos que ha mejorado su condición, aunque adentro no tenga un baño.

El vestido es otro lenguaje no verbal en el que es posible ver el cambio. Son principalmente los hombres jóvenes los que han adoptado las modas de los latinos en los Estados Unidos, sobre todo el llamado estilo cholo, es decir, los pantalones amplios, como los usa Gilberto, los tenis y las camisetas de los principales equipos americanos de baloncesto, o bien las estampadas con la Virgen de Guadalupe y otros motivos que aluden a la mexicanidad, algo que se ha estereotipado mucho en las tiendas mexicanas como La Placita de Arcadia. A la ropa habría que añadir los paliacates en la cabeza, los cortes de pelo, los tatuajes, los aretes y las perforaciones. Además, últimamente también las mujeres, hasta hace poco más conservadoras del traje típico (Chávez, 2006: 112), han comenzado a combinar elementos de éste, como el rebozo, con prendas modernas, como los pantalones de mezclilla, e incluso lo han sustituido completamente a favor de otros tipos de ropa.

La comida es otro **código** en el que se reflejan los cambios causados por la migración. Una pizzería, hasta hace poco inconcebible en Santa Fe, donde no había ni siquiera puestos de tacos, hoy en día es una realidad y no hay una, hay tres. Si bien la gente sigue comiendo tortillas, frijoles y caldo de pescado, ahora también puede cenar una rebanada de pizza. Y muy probablemente este tipo de alimentos se van a volver más populares porque, así como en un

principio los migrantes extrañan la comida mexicana allá, a su regreso, como le sucedió a José, lo que añoran es la comida americana. También significativo y vinculado con la comida es el cambio que se está dando en los roles, algo que hasta hace poco todavía era sumamente rígido pues, invariablemente, eran las mujeres las que se ocupaban de la preparación de la comida. En cambio, hoy en día, además del pizzero con el que platicué y me dijo que aprendió a hacer las pizzas allá, en los Estados Unidos, todos los hombres que han migrado se han tenido que preparar sus propios alimentos, así sea un simple sándwich.

Otro cambio importante se está dando en el bien vivir o *kaxumbikua*, un **código** de conducta propio de las comunidades purépechas pero que resulta de vital importancia en los Estados Unidos pues, si los migrantes lo observan, es como un freno que los puede salvar de una deportación ya que, embriagarse y hacer escándalos, por ejemplo, es algo prescrito tanto por el bien vivir como por las autoridades estadounidenses. Más aún, la *kaxumbikua* les puede incluso salvar la vida pues, de acuerdo con ésta, tampoco es bien visto sostener relaciones sexuales con prostitutas, algo muy riesgoso pero muy frecuente en los Estados Unidos. Y si persiste este antiguo **código** de conducta es porque no es rígido, se ha adecuando a las nuevas circunstancias generadas por la migración. Por ejemplo, mantenerse en contacto con la familia que se quedó en la comunidad cuando uno está en los Estados Unidos, es algo que parece estarse integrando a dicho **código**.

Una parte importante del bien vivir tenía que ver con una obediencia y fe ciegas en la Iglesia Católica y, actualmente, desencantada de ésta, la gente ya no vive la religiosidad a pie juntillas; las parejas más jóvenes, por ejemplo, ya no celebran bodas religiosas, doña Graciela de inmediato se corrigió cuando dijo: “ya están casados todos, bueno, no casados pues, pero juntados”. O bien, ahora se casan hasta después de haber tenido uno o dos hijos, como Miguel, quien, protagonizando otro cambio de último momento, el año pasado aprovechó su estancia en Santa Fe para casarse con Yolanda, la mamá de su hijo de siete años. Igualmente, aquellas familias numerosas de antes también se han reducido; mientras que Catalina y Tomás tuvieron siete hijos, Rosalba sólo tiene dos y Miguel, Gilberto, y ahora también Abelardo, sólo uno. Claro que todavía pueden tener más pero difícilmente superarán a sus padres en cantidad de hijos porque también empezaron más tarde.

7.4. La educación también produce cambios

Otra conclusión importante es que no todos los cambios recientes tienen que ver con la migración. Otro factor de enorme relevancia en el cambio es la educación pues aquellas personas que no han migrado pero han estudiado, también son agentes del cambio, un cambio distinto, por cierto, menos individualizado que el de los migrantes, con más sentido de comunidad, como el de César, quien forma parte del grupo que ha echado a andar los hostales purépechas, los cuales no sólo representan una oferta turística sino también una reacción ante el nuevo código arquitectónico. O el de Amaruc, quien abrió un café Internet en la comunidad.

A nivel básico, la escuela en Santa Fe sigue dejando que desear, pues ni siquiera cumple con el propósito de castellanizar a los indígenas; el habla de personas como Catalina deja ver que el proceso de adquisición del español no llega a completarse por esta vía, además, como antaño, los profesores todavía son violentos con los niños. Si Chico abandonó la escuela fue porque, según él (y no hay por qué no creerle), su profesor lo hacía llorar cada vez que lo jalaba de los cabellos. Además, a menudo los profesores vienen de fuera y ni siquiera hablan purépecha, por lo que los pequeños tienen que enfrentar el doble reto de aprender los contenidos y el **código**, lo que suele tener consecuencias desastrosas, las cuales van más allá de ser un simple obstáculo en la instrucción y pueden tener efectos en la conducta, la personalidad e incluso la salud de un niño.

Lo anterior me lleva a una conclusión de primerísima importancia, si bien, como ya se ha dicho, la migración no es ni buena ni mal, sí tiene sus inconveniencias para la gente y para el país. Para la gente porque, como se dijo muy al principio, divide a la familia o la arranca de su lugar de origen y, para el país, porque para ninguna nación es motivo de orgullo que su gente la abandone, vamos, migraciones siempre va a haber, incluso los norteamericanos migran a México; San Miguel Allende, en Guanajuato, se ha vuelto un pueblo de jubilados estadounidenses pero, que todos los hombres de un pueblo se vayan, como es el caso de muchas comunidades purépechas, es un síntoma de que ahí las cosas no marchan bien. Y si, como hemos podido ver, la educación es una alternativa a la migración, por ahí se podría empezar, por fortalecer la educación básica y eliminar de ésta la **discriminación**; que nunca más vuelva un niño a ser objeto de burlas por su lengua o su manera de hablar, al contrario, como han dicho Andersson y Trudgill (1990: 167) las variedades lingüísticas deberían ser objeto de interés y orgullo.

Si a pesar de todo, no sólo de la **discriminación** de otros alumnos sino, como dijo César, incluso de los maestros,¹³² no son pocos los purépechas que han llegado a los estudios superiores, cuántos más no llegarían si en vez de ser **discriminados** y maltratados, como lo fue Chico, fueran respetados y apreciados por sus compañeros y maestros.

7.5. *La conveniencia de aceptar la migración*

Como ya se dijo, la migración es una realidad que se da en todo el mundo y que va a existir siempre. No necesariamente es un síntoma de que el país que expulsa migrantes es pobre o no funciona; el hombre más rico del mundo es mexicano y vive en México, miles de asiáticos y sudamericanos vienen a México, artículos de lujo como los autos deportivos Ferrari y Lamborghini se venden en México, entonces, ¿qué está pasando? Por un lado, que la riqueza se ha venido concentrando cada vez más en menos gente y por otro que los Estados Unidos necesitan de los mexicanos. Si, como lo mostró Arau (2004) en su divertida comedia, *Un día sin mexicanos*, los Estados Unidos de pronto se quedarán sin un solo latino, el país se iría a pique. Así que más le valdría a los estadounidenses dejar de una buena vez su doble moral y su racismo a un lado y aceptar la migración como lo que es, una realidad, un flujo de mano de obra que, al igual que las drogas, más que prohibir, conviene regular. Deportaciones, muros fronterizos y políticas antimigrante de nada servirán mientras haya cosechas que levantar y ni un solo estadounidense dispuesto a hacerlo pues, por lo menos en Arcadia, todos los naranjeros que conocí eran mexicanos, o bien, centroamericanos.¹³³

Al cierre de esta edición, como suele decirse en el **argot** periodístico, la Reforma Migratoria prometida por el presidente Obama se encontraba ya en el Congreso pero no se había concretado. Ojalá por fin se aprobara y realmente fuera una reforma integral, de regulación a todos los niveles. Ojalá desaparecieran los *mojados* y ya todos los trabajadores fueran *secos*, se acabarían los abusos por parte de los patrones, la *esclavitud posmoderna* de la que habla Rodríguez (2010); se extinguirían también los *coyotes* y los *polleros*, lo mismo que los

¹³² En *Antropología de la pobreza*, Lewis (1961: 41) menciona el caso de un niño náhuatl al que golpeaban sus compañeros y también el maestro por el solo hecho de hablar la lengua indígena.

¹³³ Lo mismo sucede en California, donde, según Condeso (2005: 198), “el futuro de la agricultura (...) depende cada vez más de población migrante considerada ilegal”.

minutemen. Ojalá los hijos de migrantes tuvieran acceso a la educación superior. No hay que perder la esperanza, por difíciles que parezcan, los cambios son posibles, necesarios y además urgentes; tarde o temprano se van a dar pero, mientras más pronto sea, mejor.

7.6. Futuras investigaciones

Después de todo, este trabajo es apenas el comienzo, es como si solamente hubiera lanzado las semillas a la tierra. Seguir a la familia de Lourdes en Carolina del Norte y dar cuenta de cómo viven la residencia es otra tesis, buscar a las hijas de doña Graciela en Atlanta y documentar su día a día en un Mc Donald's es otra y así, de este modo, a partir de esta primera selección de personas se podría llegar a otras y de éstas a otras, el asunto es inagotable; hay tantas variantes como migrantes y, además, como ya se ha dicho, cada familia está en constante cambio, incluso la gente que participó en esta tesis podría ser revisitada dentro de cinco años para ver qué pasó, qué fue de ellos, qué cambios se concretaron y qué otros no.

Finalmente, una conclusión más, de corte metodológico, es que un enfoque multidisciplinario es indispensable si se pretende hacer estudios sobre la comunicación y los diferentes lenguajes de la gente en un **contexto** migratorio y en general en cualquier **contexto**, más que una teoría, lo conveniente es ir echando mano de todas las teorías que la propia investigación vaya pidiendo.

Qué curioso, empecé a redactar estas conclusiones en la mañana, cuando, a través de los ventanales de la biblioteca Ángel Palerm del CIESAS era posible ver el pirul del jardín, sin embargo, ahora que me dispongo a poner el punto final y ya casi es de noche, en vez del árbol, lo que se ve reflejado en los vidrios son los libros en los estantes y, extrañamente, después de tres años, tengo la sensación de que todo lo sucedido en Santa Fe, en Arcadia y en la Ciudad de México hubiera pasado en un solo día.

VIII. REFERENCIAS

Bibliográficas

Agar, Michael (1996). *Language Shock. Understanding the Culture of Conversation*. Nueva York: Harper Collins-Perennial.

Alanís, Fernando (2007). *Que se queden allá: el gobierno de México y la repatriación de mexicanos en Estados Unidos (1934-1940)*. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte / El Colegio de San Luis.

Alcalá, fray Jerónimo de ([1540] 1988). *La Relación de Michoacán*. México: Secretaría de Educación Pública (SEP).

Ambriz Aguilar, Miriam Lizbeth (2011). *Habitando fronteras: jóvenes purhépecha en la zona metropolitana de Guadalajara*. Guadalajara: CIESAS (tesis de maestría).

Amicis, Edmundo ([1886] 1980). *Corazón. Diario de un niño*. México: Universo.

Andersson, Lars y Peter **Trudgill** (1990). *Bad Language*. Cambridge: Basil Blackwell.

Appel, René y Pieter **Muysken** ([1987] 1996). *Bilingüismo y contacto de lenguas*. Barcelona: Ariel (traducción de Lorenzo Suárez y Clara Bouzada).

Arriaga Stransky, Leticia (1991). “Ocumicho: lugar de mujeres y diablitos” en *México Desconocido* no. 172 (48-52).

Augé, Marc ([1992] 1994). *Los «no lugares» espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa (traducción de Margarita N. Mizraji).

Austin, John L. ([1962] 1971). *Cómo hacer cosas con palabras*. Buenos Aires: Paidós (traducción de Genaro Carrió y Eduardo Rabossi).

Azevedo Salomao, Eugenia María (coordinadora) (2008). *La vivienda purhépecha. Historia, habitabilidad, tecnología y confort*. Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

(UMSNH) / Coordinación de la Investigación Científica / Consejo Estatal de Ciencia y Tecnología.

Barnett, James (2007). *The Natchez indians: a history to 1735*. Mississippi: University Press of Mississippi.

Barthes, Roland ([1957] 1981). *Mitologías*. México: Siglo XXI (traducción de Héctor Schmucler).

Bateson, Gregory ([1972] 1998). *Pasos hacia una ecología de la mente*. Buenos Aires: Lohlé-Lumen (traducción de Ramón Alcalde).

Bayona Escat, Eugenia (2006). *La ciudad como oportunidad y peligro. La comunidad inmigrante de comerciantes purépechas en Guadalajara*. Guadalajara: CIESAS (tesis de doctorado).

Beals, Ralph Leon (1969). "The Tarascans". *Handbook of Middle American Indians* 8 Austin: University of Texas Press (725-733).

Beck, Ulrich y Elisabeth **Beck-Gernsheim** (2002). *Individualization: institutionalized individualism and its social and political consequences*. Londres: Sage.

Bedford, Errol (1989). "Emociones" en Calhoun, Cheshire y Robert C. Solomon (compiladores). *¿Qué es una emoción? Lecturas clásicas de psicología filosófica*. México: FCE (281-295).

Bell, Allan (2007). "Style and the linguistic repertoire" en Llamas, Carmen, Louise Mullany y Peter Stockwell (editores). *The Routledge Companion to Sociolinguistics*. Nueva York: Routledge (95-100).

Benavides Guevara, María Gloria (2008). *Los braceros de La Malinche en la Asamblea Nacional de Braceros. De cuando el Cuataplanga se fue bracero y los pleitos por La Malintzin*. México: CIESAS (tesis de doctorado).

Besserer, Federico (2004). *Topografías Transnacionales. Hacia una geografía de la vida transnacional*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa (UAM-I) / Plaza y Valdés.

Bonfil Batalla, Guillermo ([1987] 1994). *México profundo*. México: Grijalbo.

Bourdain, Anthony (2000). *Kitchen confidential. Adventures in the culinary underbelly*. Nueva York: HarperCollins.

----- (2006). *The nasty bits. Collected varietal cuts, usable trim, scraps and bones*. Nueva York: Bloomsbury.

- Bourdieu**, Pierre ([1994] 1997). *Razones prácticas sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama (traducción de Thomas Kauf).
- Brading**, David (2002). *La Virgen de Guadalupe: imagen y tradición*. México: Taurus.
- Buber**, Martin ([1942] 1949). *¿Qué es el hombre?* México: Fondo de Cultura Económica (FCE) (traducción de Eugenio Ímaz) (Breviarios 10).
- Bukowski**, Charles ([1973] 1978). *Escritos de un viejo indecente*. Barcelona: Anagrama.
 ----- ([1979] 1981). *Mujeres*. Barcelona: Anagrama.
- Burgess**, E., H. **Locke** y M. **Thomas** (1963). *The family: from institution to companionship*. Nueva York: American Book Company.
- Calhoun**, Cheshire y Robert C. **Solomon** (compiladores). *¿Qué es una emoción? Lecturas clásicas de psicología filosófica*. México: FCE.
- Camacho Z.**, Gloria (2010). *Mujeres migrantes: trayectoria laboral y perspectiva de desarrollo humano*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) / Instituto de Estudios Ecuatorianos.
- Castells**, Manuel (2002). *La era de la información: economía, sociedad y cultura vol. 1 La sociedad red*. Madrid: Alianza.
- Castilleja**, Aída (2001). “¿A qué nos referimos cuando hablamos de la región purépecha?” en *Boletín Oficial del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Antropología*, no. 64, octubre-diciembre (21-33).
 ----- (2008). “El espacio doméstico en pueblos purépecha como producto histórico y cultural” en Azevedo, Eugenia. *La vivienda purépecha*. Morelia: UMSNH / Coordinación de la Investigación Científica / Consejo Estatal de Ciencia y Tecnología.
- Chambers**, Jack. K. y Peter **Trudgill** (1998). *Dialectology*. Cambridge: University Press.
- Chamoreau**, Claudine (2009). *Hablemos purépecha. Wantee juchari anapu*. Morelia: Grupo Kw’anískuyarhani / UMSNH / Universidad Intercultural Indígena de Michoacán, Institut de Recherche pour le Developpement / Embajada de Francia en México.
 ----- (2012). “Contact-induced change as an innovation” en Chamoreau, Claudine e Isabelle Léglise (editoras). *Dynamics of contact-induced language change*. Berlin: De Gruyter Mouton (53-76).
- Chávez Rivadeneyra**, David (1999). *Contacto lingüístico entre el español y el purépecha*. México: UNAM-FFL (Facultad de Filosofía y Letras) (tesis de licenciatura).

----- (2004). *Aproximación a la dialectología de la lengua purépecha*. México: CIESAS (tesis de maestría).

----- (2006). *Contacto lingüístico entre el purépecha y el español*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA) (Cultura Indígena).

----- (en prensa). “Lo ombre y la muhere del pehao” en *Intersecciones: la lingüística y la antropología en el II Coloquio Leonardo Manrique*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH).

Coates, Jennifer ([1986] 2009). *Mujeres, hombres y lenguaje. Un acercamiento sociolingüístico a las diferencias de género*. México: FCE (traducción de Gonzalo Celorio).

Cobley, Paul y Litza **Jansz** (2010). *Semiótica para principiantes*. Buenos Aires: Era Naciente (traducción de Karina Fideleff).

Cohen, Deborah (2012). *Braceros. Migrant citizens and transnational subjects in the postwar United States and Mexico*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.

Condeso Cerrón, Norma Alejandrina (2005). *Obstáculos y posibilidades en la transformación del trabajador agrícola en empresario en el Valle de San Joaquín, California*. México: CIESAS (tesis de maestría).

Cortázar, Julio ([1976] 1993). *El perseguidor*. Madrid: Alianza.

----- ([1963] 1987). *Rayuela*. Madrid: Alianza.

Coseriu, Eugenio ([1957] 1988). *Sincronía, diacronía e historia: el problema del cambio lingüístico*. Madrid: Gredos.

Criado, María Jesús (2004). “Percepciones y actitudes en torno a la lengua española en Estados Unidos” en *Migraciones Internacionales*. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte, vol. 2 núm. 4 (julio-diciembre).

Davis, Flora ([1976] 2010). *La comunicación no verbal*. Madrid: Alianza (traducción de Lita Mourglia).

Dimas Huacuz, Néstor (1995). *Temas y textos del canto p'urhépecha*. Zamora: COLMICH / Instituto Michoacano de Cultura.

Durand, Jorge (1996). *El Norte es como el Mar. Entrevistas a trabajadores migrantes en Estados Unidos*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

----- (2004). “Ensayo teórico sobre la migración de retorno. El principio del rendimiento decreciente” en *Cuadernos Geográficos* no. 35 (103-116).

Duranti, Alessandro ([1997] 2000). *Antropología Lingüística*. Madrid: Cambridge University Press (traducción de Pedro Tena).

Dyer, Judy (2007). “Language and identity” en Llamas, Carmen, Louise Mullany y Peter Stockwell (editores). *The Routledge Companion to Sociolinguistics*. Nueva York: Routledge (101-108).

Eco, Umberto ([1968] 1978). *La estructura ausente. Introducción a la semiótica*. Barcelona: Lumen.

----- ([1976] 2000). *Tratado de semiótica general*. Barcelona: Lumen (traducción. Carlos Manzano).

----- ([1965] 2012). *Apocalípticos e integrados*. México: Tusquets (traducción de Andrés Boglar).

Ende, Michael (1979). *La historia interminable*. México: Alfaguara.

Erickson, Pamela (2006). “The role of romantic love in sexual initiation and the transition to parenthood among immigrant and U.S.-Born Latino youth in East Los Angeles” en Hirsch, Jennifer S. y Holly Wardlow (editoras). *Modern Loves. The anthropology of romantic courtship and companionate marriage*. Ann Arbor: University of Michigan Press.

Esteinou, Rosario (2006). *Fortalezas y desafíos de las familias en dos contextos: Estados Unidos de América y México*. México: CIESAS.

----- (2008). *La familia nuclear en México: lecturas de su modernidad. Siglos XVI al XX*. México: CIESAS / Miguel Ángel Porrúa.

Evans-Pritchard, Edward Evan ([1937] 1976). *Brujería, magia y oráculos entre los azande*. Barcelona: Anagrama.

Fagan, Brian M. (1985). *La aventura de la arqueología*. Barcelona: Plaza y Janés / National Geographic.

Flores Farfán, José Antonio ([1999] 2012). *Cuatreros somos y toindioma hablamos. Contactos y conflictos entre el náhuatl y el español en el sur de México*. México: CIESAS.

Foster, George M. (1948). *Empire's Children: the People of Tzintzuntzan*. Washington: Smithsonian Institution, Institute of Social Anthropology.

----- ([1967] 1972). *Tzintzuntzan. Los campesinos mexicanos en un mundo en cambio*. México: FCE (traducción de Porfirio Martínez Peñaloza).

- Foster** Lecron, Mary (1969). *The Tarascan language*. Berkeley: University of California Press. (Publications in Linguistics 56).
- Frazier**, Donald S. (1998). *The United States and Mexico at War: nineteenth-century expansionism and conflict*. Nueva York: Simon & Schuster Macmillan.
- Friedrich**, Paul (1984). "Tarascan: From Meaning to Sound" en *Supplement to the Handbook of Middle American Indians*. Austin: University of Texas Press; vol. 2 Linguistics (56-82).
- (1995). "Variaciones sobre el sentido poético del discurso popular" en Roth Seneff, Andrew y José Lameiras (editores). *El verbo popular*. Zamora: COLMICH / ITESO (31-46).
- Gamio**, Manuel (1969). *El inmigrante mexicano. La historia de su vida*. México: UNAM.
- García de León**, Antonio (2002). *El mar de los deseos. El Caribe hispano musical. Historia y contrapunto*. México: Siglo XXI.
- Garner**, Mark (2007). "Techniques of analysis. III Discourse" en Llamas, Carmen, Louise Mullany y Peter Stockwell (editores). *The Routledge Companion to Sociolinguistics*. Nueva York: Routledge (41-48).
- Giarracca**, Norma y Karina **Bidaseca** (2004). "Ensamblando las voces: los actores en el texto sociológico" en Kornblit, Ana Lía (coordinadora). *Metodologías cualitativas en ciencias sociales. Modelos y procedimientos de análisis*. Buenos Aires: Biblos (35-46).
- Giddens**, Anthony ([1992] 1998). *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Cátedra.
- Gilberti**, Maturino ([1559] 1975). *Diccionario de la lengua tarasca o de Michoacán*. Morelia: Balsal.
- Giménez**, Gilberto (2000). "Territorio, cultura e identidades" en Rosales Ortega, Rocío (coordinadora). *Globalización y regiones en México*. México: UNAM / Porrúa.
- Ginsberg**, Allen (1956). *Howl and other poems*. San Francisco, California: City Lights Books.
- Gómez Bravo**, Lucas, Benjamín **Pérez González** e Ireneo **Rojas** Hernández (1984). *Uandakua uenakua p'urhepecha jimbo (introducción al idioma purépecha)*. Morelia: UMSNH.
- Gómez-Quiñones**, Juan y David **Maciel** (1981). *Al norte del Río Bravo (pasado lejano) (1600-1930)*. México: Siglo XXI.
- Gortaire** Iturralde, Alfonso (1971). *Santa Fe. Presencia etnológica de un pueblo-hospital*. México: Universidad Iberoamericana.

- Granda**, Germán de (1991). *El español en tres mundos: retenciones y contactos lingüísticos en América y África*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- Halbwachs**, Maurice ([1950] 2002). *Fragmentos de la memoria colectiva* en Athenea Digital No. 2, otoño (131-161) (traducción de Miguel Ángel Aguilar).
- Hall**, Edward ([1959] 1990). *El lenguaje silencioso*. México: Alianza / CONACULTA (traducción de Cristina Córdoba).
- ([1966] 2001). *La dimensión oculta*. México: Siglo XXI (traducción de Félix Blanco).
- Halliday**, M. A. K. ([1978] 1982). *El lenguaje como semiótica social. La interpretación social del lenguaje y del significado*. Bogotá: FCE.
- Haugen**, Einar (1972). *The ecology of language. Essays by Einar Haugen*. Stanford: Stanford University Press.
- Hemingway** Benton, Helen (editora) (1974). *Britannica Atlas*. Chicago: Encyclopædia Britannica.
- Hernández** Beatriz, Marcelino (2013). *El náhuatl de la huasteca hidalguense. Un panorama de variantes y el contacto con el español*. México: UNAM-FFL (tesis de licenciatura).
- Hernández** Dimas, María Guadalupe y Fernando **Nava** (2000). *Jánhaskapani juchari anapu jimpo*. Morelia: Uárhi / Fundación de Apoyo al Proceso Popular.
- Hirai**, Shinji (2009). *Economía política de la nostalgia. Un estudio sobre la transformación del paisaje urbano en la migración transnacional entre México y Estados Unidos*. México: UAM-I / Juan Pablos.
- Hirsch**, Jennifer S., Jennifer **Higgins**, Margaret E. **Bentley** y Constance A. **Nathanson** (2006). “The social constructions of sexuality. Companionate marriage & STD/HIV risk in a Mexican migrant community” en Hirsch, Jennifer S. y Holly Wardlow (editoras). *Modern Loves. The anthropology of romantic courtship and companionate marriage*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Hobsbawm**, Eric (1998). *La era del capital, 1848-1875*. Barcelona: Crítica.
- Hodge**, Robert y Gunther **Kress** (1988). *Social Semiotics*. Nueva York: Cornell University Press.
- Hoffmann**, Odile (2007). “Identidad-espacio: relaciones ambiguas” en Margarita Estrada y Pascal Labazé (coordinadores). *Globalización y localidades, espacios, actores, movilidades e identidades*. México: CIESAS.

- Hoffmann-Axthelm**, Dieter. (1992) "Identity and Reality: the end of the philosophical immigration officer" en Lash, S. y J. Friedman (editores). *Modernity and Identity*. Oxford: Blackwell.
- Hymes**, Dell ([1964] 1974). "Hacia etnografías de la comunicación" en Garvin, Paul y Yolanda Lastra (editores). *Antología de estudios de etnolingüística y sociolingüística*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas (traducción de Héctor Chimby Matiz) (48-89).
- Jacorzynski**, Witold (2008). *En la cueva de la locura: aportación de Ludwig Wittgenstein a la antropología social*. México: CIESAS.
- James**, William ([1884] 1989). "¿Qué es una emoción?" en Calhoun, Cheshire y Robert C. Solomon (compiladores). *¿Qué es una emoción? Lecturas clásicas de psicología filosófica* (140-157).
- Jamieson**, Lynn (1998). *Intimacy: personal relationships in modern societies*. Cambridge: Polity.
- José Agustín** ([1982] 1986). *Ciudades Desiertas*. México: Grijalbo.
- Kalmar**, Tomás Mario (2001). *Illegal alphabets and adult biliteracy. Latino migrants crossing the linguistic border*. Mahwah: Lawrence Erlbaum Associates.
- Kellner**, Douglas (1992). "Popular culture and the construction of postmodern identities" en Lash, Scott y Jonathan Friedman (editores). *Modernity and identity*. Oxford: Blackwell.
- Knapp**, Mark L. ([1980] 1982). *La comunicación no verbal. El cuerpo y el entorno*. Barcelona: Paidós.
- Komter**, Aafke E. (2005). *Social Solidarity and the Gift*. Cambridge: University Press.
- Kornblit**, Ana Lía (2004). *Metodologías cualitativas en ciencias sociales. Modelos y procedimientos de análisis*. Buenos Aires: Biblos.
- Krickeberg**, Walter (1946). *Etnología de América*. México: FCE.
- Kurnitzky**, Horst (1994). "Barroco y postmodernismo: una confrontación postergada" en Echeverría, Bolívar. *Modernidad, mestizaje cultural, ethos barroco*. México: UNAM / El Equilibrista (73-93).
- Kurst-Swanger**, K. y J. L. **Petcosky** (2003). *Violence in home*. Oxford: Oxford University Press.
- Labov**, William ([1972] 1983). *Modelos sociolingüísticos*. Madrid: Cátedra (traducción de José Miguel Marinas).
- Laclos**, Choderlos de ([1782] 1991). *Las amistades peligrosas*. México: Rei (traducción de Almudena Montojo).

- Lara**, Luis Fernando (2010). *Diccionario del Español de México*. México: El Colegio de México (COLMEX).
- Lastra**, Yolanda (1992). *Sociolingüística para hispanoamericanos: una introducción*. México: COLMEX.
- Leco** Tomás, Casimiro (2009). *Migración indígena a Estados Unidos. Purhépechas en Burnsville, Norte Carolina*. Morelia: UMSNH, Instituto de Investigaciones Económicas y Empresariales, Centro de Investigaciones México-Estados Unidos, Coordinación de la Investigación Científica, Secretaría del Migrante Michoacán y Facultad de Historia.
- Leeds-Hurwitz**, Wendy (1993). *Semiotics and Communication: Signs, Codes and Cultures*. Hillsdale: Lawrence Erlbaum.
- Lefebvre**, Henri ([1974] 1991). *The production of space*. Oxford: Blackwell (traducción de Donald Nicholson-Smith).
- Lemus**, Alicia (2009). *El rol social de las mujeres p'urhépecha, esposas de ex braceros, 1942-1964*. Cherán (manuscrito).
- León-Portilla**, Miguel (1994). *Quince poetas del mundo náhuatl*. México: Diana.
- Le Page**, R. B. y Andrée **Tabouret-Keller** (1985). *Acts of identity. Creole-based approaches to language and ethnicity*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lewis**, Oscar ([1959] 1961). *Antropología de la pobreza. Cinco familias*. México: FCE (traducción de Emma Sánchez Ramírez).
- ([1961] 1965). *Los hijos de Sánchez*. México: Joaquín Mortiz.
- Liedtke**, Stefen (2001). “Comparación de léxico tarasco-quechua” en *Alma Mater* No. 20 (57-70).
- Lizárraga** Hernández, Arturo (2002). *Me agarró la ventolera... El proceso de la migración rural al extranjero en Sinaloa. Los casos de Cosalá, San Ignacio y El Verde*. Guadalajara: CIESAS (tesis de doctorado).
- Llamas**, Carmen, Louise **Mullany** y Peter **Stockwell** (editores) (2007). *The Routledge Companion to Sociolinguistics*. Nueva York: Routledge.
- Loeza**, Guadalupe (1985). *Las niñas bien*. México: Océano.
- López Castro**, Gustavo (1986). *La casa dividida. Un estudio de caso sobre la migración a Estados Unidos en un pueblo michoacano*. Zamora: COLMICH.
- López Portillo**, Margarita (1979). *Estampas de Juana Inés de la Cruz*. México: Bruguera.

Lucas Hernández, Amaruc (2011). *Los siete pecados capitales en la Doctrina de la fe en lengua de los indios de Michoacán, México, 1575, de fray Juan de Medina Plaza O. S. A.* Morelia: UMSNH.

Márquez Joaquín, Pedro (1996). *P'urhepecha Jimpo. Lengua purépecha Michoacán. Segundo grado.* México: SEP.

----- (2004). “Temunkurhini sési irékani, ‘vivir en matrimonio’” en *Tlalocan* vol. XIV. UNAM (181-199).

Martín Butragueño, Pedro (editor) (2006). *Líderes lingüísticos. Estudios de variación y cambio.* México: (COLMEX).

Martínez, Rubén ([2001] 2003). *Cruzando la frontera. La crónica implacable de una familia mexicana que emigra a Estados Unidos.* México: Planeta (traducción de Gabriela Rothschild).

Martínez Casas, María Regina (1998). *Vivir invisibles: la migración otomí en Guadalajara.* Guadalajara: CIESAS (tesis de maestría).

Martínez Márquez, Santos, Elvia **Tomás** Martínez y María Rosalina **Méndez** (2000). *Recetario de las atápakuas purépechas.* México: CONACULTA.

Martínez Márquez, Santos y María Rosalina **Méndez** (2005). *Recetario de pescado, aves y otros animales de la región lacustre de Pátzcuaro, Michoacán.* México: CONACULTA.

Martínez Ruíz, Diana Tamara (2008). *Tan lejos y tan cerca: la dinámica de los grupos familiares de migrantes desde una localidad michoacana en contexto transnacional.* México: CIESAS (tesis de doctorado).

Massey, Douglas, Rafael **Alarcón**, Jorge **Durand** y Humberto **González** (1987). *Return to Aztlán: the social process of international migration from western Mexico.* Berkeley: University of California.

----- (1990). *Los ausentes: El proceso social de la migración internacional en el occidente de México.* México: Alianza / CONACULTA.

Maza, Francisco de la (1953). *El guadalupanismo mexicano.* México: FCE / Secretaría de Educación Pública (SEP) (Lecturas Mexicanas).

McKay, Robert (1982). *Texas Mexican Repatriation during the Great Depression.* Universidad de Oklahoma (tesis doctoral).

- Mead**, Margaret ([1928] 1993). *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*. Barcelona: Planeta / Agostini (traducción de Elena Dukelsky Yoffe).
- ([1935] 1990). *Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas*. México: Paidós (traducción de Inés Malinow).
- Meneses Eternod**, Sue Belinda (1998). Características del español de los purépechas. México: UNAM-FFL (tesis de licenciatura).
- Michelet**, Dominique (1996). “El origen del reino tarasco protohistórico” en *Arqueología Mexicana*, vol. IV, no. 19 (24-27).
- Mignon**, Sylvia, Calvin J. **Larson** y William Michael **Holmes** (2002). *Family abuse: consequences, theories and responses*. Boston: Allyn and Bacon.
- Monsiváis**, Carlos (1994). “Neobarroco y cultura popular” en Echeverría, Bolívar. *Modernidad, mestizaje cultural, ethos barroco*. México: UNAM / El Equilibrista (299-309).
- Moreno** de Alba, José G. (1994). *La pronunciación del español en México*. México: COLMEX.
- Moro**, Tomás ([1516] 1996). *Utopía*. México: Porrúa (Sepan Cuantos 282).
- Mufwene**, Salikoko S. (2001). *The ecology of language evolution*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (2007). “Creoles and pidgins” en Llamas, Carmen, Louise Mullany y Peter Stockwell (editores). *The Routledge Companion to Sociolinguistics*. Nueva York: Routledge (175-184).
- Muñoz** Cruz, Héctor, Paula **Gómez** López y Rainer Enrique **Hamel** (1983). *La escuela otomí: entre la castellanización y el bilingüismo*. México: CIESAS (Cuadernos de la Casa Chata).
- Muñoz** Martínez-Mora, Inés (2010). “Dandis a pesar de todo” en *El País Semanal*. Madrid: El País, no. 1786.
- Navarrete**, Federico (2009). “Linajes mexicas” en *Arqueología Mexicana*, vol. XVII, no. 98 (34-39).
- Nee**, Victor y Jimmy **Sanders** (2001). “Trust in ethnic ties: Social capital and immigrants” en Cook, Karen. *Trust in society*. New York: Russell Sage Foundation.
- Newton**, Michael (2001). *The Invisible Empire: The Ku Klux Klan in Florida*. Gainesville: University Press of Florida.

- Ochoa Valdés**, Clara H. (coordinadora) (2005). *Informe de investigación sobre la situación de los michoacanos en Estados Unidos*. Morelia: Gobierno del Estado de Michoacán / Consejo Estatal de Población de Michoacán / Fondo de Población de las Naciones Unidas.
- Orozco**, Leonor (2006). “No me hable de *tú* despectivo, hábleme de *tú* correcto” en Martín Butragueño, Pedro. *Líderes lingüísticos. Estudios de variación y cambio*. México: COLMEX (131-158).
- Palahniuk**, Chuck (2001). *Asfixia*. Barcelona: Mondadori (traducción de Javier Calvo).
- Paredes Martínez**, Carlos (1997). *Lengua y etnohistoria purépecha: homenaje a Benedict Warren*. México: CIESAS / UMSNH.
- (2008). “La vivienda purépecha. Notas en torno a su historia y la habitabilidad en la época colonial” en Azevedo, Eugenia. *La vivienda purépecha*. Morelia: UMSNH / Coordinación de la Investigación Científica / Consejo Estatal de Ciencia y Tecnología.
- Paz**, Octavio (1982). *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*. México: FCE.
- Pozas**, Ricardo ([1952] 1984). *Juan Pérez Jolote. Biografía de un tzotzil*. México: FCE (Lecturas Mexicanas 43).
- Putnam**, Robert D. ([1993] 1994). *Para hacer que la democracia funcione. La experiencia italiana en descentralización administrativa*. Caracas: Galac.
- Quiroga**, Vasco de ([hacia 1565] 2010). *Reglas y ordenanzas de los hospitales de Santa Fe de México y Michoacán*. Morelia: Papiro Omega / Universidad Vasco de Quiroga.
- Río**, Eduardo del (1987). *El mito Guadalupano*. México: Grijalbo.
- Ríos Ruiz**, Manuel (1997). *Ayer y hoy del cante flamenco*. Madrid: Istmo.
- Rivas**, Ramón (2012). *Antropología en el Salvador: recorrido histórico y descriptivo*. San Salvador: Universidad Tecnológica de El Salvador.
- Rodríguez Nicholls**, Mariángela (2010). *Esclavitud posmoderna: flexibilización, migración y cambio cultural*. México: CIESAS.
- Romero Flores**, Jesús (1952). *Historia de la Ciudad de Morelia*. México: Morelos.
- Sáenz**, Moisés (1966). *Carapan*. Morelia: Gobierno del Estado de Michoacán.
- Sánchez González**, Omar Alejandro (2011). *La conciencia lingüística en estudiantes universitarios indígenas de inicios del siglo XXI*. México: UNAM (tesis de licenciatura).
- Sarabia Páez**, Roxana (2012). *Transferencias lingüísticas en las construcciones locativas en hablantes bilingües purépecha-español*. México: ENAH (tesis de licenciatura).

- Saraví**, Gonzalo (2006). “Atmósfera familiar y transición a la adultez en México” en Esteinou, Rosario (editora). *Fortalezas y desafíos de las familias en dos contextos: Estados Unidos de América y México*. México: CIESAS (341-383).
- Sassen**, Saskia (1991). *The global city: New York, London, Tokio*. New Jersey: Princeton University Press.
- Saville-Troike**, Muriel ([1989] 2003). *The Ethnography of communication. An Introduction*. Londres: Blackwell.
- Sebeok**, Thomas A. (1996). *Signos: una introducción a la semiótica*. Barcelona: Paidós.
- Serrano**, Julio (2006). “En torno a las vocales caedizas del español mexicano: una aproximación sociolingüística” en Martín Butragueño, Pedro (editor). *Líderes lingüísticos. Estudios de variación y cambio*. México: COLMEX (37-59).
- Smart**, Carol. (2007). *Personal life. New directions in sociological thinking*. Cambridge: Polity.
- Stake**, Robert E. (1993). “Case studies” en Denzin, Norman e Yvonna Lincoln. *Handbook of qualitative research*. London: Sage (236-247).
- Stavans**, Ilán (2003). *Spanglish: the making of a new American language*. Nueva York: HarperCollins.
- Steinbeck**, John ([1939] 1963). *Viñas de ira*. México: Diana (traducción de B. Díaz Gracián).
- Stern**, Nancy y Ricardo **Otheguy** (2011). “On so-called Spanglish” en *International Journal of Bilingualism* 15 (85-100).
- Steward**, Julian (1955). *Teoría y práctica de los estudios de área*. Washington: Unión Panamericana.
- Suárez**, Jorge (1995). *Las lenguas indígenas mesoamericanas*. México: CIESAS / Instituto Nacional Indigenista (INI).
- Swadesh**, Mauricio (1969). “Un nexo prehistórico entre quechua y tarasco” en *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia 1967-1968*. México: UNAM (127-138).
- Swidler**, Ann (2001). *Talk of love. How culture matters*. Chicago: University of Chicago Press.
- Talavera Durón**, Luis Francisco (2006). *Los pueblos de madera y la gente de la lluvia. Etnicidad urbana. Purépechas y mixtecos en la zona metropolitana de Guadalajara*. Guadalajara: CIESAS (tesis de maestría).

- Toledo** Llancaqueo, Víctor (2004). “Políticas indígenas y derechos territoriales en América Latina: 1990-2004. ¿Las fronteras indígenas de la globalización?” en *Ponencia Grupo de Trabajo “Movimientos indígenas en América Latina”*. Buenos Aires: CLACSO (67-102).
- Trudgill**, Peter (1974). *Sociolinguistics: an introduction*. Middlesex: Penguin Books.
- Trudgill**, Peter y J. M. **Hernández** Campoy (2007). *Diccionario de sociolingüística*. Madrid: Gredos.
- Tuten**, Donald N. (2007). “Koineization” en Llamas, Carmen, Louise Mullany y Peter Stockwell (editores). *The Routledge Companion to Sociolinguistics*. Nueva York: Routledge (185-191).
- Van Zantwijk**, R. A. M. ([1965] 1974). *Los servidores de los santos. La identidad social y cultural de una comunidad tarasca en México*. México: CNCA / INI (Presencias 46).
- Vega**, Inca Garcilaso de la ([1609] 1991). *Comentarios reales*. Madrid: Cátedra.
- Velázquez** Gallardo, Pablo (1978). *Diccionario de la lengua phorhépecha. Phorhépecha-español, español-phorhépecha*. México: FCE.
- Villavicencio** Zarza, Frida (1996). “La expresión nominal sin determinante en purépecha. Una función semántica” en García Fajardo, Josefina (editora). *Análisis Semánticos*. México: COLMEX (79-124).
- (2006). *P’orhépecha kaso sirátahenkwa: Desarrollo del sistema de casos del purépecha*. México: CIESAS / COLMEX.
- (2010). “Clíticos no pronominales en la lengua de Michoacán” en Ortiz Ciscomani, Rosa María (coordinadora). *Análisis lingüístico: enfoques, sincrónico, diacrónico e interdisciplinario*. Hermosillo: Universidad de Sonora (267-290).
- Waldenfels**, Bernhard ([1992] 1997). *De Husserl a Derrida. Introducción a la fenomenología*. Barcelona: Paidós (traducción de Wolfgang Wegscheider).
- Warren**, Benedict ([1963] 1977). *Vasco de Quiroga y sus Hospitales-Pueblo de Santa Fe*. Morelia: UMSNH (traducción de Agustín García).
- Weinreich**, Uriel ([1953] 1974). *Lenguas en contacto*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Weitman**, Sasha (1973) “National flags: A sociological overview” en *Semiotics* vol. 8 no. 4 (328-367).
- West**, Robert C. (1948). *Cultural Geography of the Modern Tarascan Area*. Washington: Smithsonian Institution, Institute of Social Anthropology.

- Winick**, Charles (1956). *Dictionary of Anthropology*. Nueva York: Philosophical Library.
- Wolf**, E. (1972). “The Virgin of Guadalupe: A Mexican national symbol” en Lessa, W. A. y E. Z. Vogt, (editores). *Reader in comparative religion: An anthropological approach*. Nueva York: Harper & Row (149-153).
- Yin**, Robert (1994). *Case study research*. Londres: Sage.
- Zárate Hernández**, José Eduardo ([1994] 2001). *Los señores de utopía. Etnicidad política en una comunidad p’urhépecha: Santa Fe de la Laguna-Ueamuo*. Zamora: COLMICH / CIESAS.

Cinematográficas

- Arau**, Sergio (2004). *Un día sin mexicanos*. México: Altavista.
- Bartlet**, Hall ([1978] 2006). *Los hijos de Sánchez*. México: CONACINE / Carmel Enterprises.
- Cardona**, René (1943). *Hotel de verano*. México: A. S. Films.
- Lucas**, George (2001). *La Guerra de las Galaxias. Episodio I, La Amenaza Fantasma*. Estados Unidos: Lucasfilm.
- Wenders**, Win (1991). *Hasta el fin del mundo*. Alemania: Road Movies.

Musicales

- King Crimson** (1981). “Mate Kudasai”. *Discipline*. Virgin.
- La Deuda**. “Yoselina” (sin información).
- Los Amos de Nuevo León** (2009). “Traigo ganas de pistear” 2010. Solo Records.
- Los Chapas** (2004). “Salukita”. *Kústakua phorhépecha*. FonoMex.
- Los Tigres del Norte** (2008). “Rosita de Olivo” *Nuestros temas inéditos*.
- Manú Chao** (1998). “Clandestino”. *Clandestino*. EMI.
- Pedro Dimas** (2002), *Mirando al lago*. Swing Cat.
- Roberto Tapia**. “Me duele” single.

De la televisión

- Bourdain**, Anthony (2006, 2007 y 2008). *No Reservations*. Nueva York: Travel and Living Chanel.

De la Internet

Censo del 2010 cubano-estadounidenses en Miami:

<http://quickfacts.census.gov/qfd/states/12/12086.html>

Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española (DRAE):

<http://www.rae.es/recursos/diccionarios/drae>

Mapa de Arcadia en Google Maps:

<http://www.maps.google.com.mx>

Ocupaciones en Arcadia:

<http://www.city-data.com/city/Arcadia-Florida.html>

Población de Arcadia:

<http://quickfacts.census.gov/qfd/states/12/1201750.html>

Población emigrante a Estados Unidos de América por entidad federativa:

<http://www.inegi.org.mx/est/contenidos/espanol/soc/sis/sisept/default.aspx?t=mpob>

Razas en Arcadia:

<http://www.city-data.com/races/races-Arcadia-Florida.html>

IX. ÍNDICES

*De ilustraciones*¹³⁴

Bukowski en el hotel Belmont de Dallas, Texas	30
Mapa 3.1. La región purépecha y las comunidades estudiadas en el 2004	62
La familia Ciriaco en 1996	65
Los Gallos de Santa Fe	93
La familia Morales (esquema)	101
Tomás y su nieto “Kilo”	108
El caldo de pescado	110
Gilberto en 1996	117
Placas de Carolina del Norte	119
Obras inconclusas en un extremo de Santa Fe	122
<i>Tsúntsuecha</i>	128
Nuevos compadres	132
La familia Morales	134
Elpidio Domínguez Castro con sombrero y chamarra	141
Mapa 4.1. Santa Fe de la Laguna	142
Casa de adobes en Tziróndaro	145
La casa de Miguel	148
La casa de Efrén	149
La casa de doña Graciela	151

¹³⁴ La mayor parte de las fotografías las tomé con una cámara Nikon FM10. Cuando la situación era apremiante, utilicé la cámara del teléfono, un iPhone 3G, por eso es que algunas no están debidamente encuadradas o enfocadas.

Publicidad en purépecha	156
La Virgen del Nopal	176
Mapa 5.1. Ubicación de Michoacán y La Florida	194
Mapa 5.2. El condado DeSoto	201
Orange Company	205
Tráiler de naranjas en la Orange Company	207
Mensaje calcado	210
Un dandy de La Florida	212
Miguel y Chico mimetizados	221
Iglesia Cristina Pacto de Fe	224
Tráiler de naranjas en Brevard Avenue	228
Playeras en el Meximarket	234
Miguel en el <i>fleamarket</i>	240
Don Wence	244
Homies	251
La corte de Arcadia	262
Mapa 6.1. Arcadia	263
El tráiler de Miguel y Chico	265
Chico en el interior del tráiler	268
Fotograma de la película <i>Un día sin mexicanos</i>	269
Bolsa de trabajo en el Meximarket	271
La Placita	273
Mensajes calcados	274
Mensaje en la lavandería	276
Chico con el paliacate al estilo cholo	288
La van de “Satanás” afuera de la tienda “Cinco de Mayo”	291
Miguel llamando a Santa Fe	296
Efrén, Tomás y Catalina en la colonia Moctezuma	305
Joel y Gilberto en Iztapalapa	309

Analítico

Acento 21, 52, 95, 97, 155, 158, 165, 167, 195

Acomodación 113

Actitud 21, 22, 40, 43, 58, 60, 70, 112, 155, 156, 163, 199, 282

Actos de habla 52

Actos discursivos 41, 44

Anclaje 17, 19, 150, 180, 182, 183, 266

Arena 275, 282, 300

Argot 315

Bilingüismo 21, 24, 34, 37, 43, 52, 78, 80, 102, 135, 136, 158, 166, 183, 190, 261, 277, 278, 299, 300, 311

Calco 29, 167, 196, 210, 273, 274, 276, 280, 282

Cambio de código 44, 49, 75, 76, 99, 104, 105, 113, 121, 127, 128, 129, 147, 165, 167, 203

Cantadito 206

Código 37, 43, 42, 55, 56, 111, 114, 137, 147, 153, 154, 155, 163, 166, 169, 174, 176, 178, 181, 185, 186, 187, 257, 259, 267, 268, 272, 274, 281, 286, 287, 288, 293, 304, 311, 312, 313, 314

Comunidad de habla 40, 136, 160, 164, 274, 285

Contacto 20, 21, 22, 23, 24, 30, 34, 35, 43, 43, 49, 52, 53, 163, 275, 281, 282, 283, 284, 300

Contexto 40, 43, 154, 284, 287, 300, 306, 308, 311, 316

Dialecto 44, 268, 276, 277, 284

Discriminación 26, 44, 52, 58, 73, 92, 114, 300, 314, 315

Ecología 22, 23, 36, 42, 44, 55, 56, 137, 138, 155, 156, 157, 163, 166, 187, 189, 259, 278, 281, 282, 284, 300, 305, 306

Estándar 21, 30, 44, 159, 163, 165, 167, 168, 276, 280

Estereotipo 43, 192

Estigma 26, 44

Estilo 160, 161, 277, 279, 284

Etnografía de la comunicación 40, 41, 46

Género 39

Gestualidad 161, 268, 283, 293, 294, 298

Habitus 19, 171, 184

Hipercorrección 165, 166

Identidad 80, 135, 184, 186, 187, 189, 267, 279, 280, 284, 288, 292, 297, 299, 300, 311

Ideolecto 276

Innovación 22

Inseguridad lingüística 278, 300

Inteligibilidad mutua 102

Interferencia 43, 44, 54, 135, 159, 160, 162, 163, 164, 165, 166, 279, 291

Interlengua 158, 160, 161, 162, 164, 275, 278

Isoglosa 284

Jerga 49, 53

Koineización 275

Lealtad 44, 163
Lengua dominante 168
Lengua materna 157
Líderes lingüísticos 22, 276, 281, 292
Lingua franca 78
Monolingüismo 69, 71, 78, 80, 158, 162,
234, 268
Muletilla 167
No lugar 264, 267
Prejuicio 43, 44, 52
Préstamo 23, 44, 54, 120, 135, 160, 166,
167, 203, 209, 245, 276, 281, 282, 284, 312
Prestigio 156, 281
Punto rico 41, 53, 245, 304, 308
Redes 16, 47
Reducción 160
Registro 155, 163, 168, 277, 280, 297, 304,
308
Semilingüismo 157
Simplificación 42, 135, 158, 160, 161, 162,
163, 164, 165, 277, 278, 279, 304
Sociolecto 44
Variación 21, 62
Verbosidad 160, 161, 163, 164
Vernáculo 21, 30, 39, 44, 160, 168, 306

Onomástico

Agar 18, 40, 41, 43, 45, 49, 63

Alba 240

Alanís 14, 26

Alcalá 13

Almada 240

Ambriz 16, 56, 307

Amicis 14

Andersson y Trudgill 42, 43, 44, 157, 167, 277, 280, 314

Appel y Muysken 22, 157, 158, 159, 166, 168, 299, 300

Arau 269, 315

Aristóteles 306

Arjona 240

Arriaga 179, 266

Arroyo 152

Augé 143, 265

Austin 43, 53

Axayácatl 57

Axelrod 25

Azevedo 33, 146

Bajtín 34

Barnett 275

Barthes 37, 43, 46, 144, 170, 175, 287, 288, 290, 311

Bartlet 53

Bateson 40

Bautista 79

Bayona 16, 17, 56, 307

Beals 15

Beck y Beck-Gernsheim, 185

Bedford 295

Bell 184, 279, 300

Benavides 18

Besserer 17, 18, 36

Bickerton 23

Birdwhistell 169

Bogatyrev 169

Bonfil 16, 63, 143, 169, 180, 303

Bourdain 29, 50, 288

Bourdieu 19, 48, 171

Brading 175

Bratt 157

Brennan 178

Bronner 289

Buber 38

Bukowski 29, 30

Burgess, Locke y Thomes 178

Bush 238

Calhound y Solomon 306

Camacho 22

Cárdenas 141

Cardona 282

Carlos V 275

Carrió y Rabossi 53

Castells 17

Castilleja 18, 37, 103, 144, 152

Chambers y Trudgill 44, 284

Chamoreau 160, 162, 163

Chanteau 186

Chao 299

Chávez, David 21, 22, 24, 42, 45, 48, 63, 65,
70, 120, 151, 155, 157, 160, 183, 184, 196,
275, 282, 284, 312
Chávez, Marcelo 283
Coates 22, 39, 45, 52, 161
Cobley y Jansz 143
Cohen 15, 190
Condeso 208, 315
Coronado, Ramos y Téllez 157
Cortázar 48, 125, 189
Coseriu 42
Criado 282
Danesi 21
Davis 40, 48, 149, 161, 169, 217, 260, 278,
283, 290, 293, 294, 309
Dimas, Néstor 59, 70, 74, 138, 140, 173, 184
Dimas, Pedro 220
Domínguez 54, 121, 141
Duncan 52
Durand 23, 24, 34, 36, 50, 189, 257
Duranti 38
Durkheim 146
Dyer 300
Eco 19, 24, 37, 40, 46, 99, 144, 145, 146,
147, 149, 150, 153, 154, 155, 161, 165, 169,
175, 178, 179, 186, 265, 272, 278, 279, 281,
291, 294, 297, 312
Ende 234
Enrique de Navarra 118
Erickson 181, 295
Espinoza Paz 225
Esteinou 20, 140, 146
Evans-Pritchard 222
Fagan 45
Feuerbach 38
Flores Farfán 35, 36, 102, 135, 155, 160, 163
Foster 15, 121, 126
Foster Lecron 45
Fox 226
Frazier 14
Freud 37
Friedrich 52, 155, 163
Gamio 257
Gandhi 173
García de León 196, 275
Garner 41
Gazca Ruíz 63
Gell 290
Giarracca y Bidaseca 34, 50
Giddens 292, 293, 295
Giesz 153
Gilberti 137, 176, 311
Giménez 17
Ginsberg 192
Glassie 145
Gómez, Pérez y Rojas 163
Gómez-Quiñones y Maciel 14
González 14
Gortaire 71, 101, 137, 138, 186
Goyri 240
Granda, Germán de 160
Halbwachs 17

Hall 37, 38, 149, 267
 Halliday 41
 Hamilton 45
 Haugen 22, 23, 42, 165
 Hebdige 287
 Hemingway 201
 Herd 178
 Hernández, Guadalupe 70, 71, 72, 73, 74,
 79, 82, 102, 103, 111, 122, 139, 151, 152,
 169, 173, 183, 184, 185, 213, 219, 245
 Hernández y Nava 71, 183
 Hernández, Marcelino 168
 Hidalgo 289
 Hirai 56, 147, 168, 272, 300
 Hirsch, Higgins, Bentley y Nathanson 294,
 295
 Hirsch 270, 289
 Hobsbawm 13
 Hodge y Kress 155
 Hoffman, Abbie 260
 Hoffmann, Odile 17, 24, 42
 Hoffmann-Axthelm 292
 Husserl 35, 178
 Hymes 38, 40, 41
 Infante 240
 Jacorzynski 48
 Jakobson 169
 James 233
 Jamieson 179
 Jodorowsky 131
 Jordan 174
 José Agustín 201
 Kalcik 285
 Kalmar 18, 54
 Kellner 299
 Knapp 37, 63
 Koenig 154
 Komter 293
 Kornblit 33, 34, 38, 39
 Krickeberg 275
 Kurnitzky 261
 Kurst-Swanger y Petcosky 101, 109, 154,
 178
 Labov 22, 27, 36, 38, 49, 51, 58, 164, 165,
 232
 Laclos 48
 Lara 16
 Lastra 23, 46, 101, 157
 Leco 16, 19, 26, 54, 59, 193
 Leeds-Hurwitz 21, 37, 43, 46, 53, 145, 146,
 147, 168, 169, 170, 171, 172, 173, 176, 178,
 259, 266, 269, 283, 284, 287, 288, 289, 290,
 291
 Lefebvre 18, 143, 266
 Lemus 60, 182
 León-Portilla 57
 Leonardo 269
 Le Page y Tabouret-Keller 43, 278
 Lévi-Strauss 291
 Lewis 35, 38, 39, 47, 53, 280, 286, 303, 315
 Liedtke 21
 Lizárraga 49

Llamas, Mullany y Stockwell 21, 29, 40, 45,
49, 135, 158, 159, 275, 277
Loaeza 177
López Castro 15, 16, 19, 34, 36, 37, 38, 46,
51, 139, 185, 189
López-Portillo 192
Lott y Sommer 146
Lucas, Amaruc 23
Lucas, George 202
Lucas, Reynaldo 154, 175
Luis Miguel 232
Malinowski 43, 45, 49
Malkiel 160
Márquez, Joaquín 59, 60, 263, 268
Márquez, Pedro 59, 60, 141, 175, 176, 177,
179, 180, 182, 185, 186
Martin 257
Martín Butragueño 22, 281
Martínez 36, 139
Martínez Casas 36
Martínez y Méndez 170
Martínez Ruíz 20, 36
Massey, Alarcón, Durand y González 16, 45
Maza 175
McKay 14
Mead 45, 48, 52, 183
Meneses 159, 160, 203, 304
Michaels 287
Michelet 15
Mignon 178
Monsiváis 153
Montana 240
Moreno 196
Moro 138
Mufwene 42, 43, 275
Muñoz 288
Muñoz, Gómez y Hamel 157
Musello 146
Nava 70, 183
Navarrete 13
Nee y Sanders 17
Newton, Isaac 151
Newton, Michael 260
Obama 18, 236, 238, 315
Ochoa 35
Orozco 308
Palahniuk 63
Paredes 15, 20, 59
Parsons 179
Paz 192
Peirce 46, 175
Pogrebin 168
Ponce de León 275
Pozas 38, 53, 124
Priscila y sus Balas de Plata 129
Putnam 293
Quiroga 138, 141, 142
Río 175
Ríos 160
Rivas 299
Roberts 286

Rodríguez 21, 24, 25, 36, 51, 54, 139, 189, 257, 315
Rojas 59, 141
Romero 57
Rose 287
Rosenthal 269
Sáenz 161
Salinas 255
Sánchez 25
Santana 256
Sanz 257
Sapir 278
Sarabia 160
Saraví 19
Sassen 16, 26, 140
Saussure 143
Saville-Troike 38, 41
Sebeok 21, 37, 46, 142, 146, 169, 174, 175, 264, 269, 287
Secundino 65
Selena 129
Selinker 158
Serenó 46, 70, 71, 72, 73, 74, 141, 180, 262
Serrano 22
Shakira 257
Smart 185
Sor Juana 192
Soto 275
Sperb 259
Stake 38, 39
Stavans 282
Steinbeck 14
Stern y Otheguy 282
Steward 15
Suárez 21
Swadesh 21, 177
Swidler 287, 293
Talavera 16, 56
Tapia 248, 292
Téllez 178
Teresita del Niño Jesús 58
Toledo 17
Tovar 240
Trudgill 45
Trudgill y Hernández 21, 22, 23, 39, 135, 155, 158
Trujillo 240
Tuten 275, 276
Valdés 240, 282, 283
Van Zantwijk 16, 69, 174, 180
Vega 275
Velásquez 162, 165, 176
Vicente 179
Villavicencio 60, 159, 160, 162
Voegelin y Voegelin 42
Waldenfels 38, 178
Warren 138
Weinreich 20, 21, 22, 38, 40, 43, 159, 283, 291, 300
Weitman 291
Wenders 51
West 62, 138

Whorf 18

Winick 20

Wolf 175

Wright 119

Yin 38

Yuri 240

Zárate 16, 17, 20, 35, 36, 54, 60, 61, 70, 74,
138, 141, 142, 183

Zayas 240

APÉNDICE

Entrevista con Romario

–How do you like the North Carolina State?

–The place is well organized. It's something different from here, where I'm originally from. And like sometimes I miss being here 'cause it's been a long time. I come back like every two years. And I get bored over there 'cause I don't have any cousins over there or anybody there, just my little friends or my little brothers and it's a lot different than over here. 'Cause over there you can't go out and start walking around 'cause you might get hit; like there's no sidewalks. And like over here you can go around anywhere. You're free. You can play around with your friends or anything like that. They have like small little cars that take you to anywhere, like the same over there. Like the bus transportation, it's the same but I never rode in one of those 'cause I just maybe I don't have the time line or anything like that.

–Are you studying at this moment high school?

–Yeah, high school. I'm gonna be a junior, the 11th grade.

–So, do you speak English at the school always?

–At school, yeah. Sometimes a little bit of Spanish but mostly English.

–I know a lot of Purepecha people is living at U.S. Do you have friends at school from Tziróndaro or Santa Fe?

–No, not really, not at school. I have one buddy that goes to another school. He went to the same school that I did, and I hang around with him most of the times.

–Do you prefer to speak English than Spanish or Purepecha?

–Not really, 'cause Purepecha is my native language and that's why I go with it. I like it. 'Cause like I might come back here and if I just know English I can't talk with you. I like

Purepecha. And that's what I talk at home with my brothers and everything. Sometimes English but most of the time Purepecha.

–In this circumstances maybe Spanish is not useful to get communication in the United States, I guess.

–Not often, just most of the time when I go to a Mexican restaurant, yeah, I have to talk in Spanish 'cause not most of them can understand English and like the Mexican stores, yeah, talk in Spanish.

–Do you think Purepecha is the language that you really love or do you feel that English is the language that you prefer?

–Purepecha, yeah, I really like it. I love it 'cause not a lot of people know it and I'm just proud to be one of those people that knows how to talk and speak and understand.

–You can say something about someone in Purepecha and they can't understand you, right?

–Yeah.

–Is that funny?

–Well, sometimes. But sometimes my friends ask me: "What's that language that you speak?" and I tell them "it's Purepecha". They tell me: "How do you speak it?" and so I teach them a little bit.

–Do the Teachers know that you speak Purepecha?

–Most of them don't know that I speak Purepecha. They just know that I speak Spanish. They don't know that I have another language or anything. Yeah, that's all they know, that I speak Spanish –continúa Romario– Most of them. And most of them I tell that I speak another language take me differently, like that I know more and stuff like that.

–American teachers encourage you to practice Purepecha or maybe they say: "you must forget that native language"?

–No, they encourage me to keep on speaking it. 'Cause, yeah, like I said it's one of those things that nobody knows and nobody can understand. Just some people.

–Are Native Americans at the Carolinas?

–A little bit, not many. Like there was one at my school last year but she left already, to go to another state.

–So what about the classmates? Do they joke when you speak Purepecha? Or you don't speak Purepecha beside them.

–Well, they tell me when I speak that language, well they just make something funny. It's not really bad. It's nothing. It's just like, I guess, they just want to learn how to speak it, 'cause I tell them that I speak now three different languages. They say "Really? Do you speak that many?"

–Yeah, like, "What is this Purepecha? What is that? Where is it from?" Like it's from Mexico. I don't know really that much about Purepecha history or where it's from, but I just know that it's, like from, like, these eleven little small places. And they just kind of make fun of it. Nothing bad at all.

–It's easy to blend Purepecha, Spanish and English words and have a kind of chaos of languages, at the beginning, at least. Do you have this problem?

–Yeah, like, 'cause I learned, I was here when my grandpa died and I went to school here and I learned more about Spanish. So now I can like separate them. I can speak one different language and I can get into it and I can speak that whole language. Like Spanish, I can kind of get it, but I still have trouble speaking it, like remembering names and letters, like that. And English, well, with English I'm OK 'cause I go to school over there and speak all in English. I can speak English without putting Spanish or anything in it.

–Yeah, I see. Are you happy at North Carolina?

–Yeah, I'm OK. Like over there it snows. Yeah, that's what I like, when it snows and then I don't go to school.

–Can you imagine yourself in the future living here at Santa Fe?

–Yeah, probably when I get married I might come back over here, like for a couple of years, and then probably go back to the USA or somewhere like where I really want to go, like Italy or something like that.

–Do you have plans to study at the university in the United States?

–Yeah, I'm planning on going to the UNC, University of North Carolina, to learn architecture or something like that.

–Architecture, great.

–Yeah, that's what I want to learn. Or like be a music teacher or something like that cause I really love music and I can teach it. Anyway, right after high school that's where I want

to go, to the University of North Carolina or Michigan, where my cousin is. To some university that's all about architecture. Yeah, cause I think he finished this year and is studying and stuff like that. I think I want to go there where he is, but I'm not really sure about what I want to do, if it's architecture or music.

–Maybe drummer.

–Yeah, a drummer maybe. I play the trumpet, a little bit on the piano, a little bit the guitar.

–Did you have a bad experience with some kids or some people?

–Not really. We're all cool with each other. Like, we don't have anybody that hate Mexicans or hate white people or hate black people. The school I go to, we're all OK. We like everybody. We're OK with them.

–Is your school a kind of international school?

–No. I think it's like a local school. It's like a high school where anybody can go to. Just like a normal high school.

–How do you feel when you come back to Santa Fe? Is for you a kind of holiday?

–When I come back to here, it's like a time for me to relax, like hang around with my cousins, go places over there that I haven't been to. Maybe know more people that I didn't know before. Yeah, it's like I come back here every 2 years for vacation time every summer, when I come back over here just to visit, relax, get away from school a little bit and get away from the USA and get out 'cause it sometimes gets a little much over there.

–I guess the schedule of everyday at the school must be hard.

–Yeah. Wake up early, take a shower, get my clothes on, and I get my books, my backpack, go to the bus stop and wait there, and when I get there I gotta eat breakfast, go to my classroom and everything. Like right after classes pack my books up, get my other books, that's kind of overwhelming.

–When you decide to talk in English with me was because you don't feel sure speaking Spanish or because you don't like Spanish?

–Yeah, I'm not really sure speaking Spanish cause like I'm not really that good at speaking it. I can understand it. I can speak some of it, but I have trouble bringing letters back, words back, 'cause, yeah, I don't really speak Spanish that much over there. I try to. I have a book that I read. It's in Spanish. I try to read. I'm OK at reading in Spanish. Like, talking to

people in Spanish is what, like, I have trouble with 'cause I'm not really sure what I'm saying that much.

–What's the reason? Is Spanish out of your home or something like that?

–Not really, cause my mom encourages me to speak it more so I can understand and learn more, and like not be afraid to speak. And, like, my mom, she has to speak a lot at work. And there's Mexican, well, people from Mexico at work over there and they always talk in Spanish, and she has to speak Spanish mostly everyday at her work. But, like me, I don't 'cause my brother he doesn't know Spanish. He can kind of understand it but he doesn't speak it. And my other smaller brother, yeah, he does everywhere around. He speaks Purepecha and then he goes to Spanish and then back to English and then back to Spanish. He can speak all three definitely languages. He can understand them really good.

–Do you have some problem speaking Purepecha?

–No, not really, 'cause that's what we mostly speak at home, is Purepecha. So we don't forget it. But I'm old enough to remember it, so I don't really forget it 'cause we always talk in Purepecha over there at home and with my friend. He lives in San Andres but he's kind of like from Santa Fe and San Andres cause his dad's from San Andres and his mom's from Santa Fe. But he mostly, when he comes back, he mostly stays in Santa Fe cause that's where he likes it. Yeah. I go to his house and he starts speaking in Purepecha, maybe in English, maybe in Spanish, but mostly Purepecha.

–Which one of these languages is your best, where you feel yourself much more sure, where you don't have trouble?

–It might be English or Purepecha. Like one of those both 'cause I'm really good at them. Like English, I'm really good at English. And Purepecha, my native language, I'm really good at that.

–What about writing? You write English at school, you have training, you have the knowledge but what about Purepecha?

–Yeah, that's the problem. I don't know how to write in Purepecha. I'm learning how to. The book that I have, it's half Spanish and half Purepecha. So I'm like, I try to read in Purepecha and try to write. And like, yeah, my dad's trying to teach me cause he kind a knows how to write in Purepecha. So he like teaches me most of the times so I can write Purepecha. And then

English, I'm OK at it. Well, I'm good at English writing, and Spanish not bad, but I'm not good either.

–Maybe Purepecha is a language for wandontskurini (platicar), to converse, but not to write.

–Yeah. That's what I think. Yeah. I think it's just like to converse or like to talk, but like for most people, like, it's about writing. Like, it's mostly about writing for them, but for me it's all about speaking 'cause that's all I know, speaking and understanding.